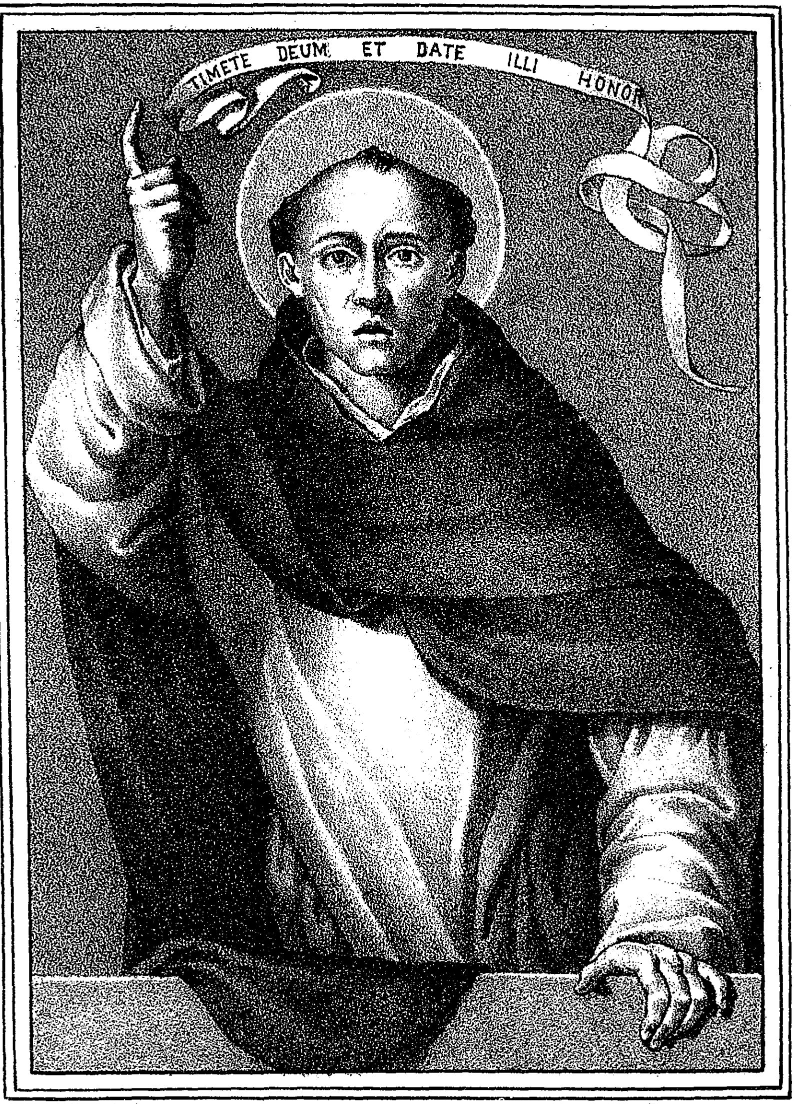
J. SANCHIS SIVERA

HISTORIA DE SAN VICENTE FERRER

HISTORIA

DE

SAN VICENTE FERRER



R. SANCHIS. LITº SUCESORES DE BADAL

Copia del cuadro de Ribalta que se conserva en el Museo de Valencia.

HISTORIA

DE

SAN VICENTE FERRER

POR

JOSÉ SANCHIS Y SIVERA

PRESBÍTERO

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

VALENCIA

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE BADAL

Plaza de la Constitución, 4

1896

Imprenta de Miguel Manáut, Salinas, 16

INFORME DEL CENSOR

EMMO. Y RMO. SEÑOR.

He leído con detención la «Historia de San Vicente Ferrer», escrita por el presbítero Dr. D. José Sanchis y Sivera, y nada he encontrado en ella que pugne con la fe y moral de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica; antes bien está escrita en un sentido muy adecuado para fomentar la piedad cristiana, poniendo de relieve la gran figura del Apóstol de Europa.

La obra cuya censura se nos encargó, no es propiamente de investigación histórica, ni dedicada á la crítica de los hechos que narra, pues aunque algo nuevo encontrarán los lectores y sus ribetes de crítico tiene el autor en varios pasajes, su objeto principal es otro: la vulgarización de la vida del Santo Taumaturgo, ya que se hacía sentir la falta de una obra de esta clase en la patria de San Vicente. En este sentido podemos decir que llena un gran vacío. Y lo llena bien el Sr. Sanchis, descartando mucho de lo aceptado por Razzano y otros panegiristas del Santo, aunque sin afrontar el examen minucioso de los hechos, pues no le era posible en tan reducido libro entrar en innumerables detalles.

Mi admiración por el Santo, gloria de su patria valenciana, el amor que profeso á los estudios de investigación y crítica histórica aprecia todo esto y lo alaba; pero

bien merece el Profeta del Juicio final que se depuren los hechos, se investigue en los archivos y bibliotecas y se le levante un monumento que perpetúe su memoria: que así, mejor que con una estatua, podría decir el autor del libro: *erexi monumentum ære perennius*.

Mas para esta empresa se necesita, como decían los gentiles, del *genius loci*, del dios tutelar, estar imbuídos con el entusiasmo, que es el que sostiene el ímprobo trabajo y da la paciencia romana, abre los ojos y hace ver la verdad en las cuestiones más abstrusas. Algo, hasta mucho ha hecho últimamente en este sentido el dominicano Fages, pues para escribir la vida del Santo ha recorrido los lugares todos de España, Francia, Italia y Suiza donde evangelizó el misionero valenciano: ha buscado los recuerdos, reconstruído las tradiciones, explorado archivos y bibliotecas; pero aunque su cualidad de dominico le pone al tanto de muchas cosas que otro religioso, y menos un lego, no pueden comprender, siempre resulta que es... francés y le falta ser valenciano; no tiene influencia sobre él el *genius loci*. De ahí que lastimosamente se confunda en su libro la historia con la leyenda, ó sea, la expresión de los hechos reales con la parabólica fórmula del concepto en que se ha venido teniendo al Santo desde los siglos medios.

No es preciso ser un lince para ver dos personajes en San Vicente Ferrer: el histórico, compulsado por la crítica, nutrido con la investigación; el legendario, basado en el estudio de hechos mal definidos, tal vez desfigurados, pero que nos dibujan en el Santo Apóstol, con caracteres indelebles, el concepto que formaron los pueblos contemporáneos, el cual vive aún, pues á través de los siglos conservan la figura del Ángel del Apocalipsis tal cual aquéllos lo vieron. Hay que juntar todas estas leyendas ó tradiciones, estudiarlas y hacer que nos revelen las

trazas de aquella fisonomía espiritual de un hombre que era ángel.

Hasta que venga el definitivo escritor de la vida del Apóstol de Europa, forzoso nos será contentarnos con estudios de vulgarización como el que nos ocupa; laudables serán los esfuerzos del P. Fages, que, según tenemos entendido, quiere publicar todo lo inédito del Santo y particularmente los cuatro tomos de sus sermones valencianos, joya de esta Catedral. Así se irá conociendo más y más la figura de aquel varón colosal y la influencia que su educación valenciana tuvo en sus hechos que tanto resonaron por toda la cristiandad.

Este es mi sentir, *salvo semper meliori*, que someto al superior de V. Emma. Rma.

Dios guarde á V. Emma. Rma. muchos años.

Valencia, 23 Julio 1896.—*Roque Chabás.*

APROBACIÓN

Valencia ventiocho de Julio de mil ochocientos noventa y seis.—En vista del favorable informe del Censor que antecede, damos nuestra aprobación para que se imprima dicho libro titulado «Historia de San Vicente Ferrer por José Sanchis y Sivera, Presbítero».—*El Cardenal Arzobispo de Valencia.*

AL LECTOR

No es tan fácil como parece el escribir una historia de San Vicente Ferrer que se adapte perfectamente á los preceptos de la crítica moderna. Narrar una porción de hechos sin concierto ni estudio particular para que resalte la personalidad de tan insigne personaje en aquellos tiempos en que imperaba la ley del más fuerte; pintar con los colores de la realidad los estupendos milagros obrados por su sobrenatural poder para excitar la devoción entre los fieles; estudiar los actos políticos en que el Santo intervino para darle el merecido título de diplomático eminente; investigar los recursos de su mágica elocuencia sostenida por una fe inquebrantable y una ciencia profunda, para deducir la saludable influencia que ejerció en aquel período histórico; presentar al ilustre Dominico como un dechado de virtudes, como un modelo de santidad, para que sirva de ejemplo á las personas piadosas, son cosas secundarias para el historiador y que además no requieren grandes trabajos é investigaciones por parte del autor: para ello basta alguno de los muchos libros que sobre el Santo se han escrito.

Nuestro intento ha sido el escribir una verdadera historia, relatando los hechos con método y crítica suficientes para que resulte un libro que satisfaga los deseos de los eruditos, la piedad de los fieles y las aspiraciones de los devotos del Santo. Sin embargo, bueno es advertir

que nuestro objeto principal ha sido la vulgarización de la vida del Santo Taumaturgo. Es verdad que para este trabajo se necesitaba mucho tiempo, largas investigaciones y un estudio constante de los documentos en que se fundan muchos hechos; pero esta dificultad la hemos salvado aprovechándonos de los trabajos llevados á cabo por otros autores. Sin embargo de esto, hemos consultado algunos documentos inéditos, de los que se han sacado noticias muy curiosas que no traen otros biógrafos.

No se han insertado documentos y aclaraciones por vía de apéndice y largas notas, porque estamos convencidos de que esto hace al libro farragoso y desagradable, y que lejos de atraer la atención del lector, le distrae y muchas veces le fatiga, hasta el punto de que se abandone la lectura, mayormente tratándose de la historia de un santo. Con estas miras, pues, hemos escrito el presente libro, y aunque se han puesto algunas notas, ha sido con parquedad y en el caso de ser indispensables.

Hemos procurado también armonizar las diversas apreciaciones que sobre los mismos sucesos han podido hacer los autores, guiándonos siempre en ello el más recto criterio, suprimiendo al mismo tiempo muchos hechos maravillosos, faltos de fundamento y muchas veces estravagantes, y respecto á las leyendas populares se ha hecho una cuidadosa selección. Y á propósito de estas leyendas, se ha de advertir que las hemos admitido por no hallar suficientes razones para rechazarlas, y si algunos sucesos que mentamos resultan al parecer exagerados por el vulgo, no se puede negar que hay un principio de verdad en ellos; pues todos los críticos reconocen unánimes, que si bien es muy fácil convertir un hecho histórico en una relación legendaria ó aumentar las proporciones con los espejismos de la exaltada fantasía, sin embargo, es indudable que tales leyendas descansan sobre datos verídicos.

Nosotros consignamos las leyendas como tales, y lo demás lo apoyamos en documentos ciertos.

Para escribir el presente libro hemos consultado los mejores autores valencianos que se han ocupado de la vida de San Vicente Ferrer, y de los cuales vamos á dar una sucinta idea.

El P. Vicente Justiniano Antist[1] escribió la vida de San Vicente ciento veinte años después de la canonización, valiéndose de las piezas del proceso que hizo transcribir de la copia de Palermo, de las tradiciones que en su tiempo existían, de los documentos de los archivos municipales, de la Catedral, de su convento, y de muchos pueblos de la provincia de Valencia. Hay en este autor muchas inexactitudes en la cronología, la narración resulta muy pesada y carece completamente de plan.

El P. Francisco Diago[2] del convento de San Onofre, vió muchísimos documentos que no pudo consultar Antist. Su narración, que resulta muy agradable, adolece de exactitud cronológica y es muy incompleta, mezclada de milagros que cuenta muy brevemente, y de muchas anécdotas sin fundamento alguno. Muchas veces se deja llevar de su imaginación, é inventa palabras y dichos que no pudo en manera alguna decir el Santo. No obstante, su obra es muy recomendable y denota en el

1 *La Vida é Historia del Apostólico Predicador San Vicente Ferrer, valenciano, de la Orden de Santo Domingo*. Copilada por F. Vicente Justiniano Autist, Lector de Theología en la Universidad de Luchente, de la misma Orden. Impresa en Valencia en casa de Pedro de Huete. Año 1575, en 8.°, de XXXII-477 páginas.

2 «Historia de la vida y milagros de San Vicente Ferrer, con una relación de la santa reliquia de su bendito cuerpo que ha llegado á Valencia, y de los grandes milagros que ha obrado y fiestas que se le han celebrado, por Fr. Francisco Diago». En Barcelona, imprenta de Gabriel Graells. Año 1600, en 4.°.

autor una diligencia y cuidado extraordinarios en el estudio de documentos.

El dominico Gabaldá [1] no refiere nada de nuevo en su libro, y se contenta con hacer una sucinta relación de la vida del Santo, sin preocuparse mucho de la exactitud de las fechas, colocando los hechos en el tiempo que mejor le place. Empieza sus capítulos por una alusión histórica ó mitológica, que muchas veces no cuadra con lo que se dice después. El autor no se propuso hacer un libro erudito, sino á propósito para excitar la piedad entre los devotos. Es apreciable la obra, porque relata muchos sucesos particulares de Valencia y los pueblos vecinos.

Valdecebro [2] se aprovechó para su obra de todas las que hasta entonces se habían escrito. Con muy escasa crítica, da por ciertos muchos hechos completamente falsos, defendiéndose de antemano de su credulidad. Pariente del Santo, se muestra entusiasta por él, y aunque su libro es muy poco seguro, carece de plan y su estilo oratorio llega á fatigar; sin embargo, es apreciable porque trae muchas noticias nuevas que no se hallan en los demás autores y que después se han comprobado con notables documentos.

El Maestro Serafín [3] es uno de los autores que

---

1 *Vida del ángel, profeta y apóstol Valenciano San Vicente Ferrer.* Valencia, 1662, en 8.º, 416 páginas, segunda edición.

2 «Historia de la vida maravillosa del segundo Pablo, Apóstol de Valencia, San Vicente Ferrer. La escribe el P. M. Fr. Vicente Ferrer de Valdecebro, Calificador de la Suprema, deudo del Santo. Y consagra á la Excma. Sra. D.ª Isabel Pacheco, condesa de Oropesa, etc. Con privilegio. En Madrid, en la Imprenta Real. Por Matheo de Llanos, Año 1682, en 4.º, de 180 págs. á dos columnas.

3 «Historia de la vida de San Vicente Ferrer, Apóstol de Europa, Hijo de la nobilísima ciudad de Valencia á quien la dedica su autor

mejor han escrito sobre el Santo, mostrando en su trabajo una erudición no muy común en aquellos tiempos. Para escribir su libro consultó preciosos documentos, que ya no existen, y mostró suma diligencia en estudiar todos los autores que de San Vicente se habían ocupado, de los que trae una larga lista al principio de la obra. Su libro ha servido de base á todos los que posteriormente se han escrito, y su crítica es bastante segura: aunque hay en él grandes lagunas, en conjunto es bueno y nos ha servido mucho en nuestro trabajo.

El libro de Vidal y Micó [1] es el más completo de cuantos hasta hoy se han escrito en España. El autor se sirvió de «los papeles y apuntaciones del Maestro Gozalbo, diferentes instrumentos, procesos de la canonización y varios manuscritos de la librería y archivo» de su convento. La intención del autor al escribir su libro, fué hacerle ascético y devoto, insertando multitud de reflexiones, que sirven de exordio muchas veces á los capítulos, valiéndose comunmente para ellas de las mismas palabras del Santo extractadas de sus sermones, lo que hace muy difícil la lectura del libro, que pierde todo el interés de la narración. Su crítica, no muy rígida ni muy benigna,

---

el M. Fr. Serafín Tomás Miguel, doctor theológico por su Universidad, Examinador synodal, y regente que ha sido dos veces de los estudios del Real Convento de Predicadores de la la misma ciudad. 1713».

1 «Historia de la portentosa vida y milagros del valenciano Apóstol de Europa San Vicente Ferrer, con su misma doctrina reflexionada. Comentada la que escribió el M. R. P. M. Fr. Serafín Tomás Miguel, y con la misma Crisi, aumentada con muchas notas, favores, apariciones, etc. Su autor el M. R. P. M. Fr. Francisco Vidal y Micó. Dedicada al insigne Colegio de la preclara arte de los Notarios, de quien el Santo fué hijo. En Valencia: en la oficina de José Esteban Dolz», en folio, de 528 págs. 1735.

deja bastante que desear, y en cuanto á la cronología ofrece muchas dificultades. Á pesar de esto, repetimos que la historia de Vidal es la mejor que se ha escrito en España, y no hemos titubeado en seguirle muchas veces y hasta en copiarle en algunos puntos.

Pero el que mejor ha escrito sobre la vida de San Vicente Ferrer es el P. Fages [1], erudito dominico francés que ha historiado la vida del Santo de una manera admirable y mejor que todos los autores que sobre el mismo asunto han escrito. El autor ha visitado casi todos los pueblos en que predicó el Santo, ha registrado los archivos, ha visto las piezas del proceso, ha estudiado las crónicas, los anales, las historias, los documentos y todo lo que pudiera darle alguna luz ó noticia para su libro, y después de quince años de diligente labor, ha publicado dos gruesos tomos con muchos documentos y notas comprobantes. Esta magnífica obra no satisface tampoco las aspiraciones de las personas piadosas, pues á más de ser muy farragosa por el exceso de notas y documentos que contiene, algunos de escaso valor histórico, y que sólo podría servir de consulta hasta que se publiquen los procesos y otros importantes documentos, resulta muchas veces que el autor es excesivamente crédulo y no aplica cual debiera una crítica adecuada; por este motivo se han deslizado en su obra algunas inexactitudes de importancia. Por lo demás, el libro del P. Fages es el mejor de cuantos nos han servido de consulta, y al que hemos seguido muchas veces, copiándole algunas y empleando muy parecido método en la narración de los hechos. También nos hemos servido de varios documentos que por vía de apén-

---

1 «Histoire de Saint Vicent Ferrier, Apotre de l' Europe, par le Rèvèrend Pére Fages, des Fréres Precheurs». París, dos tomos.

dice inserta, evitándonos con ello mucho trabajo y contribuyendo en parte á que nuestra labor sea piadosa y erudita á la vez. El P. Fages y el P. Vidal han sido, pues, los dos autores favoritos en nuestras investigaciones.

Finalmente, hemos consultado documentos de gran autoridad, tales como los sermones del Santo y muchas de las deposiciones de los testigos en el proceso de canonización, sin desechar otros de orden secundario, pero de mucha importancia para los trabajos históricos, tales como los que ofrecen las inscripciones, imágenes, capillas, cofradías, púlpitos, etc., que nos han servido para asegurarnos más en muchas de nuestras apreciaciones. Comprendiendo, además, la necesidad de conocer la época en que vivió San Vicente Ferrer, hemos procurado intercalar en la narración algunas noticias que nos ayudan á formarnos idea del estado político y social de la época, indispensable para conocer bien algunos de los actos del Santo y poderlos apreciar debidamente. Hemos puesto también en su lugar muchos hechos que ó bien eran desconocidos ó habían sido alterados por la fantasía popular y tergiversados por muchos autores, con lo que creemos haber prestado un buen servicio á la piedad en general y especialmente á los devotos del Santo. No pensamos que nuestro libro se halle exento de inexactitudes, aunque lo hemos procurado, pero sí estamos convencidos de que nuestro trabajo podrá servir á otro que, sintiéndose con mayores fuerzas, se dedique á escribir la historia de aquel hombre extraordinario, que con su elocuencia y poder taumatúrgico, reformó la sociedad de su tiempo y la preparó para que cristianizase las nuevas formas é instituciones, hasta entonces desconocidas, que traía consigo el Renacimiento. Con razón se le ha llamado á San Vicente astro de primera magnitud del cielo dominicano, apóstol

de Europa, y la honra más esclarecida de su patria, Valencia.

Qué sirva todo para que los fieles busquen la protección del Santo y contribuyan á que aumente el fervor religioso en este siglo de positivismo é incredulidad, y con ello quedarán satisfechos nuestros deseos.

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

Origen de Valencia.—Hermosura de su suelo.—Benignidad de su clima.—Escudo.—Idioma.—Leyes.—Costumbres.—Religiosidad.—Glorias imperecederas.—Elogios.

IMPOSIBLE nos parece determinar la época de la fundación de Valencia, pues cuantos autores han escrito sobre esta materia, no han hecho más que divagar por el campo de las conjeturas, consignando errores trascendentales al fundarse en relaciones más ó menos probables, pero ninguna justificada ante el severo tribunal de la historia.

Dícese que los tirios ó fenicios, en su navegación por estos mares, en tiempo de la ruina de Troya, como afirman Pomponio Mela y Estrabón, encontraron ya habitantes en Valencia; de aquí el nombre de *Tyris* con el que se la designó en un principio, lo mismo que el de *Tyria* que se le dió al río que la baña, cuyos nombres están basados en un pasaje de Festo Avieno. Llamóse también en tiempos antiguos Epidrópolis ó Hidrópolis, según afirma Beuter, cuyo nombre significa ciudad sobre las aguas, y Vilanova añade que se llamó Coyanca: estas versiones carecen por completo de crédito, pues además de expresar una existencia exageradamente remota, no están basadas en ninguna autoridad histórica.

Otra opinión, sin fundamento alguno, quiere que navegantes griegos desembarcasen en sus costas, encontrando un pueblo habitado por gente salvaje é indomable, al que llamaron Roma, que en su lenguaje significa fuerza ó valentía. El P. Flórez fija la fundación de Valencia en tiempos del cónsul Decio Bruto, el cual dió á los soldados de Viriato la ciudad y su campo para que la habitasen y defendiesen. El doctor Miguel Cortés es de la misma opinión, pero á renglón seguido copia las palabras de Tito Livio, compendiado por Lucio Floro, cuyo pasaje es como sigue: «Junio Bruto, cónsul, estando en España, dió á los soldados que habían militado á las órdenes de Viriato, unos campos y una población á la que impuso el nombre de Valencia». Claramente se expresa aquí que la población existía ya, y el cónsul romano no hizo más que darle nombre, mudando el antiguo que tenía por otro más elegante y adecuado al idioma latino. Esta es también la opinión de Escolano [1], rechazada por muchos eruditos, que insisten en atribuir á Junio Bruto la fundación de Valencia, cuya fecha parece corresponder al año 140, antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo. El Sr. Marqués de Cruilles [2], que demuestra haber estudiado mucho este punto, admite tal opinión, no obstante contradecirla, al tratar de la destrucción y reedificación de la ciudad [3]. Mayáns se adhiere á ella en cuanto al nombre, fijando su primer origen más antiguo que el de Roma [4].

1 Escolano, *Décadas*, tom. I, pág. 83, ed. 1878.

2 Cruilles, *Guía urbana de Valencia*, tom. I, pág. 13.

3 *Ibid.* pág. 18.

4 Carta insertada en *El Archivo*, revista de ciencias históricas, tom. V, pág. 301.

Resulta de todo lo dicho que no se sabe de cierto quién fué el fundador de Valencia; pero no cabe la menor duda, por otra parte, que Junio Bruto fué quien le dió el nombre que actualmente lleva, razón por la cual figurará siempre como verdadero fundador de la ciudad, aunque conste terminantemente que ésta era la de Tyris, asentada como hoy en las márgenes del río Turia. Conviniendo fijar una época determinada sobre la fundación de Valencia, ninguna otra le cuadra como la que expresada queda, pues no cabe duda que Junio Bruto fué el que le dió el nombre que debía perpetuarse á través de los tiempos, y «no puede darse un origen más auténtico, más verdadero é histórico que éste, sin necesidad de recurrir á conjeturas destituídas de toda probabilidad» [1].

Sea de ello lo que quiera, pues la cuestión sobre el verdadero origen de Valencia creemos que es imposible de resolver, tenemos por verosímil el afirmar que en alguno de los frecuentes viajes que fenicios y griegos hicieron á nuestra península, desembarcando en la desembocadura del río, ó penetrando en él con sus bajeles si fué navegable, como es probable, al contemplar este suelo privilegiado por la naturaleza, tan propio para que laboriosos agricultores desarrollasen en él su rica y preferente industria, sentasen sus reales en el lugar que había de ocupar Valencia, comenzando así la vida de un pueblo que tantos días de gloria había de dar á la religión y á la patria.

Valencia, como canastillo de flores, se sienta sobre una extensa llanura, serpenteándola el Turia y multitud de arroyos, que, con su frescura, dan origen á una vegetación espontánea, variada y rica, ofreciendo

1 Miguel Cortés, *Diccion. geográfico-histórico de la España antigua*, art. *Valencia.*

toda clase de frutos y producciones. Arrullada continuamente por el Mediterráneo, mientras las aves regalan el oído con no aprendidos cantos, con voces dulcísimas, el perfume de sus jardines embalsama el ambiente, y recrea el corazón su cielo siempre azul, puro y sereno, anegado de día en olas de luz, y tachonado por la noche de brillantes estrellas. En Valencia sólo hay dos estaciones, primavera y otoño, porque ni se siente el frío de las heladas del invierno, ni se percibe el calor que ahoga y aniquila; verdadero jardín de las Hespérides, el sol del verano es de una fertilidad incomparable, su delicado ambiente se halla continuamente impregnado de los perfumes embriagadores del azahar, y las brisas del mar atemperan los calores del estío. En los días del invierno, su plácido calor solar, al mismo tiempo que derrite las nieves de los lejanos montes, dulcifica la temperatura hasta el punto de poderse criar las legumbres más delicadas, que son el regalo de las grandes poblaciones extranjeras.

Sin embargo, las tempestades en las épocas del calor son muy frecuentes y terribles, y aunque pasajeras, llenan de temor á los valencianos por la multitud de exhalaciones que caen [1]; pero, en general, su clima es tan agradable, goza de tal frescura y su suelo es tan

1 Según tradición que conservan los valencianos, San Vicente Ferrer conjuró en su tiempo todas las tempestades, habiendo declarado públicamente que ninguno de los habitantes de Valencia moriría de rayo; profecía que se ha cumplido hasta nuestros días y han confirmado muchos hechos. En el pasado Septiembre de 1895 hubo una tempestad espantosa, la mayor acaso que hemos conocido, y no obstante las muchas exhalaciones que cayeron, no hubo desgracia alguna, pudiendo contarse esto por verdadero milagro, como lo proclamaron todos á una voz. El día 2 de Abril de 1885 se desencadenó también una violenta tempestad, cayendo multitud de exhalaciones, que no causaron ninguna desgracia personal. Tal vez se nos tachará de crédulos, pero los hechos demuestran la verdad de la profecía.

ameno y fértil, «que hace á los extranjeros poner en olvido á sus mismas patrias y á sus naturales», según escribe el P. Mariana.

Las armas de Valencia, según afirma Beuter, fueron en un principio una ciudad sobre aguas, haciendo con ellas alusión á sus innumerables pozos manantiales; esta misma opinión sostienen el P. Varennes, Mr. La Croix, Mosén Febrer [1] y otros, si bien no está averiguada la época del uso de esta divisa antes de la conquista. D. Jaime I de Aragón, al conquistar á Valencia, la concedió el escudo en losange con los palos de Aragón, sin que lo surmontara corona real y descartado el murciélago: de manera que el escudo de armas de que usó Valencia luego de ganada á los moros por el Conquistador, fué simplemente un escudo en forma de losange con los cuatro palos ó bastones rojos de Aragón sobre campo de oro. Este escudo fué substituído algún tiempo por el antiguo, es decir, por el que representaba una ciudad sobre aguas, y en 1377 volvió á restablecerse, añadiendo en la parte superior una corona real, que le concedió tácitamente D. Pedro IV de Aragón, pero sin el murciélago ni las L L que le sirvieran de tenantes. Parece, pues, que lo del *Rat-Penat* ó murciélago puesto al frente con las alas extendidas y colocado como timbre sobre la corona que surmonta un escudo en forma de rombo de las armas de Valencia, es una pura ficción ó mero capricho, que en ninguna razón histórica ni fundamento heráldico se apoya para figurar como parte del blasón, y que las dos L L pueden tolerarse, por cuanto algunos monarcas, si bien en tiempos más modernos, consin-

[1] Ab que no es impropia
La Divisa antiga: en lo camp d' argent
Una ciutat bella sobre aigua corrent.

tieron que se pusieran en monedas acuñadas en su reinado [1].

Valencia lleva los títulos de noble, dos veces leal, fiel, insigne, ilustre, coronada y magnánima, cuyo origen señala Cruilles [2].

Tiene, además, una lengua propia, original por esencia, espontánea, fuerte y vigorosa, y sin resabio de clasicismo, la cual, puesta al servicio de la literatura, dió en otro tiempo días de gloria á la patria. El lemosín, apenas hablado ya, y por muy pocos literatos empleado, es la lengua más nervuda, enérgica y expresiva de todas las conocidas, llena de onomatopeyas, parca en calificativos, rica en monosílabos y susceptible de todos los primores y dulzuras para formar una literatura que no tenga rival en el mundo. San Vicente predicó en este idioma por multitud de países, siendo entendido de todos, y en ella escribieron líricos profundos, que son estudiados con admiración por los extranjeros, prosistas notables, y produjo un teatro riquísimo, historiadores, filósofos y literatos en todos géneros. La sociedad valencianista *Lo Rat-Penat* hace esfuerzos jigantescos para que no desaparezca lengua tan armoniosa.

Los valencianos tienen, como las demás regiones de España, sus costumbres especiales que los distingue de los demás, y que son efecto de su imaginación viva é impresionable. El Diccionario geográfico estadístico de D. Sebastián de Miñano, tomándolo de la descripción de Cabanilles, trata con bastante buen juicio de su carácter. «Los valencianos, dice, generalmente, son muy vivos, ingeniosos y aplicados, y viven alegres

1 Puede verse sobre esto un erudito artículo publicado en el Almanaque del periódico *Las Provincias*, año 1880.

2 *Guía urbana de Val.*, lib. I, pág. 52.

y contentos aun en la pobreza; son bastante frugales y no muy dados al vino ni á los licores; generalmente se les acusa de volubilidad y ligereza, y asimismo de tener una imaginación ardiente, muy veloz y algo fugaz, y aun por eso se dice que son á propósito para las bellas y nobles artes. A la verdad, parece que su imaginación debe estar siempre exaltada y en estado placentero, pues sus sentidos perciben continuamente sensaciones halagüeñas, estando rodeados de una infinidad de objetos agradables que representan á la naturaleza reproduciéndose sin cesar, además del influjo físico que debe ejercer sobre su temperamento el benigno clima en que habitan. Sin embargo, esta ligereza tan decantada que les da tanta aptitud para las artes de gusto, no ha impedido que los valencianos de estos últimos siglos hayan sido los españoles que más prodigios han hecho en las ciencias positivas, en las lenguas muertas, en la recóndita numismática y en otros estudios serios y profundos que exigen toda la flema alemana. Si tales milagros sabe hacer, concluye el autor, la ligereza de estos naturales, ojalá todas las provincias de España participasen de esta ligereza».

Lo que merece estudio detenido por su importancia en la ciencia jurídica, es el régimen y la organización especial del gobierno local de la ciudad en los pasados siglos. De las tres clases de gobierno, dice un manuscrito de Onofre Esquerdo, definidas por los filósofos, participaba el sistema político ó régimen civil de Valencia.

El libro de los Fastos consulares dice que el Rey D. Jaime instituyó al principio, para gobierno de la ciudad, un Consejo, y en él cuatro ciudadanos, al modo y forma de los romanos, á fin de que á sus habitantes no les faltasen comestibles y cuidasen del abas-

to de las mercaderías necesarias para la vida. Su oficio sólo duraba un año, y se les llamó Jurados, que equivalen á Regidores ó Concejales. En 1334 comienzan á figurar seis Jurados.

Posteriormente, para tomar cuenta de estos funcionarios, se creó el oficio de Racional, y en 1346 el de los Síndicos, como procuradores del común, los cuales eran trienales, y en su elección tenían voto los Consejeros que representaban al pueblo.

Estos seis Jurados, el Racional y el Síndico, que era el defensor ó procurador del pueblo, como el que en Roma se llamó Tribuno de la plebe, proveían al buen régimen de la ciudad con parecer de Abogados, cuando era necesario su consejo.

En 1334 se introdujo á la clase de caballeros en la gestión municipal, eligiéndose dos para Jurados: uno de ellos en primer lugar, llamado por esto *Jurat en cap de cavallers,* al que inmediatamente seguía el *Jurat en cap de ciudadans.*

En el cuerpo de privilegios de la ciudad, impreso ya raro, se halla al folio 183, núm. 11, el de D. Alfonso III, dado en Tortosa á 15 de Marzo de 1420, por el que se concede á los ciudadanos honrados de Valencia, doctores, licenciados y jurisperitos que hubiesen servido á los oficios de Justicia civil ó criminal, Jurados ó Almotacén de la ciudad, el goce de todas las libertades, inmunidades, favores, honores, gracias y privilegios que gozaban los caballeros y hombres de *paratje,* teniéndolos y reputándolos por tales, como si realmente hubiesen sido armados caballeros. Puede inferirse de la concesión de esta gracia la consideración é importancia que se daba á dichos oficios, de los cuales uno de los principales era el de Racional, encargado de la contabilidad municipal y al cual rendían

cuentas todos los que intervenían en la cuestión pecuniaria de la ciudad.

Gozó Valencia en lo antiguo de grandes privilegios, gobernándose con ellos, hasta que por la abolición de los fueros se mandó que se rigiese por la legislación de Castilla.

Remitimos al lector á la *Guía urbana de Valencia antigua y moderna*, por el Marqués de Cruilles, tomo I, pág. 53 y siguientes, donde se trata todo esto con bastante copia de datos, y de cuyo libro hemos extractado lo que precede.

Respecto á la religiosidad de los valencianos, es tan antigua como la existencia de Valencia. Se han encontrado lápidas consagradas al Dios único y que demuestran su religiosidad antipagana. El cristianismo fué introducido, según el parecer de muchos autores, en el primer siglo de la Iglesia, pues es muy probable que siendo entonces Valencia una ciudad muy importante, los varones apostólicos, ó al menos sus discípulos, penetrasen en su suelo. En el siglo III y á principios del IV, ya había muchos cristianos, y fueron sus mártires el más precioso testimonio de ello: el meritísimo de todos fué San Vicente, Diácono, que la santificó con su martirio, y señaló gloriosamente varios puntos de ella que aun hoy se conservan con veneración. Dominada Valencia por los sarracenos, los cristianos conservaron viva la fe de Jesucristo, retirándose á orar al templo que se les dejó, y aunque carecemos de documentos, es muy posible que entonces hubiera también algunos mártires como los hubo en muchas provincias de España. En los últimos años que la ciudad estuvo bajo el dominio de los moros, cuando el débil poder de sus reyes se consumía en estériles luchas, los cristianos sufrieron grandemente, y

entonces sufrieron también cruel martirio Juan de Perusia y Pedro de Saxoferrato, canonizados por la Iglesia, que procedentes de Teruel habían venido á evangelizar infieles y á combatir las creencias mahometanas.

Conquistada Valencia por D. Jaime I, despertó del letargo en que había estado sumergida en tiempo de los moros, y el carácter esencialmente cristiano del monarca aragonés, unido á la religiosidad de los naturales, fueron causa de que pronto se consagrasen iglesias para el culto del verdadero Dios, restaurándose templos y construyéndose conventos y monasterios, que han conservado con insistencia ese imperecedero recuerdo histórico.

Formada la población bajo tales auspicios, y consolidado el gran número de santos que ya figuraban, siguieron una prodigiosa pléyade de confesores y vírgenes é infinitos venerables que la han enaltecido con la práctica de las virtudes. No es exageración decir que Valencia fué siempre fecunda madre de santos, siendo tantos, que un erudito aragonés [1], en ocasión que en Roma se seguían las causas de canonización de San Luis Beltrán y San Francisco de Borja, dijo que Valencia seguía en Roma más causas de canonizaciones de hijos suyos que todo lo restante de España. La piedad proverbial de Valencia ha producido numerosos Obispos, eminentes en virtud, justicia y sabiduría, que han regido la mayor parte de las diócesis de nuestra península, y entre ellos treinta y dos Cardenales y muchos venerables y santos, como D. Bonifacio Ferrer, Gaspar de Bono, Andrés Hibernón, Sor Isabel de Villena, escritora insigne, Margarita Agulló, Gertrudis Angresola, Inés de Benigánim, Nicolás Factor,

1 Ainsa, *Grandezas de Huesca*, c. 11, f. 16, citado por Vidal.

Luis Beltrán, Francisco de Borja, y entre todos, como campeón que guía gente aguerrida en virtudes y santidad, brilla San Vicente Ferrer.

Las fiestas religiosas que todavía se celebran en Valencia no tienen comparación por su esplendidez y suntuosidad, y no hace muchos años, tres apenas, la celebración del Primer Congreso Eucarístico fué una prueba palmaria de que la fe que alentó á sus antepasados alienta todavía á los hijos de hoy. Pueblo de tales sentimientos no puede dejar de ser un pueblo de grandes alientos y de grandes esperanzas.

En la nobleza, en las artes, en las ciencias, Valencia ha producido glorias imperecederas que llenan de orgullo, no sólo su historia, sino también la de la patria entera, tales como el rey Pedro III el Grande, Ausias March, el P. Tosca, Cabanilles, Luis Vives, Ribalta, Juan de Juanes, Ribera, Juan Plaza, Guillem de Castro, Jaime Febrer, y otros mil que llenarían muchas páginas.

Muchísimos escritores, tanto nacionales como extranjeros, al hablar de Valencia la elogian de una manera extraordinaria. Zacarías Lilio, autor italiano, escribe: «Valencia es ciudad de las insignes de España, y esclarecida colonia de romanos antiguamente por la vecindad del mar, bondad de su sitio, virtudes de sus ciudadanos y muchedumbre de ejercicios mecánicos; extremados todos en la delicadeza de sus obras, ha entrado siempre en la categoría de famosa. De esta nación salió el Papa Calixto III, varón estimable por santidad y letras, tío de Alejandro VI, también valenciano, que con gran aplauso de los Cardenales vino después á sentarse en la silla de San Pedro». Mariana dice que «Valencia, por estar á vista del mar y ser su campiña tan amena y abundante de

riego, y las muchas cosechas que lleva por el trato de mercaderes de todas naciones que la enriquecen, por el inmenso número de moradores que la habitan, y por la policía de sus ciudadanos, ha sido en todos tiempos celebrada por nobilísima». Pedro Galacino la ilustra con el nombre de «floreciente en nobleza»; Bautista Mantuano, con el de «graciosa y fértil»; Florián de Ocampo, le da el epíteto de «valiente»; Ortelio, de «memorable y antigua», refiriendo también que el común decir de los españoles llama, como por adagio, á Zaragoza la santa, á Barcelona la rica, y á Valencia la gentil. No menos la calificaron los Concilios y Sumos Pontífices. El Papa Martino V la trata de «noble y populosa ciudad»; Pío II la asienta entre las insignes de España, y el Papa Sixto V, en el breve que despachó al Arzobispo de Valencia y Obispos de Tortosa y Teruel, el año 1588, acerca de la canonización de San Luis Beltrán, la engrandece por lo que florecen en ella la religión cristiana, las costumbres loables y el culto divino. El más superlativo elogio de Valencia es el que le tributa en estos términos el Maestro Fray Francisco Ximénez, religioso dominico y catalán de nacimiento: «Dicen los que por más largo tiempo la han poseído, que si hay paraíso en la tierra, está aquí en el reino de Valencia».

Nosotros creemos que el mejor elogio que se puede hacer de Valencia, es decir que fué la patria de San Vicente Ferrer.

CAPÍTULO II

Linaje de San Vicente Ferrer.—Sus padres.—Sus hermanos.—Notas biográficas.

Muchos han sido los que intentaron llamarse descendientes de San Vicente Ferrer, como muchos fueron los pueblos que se han atribuído ser su suelo patria de los ascendientes de su familia; pero nosotros creemos que de lo primero nadie puede ostentar con fundamento tan ilustre progenie, y de lo segundo, que es cosa tan difícil de probar, como imposible lo es el de si hay habitantes en el sol.

El apellido de Ferrer lo hacen originario de Inglaterra algunos escritores que toman como histórico todo lo que se contiene en las *Trobes* de Mosén Febrer [1], como si éste fuera bastante fundamento. La mayor parte de los autores le señalan una ilustre ascendencia, fundados en multitud de datos no despreciables. Consta en el Breviario antiguo de la Iglesia Valentina, impreso en 1534, lección 1.ª del rezo del Santo, lo siguiente: *Ex antiqua Ferrariorum familia;* en el Breviario dominicano, compuesto por Fr. Marcial Au-

1 *Trobes* CCXXXIX y CCLX.

ribelli, en el responsorio segundo de Maitines: *In Urbe nobili Valentia generalis ortus natalibus;* San Antonino dice: *Ex antiqua nobilique familia Ferrariorum;* Juan Antonio Flaminio: *Ex vetusta et nobili Ferrariorum familia;* Roberto de Licio, coetáneo del Santo, y que tuvo mucho trato con Calixto III, en un sermón dice que San Vicente procedió *ex parentibus clarissimis,* y otros muchos, especialmente de la nobleza, se han esforzado en formar árboles genealógicos para demostrar su procedencia del ilustre Apóstol valenciano. Contra todo esto tenemos un testimonio de mucha fuerza, cual es el que á Bonifacio Ferrer, hermano del Santo, no obstante ejercer cargos civiles, siempre se le dió el título de *ciudadano* y no el de *caballero,* gozando todos los descendientes del mismo nombre, cosa que no nos parece creíble si hubiesen tenido título de nobleza. Con mucha sabiduría y buen sentido histórico obró la Iglesia cuando en el proceso de canonización apellida su linaje *Honestissimo,* dando á entender con ello que á fuerza de trabajo y práctica de virtudes llegó á ser respetable, mereciendo la consideración y el aprecio de todos. San Vicente Ferrer, no cabe duda alguna, fué de una familia acomodada, cuyos bienes habían sido adquiridos por su laboriosidad y ahorro. Hemos visto un trabajo muy erudito sobre la familia del Santo, y en el árbol genealógico que le acompaña se le hace pariente de San Luis Beltrán, al cual nunca se le llamó de linaje noble, sino de muy humilde cuna [1].

1 Chabás, *El Archivo,* tom. I.
Los historiadores de San Luis Beltrán dicen también que fué pariente de San Vicente Ferrer. El P. Vidal, citando á Beaumont, en la *Vida de San Luis,* avanza hasta decir que fué sobrino de nuestro Santo en sexto grado, pero sin aducir prueba alguna.

También se ha procurado sacar partido del escudo de armas usado por la familia para darle un origen noble, diciendo que fué heredado de uno de los Ferreres que acompañaron á D. Jaime I en su conquista de Valencia; pero hay que advertir que, no obstante tener entrambos las *herraduras*, se diferencian notablemente, como advierte Teyxidor: el de San Vicente tiene cuatro barras rojas sencillas y atravesadas en campo blanco ó de plata, y el de los Ferreres antiguos tiene seis barras, rojas también, atravesadas de dos en dos en campo amarillo, ó de oro, como dice Viciana [1]. Sea de ello lo que quiera, no creemos de mucha importancia el estudio del escudo para buscar su linaje, porque sabido es que estas insignias son muchas veces convencionales y no prueban ninguna nobleza.

Fueron los dichosos padres de San Vicente, Guillem Ferrer y Constanza Miquel, ambos de ejemplar virtud, muy amigos de los pobres, pues conservando lo preciso para el decente trato de sus personas y familia, gastaban el resto de sus rentas en limosnas y en ejercer obras de misericordia, dando con ello un bellísimo ejemplo de caridad á sus hijos, que fué premiado con creces por Dios concediéndoles una descendencia tan santa y tan ilustre.

El eruditísimo Teyxidor, en su *Necrologio del convento de Predicadores de Valencia*, lo justifica de este modo:

"Guillem Ferrer, Notario, y Constanza Miquel, tuvieron entre otros hijos á Vicente y Pedro Ferrer. Éste, del matrimonio con Madona Vicenta, tuvo á Martín Ferrer, y casado éste con Na Angelina, entre otros hijos tuvo á Úrsula Ferrer, que casó con Jaime Bertrán, y tuvo á Luis Bertrán, que casado con Na Úrsula, tuvo á Juan Luis Bertrán, Notario, el cual, del segundo matrimonio con Juana Ángela Eixarch, tuvo á nuestro San Luis".

[1] Crón. de Val., l. 2, let. E. n. 3.

Guillem Ferrer fué natural de Valencia [1] y de oficio notario, y casó en 1340 con Constanza Miquel, hija de Guillén Miquel, oriundo de Cataluña y capitán de una nave, y de Catalina Revert, hija de Pedro Revert. El P. Teyxidor dice que la familia Miquel era oriunda de Gerona, y Jaime Pedro y Domingo Miquel asistieron á la conquista de Valencia y fueron heredados en esta ciudad [2].

Alguno afirma que Guillem Ferrer no ejerció la notaría; pero las cuatro escrituras que se conservaban

1 El Dr. D. Marco Antonio Paláu, Pavorde, Deán de la Santa Iglesia de Orihuela, en su *Diana desenterrada* (1643), escribe: "Aunque San Vicente Ferrer nació en la ciudad de Valencia, por lo que su padre vivió en la de Denia, y por los muchos deudos que en ella tiene, me ha parecido hacer memoria de lo que quizá pocos tienen noticia. Por los años del Señor 1335, poco más ó menos, vino á Denia de la villa de Palamos de Cataluña Guillermo Ferrer con otro hermano suyo llamado Pedro, que fué Señor de una gruesa nave. Vivieron los dos hermanos algunos años en Denia, y de Pedro, que fué el mayor, no quedó sucesión. Guillermo Ferrer fué notario en Denia, donde compró una buena casa, que hoy la poseen sus descendientes en la calle de Abaxo en la villa, con algunas tierras y posesiones. Ofreciósele por ciertos negocios un viaje á Valencia, donde se detuvo algunos días, y en ella se casó con Constanza Miquel, hija de un ciudadano rico de Valencia, por lo cual se quedó á vivir en ella". A lo que contesta el P. Teyxidor: "He insinuado que Guillem Ferrer pudo ser ascendiente de nuestro Santo, y natural de Valencia; y me parece lo más verosímil, pues contra ello no hace fuerza lo que afirma el Dr. Marco Antonio Paláu, de que por los años 1335 vinieron de la villa de Palamos en Cataluña á Denia Guillermo Ferrer y su hermano Pedro Ferrer. En primer lugar, porque esto no se halla asegurado con documentos fidedignos, y en segundo porque la tradición constante de Palamos asegura que esta villa no existía aún por los años referidos, puesto que como refiere D. Nicolás Antonio en su censura de Hist. fabril, en esa época dicha población se componía tan sólo de unas cabañas de pescadores, las cuales poco á poco se fueron después trasformando en lo que son hoy día".

2 "La familia Miquel (y no Miguel como escriben los modernos) es oriunda de Gerona, y Jaime Pedro y Domingo Miquel asistieron á la conquista de Valencia, y fueron heredados en ésta, como puede verse en Ribera, en su centuria, pág. 527, y de Pedro Miquel lo asegura en su trova el caballero Mosén Jaime

en el Convento de Predicadores de Valencia—dos de las cuales copia el Maestro Vidal [1]—, siendo otorgada una en el año 1386, cuando ya sería muy anciano, y que prueba que tenía oficina abierta y pública en su casa, demuestran lo contrario.

A este venturoso matrimonio concedió la divina clemencia tres hijos y cinco hijas, como nos lo dice el mismo San Vicente en un sermón predicado el día de San Juan Bautista en Ciudad Real, el año 1411, al tratar de las gracias que han de dar los padres á Dios por los hijos que les concede: «Cuando de vuestro matrimonio—dice—tengáis un hijo ó hija, lo primero que debéis hacer es dar gracias á Dios por haberos concedido un vástago para consagrarlo á su divino servicio, en la tierra por la gracia y en el cielo por la posesión de la gloria. Dadle al instante vuestra bendición, para que Dios le haga vivir santamente y llegar á la felicidad de los ángeles. De este modo hacía cierto padre de familia en Valencia (y hablaba de su padre, dice el P. Diago): cuando su mujer iba de parto se retiraba á la iglesia, y postrado de hinojos, rogaba á Dios para que tuviese un feliz alumbramiento, y así permanecía hasta que alguno de su casa le daba aviso del buen suceso. Vuelto gozoso á casa, daba gracias á Dios por tal beneficio, y tomando en sus brazos la débil criatura, la bendecía para que cayeran sobre ella los preciosos favores del cielo. Y por esto, de los ocho hijos é hijas que tuvo, todos vivieron santamente, ganando el cielo, donde están, excepto tres que viven

Febrer; dice que en su escudo traía por empresa sobre campo de oro, un cuchillo de plata, y en medio de la muralla de éste, un hombre armado, que con su diestra quita la bandera de los moros, y con su izquierda fija la de los cristianos, hazaña que ejecutó en el fuerte de Muchamiel". (Teyxidor).

[1] *Historia de San Vicente Ferrer*, nota 2.ª al cap. I.

todavía y que no dudo serán colocados también entre los elegidos». Vidal dice que los nombres de dos de las hijas se ignoran, y que fueron beatas de San Francisco con notable ejemplo en el beaterio de Valencia. Es probable que no se sepan los nombres por haber muerto antes que el Santo fuese tenido por célebre en el mundo, y no fijarse los autores en poner sus nombres en la historia de su esclarecido hermano.

Los hijos, por orden de nacimiento, fueron Pedro, Vicente y Bonifacio [1]. Pedro Ferrer, según testimonio de Teyxidor, fué hombre de mucho trato mercantil y de una delicada conciencia y ejemplar vida. Encargado de la compra de trigo en Sicilia para el consumo de Valencia, cumplió con tanto esmero su encargo, que la ciudad, agradecida, le dió las gracias en dos cartas laudatorias que le envió á Sicilia. Murió en 1404.

Bonifacio, el tercero, llegó á ser un jurisconsulto eminente, confiándole la ciudad importantes cargos y elevándole á las primeras magistraturas. Primero fué casado, y al enviudar, entró en la Cartuja de Porta-Cœli, en 1396, siendo nombrado seis años después General de su Orden. El Papa Benedicto XIII le tenía en gran estima, nombrándole su embajador en la corte de Carlos VI, y más tarde su plenipotenciario en el Concilio de Pisa; contribuyó mucho á que Francia reconociese la autoridad espiritual de Aviñón. Quiso renunciar el generalato, pero el Pontífice no lo permitió.

Tres solamente de las hermanas de San Vicente nos son conocidas, á saber: Constanza, Francisca é Inés.

En la calle de la Xedrea se hallaba la casa que habitó Inés. Dirigida por su Santo hermano, mereció

[1] Blanes y Razzano se equivocan al variar este orden, como demuestra Diago.

atraer la atención de todos, pues según cuentan Vidal y Gabaldá, próxima ya á la agonía, y creyéndola todos muerta, recobró de pronto la palabra, y dijo: «Mi hermano se me acaba de aparecer y me manda me ponga la túnica que dejó al separarnos, asegurándome que me introducirá en el Paraíso». Hízose cubrir con tan precioso vestido, tomó en la mano un cirio bendito, y rezando el *Credo,* entregó dulcemente su alma á Dios en 1434.

Constanza, casada dos veces, vivía según la Regla de la Tercera Orden de Santo Domingo. Habiendo quedado viuda, consagró su vida al cuidado de los dominicos enfermos. Una cláusula de su testamento señala cuatrocientos sueldos, cantidad respetable en aquella época, á la continuación de su obra. Murió en 1435.

Respecto á su hermana Francisca, se cuenta una trágica historia. Estando San Vicente celebrando Misa en el altar mayor de su convento de Valencia, vió delante de él una mujer que imploraba su piedad, pues se encontraba en el Purgatorio purificándose de un pecado que había cometido en el mundo. Esta mujer resultó ser su hermana, que le pidió dijese las Misas de San Gregorio para ser librada de aquellos terribles tormentos.

Los venerables padres fallecieron por los años de 1394, cuando estaba ocupado San Vicente en sus apostólicas misiones por los pueblos de Aragón, donde le reveló Dios los felices tránsitos. Vidal los cuenta diciendo que estaba un día cantando la Misa en presencia del rey D. Juan I, á quien después había de predicar, y de repente empezó á derramar copiosas lágrimas; visto esto por el rey, después del sermón le preguntó el motivo de tal llanto, á lo que respondió el Santo ser la causa de ello el haberle revelado Dios que

su padre había fallecido en aquella misma hora en Valencia, y que gozaba ya de la gloria [1].

Predicando también cierto día á las puertas de Zaragoza á un concurso numeroso, interrumpió el sermón á causa del llanto que ahogaba la voz en su garganta, y enjugadas las lágrimas, después de estar un corto rato en silencio mirando al cielo, serenóse su rostro y con desusado alborozo dijo al auditorio: «Hijos, no extrañéis tan peregrinos afectos: sabed que ahora acaba Dios de hacerme la gracia de revelarme que mi madre ha muerto en Valencia, y su alma está gozando de la gloria». Comprobado el suceso, resultó haber acontecido en la misma hora que dió tan vivas señales de dolor.

Los dos afortunados esposos fueron enterrados en la capilla de San Bartolomé del Convento de Predicadores, igualmente que sus hijos, en una sepultura que mandó labrar un ascendiente de la casa. Canonizado ya San Vicente, fueron trasladados los restos, el año 1472, desde este lugar á la suntuosa capilla que en la misma iglesia se le erigió [2]. Asistieron á esta trasla-

1 Razzano, lib. III, cap. II, n.º 7.—San Antonino, pár. 5.—Antist, p. 35.—Diago, p. 150.—Gómez, p. 226.—Gavaldá, p. 126.

2 Lo que de esta traslación dejamos dicho consta del Dietario Ms., pág. 85, que dejó escrito Fenollosa, escribano de la Sala de Valencia, en el libro del *Bien* y *Mal*, y de quien lo copiaron el padre Sala, pág. 184, y el padre Falcó, pág. 85; dice así: "A 6 de mars de 1472, á suplicació de mosen Miquel de Piera, é de en Gaspar Luis de Blanes, la ciutat delliverá de asistir á la translació de la Ossa den Guillem Ferrer, y de Na Constanza, muller de aquell, pares del molt reverent pare, é sant mestre Vicent Ferrer, de la orde de Prehicadors; los cuals foren traslladats de la capella de sent Berthomeu, qui está davall lo Campanil de dit convent é iglesia, consentinlhi lo dit Miquel de Piera, senyor de dita capella, é foren portats á la capella novament feta per lo dit Gaspar de Blanes, é foren posats davall lo altar de dita capella. Aguey solemne offici é predicá lo reverent pare mestre Clavell. Asistirinhi los honrats en Berenguer Mercader, caba-

ción, que se efectuó el 6 de Marzo, los seis Jurados, el Justicia civil y el Gobernador D. Luis Cabanilles, predicando en dicho día el M. Fr. Lorenzo Clavell.

¡Dichosa y bienaventurada familia, que fué un verdadero semillero de santos!

ller, é jurat en Cap y en Luis Bou, jurat en Cap dels Ciutadans, mosen Joan Ram, caballer, en Antoni del Miracle, en Joan Alegre, y en Phelipe de Vesach, Ciutadans, é jurats en lo present any, y lo justicia civil en Luis Joan, y lo gobernador mosen Luis de Cabanilles".

La mencionada capilla de San Vicente la labró el convento, y entre otros dió la ciudad de Valencia cincuenta *timbres* de limosna para su fábrica, que son quinientos sueldos. Concluyóse el año 1460, y en atención á que el magnífico Jofré de Blanes animó mucho la obra, y como heredero de Ausias March Caballero, dió cien florines para la fábrica, le estableció el *jus sepeliendi* en ella, reservándose el derecho de enterrar los cuerpos de los padres del Santo. Después, habiendo renunciado los herederos de dicho Blanes sus derechos á favor del convento, éste estableció el *jus sepeliendi* á Mosén Carrós de Villaragut, el año 1491. *(Nota de Vidal)*.

CAPÍTULO III

Anuncios celestiales.—Nacimiento.—Bautizo.—Fecha probable.

Cuando Dios tiene los ojos puestos sobre un alma en particular, acostumbra llamar la atención del mundo acerca de ella por hechos que escapan de las fuerzas naturales. La Sagrada Escritura nos pone de manifiesto multitud de hechos que corroboran esta verdad, y la historia profana patentiza lo mismo. Destinado San Vicente por Dios para fines especialísimos, previno también su nacimiento con portentosos anuncios que llenaron de esperanzas á los valencianos, creyendo todos había de nacer un sér extraordinario que daría mucha gloria á su patria y al mundo todo.

Algunos meses antes de nacer el Santo, soñó su padre que estando en la iglesia oyendo un sermón de un dominico muy conocido, interrumpió éste de repente su discurso y, dirigiéndose á él, le felicitó cordialmente porque le nacería un hijo que había de ser religioso de su hábito y de tal renombre y santidad, que todos los pueblos de España y Francia le darían un culto muy semejante al que dieron los primeros fieles á los Apóstoles. Gracias á la movilidad de los sueños que corren con la misma rapidez que los pala-

cios de nubes formados en el espacio á la caída del sol, el auditorio que con él estaba en la iglesia comenzó á aplaudir y dar voces en acción de gracias á Dios, á cuyas manifestaciones de entusiasmo se adhirió Guillem Ferrer, acompañando las exclamaciones y divinas alabanzas. Estos gritos de alegría le despertaron y llenaron su espíritu de una dulzura celestial, de la cual participó Constanza que despertó también á sus voces y á la que contó su sueño.

La madre tenía costumbre de dar todos los meses una medida de harina de cuarenta sueldos á una pobre ciega. En cierta ocasión, encontrándose ya en cinta, después de ofrecer su limosna, le rogó á la ciega la encomendase á Dios para que tuviese un feliz alumbramiento, á lo que contestó la mendiga apoyando su cabeza en el seno de Constanza: «Dios os prepara una gran gracia»; y de repente sus ojos se abrieron á la luz, y su espíritu, iluminado de una luz profética, decía: «¡Feliz madre!, el ángel que lleváis en vuestro seno, acaba de darme la vista...»

También fué una señal maravillosa el hecho que cuenta Razzano, cual fué el no sentir Constanza peso ó molestia alguna durante su embarazo, antes bien notó mucha agilidad y ligereza. Es que se formaba Vicente, dice Vidal, como luz que no pesa, ó como ligera nube en que había de montar el Salvador del mundo para visitar y bañar con esplendor apostólico á las provincias de Europa. De esta agilidad de Constanza, llegó á pensar San Luis Beltrán que nuestro Santo nació sin la infección y gravamen de la culpa, y así lo dejó escrito de su mano con estas palabras: «Dirás, como piadosamente se cree, que fué santificado en el vientre de su madre por la ligereza de su madre».

Estos anuncios proféticos, y otros muchos que omitimos por no ajustarse completamente á la crítica histórica, unido á la mucha consideración y aprecio con que eran mirados los padres de nuestro héroe, dió motivo á que los valencianos ansiasen el nacimiento de un niño que, bajo tales auspicios, había de venir al mundo.

Precisamente en la mitad del siglo XIII, en el mismo año tal vez en que Alfonso XI de Castilla muere víctima de la peste y Felipe VI de Francia abandona su trono socavado por las revueltas de los nobles; cuando Nápoles es invadida por las tropas de Luis de Hungría y los moros españoles desisten de dominar por completo la península; cuando se celebra por primera vez el Jubileo que cada cincuenta años había decretado Clemente VI, á causa de la gran peste que asolaba el mundo todo; en la mitad de aquel siglo que debía servir de tránsito entre la Edad Media y la Moderna, engendrándose en los Estados tantas revoluciones que debían ser origen de la independencia de muchos pueblos; cuando iba á empezar la gran lucha entre genoveses y venecianos; cuando Inglaterra iba agitándose ya por las doctrinas del audaz Wiclef, el imperio bizantino llegaba á su decrepitud y los progresos de los turcos, animados por el fanatismo religioso y militar, anunciaban una próxima revolución; cuando los sabios lanzan al mundo el descubrimiento de la brújula y del papel del trapo, el uso de la pólvora, las armas de fuego, los cañones y el uso de las bombas; en medio de tanto movimiento material é intelectual á la vez en que gimió Europa, nace el ilustre valenciano San Vicente Ferrer, enviado por la Providencia para practicar las antiguas virtudes del cristianismo, para representar los adelantos de la inteligencia en la

senda de la moralidad y de la civilización, y llevar la paz al seno de muchos pueblos, sedientos de reposo y bienestar [1].

Apenas se hizo público tan feliz nacimiento, el Consejo de la Ciudad se reunió en sesión extraordinaria, decidiendo que el hijo de Guillem Ferrer fuese apadrinado en su bautizo por los Jurados [2] que gobernaban entonces á Valencia, por los Padres de la Patria, como dice Vidal, á fin de que ésta fuese dos veces madre de

1 San Vicente nació en una de las épocas más turbulentas que ofrece la historia de Valencia. D. Pedro IV el Ceremonioso reinaba en Aragón, cuando, por una disposición poco meditada de este monarca, confió el Gobierno general del reino á la infanta D.ª Constanza, su hija primogénita, relevando al infante don Jaime, y manifestando de este modo que declaraba á la princesa sucesora en los estados de Aragón. Zaragoza se opuso á esta medida del soberano; y Valencia secundó el movimiento, formando aquella célebre coalición, que se conoce en la historia con el renombre de Guerra de la Unión, y que tuvo principio en 1341. Durante el largo período de esta lucha de Valencia con el rey, apareció en 1348 la terrible peste, que se denominó Fuego de San Antonio y que causó en nuestro país estragos espantosos. La Guerra de la Unión terminó con la entrada del rey don Pedro en Valencia el día 10 de Diciembre de 1348, y con la sangrienta y cruel ejecución de D. Juan Ruiz de Corella, D. Ramón Escorcia, D. Jaime de Romaní y D. Ponce Soler, decapitados en la plaza de la Seo, ó de la Constitución. Al día siguiente de la muerte de estos caballeros, fueron arrastrados y ahorcados doce artesanos; y en el mismo día murieron de una manera horrorosa otros seis individuos, á quienes dispuso el rey se diese de beber, fundida y ardiente, la campana que los coaligados tenían en la casa de la ciudad para llamar á sesiones públicas. El letrado Juan Sala, los caballeros Bernardo Redón y Blasco de Suhera, los doctores Antonio Zapata y Juan Vesach y los particulares Gonzalo de Roda, Guillem Destorren, Vicente Solanes y Bernardo Tafino, aumentaron las víctimas que las disensiones civiles arrojaron al cadalso. Esta sangre no mancilló por eso el manto de la libertad foral de Valencia: la infanta D.ª Constanza fué separada del gobierno: los fueros se salvaron, humillando el amor propio del monarca.

Tales fueron los acontecimientos que precedieron al nacimiento del gran pacificador de Valencia.

2 "Los Padres de la Patria que fueron padrinos, consta del libro *Del Bien y del Mal* de la ciudad, que fueron los que allí nombramos, extractos del año 1349, y que lo eran por Enero

tan ilustre niño. Quiso Dios por este lazo tenerle más obligado á la ciudad que fué su cuna, haciéndole segunda vez su hijo, por la filiación espiritual que contrajo con ella, á fin de que por muchos títulos quedase Vicente á través de los siglos con las obligaciones del hijo. Fué bautizado en la iglesia parroquial de San Esteban, llamada de Nuestra Señora de las Virtudes en tiempo del Cid, y fueron sus padrinos Ramón, Jurado *en cap* ó primero de los caballeros, Guillén de Espigol y Domingo Aragonés [1], los cuales se dirigieron á una de las más nobles damas para que fuese la madrina, siendo ésta D.ª Ramoneta de Encarroz y de Vilaragut, señora de Rebollet, y de la villa y lugares que, por real privilegio, se denominan *la villa y honor de Corbera* [2].

A la hora del bautizo se dirigieron á la casa de Guillem Ferrer los Jurados, puestos sus trajes de ceremonia, seguidos de mucha nobleza y numeroso pue-

de 1350, y lo mismo aseguran varios autores y el Arcediano Ballester en el sermón que predicó del asunto en la iglesia parroquial de San Esteban de la ciudad de Valencia el año 1667". *(Nota de Vidal).*

1 Antes del Concilio de Trento no había limitación en el número de los padrinos: el Concilio citado los redujo á dos.

2 En los papeles de familia del Excmo. Sr. Marqués de Mirasol, descendiente de los Carroz y Villaragut, se lee: "Noticias genealógicas de Carroz.—N.º 20.—Volviendo á proseguir lo comenzado de nuestra línea primogénita de los Carroces que siempre se han conservado en la ciudad de Valencia como en el n.º 10 quedó dicho de D. Esteban Carroz, que fué el último... Al cual le sucedió D.ª Ramoneta Carroz, señora de Rebollet y Corbera, la cual fué madrina de nuestro patrón valenciano San Vicente Ferrer, de la Orden de Santo Domingo, que juntamente con los Jurados de Valencia que eran de aquel año le bautizaron, sirviendo de padrinos la dicha D.ª Ramoneta y dichos Jurados, en la parroquia de San Esteban de la presente ciudad de Valencia, donde nació dicho Santo; y en conmemoración de un acto tan santo y pío, y de un hijo de tanta virtud y santidad, cada año tal día como fué dicho Bautismo se hace y celebra".

blo, llevando al niño procesionalmente á la parroquia. El cura, que se llamaba En Perot Pertusa (D. Pedro), salió á recibirles lleno de gozo por el nuevo feligrés que le enviaba el cielo. Cuando iba á procederse al bautizo, surgió la cuestión entre los Jurados acerca del nombre que le habían de imponer al niño, pues todos querían que llevase el suyo, y esta contienda se hubiese hecho interminable á no haberla atajado el sacerdote, diciendo: «Dios habla por su Iglesia: que el niño lleve el nombre del ilustre Santo del que estos días celebramos su glorioso triunfo; se llamará Vicente», anunciando con ello que había de vencer á los enemigos de Dios con el fuego de su elocuencia y con sus extraordinarias virtudes. Natural parece que el cielo inspirase á En Perot, pues los que nacen santos para bien universal del mundo, merecen que por divina ilustración se les imponga el nombre.

Acerca de la verdadera fecha en que nació San Vicente Ferrer, nuestro querido amigo D. Francisco Martí Grajales ha escrito un luminoso trabajo [1] que, competentemente autorizados, nos complacemos en transcribir, con la seguridad de que nuestros lectores lo agradecerán. Dice así: «Observaciones críticas acerca de la verdadera fecha en que nació San Vicente Ferrer». En estas ó parecidas palabras se expone el tema que es objeto del presente artículo.

Muy debatida ha sido esta cuestión en todos tiempos: muchos son los autores regnícolas que de ella han tratado, procurando analizarla y resolverla, llegando algunos de ellos á aproximarse á la verdad. Por tanto,

[1] *Fecha del nacimiento de San Vicente Ferrer.* Premiado con un objeto de arte en los Juegos Florales celebrados por *Lo Rat-Penat* en el año 1891, insertado en el Almanaque del periódico valenciano *Las Provincias.*

nuestra misión no puede ser hoy otra cosa que exponer las pruebas que en defensa de sus afirmaciones aquellos autores ya adujeron, si bien olvidaron una circunstancia principalísima, sin la cual no puede verdaderamente fijarse con exactitud la fecha del nacimiento del celebrado Apóstol valenciano.

Canonizado en 1455 el esclarecido patricio Fray Vicente Ferrer y Miquel, y depurados entonces con nimia escrupulosidad los sucesos todos de su larga vida, en el proceso de canonización pudieron encontrar sus devotos é historiadores copiosas fuentes de nuevas noticias, que permitieron escribir detalladamente la biografía de nuestro excelso compatriota. El primero que llevó á cabo tal propósito fué el Rvdo. Dominico Pedro Razzano, Obispo de Lucerna, quien asentó muy juiciosamente ciertos antecedentes cronológicos sobre distintos pasajes de la vida de Fray Vicente, los cuales han sido en general aceptados por todos sus sucesores. Una fecha indica, sin embargo, que ha dado motivo á confusión y dudas: es ésta la de 5 de Febrero, *día de dominica*, en la que supone que Vicente Ferrer tomó el hábito monacal, y como este hecho de ocurrir en domingo no pudo ser por entonces más que en 1374, dedujeron después algunos autores la consecuencia de que su nacimiento debía haber ocurrido en 1357; afirmación que ha sido, y con motivo, una de las más impugnadas, como veremos más adelante. Hoy está casi por todos desechada, y tan sólo como excepción, y quizá por inadvertencia, la adoptan en sus obras el P. Henschenio *(Notas á la vida de los Bollandistas)* y el Padre Croisset *(Año Cristiano)*.

Otra opinión diversa sobre este suceso fué sostenida por otro esclarecido valenciano, poeta y novelista de mediados del siglo XVI. Juan Timoneda, en su *Me-*

moria Valentina, en cuya obra trátanse cosas memorables y dignas de saberse desde la fundación de la ciudad de Valencia hasta el año 1569, asegura que nació nuestro insigne paisano en 1348, pero no aduce prueba alguna en pro de su afirmación.

El Maestro Echart *(Escritores de la Orden de Predicadores)* y Fray Antonio Bremond *(Bulario Dominicano)* indican como año probable el de 1346, como el P. Antist el de 1340, pero lo mismo que Timoneda tampoco razonan su opinión; su único fundamento parece ser el de la fecha de la toma de hábito, equivocadamente fijada por Razzano.

A principios del siglo XVII aparecen Fray Vicente Gómez y Fray Francisco Diago, ambos de la Orden de Predicadores, y los dos muy eruditos y amantes de las glorias de su patria y religión. Ellos son los primeros que citan el día 23 de Enero de 1350, como el verdadero en que debe fijarse la venida al mundo de uno de los oradores más grandes con que cuenta la Edad Media. El P. Diago, especialmente, como escritor más concienzudo, trató de demostrarnos palmariamente su opinión, y para ello le sirvieron de base los fundamentos siguientes: primero, que Vicente Ferrer tomó el hábito de su Orden cuando contaba diez y siete años y trece días; esto es, cuando ya había entrado en los diez y ocho de su edad, según se comprueba en todas las historias de su vida y se afirma en la Bula de canonización; segundo, que según documento auténtico, que copia, Fray Vicente hizo renuncia del beneficio que disfrutaba en la iglesia parroquial de Santo Tomás de esta ciudad, en 27 de Abril de 1367, ante el Obispo D. Vidal de Blanes; tercero, que en 1368 era ya religioso profeso del Convento de Santo Domingo, puesto que en capítulo provincial celebrado en Tarragona el

8 de Septiembre del indicado año, se le destina, con otros religiosos profesos, para que pase al convento de Barcelona á dedicarse al estudio de la Lógica. De estos tres hechos, relacionando el primero con los siguientes, resulta que, si en 1368 era religioso profeso, habiendo entrado de novicio en 1367, renunciando por ello la prebenda eclesiástica de Santo Tomás, cuando contaba diez y siete años y trece días de edad, precisamente debió haber nacido en 1350.

Con esta opinión se muestran conformes la mayor parte de los autores que han escrito después de Diago. El Maestro Ferrer de Valdecebro dice textualmente en el exordio de su historia de la vida del Santo: «Nació por los años 1350, á 23 de Enero, día de Santa Emerenciana, gobernando la Iglesia Benedicto XII... fué año de Jubileo». Y no contento con esto, en el capítulo segundo de la misma, se ratifica y exclama: «Cuando llegó la (hora) de nacer el niño santo, que fué día 23 de Enero de 1350...»

Desde dicha época quedó, pues, esta opinión como la única bien fundada y verdadera; y al adoptarla el P. Vidal, la cuestión pareció quedar ya decidida para siempre, sin duda ya de ningún género. No se publicó después biografía de San Vicente ni opúsculo devoto referente al mismo, en que no se ratificase el indicado aserto.

D. Tomás Mérita y Llácer, distinguido abogado, en un curioso compendio, como el abate Bayle en su *Vida de San Vicente*, escrita en francés y publicada en París, con motivo de las fiestas del cuarto centenario de canonización, y otros, resuelven siempre este punto sin discusión ni razonamiento alguno, siguiendo lo establecido por los últimamente indicados. No obstante, casi en nuestros tiempos, á últimos del pasado siglo,

el estudiosísimo y acreditado archivero el Dominico Fray José Teyxidor, aun creyó deber insistir en esta cuestión, apoyando la afirmación de Diago, seguida por Vidal y otros biógrafos. El P. Henschenio, en la obra anteriormente citada, había puesto en duda la autenticidad del documento publicado por primera vez por el cronista de *Los Condes de Barcelona*, sobre la fecha de toma de hábito; y el moderno historiador de Valencia, además de probar aquella autenticidad, comprueba también, apoyándose en los mismos dichos de los impugnadores, la certeza de la opinión de su docto antecesor. El Obispo Razzano había asegurado, como llevamos dicho, que Fray Vicente nació en 1357, y como la fecha exacta de su muerte es la de 1419, hace notar el erudito Teyxidor que, de ser cierto lo afirmado por este biógrafo, no podía de ninguna manera contar aquél *cerca de setenta años* cuando ocurrió su fallecimiento; por lo que evidentemente se aclara que su nacimiento no podía ser en la época señalada por el aludido autor, sino la fijada por el analista valentino, que era la única que concordaba con la indiscutible afirmación de la edad del Santo.

De igual modo, y con el mismo éxito, refuta también el P. Teyxidor las opiniones de Timoneda, Antist y Echard, fundándose siempre en la veracidad de los documentos y en lo expuesto en la Bula de canonización.

Son muy poco conocidas, por desgracia, las valiosas obras de este esclarecido y moderno historiador valenciano, honra de la Orden de Dominicos y celoso investigador de muchas noticias referentes á sucesos de nuestra ciudad, que habían quedado obscurecidos y confusos en las producciones de nuestros cronistas.

Continúan todas ellas inéditas [1], y esta es la causa de su escasa influencia en los modernos trabajos históricos del renacimiento literario que desde hace algunos años se viene desarrollando en Valencia. El erudito y distinguido bibliófilo, nuestro apreciable amigo D. José Enrique Serrano, es poseedor de algunas, entre las cuales se cuenta las *Notas á la Vida de San Vicente Ferrer* [2], donde hemos estudiado las curiosas noticias que contiene sobre tan importante materia, algunas de las cuales hemos aprovechado.

En nuestro concepto, creemos que la cuestión acerca de la fecha del nacimiento de San Vicente Ferrer, no queda resuelta aún con todo lo expuesto: juzgamos necesario añadir algunas ligeras reflexiones sobre cierta cuestión cronológica que directamente se relaciona con este asunto, y que ha sido la verdadera causa de confusión cuando de ello se ha tratado. Nos referimos al cambio de calendación ó de era, verificado en estos reinos en el año 1357 de la Encarnación.

Efectivamente, como se demuestra por las fechas correlativas de las actas del Consejo de la Ciudad, ins-

1 El erudito Canónigo de esta Metropolitana Basílica de Valencia, nuestro querido amigo M. I. Sr. D. Roque Chabás, ha comenzado á publicar la obra del P. Teyxidor, escrita en 1767, titulada *Antigüedades de Valencia*, que la forma una colección de "observaciones críticas, donde con instrumentos auténticos se destruye lo fabuloso, dejando en su debida estabilidad lo bien fundado". La actual poseedora de este manuscrito, notable monumento de la historia de Valencia, es D.ª Consuelo Alonso de Medina, viuda de D. José Vives Ciscar, tan conocido por esta clase de estudios. A esta obra seguirán otras del mismo ilustre Dominico, con cuya publicación se prestará un gran servicio á la historia de Valencia, por lo que merece el Sr. Chabás los plácemes de las personas eruditas.

2 Las citas que hacemos del P. Teyxidor en todo el libro, están tomadas de este precioso manuscrito que nos ha permitido consultar su poseedor el Sr. Serrano, al cual estamos sumamente agradecidos.

critas en los libros *Manual de Concells y Establimens*, que se conservan en el Archivo Municipal, en cumplimiento de lo mandado por el rey D. Pedro IV (II de Valencia) en 1358, en el fuero 3.º, se ve que el año de la Encarnación 1357 termina, como siempre, en 24 de Marzo; pero que en el día siguiente del propio mes empieza á contarse el año 1358 de la Natividad de Jesucristo [1].

Ahora bien: como los años de la Natividad empezaban á contarse el primer día de Pascuas de Navidad, ó sea en el 25 de Diciembre, mientras que el año de la Encarnación comenzaba en el 25 de Marzo, resulta que á este primer año de la nueva calendación faltaron los ochenta y tres días comprendidos entre el 1.º de Enero y 24 de Marzo, ambos inclusive, y los siete días que se cuentan desde el 25 al 31 de Diciembre: total, noventa días, ó sean tres meses; lo que ha de tenerse muy en cuenta para la fijación de todos los sucesos ocurridos en aquella centuria, sobre todo si el asunto está relacionado, como ocurre en el presente caso, con el transcursó sucesivo de los días y de los años.

Teniendo presente, pues, todo cuanto llevamos dicho, vamos á deducir la fecha exacta en que debió ocurrir el nacimiento de San Vicente.

Como datos ciertos, que deben servirnos de base, tenemos, primero, el de que murió Fr. Vicente en Vannes el día 5 de Abril de 1419 (de la Natividad de Jesucristo), y segundo, que cuando ocurrió este hecho, según aparece en el proceso de canonización, tenía sesenta y nueve años, dos meses y trece días. Razonando y practicando una sencilla operación aritméti-

[1] *Manual de Concells y Establimens de la Ciutat de Valencia*, n.º 13. Comprende los años 1356-60 inclusive.

ca, hallaremos el resultado siguiente: que aquél nació, como dicen Gómez, Diago y demás historiadores, en 23 de Enero de 1350 de la Natividad; pero, teniendo en cuenta que cuando ocurrió este suceso se calendaba en el reino de Valencia por la era de la Encarnación, habremos de fijar el día de aquella calendación antigua, que corresponde á la fecha moderna antes citada, y esto lo hemos de conseguir fácilmente restando de ella los noventa días que tuvo de menos el año 1358, según antes dejamos asentado, por lo que resulta que San Vicente Ferrer nació el día 24 de Octubre de 1349, de la era de la Encarnación; siendo de todo punto imposible hacer la reducción de este día al correspondiente de la era de la Natividad, como inadvertidamente lo hicieron todos los historiadores y biógrafos, desde Diago hasta el P. Teyxidor, porque no tuvieron en cuenta la falta de los noventa días del año 1358, primero en que comenzó á contarse en Valencia por la era de la Natividad.

Con lo dicho creemos haber dilucidado suficientemente esta cuestión, que durante largos años fué objeto de detenido análisis por parte de numerosos escritores.

CAPÍTULO IV

Casa natalicia.—Su culto.—Vicisitudes.—La iglesia.—Museo taumatúrgico. —La higuera milagrosa.—Un aviso peregrino.—La Pila bautismal.—Los *Bultos*.— Sucesos admirables.

La casa donde nació San Vicente Ferrer, propiedad de sus padres, estaba situada y existe todavía en la calle del Mar, hacia el extremo, muy cerca de la Glorieta y esquina á la calle de la Gloria; como todo lo que se relaciona con el Santo, lleva en sí un sello especial de celebridad que inspira afecto y entusiasta devoción á los valencianos. En ella vivió el ilustre Apóstol hasta 1367, año en que tomó el hábito de religioso de Santo Domingo en el Convento de Predicadores, y sus paredes dichosas vieron los inocentes juegos del tierno niño, su temprana piedad, los primeros milagros, la formación de aquella alma purísima que había de dar tanta gloria á la Iglesia de Jesucristo.

No se sabe cómo esta casa pasó de la familia de Ferrer á ser propiedad de un valenciano llamado Antonio Martín, cuyos hijos la vendieron á D. Francisco Castelles, que á su vez hizo venta de ella al Convento de Santo Domingo, según escritura de 28 de Mayo de 1496, ante el notario Guillén Tobián, y cuyos reli-

giosos, como es natural, la destinaron á oratorio, con la invocación de San Vicente; pero en el año 1498 fué vendida al gremio de Boneteros (oficio muy importante en aquella época por no usarse sombreros), cuyos nuevos propietarios la ensancharon considerablemente, adquiriendo la casa contigua, y la destinaron á casa gremial. En la escritura de compra, que hicieron en 13 de Marzo de dicho año, ante Juan Casanova, se puso una cláusula por la que no se podía enajenar aquélla sin licencia del convento.

Cuando á fines del siglo XVI fueron introducidos los sombreros, decayó el gremio de Boneteros, los cuales, no pudiendo sufragar los gastos del culto, decidieron vender la casa á la ciudad, que hacía ya tiempo apetecía poseerla; y previa deliberación del Consejo general de 14 de Agosto de 1573, logró sus deseos, consiguiendo su adquisición, con licencia del convento, en escritura ante Jaime Benito Moreno. La ciudad no sólo adquirió esta casa, sino también un almacén de trigo y otra casa del mismo gremio contigua á aquéllas, cuya compra autorizó el escribano del Cabildo, por estar sujeta á señorío directo de éste, dando, por acuerdo de 9 de Septiembre de aquel año, ciertas providencias concernientes á su buena conservación. Por acuerdo de 30 de Julio de 1577, se ordenó que hubiese misas todos los días que le pareciese al administrador, estableciéndose además que la casa é iglesia estuviesen siempre abiertas; que residiese para su decencia un sacerdote en la habitación adjunta; que los sábados se cantase la Salve, y en las fiestas del Santo, las primeras Vísperas con Misa y sermón, asistiendo representación de la ciudad; que los domingos y fiestas se celebrase Misa cantada; y el día del Santo, en el de San Pedro y San Pablo y en el de San Vicente Mártir,

una función solemne con sermón en idioma valenciano: estas disposiciones datan, según Zacarés, del año 1573.

En 1578 se interrumpió el culto á causa de que el Sínodo celebrado aquel mismo año prohibía á los sacerdotes decir Misa en oratorios de cofradías, excepto el día de la fiesta patronal; pero los Jurados pidieron con insistencia al Beato Juan de Ribera, Arzobispo entonces de Valencia, se repusiese el culto, el cual ordenó se dirigiesen al Nuncio, que accedió á la petición. Desde entonces en la casa natalicia no se ha interrumpido el culto del Santo.

En el año 1614, habiendo querido el rey Felipe III restringir los gastos que hacía la ciudad, se le consultó por los Jurados si se comprendía éste también, á lo que el rey respondió con la siguiente carta: «El rey. Amados y fieles míos: Vióse vuestra carta de 11 del pasado, sobre la duda que á vuestros predecesores se les ofreció en continuar la limosna que esa ciudad acostumbra hacer á los religiosos del Convento de Predicadores, por la Misa que cada día celebran en la iglesia y casa de San Vicente Ferrer, fundándose en la reformación que yo mandé hacer en mi carta de Mayo de 1612 de las limosnas que esa ciudad solía dar, y porque en dicha reformación no fué mi real intento comprender las de estas Misas, las podréis continuar como hasta aquí, sin hacer novedad, que yo lo tengo así por bien. Dada en Madrid á 21 de Enero de 1614. Yo el rey».

La devoción de los valencianos á tan venerable vivienda motivó el que en 1677 se renovase la capilla, dándole la forma que actualmente tiene, lo que se hizo á expensas de la pública veneración, según la inscripción lemosina colocada á la izquierda de la

puerta en la calle del Mar, que traducida dice así: «En el año de 1667 se renovó esta santa capilla, siendo Jurados Leandro de Cabreras, generoso, Jurado primero de nobles y caballeros: José Mauro de Abalsisqueta, Jurado primero de ciudadanos: José Jerónimo Aznar, generoso: Jaime Nicoláu Deona, Francisco Vicente Lloréns y Tiburcio Roméu, ciudadanos: Pedro Job Peris, Racional: Victoriano Forés y Lucas Bono, ciudadanos síndicos».

En la iglesia de la casa natalicia, el altar principal, según tradición, ocupa precisamente la derecha del lugar en que San Vicente vió la luz primera. En el altar hay una estatua muy antigua, que también tiene su historia milagrosa, como todo lo que se refiere á nuestro Santo: puede verse en Vidal, Escolano, Gonzalvo y otros autores. Esta estatua parece que es de la época de los Boneteros.

La actual bóveda de la iglesia es la misma primitiva, único de lo que queda de la obra, y la forman cuatro arcos precintados por el estilo gótico, con los escudos de armas de la ciudad en sus claves: lo demás se renovó en 1667, según la lápida mencionada. La imagen del retablo que cubre el nicho es un lienzo del célebre Espinosa, y representa á Guillem Ferrer mirando al niño Vicente, á quien la comadre está envolviendo en los pañales que le entrega una sirvienta, y en último término á Constanza Miquel, incorporada en la cama y en actitud de tomar el alimento que le ofrecen.

En lo que se supone y es probable fuera corral de la casa, y es hoy un patio descubierto, entre la habitación del capellán, la iglesia y la sacristía, hay una hermosa pila de jaspe, donde desembocan varios caños de agua, alimentados por la del pozo antiguo de la

casa, que bendijo el Santo, de la que se hace gran consumo diario. Un peón, que costea la ciudad, cuida de que no falte agua en los depósitos que surten la fuente; sobre la puerta de entrada al lugar donde está el pozo, hay una lápida en que se lee: «Para perpetua memoria de la piedad de Valencia durante la epidemia del cólera morbo en 1854, suministró este pozo 159.976 cántaros de agua; transportándose por el ferro-carril 4.590 quintales. Por gratitud coloca esta taza de mármol la piedad de los valencianos, año 1858» [1].

Encima de la pila que hemos dicho, hay un retrato de San Vicente sobre madera, y de bastante mérito, encerrado en un marco plateresco: todo el patio está

1 Todos los días, y á todas horas, hay algunos devotos en el patio, que van á apagar su sed en el agua del pozo de San Vicente. Raro es el devoto que al pasar por la casa natalicia no entra en el patio á rezar alguna oración y beber *agua de San Vicente*. Y es tanta la fe que los valencianos tienen en esta agua, que en épocas calamitosas, y especialmente de epidemia, se ha de establecer turno rigoroso para poder beber. Hemos visto muchísimos enfermos, sobre todo niños, que debilitados por el sufrimiento de larga enfermedad, se negaban á tomar medicina alguna, excepto del agua del pozo de San Vicente, de la que bebían con extraordinaria avidez, y sólo confundiéndolas con dicha agua tomaban las medicinas.

Sobre el brocal del pozo, hay unos azulejos de bastante antigüedad con los siguientes versos:

Este es el Pou de Vicent
Y el Aygua té tal virtut,
Que als malalts dona salut
De qualsevol accident.

En la pared lateral de la izquierda se halla la siguiente inscripción, también sobre azulejos:

Qui veu en intenció pura
Y reverencial temor
De Sent Vicent el amor,
De tot perill lo assegura.

En la puerta de entrada, á la derecha, están los siguientes:

El Cego si beu, si veu,
La vista trau de este Pou,
El Mut parla, el Sort sí ou,
Logranto Vicent de Deu.

sumamente aseado y cubiertas las paredes de azulejos que representan varios hechos maravillosos de nuestro Santo, conservados por la tradición, tales como la caída del *Mocador*, el zapato recuperado, el niño predicador, la resurrección del compañero de escuela y la higuera milagrosa, que refiere de este modo Vidal: «Un acaso—dice—que por el tiempo y circunstancias pareció milagroso, sucedió en esta venerable casa el año 1698. Celebróse dicho año en Valencia la fiesta de nuestro Santo á 7 de Abril; entró en su iglesia á hacer oración una mujer que estaba en cinta, y al salir de ella por el atrio de la casa, donde había una higuera, al verla tan lozana, con el antojo de mujer embarazada, le dió deseo de comer brevas. Registró la higuera con esta ansia, y vió en ella, con prodigio singular, tres brevas muy hermosas y maduras, de las cuales comió, y llevaron á un Maestro docto y grave de nuestro Convento de Predicadores, Catedrático de Teología en la Universidad y calificador del Santo Oficio, que había de predicar del Santo, para que dijese esta maravilla en el sermón, como lo hizo. Y él mismo me refirió que tuvo las brevas en sus manos. Este acaso se tuvo por milagro, porque á 7 de Abril no puede regularmente haber brevas, siendo el tiempo de ellas por el mes de Junio; y así, creyó la piedad que el Santo concedió á la mujer las brevas para que no abortase el niño... vive hoy el hijo; es sacerdote y Vicario de la parroquia misma de San Esteban de esta ciudad».

Todas estas pinturas son antiguas y están cubiertas de innumerables exvotos, que reunidos forman en pequeño un verdadero museo taumatúrgico.

Entre los muchos milagros que hemos leído y que se refieren á la casa, merece citarse también el siguiente:

Cuando la casa era de los Boneteros, un clérigo llamado Mosén Balderas, con limosnas que recogía, celebraba todos los años la fiesta de la canonización del Santo. Pero cuando la ciudad compró la casa, Balderas no intervenía en nada y cesó la fiesta. Acercábase el día propio de la fiesta, y olvidado de ella el capellán, que se llamaba Mosén Gasca, oyó tañerse á toda prisa el rolde de campanillas que está junto al altar. Asustado por esta novedad comunicó el caso con Antonio Estopiñá, soguero y vecino que cuidaba de limpiar y asear la misma iglesia, el cual fué á Mosén Balderas, y le refirió el suceso. Enternecióse el devoto clérigo, y dijo: «San Vicente pide á voces se le restituya la fiesta de la canonización»; lo que ofreció hacer al siguiente año, y continuó haciendo otros cuatro, hasta que enterada la ciudad, la tomó á su cargo y la costea hasta hoy.

La entrada al patio está en la calle de la Gloria, y la de la iglesia en la del Mar, habiendo en la fachada de ésta una lápida de mármol, donde en letra redondilla se lee: «Casa natalicia de San Vicente Ferrer». Sobre ella hay un nicho con pilastras corintias y la imagen del Santo titular.

La Pila donde fué bautizado San Vicente se conserva todavía en San Esteban, y es la que sirve para la administración de este Sacramento en la citada parroquia. Es de mármol negro de una sola pieza, tiene la forma de copa, y está colocada á los pies de la iglesia, en el centro de una capilla cerrada por una verja de hierro, á la que se sube por tres gradas. Antiguamente estaba embebida en una mesa de altar. Esta capilla tiene cúpula y linterna, y en los muros laterales y retablo de enfrente hay dos marcos entallados y un cuadro, que representa el bautizo de San Vicente

Ferrer y el acto de instituir la administración de esta pila. Dice al pie de cada marco en grandes lápidas: «La propiedad y patronato de esta capilla, corresponde al Ilustre y Noble Colegio Notarial de Valencia; existió anteriormente en el arco que hoy ocupa la puerta principal de la iglesia: fué trasladada á este sitio en el año 1682, mediante deliberación escriturada y con licencia del Diocesano, y se renovó en el año 1873»; y en el lado opuesto: «La administración de la Pila bautismal de San Vicente Ferrer, fué fundada por el venerable P. Fr. Domingo Avadón, de la Orden de Predicadores, y por el Notario José Benito de Medina, y encargada á doce notarios de esta ciudad, auxiliados de doce oficiales de los gremios más distinguidos de la misma. Ordenaron los estatutos para su gobierno en 1604, y separados los gremios en 1610, continúan en dicha administración los doce notarios». A los lados laterales hay dos esculturas que figuran los padres de San Vicente Ferrer y San Luis Beltrán, y entre ellas una inscripción que recuerda fueron bautizados estos dos Santos en dicha Pila.

La Cofradía de los notarios celebra, con inusitada pompa, el domingo siguiente de la fiesta de San Vicente Mártir, la del bautizo de San Vicente Ferrer: el Colegio Notarial hace otra fiesta la segunda dominica de Noviembre.

El domingo siguiente al de Pascua de Resurrección, llaman la atención de los forasteros *els Bultos* ó colección de figuras de personajes de tamaño natural, con trajes del siglo XIV, representando la escena del bautizo. Esta representación, apoyada en la antigüedad [1], pues no se sabe su origen, ofrece al gran

[1] Consta que en el año 1599 ya se exhibían los *Bultos*, pues en la relación que Felipe Gaona dejó manuscrita de las fiestas

número de fieles que la visitan una animada escena que recuerda en sus detalles el celebrado bautizo. Se colocan los *Bultos* sobre un tablado extenso convenientemente decorado, que ocupa cuatro intercolumnios de la iglesia: los personajes que se representan son, entre otros, el cura, el sacristán, dos jurados, virrey, virreina, negro y negra, padrino, madrina, la comadre con el niño, un monaguillo, etc. En el día se visten por contrata. En tiempo del Arzobispo Mayoral, con motivo de ciertos desórdenes que habían sucedido en la iglesia, se prohibió la exhibición de los *Bultos;* pero á fuerza de ruegos, y en virtud de un decreto de la Sala de Justicia de 8 de Enero de 1763, se restableció la antigua costumbre.

La capilla de la Pila no tardó en ser célebre, por los numerosos milagros que en ella sucedieron. Dice Sala que los exvotos llegaron á ser tan numerosos, que no podía entrar nadie en la capilla, y un decreto episcopal mandó quitarlos.

El Dominico Gavaldá, que en 1682 escribió una Vida del Santo, cuenta un suceso milagroso que han reproducido todos los historiadores. Dice así: «A fin de que no faltasen créditos del cielo para aumento de la devoción que los fieles tienen á esta Pila, refiero lo que he hallado en un auto ó memoria, hecha por un tal Medina, notario, que se halló presente al milagro. El año 1605, día 20 de Noviembre, víspera de la Presentación de la Virgen, dia que en aquella parroquia se hace la fiesta en la capilla que fundó el Cid, por ser su propia invocación, estando el altar de la Pila de San Vicente aliñado con mucha riqueza y curiosidades, queriendo uno bajar la lámpara de dicha capi-

celebradas por el casamiento de Felipe II, dice que para solemnizar aquel suceso se pusieron en la plaza de Santo Domingo.

lla, se rompió la cuerda, cayó toda al suelo, y la lámpara, que pesaba media arroba, se quedó en el aire por espacio de media hora, hasta que con escalera la volvieron á atar; viéronlo cuantos había en la iglesia, y atribuyeron el milagro á la intercesión de San Vicente Ferrer, que no permitió cayese la lámpara sobre el altar, con tanto daño de las muchas cosas de valor que en él había, y desconsuelo del devoto que le había aliñado. De todo esto consta por la visura é información hecha por el Oficial Casanova, registrada en el libro de las provisiones y mano de la Corte del oficialado de Valencia á 22 de dicho mes y año» [1].

En dicha Pila han sido bautizados, á más de nuestro Santo, otros muchos bienaventurados y personajes célebres [2], por cuyo motivo muchos feligreses de otras parroquias han llevado siempre á esta iglesia á bautizar á sus hijos, costumbre que continúa hoy día [3], necesitándose para ello el permiso y cumplimiento de lo mandado por el Provisor y Vicario General del Arzobispado.

1 Gavaldá, *Vida de el ángel, profeta y apóstol Valenciano San Vicente Ferrer*, Valencia, 1682, segunda edición, pág. 12.

2 En esta Pila, además de los eminentes Santos Vicente Ferrer y Luis Beltrán, fueron bautizados el Beato Nicolás Factor, D. Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente: el venerable Fray Francisco Dabón, religioso Trinitario calzado: el venerable Marcos Antonio Alós, de la misma Orden: el venerable Fray Vicente Orient, recoleto: el venerable Gonzalo de Hixar, antes conde de la Alcudia: el venerable D. Luis Crespi de Borja, presbítero y fundador de la casa de la Congregación de San Felipe Neri, Obispo de Plasencia y Orihuela, embajador de Felipe IV, para representar ante la Santa Sede la causa de la Inmaculada Concepción: el venerable Acacio March de Velasco, Obispo de Orihuela, y el venerable D. Juan Vives de Cañamás, de la familia de los condes de Faura.

3 Una tradición piadosa, que no sabemos se haya desmentido, refiere que ninguno de los bautizados en esta Pila bendita ha sufrido muerte violenta.

CAPÍTULO V

Primeros años de San Vicente.—Su buen natural.—La lluvia milagrosa.—Estudios.—Piedad.—Amor á la soledad.—Curación de Antonio Garrigues.—Muerte y resurrección.

El suceso del nacimiento de un gran Santo corrió veloz por toda la ciudad, llamando la atención, no sólo de los cristianos, sino también de los moros y judíos que en ella vivían. Y era natural que la curiosidad se fijase en Vicente. Nacido con gracia abundantísima; destinado por Dios á desempeñar un papel muy importante en el mundo; adornado con el dón de hacer milagros desde antes de nacer, todos debían apresurarse á conocer al nuevo Apóstol que tales manifestaciones ofrecía de su misión divina. No es de extrañar que la reina D.ª Leonor, hija del rey de Sicilia y esposa de Pedro IV, que entonces se hallaba en Valencia, habiendo llegado á sus oidos el cumplimiento del anuncio celestial, desease ver aquel tierno infante, cuyo rostro, hermosísimo como la virtud, presagiaba un dulce y apacible carácter, una ternura de ángel y un corazón capaz de todos los sacrificios en aras del amor á sus semejantes.

Nos imaginamos los tiernos coloquios que tendrían Guillem y Constanza ante el hermoso niño. Envuelto

en blancos y limpidos pañales, con sus ojos abiertos siempre, como el que comprende todo lo que le rodea, arrullado por los besos de la cariñosa madre que le ofrecía sus pechos para que bebiese con la leche su vida llena de virtudes, levantaría sus manecitas al cielo y una sonrisa coronaría los cuidados de ambos. Al partir Guillem por la mañana para su trabajo, imprimiría sobre la frente del tierno infante un beso lleno de amor, y con sus manos acariciaría los negros cabellos que caerían sobre su frente sonrosada y espaciosa, en la que sin duda se dibujaba ya esa arruga perpendicular propia de los hombres de genio. A medida que avanzaba en edad, pondría de manifiesto sus gracias especialísimas, pasando el día jugueteando con su hermano Bonifacio unas veces, otras reclinando su cabecita en las rodillas de su madre, cuando sentada á la sombra de alguno de los árboles del huerto se ocupaba en remendar la ropa ú otra de las labores propias de su sexo. ¡Cuántas veces aquella santa mujer fijaría sus ojos en Vicente, tratando de escudriñar en lo porvenir la suerte que el cielo depararía á su hijo! Al contemplarle en sus sueños de gloria rodeado de las muchedumbres que le seguían y aplaudían con frenesí, lágrimas de agradecimiento á Dios saldrían de sus ojos, y besos de respetuoso amor darían aquellos labios sobre las mejillas del niño.

Algunos biógrafos del Santo refieren multitud de milagros realizados en los primeros años de su vida, de los cuales referiremos uno conservado por la tradición, y que no debemos omitir.

Una espantosa y larga sequía desolaba las hermosas huertas de Valencia, y á pesar de las oraciones públicas y privadas de los labradores, la naturaleza parecía muerta. Un día en que tantas súplicas se con-

virtieron en llanto, la madre tomó á su hijo como para pedir á su inocencia un milagro que remediase tanto mal. Y no fué vana esta súplica, pues el niño, con balbuciente palabra, dijo: «Si queréis lluvia llevadme en procesión»; y efectivamente, hecha la procesión por la gran fe que tenían aquellos rústicos labradores en el niño Vicente, á la caída de la tarde, cuando el sol desaparecía, espesas nubes cubrieron los cielos, y una vivificante lluvia hizo olvidar la larga esterilidad.

Este y otros muchísimos milagros que mencionaremos, aunque no tienen un verdadero fundamento ante la crítica histórica, no hay motivo alguno que nos obligue á rechazarlos, pues ninguno de los escritores valencianos los ha puesto en duda, antes por el contrario, han sido corroborados por obras de arte, medallas, monumentos, tradiciones constantes, panegíricos y composiciones dramáticas que aun en nuestros días se representan en las fiestas del Santo, ante una muchedumbre inmensa que los admite y acoge con aplauso, como recuerdos imperecederos de la vida de un ilustre conciudadano.

Llegado el niño Vicente á la edad en que las facultades comienzan á despertarse, fué enviado á la escuela por sus padres, donde dió muestras de su claro talento, feliz memoria, y una fuerza de voluntad é ingenio tan delicado, que pronto aventajó á todos sus condiscípulos. Su discurso era reposado y fuerte, anticipándose á su infancia las sentencias de la edad madura.

Cuando apenas contaba cinco años, manifestó los gérmenes de una piedad extraordinaria, atrayéndole todo lo que se refería á religión, mirando á los sacerdotes con cariño filial, dando muestras de disgusto al ver que alguno ofendía á Dios, y profesando amor tan

grande á los pobres, que muchas veces los acompañaba á su casa y les servía y daba limosna con gran regocijo de su alma. Creciendo en ciencia y santidad, era el encanto de todos los que le trataban, y sus amiguitos, de los que se veía siempre rodeado, le miraban como á un ser superior, á quien obedecían ciegamente á la menor indicación: muchas veces los reunía á todos, y subiendo á un banco ó silla les predicaba fragmentos de sermones que oía y que conservaba en la memoria, remedando la acción y entonación de los predicadores.

Hasta los ocho años puede decirse que no comenzaron sus estudios serios: la gramática, las humanidades y la retórica le fueron enseñadas por los mejores maestros, y manejaba tan hábilmente la dialéctica á los catorce años, que su perspicaz talento se aplicó en seguida á la teología, logrando en poco tiempo fama de profundo teólogo. Estudioso y de extraordinaria aplicación, se distinguió grandemente en todas las ciencias, atendidos los adelantos de la época y el estado de guerra en que se encontraba Valencia en este tiempo [1]. Pero como la ciencia teológica hace, no sólo conocer, sino también sentir á Dios, según feliz expresión de Fenelón, el joven Vicente, que era de natural

1 Era en 1363. D. Pedro I de Castilla, apellidado por unos el Cruel y por otros el Justiciero, declaró la guerra al de Aragón, y con la rapidez del águila invadió las costas del Guardamar, fondeó delante de Valencia y siguió por tierra su campaña hacia Cataluña. Volviendo, empero, sobre sus pasos, cayó sobre Teruel, se apoderó de Segorbe y Almenara, y acampó en Murviedro, dominando desde este punto los pueblos de Chiva, Buñol, Macastre, Benaguacil, Liria y diferentes otros de nuestra huerta. En 21 de Mayo se presentó delante de Valencia y se alojó en el palacio del Real, cuya hermosa fachada de jaspe hizo quitar para trasladarla al Alcázar de Sevilla. Mandaba en Valencia D. Pedro Boil, apellidado el caballero Sin-Paz, fundador de la suntuosa aula capitular, situada en los claustros del que fué

piadoso, llevó á la práctica las verdades aprendidas en la ciencia sagrada, y así como adelantaba en el estudio, avanzaba de una manera prodigiosa en los caminos de la santidad. No es maravilla adelantase tanto en las letras quien avanzaba de una manera tan prodigiosa en la ciencia de las virtudes.

Su devoción favorita era el Oficio de la Pasión, que recitaba todos los días, aumentando su aborrecimiento al pecado, causa de todos los sufrimientos de Jesucristo; y como él se consideraba solidario de esta causa, afligía su cuerpo con penitencias, ensayándose de este modo para las que había de hacer más adelante.

Otra de sus devociones predilectas era el amor que profesaba á la Virgen María, de la que rezaba también todos los días su Oficio, sintiéndose feliz cuando pronunciaban en su presencia su nombre: cada vez que oía el sonido de la campana, la saludaba con el *Ave María*. Más tarde, en sus sermones, invocaba su protección, introduciendo esta costumbre, según sentir de muchos autores [1].

Convento de Santo Domingo. El rey D. Pedro de Aragón refiere en su misma crónica que no pudo contener las lágrimas al leer la descripción que, del estado lamentable de la capital, le hizo su Obispo D. Vidal de Blanes: en su tiempo se construyó la gran sala del Capítulo de la Catedral por el arquitecto Pedro Comte. La batalla del Puig, que se dió en 29 de Abril, arrojó á los castellanos de nuestro territorio, dejando sangrientas huellas en su paso. Desde entonces data, según muchos autores, el que Valencia ostente el título de Leal y el uso de la corona, concedido por D. Pedro, en premio de su bizarría y fidelidad.

Publicamos estos hechos históricos para que mejor se comprenda la época en que vivió San Vicente Ferrer.

[1] La fórmula más usada por San Vicente era ésta: *Primo salutetur Virgo Maria.* Otras veces decía: *Presentemus Virgini illud jocale quod ipsa tantum diligit, scilicet, salutationem angelicam,* ó bien, *salutationem quæ fuit dicta per angelum Gabrielem.* Conforme al gusto de la época, buscaba juegos de palabras, semejando versos: *Ut* (materia) *sit Deo gratiosa—Salutetur Virgo gloriosa.* (Chabás, *El Archivo,* tom. V, pág. 21.)

Amigo de la soledad y del retiro, abandonaba las amistades de los estudiantes distraídos, y su mejor ocupación era el tratar plácidamente con Dios en el silencio de los templos, los que frecuentaba mucho. Era aficionadísimo á oir sermones, mayormente si eran de la Virgen, cuyas alabanzas, como hemos dicho, eran su mayor delicia, y si en ellos se trataba algo de la Pasión de nuestro Redentor, se inundaba en lágrimas considerando sus amarguísimos dolores. Ayunaba dos días cada semana, y el uno, que era el viernes, á pan y agua: su oración era tan fervorosa que de todo sacaba motivos para elevarse á las altas cumbres de la contemplación. De rodillas en el templo, ó bajo el azul de los cielos en las tranquilas noches del verano, reunía su corazón en majestuoso himno, las oraciones de los fieles ó los ruidos suaves que salen de la tierra fecunda, y contemplando á la naturaleza se abandonaba en mudos éxtasis al proclamar la grandeza de las obras de Dios.

En estas tranquilas ocupaciones corrieron los primeros años de su niñez y juventud, procurando por todos los medios asegurar el negocio de la salvación, como convencido de que para alcanzar la Gloria, es menester aprovechar toda la vida de un hombre, por larga que sea, sin desperdiciar un momento.

En los primeros años de su vida hizo tantos milagros, que á los nueve años su nombre era ya célebre en Valencia, llamándole en su barrio «el niño santo». Testimonio de esta verdad fué lo que le sucedió cuando tenía sólo nueve años. Refiérelo el M. Diago, que lo leyó en una escritura pública de aquellos tiempos, la cual, traducida del lemosín, se expresa así: «En el año 1359, Miguel Garrigues, especiero, tenía un hijo de cinco años de edad, llamado Antonio Garrigues, el

cual estaba enfermo de unas úlceras que le salieron en el cuello. Teniendo noticia su padre de las maravillosas cosas que se decían del hijo del notario Guillem Ferrer, con quien tenía mucha amistad, procuró llevar á Vicente Ferrer, hijo de dicho Guillem, para que tocase el mal, con la creencia de que le había de curar. Llevado, pues, á su casa, que estaba situada en la misma calle del Mar, en la plaza llamada dels *Ams* [1], en la casa que hoy vive un cirujano, le tocó dicha úlcera y la lamió con la lengua. Al instante quedó sano el niño Antonio Garrigues, y desde aquel día, los niños de la vecindad, y en particular los que padecían alguna enfermedad, eran enviados por sus padres para que el niño de Guillem Ferrer les tocase y enseñase las oraciones, lo cual solía hacer con mucha frecuencia, amonestándoles á la virtud y al servicio de Dios. Y así, yo Juan Garrigues, hijo de dicho Antonio, hice labrar la imagen del bienaventurado Santo, la cual mandé poner en memoria de dicho milagro, en la esquina de su casa, como hoy día se ve, y fué hecha en el año 1461». Hasta aquí la citada escritura.

A propósito de esta imagen, un autor hace la siguiente reflexión: «Si cada sitio en que San Vicente ha obrado milagros estuviese adornado de este modo,

1 Así se llama la que vulgarmente se conoce hoy con la denominación del *Altar de San Vicente*. En 1725 se construyó otro altar más lujoso, reemplazado por otro todavía mejor en 1755, existiendo la imagen, iluminada siempre por una lámpara de aceite, hasta 1835 en que las revueltas revolucionarias la hicieron desaparecer. Desde muy antiguo se erigía en esta plazuela, el día de la fiesta del Santo, un altar de perspectiva con muchas flores artificiales y luces, adornando toda su circunferencia de rica tapicería y varias poesías, según la posición del clavario ó mayordomo que anualmente nombraban los vecinos de la calle. En nuestros días también se levanta un altar el día de San Vicente, representándose en él autos sacramentales sacados de la vida del Santo y conocidos con el nombre de *Milacres*.

Europa entera sería un campo de trofeos elevados á su gloria».

He aquí otro milagro, entre otros muchos, que conserva la tradición, y que hemos visto representado en unos azulejos. Cierto día, organizaron varios niños, amigos todos, una travesura imprudente: reunidos en las afueras de la ciudad, esperaron que el niño Vicente llegase allí de su paseo con los amigos. Cuando le vieron, uno de los cómplices se dejó caer en el suelo, y los demás comenzaron á dar gritos de dolor y á pedir socorro: Vicente Ferrer corrió el primero á prestar sus auxilios en lo que pudiera haber ocurrido: todos le rodean y le suplican irónicamente ejerza su poder de taumaturgo. Queda el santo niño sorprendido, mira con calma á los que le suplicaban, y les dice con mucha gravedad: «Ha querido hacer el muerto por gusto, pero ha hecho mal, porque está verdaderamente muerto». Al principio estuvieron todos á punto de soltar la carcajada; pero después de las palabras que pronunció Vicente, comenzaron las risas, las burlas y hasta los ultrajes. Seguros de su victoria tiraron del pie al camarada; pero con terror vieron que permanecía inmóvil, ya cadáver, con la faz descolorida y los ojos vidriosos. Las risas se trocaron en lloros, las burlas en señales de respeto, y los ruegos, sinceros esta vez, resolvieron al Santo á volver la vida á aquel desgraciado. En memoria de este prodigio se colocó en aquel lugar una cruz de piedra, que subsistió hasta el año 1835.

Refiérese también, y esto se halla pintado del mismo modo en unos azulejos de bastante antigüedad, que estaba un día jugando el niño Vicente al borde del pozo, cuando uno de sus zapatos cayó en él: sin mostrar el más ligero disgusto por ello, se puso de

rodillas sobre el brocal, hizo la señal de la cruz, cuya poderosa eficacia conocía perfectamente, y las aguas del pozo comenzaron á elevarse hasta el alcance de la mano, pudiendo coger el zapato, que estaba completamente seco.

Otros muchos milagros se cuentan de la niñez de Vicente, que si bien no son admitidos por todos los autores, no envuelven tampoco repugnancia intrínseca. Al consignar los dos precedentes, no los ofrecemos como indubitables, sino conservados por la tradición popular.

CAPÍTULO VI

Vocación religiosa.—Beneficio en Santo Tomás.—Entrada en el convento.—Tentación.—El pobre misterioso.—Noviciado y profesión.—Virtudes heroicas.

El estado religioso, que es el heroísmo de la virtud, no puede menos de ser gratísimo á Dios, que es la santidad misma. Por ello el mismo Jesucristo no se contentó con apartarnos del pecado enseñándonos santas doctrinas é imponiéndonos sapientísimos preceptos, sino que nos descubrió los escondidos senderos de la perfección y nos señaló los medios de aspirar al alto grado de la santidad en esas máximas sublimes y reglas admirables que los Apóstoles consignaron en sus inspirados escritos, y que nosotros llamamos consejos evangélicos.

De aquí que, destinado Vicente por la Providencia para ensalzar y glorificar el nombre de Dios por todo el mundo, abrazase la vida del claustro como más apta para llenar las aspiraciones de su alma. Desde muy niño sentía una inclinación constante, formal y gozosa á aquel estado en el que mejor pudiera sumergirse en la contemplación de los misterios divinos; su espíritu religioso de natural, le llevaba á aquel lugar donde pudiera ostentar su desprecio y odio al mundo, el

deseo y afecto á la pobreza, á la soledad, á la mortificación, á la castidad, humildad y obediencia, guiándole siempre una rectitud y pureza de intención extraordinarias. No hay que extrañar, pues, que cuando llegó la hora en que Vicente debia elegir el estado en que mejor sirviera á Dios, despreciando los horizontes de fortuna y gloria que le auguraban sus disposiciones naturales, se decidiese á escoger lo que mucho tiempo ha deseaba su corazón; y un día, hablando con sus padres sobre esto, les dijo que puesto que se hallaba muy apartado de los deleites, riquezas y honores con que el mundo le lisonjeaba, sintiéndose arrastrado por Dios al claustro, donde encontraría la paz de su alma y la tranquilidad de su corazón, suplicaba la bendición y el permiso, puesto que «todo mi amor y cuidado—decía—sin rastro alguno de duda, lo he puesto en Jesucristo, mi dulce bien, y á Él amo únicamente y deseo agradar; y para conseguirlo he determinado tomar el hábito de Santo Domingo, y consagrarme en su religión al servicio de Dios».

No cabe duda que Guillem, al oir la resolución de Vicente, derramaría lágrimas de alegría, y le concedería su permiso y bendición al instante, pues veía cumplido el sueño delicioso que tuvo antes de nacer su hijo. Su madre también le bendeciría, con la santa alegría de la que ve á su hijo en los caminos de la santidad; pero no dejaría de sentir honda tristeza en su corazón al tener que separarse de un hijo tan piadoso á quien le estaban reservados grandes honores entre el clero secular, del que formaba parte desde muy niño.

Efectivamente, cuando apenas contaba siete años, viendo los padres sus piadosas inclinaciones, intentaron procurarle un beneficio en la Catedral de Valencia

y capilla de San Gregorio, que, para sus parientes, fundó Ramón Bothcenich, Vicario perpetuo de Liria, para cuyo efecto recibió la primera clerical tonsura. Por esta capellanía pleiteaba Guillem Ferrer en 1357, alegando que Vicente estaba tonsurado, y era nieto de Catalina Revert, prima hermana del fundador. No habiendo podido conseguir lo que intentaba, le procuró otro en la Parroquia de Santo Tomás, con el título de Santa Ana, el cual lo poseyó en propiedad hasta 1367, en que, ya novicio, lo renunció á favor de su hermano [1]. En la misma parroquia de Santo Tomás, de la que es segundo titular nuestro Santo, hay una imagen que le representa tonsurado y vestido de beneficiado: su beneficio existe todavía, y está señalado con el número uno.

1 Esto consta del libro de Visitas que se guarda en la Curia eclesiástica de Valencia, al folio 126, donde en la visita que hizo su Obispo D. Vidal de Blanes el año 1365, dice así:

«*Die Dominica quæ fuit* 12 *dies octobris anni prædicti* 65 *dietus Dominus Episcopus causa visitationis accesit personaliter ad Ecclesiam parochialem Sancti Thomæ Civitatis Valentinæ*, etc.

»ALTARE SANCTÆ ANNÆ. *Item visitavit altare Sanctæ Annæ dictæ Ecclesiæ, in quo est Beneficiatus Vincentius Ferrarii, filius Guillelmi Ferrarii Civis, qui facit serviri ipsi beneficio per substitutum tribus mensibus in anno, et tenetur facere celebrare in dicta Ecclesia singulis annis unum anniversarium viginti solidorum: quod non fuit celebratum a quatuor annis citra*». Probó el beneficiado que sustituía al Santo, que no tenía semejante obligación, por los pocos frutos del beneficio. De lo cual se deduce que San Vicente hacía cuatro años que poseía el beneficio, y de este modo lo debía poseer seis años más hasta los diez y siete de su edad, en que siendo novicio lo renunció á favor de su hermano Bonifacio.

Esto consta del libro de las Colaciones de la Curia eclesiástica de Valencia, al folio 77, donde se halla la resigna del Santo, hecha en manos del Obispo en 27 de Abril de 1367, y su colación á Bonifacio. Confiriósele el Obispo D. Vidal de Blanes el propio día, diciendo en la escritura le cuela el beneficio: «*Vacans per puram et liberam resignationem Vincentii Ferrarii fratris tui, Clerici simpliciter tonsurati*». Consta, pues, que entonces no era religioso profeso, como lo fué al año siguiente. *(Nota de Vidal.)*

El 2 de Febrero del año 1367, fiesta de la Purificación de la Virgen, después de haber recibido la parte de la legítima que le tocaba en herencia, y haberla distribuído entre los pobres, acompañado de su padre, que no le abandonó un instante, se presentó Vicente à las puertas del convento, y rogó al Prior que, asintiendo á su vocación, le vistiese el sagrado hábito, á lo que accedió con gran regocijo de todos los religiosos. Tres días después comenzó su noviciado, siendo Prior el P. Berenguer de Gelasio [1], Provincial de Aragón el P. Santiago Domingo y Vicario General de la Orden el P. Elías Raimundo de Tolosa.

Vestido el hábito de dominico, creyóse Vicente en disposición de librar mortal batalla con los enemigos más formidables del alma, el mundo, el demonio y la carne, y empuñando las armas de la oración y las mortificaciones, se dispone á emprender el camino de la perfección.

No tardó mucho en poner á prueba su férrea voluntad, para continuar por el camino emprendido.

Su misma madre, que pocos días antes había accedido á que ingresase en el convento de Dominicos, siente terribles congojas y no puede resistir la falta de Vicente. Preséntase en el convento, pide el hablar con el nuevo novicio, y al verle, un mar de lágrimas salta de sus ojos. Olvidada de las señales con que Dios anunció el nacimiento de su hijo, pasando por alto las maravillas que había realizado y que delataban los fines á que Dios le destinaba, empieza por

[1] Diago y Teyxidor dicen que el Prior que le dió el hábito fué el P. Mateo Benincasa, fundado este último en una pieza notarial que, con fecha 22 de Febrero de 1367, firma dicho Padre; pero Falcó y los Anales conservados en la Minerva de Roma, designan el que decimos nosotros, y lo sienten Gavaldá, Micó y otros muchos. Benincasa lo que haría fué darle la profesión.

pintarle con negros colores la soledad en que vivía después de haberse separado de su compañía, el mucho amor que le profesaba, el desconsuelo en que quedaba sin lograr las esperanzas que en él habia cifrado, y finalmente, le dijo, que una vez que siempre había sido su alegría, se saliese ahora del convento, fuese á casa, y no amargase los días de vida que le quedaban. Púsole de manifiesto que, si su determinación tuvo por motivo el amor á la virtud, también podía adelantar en ella viviendo en compañía de sus padres, en quienes para sus devotos ejercicios nunca tuvo oposición, sino que, por el contrario, encontró siempre abrigo y ejemplo, y que podía muy bien servir á Dios desempeñando el beneficio que poseía en la parroquia de Santo Tomás.

Grandes esfuerzos debió hacer Fr. Vicente para que las lágrimas y razones de su madre no doblegasen su voluntad. Contestóle Vicente con mucha moderación y dulzura, que Dios le llamaba á tal estado y que, por todo lo del mundo, no abandonaría un lugar tan apto para elevarse hacia la divinidad y perfeccionarse en la virtud.

Salióse Constanza del convento muy desconsolada, pero poco á poco iba conociendo las razones de que se valió su hijo para no obedecerla, y, haciendo un esfuerzo de valor, entró en la iglesia vecina, y arrodillada en un sombrío rincón, desahogó su corazón moribundo á Dios. Al salir de la iglesia se le acercó un pobre en actitud respetuosa y le preguntó el motivo de su llanto, hablándole con tal cariño y dulzura, que la consoló en su pena. Cuando cerca de su casa se disponía á darle una limosna, el pobre misterioso desapareció. Por los consuelos que recibió y por la conversación que había sostenido con el mendigo, co-

noció era un aviso del cielo, que le daba á entender era la voluntad de Dios el que su hijo perseverase en el convento. Serenada su turbación, quedó muy conforme y gozosa de la vocación de su hijo.

Un año más tarde, el 6 de Febrero de 1368, el día de Santa Dorotea virgen y mártir, hizo Vicente la profesión solemne en manos del Prior Fr. Mateo de Benincasa, renunciando antes el Beneficio que poseía en Santo Tomás, en 27 de Abril de 1367.

Desde que entró Vicente en el convento, se dedicó, con todo el ardor de un corazón de diez y ocho años, á la meditación continuada, al estudio constante y á la práctica de todas las virtudes. Reflexionando sobre la vida y constituciones de Santo Domingo de Guzmán, fundador de su Orden, se propuso tomarle por modelo y copiar en su alma todas las virtudes del gran Patriarca.

Humildad, obediencia, oración, mortificaciones: he aquí brevemente compendiada la vida del Santo desde que entró en el convento, y que copió admirablemente del modelo que se había propuesto.

La virtud más difícil es la humildad, y dentro de ella, lo dificultoso es sobrellevar bien las humillaciones y hasta amarlas y salir en busca de ellas; el que logra esto, no hay duda alguna, domina el más difícil capítulo de la vida espiritual, hace el mayor sacrificio á Dios y tiene tomada la última posición de la naturaleza desordenada. Sin el amor á las humillaciones, el hombre no es para Dios más que una partida incierta y dudosa, y en ciertos casos corre riesgo de anteponer sus propios intereses á los de Dios, no estando nunca perfectamente purificado, iluminado y unido con la divinidad. Así es que San Vicente «se reputaba estiércol vilísimo delante de Dios, miserable

y abominable, inclinado á todo pecado, y de sí nada para lo bueno é indigno del hábito de Santo Domingo» [1]: de manera que á todos veneraba y á nadie juzgaba, reprendiéndose tan sólo á sí mismo. Gran conocedor de la naturaleza humana, seguía, para su perfeccionamiento, todo lo preceptuado en las reglas de su Orden. La modestia y compostura de la vista fué tal, que sin levantar los ojos del suelo, manifestaba los afectos de su corazón. Si el interior, dice Vidal, atiende á Dios, que es centro, es constante la compostura de los ojos y permanente el recato. Si la voluntad está distraída, aunque la hipocresía solicite la modestia de los sentidos y la logre, será por poco tiempo, porque están violentos. Los ojos estarán recogidos si los enfrena el cuidado de no perder la presencia de Dios. Nuestro Santo, como veía tanto el cielo, nada quería mirar en la tierra, y para no ver, hizo del hábito mortaja, cerrando los ojos y teniéndolos como muertos desde que lo vistió.

El fin de la vida en religión es la perfección; los medios consisten en la observancia de los votos, reglas y estatutos de la Orden, que señalan con precisión el camino que se ha de tomar. San Vicente velaba sobre el cumplimiento de las más insignificantes reglas, hasta el punto que, sin rastro de propia voluntad, no se desvió jamás de la de los superiores, á quienes miraba como si fueran su glorioso Padre. Y no podía ser menos, dada la ardiente caridad que abrigaba en su corazón, pues sus pasos, palabras y afectos, latían al unísono de esta hermosa virtud, de la que toda su vida fué un continuo ejercicio.

La oración era su ejercicio constante. Conociendo

1 San Vicente, *Tr. de vit. spirit.* c. III y IX, Antist, cap. II.

que ella nos une á Dios por modo directo, obteniendo por su medio todas las gracias, usó siempre de esta arma tan poderosa, por la que alcanzó todos los favores que pidió al cielo. Resultado de la gracia proveniente de Dios era que no se cansaba de entretenerse sobre Dios y las cosas divinas, santificándose de una manera prodigiosa, y fué tan amante de ella, que la tenía como aliento y vida de su espíritu. Orando aprendió la devoción fervorosa del santísimo Rosario. El Beato Alonso de Rupe escribe estas palabras: «San Vicente, luz de la familia de Predicadores, columna de Valencia y de España, desde sus tiernos años fué un milagro en el culto eximio de la Madre de Dios. ¿Y en qué género de culto más que en éste del psalterio de María, y propio de los predicadores, procuró el culto de María? Con la fuerza y eficacia de esta devoción, no sólo ahuyentó graves y continuas tentaciones, sino que también llenó de milagros á la Iglesia, y mereció ver en su presencia, y oir muchas veces á la misma madre de Dios su consoladora. Y asimismo frecuentemente se vieron ángeles que le circuían cuando predicaba, y le acompañaban prodigios innumerables como cosa familiar en curar enfermos de todo género, arrojar demonios, resucitar muertos, revelar lo oculto y profetizar lo futuro y remoto. Tanta fuerza tenía este varón predicando el juicio final; pero mayor eficacia venerando á la Virgen en su psalterio».

La mortificación es la fuerza moral con que sujetamos lo que es desordenado y pecaminoso en nosotros, y nos habilitamos para ejecutar bien las virtudes peculiares á nuestro estado. Por eso San Vicente hacía de la penitencia una ocupación imprescindible. «Su cama blanda era el suelo, su almohada una dura pie-

dra, y cuando estaba enfermo servía la Biblia de almohada. A imitación de Santo Domingo, que, como hemos dicho, había tomado por modelo, recibía al día tres disciplinas, la una por los que estaban en pecado mortal, la otra por las almas del Purgatorio, y la tercera por sus pecados. Y estas disciplinas eran con una fuerte cadena de hierro, aplicada con tanta fuerza y rigor, que abría sus carnes, derramando tanta sangre, que se hacían charcos en el suelo» [1]. De manera que cayendo la sangre al suelo, subía al cielo el corazón, y su espíritu se desnudaba de la carne de hombre para vestirse de la cándida estela de ángel. Sabiendo que el vencimiento de sí propio debe interponer su fuerza para remover el obstáculo que se oponga, á pesar de no tener que suprimir ninguna pasión desordenada porque las malas inclinaciones estaban en él amortiguadas hasta la última fibra, en cuanto es dado en esta vida al hombre, que no disfruta, como la Santísima Virgen, de absoluta inmunidad de todo movimiento desordenado, sin embargo, ponía la mortificación al servicio de una causa más elevada, siéndole la mirra preciosa que ofrecía al Señor del mundo como sacrificio expiatorio de los pecados de los hombres; el ala que le llevaba al amor del Bien supremo y al manantial de todas las gracias y mercedes. Así que puede decirse que llegó á tan sublime unión con Dios y pudo beber de su oración raudales de dulzura, tan sólo porque estaba desasido de todo y mortificado de todo. La oración y la mortificación del cuerpo son los goznes sobre los que gira toda la vida espiritual, ejercitadas por nuestro Santo con fiel constancia y bendecidas por Dios con los más hermosos triunfos de la gracia.

1 Maestro Arias: *Sermón de San Vicente.*

Quien de tal modo andaba por las vías de la santificación, bien puede considerarse como Maestro de la vida espiritual, y si no se cuenta entre ellos, es porque sus triunfos, como apóstol, como político y como taumaturgo, eclipsaron por este lado su acción.

CAPÍTULO VII

El convento de Santo Domingo.—Su origen.—Claustros, capillas y otras dependencias.—Capilla de los Reyes.—Capilla de San Vicente.—La celda.

El convento de Santo Domingo de Valencia, donde recibió el hábito y profesó San Vicente Ferrer, fué fundado por el rey D. Jaime el Conquistador, agradecido al apoyo que le prestaron los Dominicos, llamados primero de la Santísima Virgen María, y más tarde, por razón de su instituto, Predicadores, en la conquista de Valencia, realizada el 28 de Septiembre de 1238, víspera de San Miguel Arcángel [1]. Refiere Beuter que Fr. Miguel Fabra (á quien se ha llegado á dar el renombre de santo) religioso Dominico y confesor de D. Jaime I, llevaba delante del ejército de éste un estandarte con un crucifijo, pintado en una parte, y en la otra la imagen de la Santísima Virgen. Muchos escritores atribuyen al mismo rey haber hecho voto, antes de ganar la ciudad, de fundar en ella un convento de esta Orden, si Dios le daba la victoria, apoyándose en que después de la conquista de Mallorca, algunos hombres ancianos y nobles entre los moros cautivos decían que Santa María y Fr. Mi-

1 Chabás, *El Archivo*, tomo VI, pág. 242.

guel la habían ganado; y esta circunstancia favorece la creencia del voto, lo mismo de que habían visto á Fr. Miguel en el aire con hábito de Dominico y espada en mano. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que D. Jaime dió, en 11 de Abril de 1239, la siguiente ordenanza, que traducimos del latín.

«Después de haber expuesto nuestra vida para propagar entre los pueblos paganos el lirio del nombre cristiano, queremos emplear nuestra autoridad para que florezcan en los lugares conquistados las nuevas plantas del árbol de Santo Domingo.

»En consecuencia, nos, por la gracia de Dios, rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel, y señor de Mompellier, para el bien de nuestra alma y salud de nuestros antepasados, acordamos y concedemos por estas presentes, con toda libertad y exención y franquicia, á Dios nuestro Señor, á la bienaventurada Virgen María su Madre, á Santo Domingo y á la Orden de Predicadores, terreno situado en Valencia frente á la puerta de los templarios y bordeado por el Guadalaviar hasta los molinos de Bertrán de Turolio, con el ángulo comprendido entre el Turia, los molinos ya mencionados y el jardín de Pedro Teulo, para construir allí una iglesia con todo lo correspondiente y aquello que pueda ser útil á la Orden dicha.

»Dado en Valencia el día 3.º de los idus de Abril del año 1277, de la Era común 1239» [1].

Este privilegio fué confirmado por el mismo rey D. Jaime en 21 de Octubre de 1273, y otro tanto hizo su hijo D. Pedro I de Valencia, hallándose en ella á 23 de Marzo de 1279.

1 Archivo de Valencia.

El sitio que ocupó el convento era un terreno pedregoso, fuera entonces de la muralla, ceñido por una parte del río y por otra de una rambla, donde se perdía el agua de la acequia de un molino, que estaba en el sitio que hoy ocupa el palacio de Cervellón. La rambla y el río se confundían en lo que es hoy llano del Remedio. En los tiempos de los árabes esta rambla era el sitio destinado para las ejecuciones de justicia, y según muchos historiadores, lo fué también para el martirio de muchos santos.

En la antigua portería, que daba á la plaza, había una portada de piedra, aunque no muy bien labrada, y sobre ella, de relieve, una imagen de Santo Domingo; debía diferenciarse muy poco, en cuanto á su situación, de la que actualmente es puerta de la Capitanía general. Luego seguía un zaguán ó vestíbulo, de que puede considerarse sustitución el actual, y le cerraba una segunda puerta, donde estaba el portero con aposento especial. Después de un pequeño claustro, que debió ser distinto del que existe y en el que había un cierto número de celdas, como de hospedería, se entraba en el claustro grande que se conserva todavía, aunque deteriorado. En este claustro es notable la capilla de San Miguel Arcángel, por la atrevida forma de su clave. En el frente de este claustro, opuesto á la capilla de San Vicente, subsiste aún la preciosa capilla ó sala capitular, de gusto gótico, toda de piedra labrada, convertida hoy en sala de armas, muy conservada y limpia. En el primer ángulo de este claustro se entraba al anterrefectorio, local que aun permanece como estaba, contiguo al en que existe la escalera antigua del convento. El refectorio es una hermosa sala de 22 metros de longitud por 9 de latitud. Encima estaba la librería, local que ahora, reformado,

ocupan las oficinas del Estado Mayor, y en la que había una numerosa y exquisita colección de libros y manuscritos, algunos de los cuales se hallan en la biblioteca de la Universidad.

La primera iglesia de este convento fué pequeña: fabricada otra más capaz con limosnas, se destinó la primitiva á portería. La iglesia principal se comenzó en 1383. A los pies tenía, de través con la principal, dos naves: la de la izquierda, entrando, era capilla del Rosario, y la de la derecha, de San Vicente. Perpendiculares á ésta estaban la de la Soledad y la de los Reyes; la de San Luis Bertrán y la de la Tercera Orden estaban á la izquierda de la nave principal: todas estas capillas podían reputarse por otras tantas iglesias.

El orden cronológico de su construcción es éste: la iglesia, en 1383; la capilla de los Reyes, en 1473; la del Rosario, en 1493; la de la Soledad, en 1587; la de San Luis, en 1647; la de la Tercera Orden, en 1716, y la de San Vicente en 1781.

A la salida del coro hallábase la capilla de San Bartolomé, donde estuvieron enterrados los padres de San Vicente, como hemos dicho en uno de los capítulos anteriores. La primera capilla de la derecha del altar mayor, con advocación de Nuestra Señora, se concedió por los religiosos en 5 de Marzo de 1392 á D. Galcerán de Castelví, progenitor de los Condes de Carlet, cuya estatua sepulcral estaba en ella, representándole de rodillas, armado de punta en blanco, y se quitó en 1566 conforme á las prescripciones del sínodo de Ayala.

La capilla del Rosario hemos dicho que estaba situada entrando á la mano izquierda, y según Diago se concluyó en 12 de Octubre de 1493, costando 1.500 ducados. Con entrada por la capilla del Rosario, y tam-

bién por el pórtico claustral que precede á la iglesia, estaba á su mano izquierda, y formando colateral con la de los Reyes, la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, llamada de los Caballeros, por pertenecer á una cofradía formada por la primera nobleza, y se construyó á sus expensas: Ponz dice que contenía varios altares, era de hermosa arquitectura y tenía columnas corintias, adornándola pinturas de renombrados autores. La capilla de San Luis Bertrán era rica en jaspes y otras piedras, conservando en una urna de plata el cuerpo del Santo, el cual se halla ahora en la parroquia de San Esteban, en una capilla construída exprofeso; las pinturas de esta capilla eran de Espinosa, y en ella se hallaban los sepulcros de los venerables Domingo Anadón y Juan Micó, Dominicos, cada uno de los cuales se componía de dos columnas corintias de piedra semejante al verde antiguo: sus pedestales y cornisamento eran de mármol. La capilla de la Tercera Orden, hasta el año 1716, que se construyó, no estaba á continuación de la de San Luis, sino junto á donde se veneraba la milagrosa imagen del Cristo de la Luz, según lo escribe Orellana. Todas estas capillas, lo mismo que la nave principal, han sido derribadas ó transformadas, quedando apenas restos de ellas para conocer su anterior destino.

Particularizar todas las circunstancias de este convento, lo majestuoso de su edificio, la simetría de su iglesia, lo antiguo de sus monumentos y sepulcros, sus reliquias y otras preciosidades, fuera labor de mucho espacio, lo mismo que de sus excelentes pinturas, pues las había de Carlos Marati, Ribalta, Rivera, Joanes, el Bosco, Rovet y otros artistas de primera nota.

Cada una de las capillas principales de la iglesia tenía su competente separación y sacristía peculiar, manejándose por sí para sus funciones: en la iglesia, claustros y demás dependencias del convento se contaban más de 200 altares, y oían confesiones diariamente en el convento sobre cincuenta religiosos.

Subsiste la antigua fachada de la entrada á la iglesia, arrimada á una pared alta; su primer cuerpo consiste en columnas dóricas, estriadas hasta los dos tercios de sus fustes, de medio relieve, dos á cada lado y sobre un mismo pedestal: entre ellas hay nichos con estatuas de Santos, y remata en un ático con adorno de pilastras y tres nichos que contienen un Santo cada uno, y en cada lado hay un escudo. Sobre la puerta, que está apuntalada, hay colocado el escudo de la Orden, de gusto del Renacimiento, y en el vértice interior del remate triangular, una colosal paloma simbolizando el Espíritu Santo. A la derecha se observa el sólido muro que corresponde al testero de la celebrada capilla de los Reyes, donde están entallados en piedra los escudos de Aragón, Sicilia y del Santo Sepulcro.

Síguese un patio con pórtico sostenido por ocho columnas de orden dórico. En un lienzo de la derecha está una puerta de la capilla de los Reyes, conservándose sobre ella, entallados en piedra y coloridos, los escudos de sus fundadores. Frente á ésta había otra puerta de la capilla de la Soledad, que se tapió en 1867 al convertirse en cuartel, abriéndose, en sustitución de ella, unas rejas. La puerta de entrada á la iglesia tiene adorno de gusto gótico florido, revelando el que primitivamente dominaría en toda ella. En los arranques del arco tiene dos ménsulas de mucho gusto,

sostenidas una por un ángel, que en las manos tiene un papel como en ademán de cantar, y la otra por otro ángel tocando un bandolín. En el tímpano hay tres imágenes: la del centro representa la de Nuestra Señora del Rosario, y las de los lados á Santa Rosa y á Santo Domingo de Guzmán. A su reapertura en 1843 se incomunicó del resto de la iglesia un crucero de la derecha, ó sea la capilla de San Vicente, de la que después nos ocuparemos, y posteriormente se hizo lugar para coro y órgano, apoyado sobre dos pilares que forman como vestíbulo. Debajo de la antigua tribuna del convento, la cual subsiste y sirve para la Capitanía general, estaba la puerta que comunicaba con la puerta principal [1].

La célebre capilla de los Reyes tiene su entrada á la derecha de esta nave: todo en ella respira antigüedad y grandeza, siendo acaso la única obra en su género que se conserva intacta en Valencia y que no ha sufrido reforma. Toda ella es de piedra de sillería, azulada, así las paredes como la bóveda, y el espesor de aquéllas de casi dos metros. Orellana oyó decir que todas las piezas estaban cortadas de forma que siempre que se quisiera podía deshacerse y volverlas á encajar de nuevo, y que esta capilla tiene una clave oculta por donde, separando una piedra, podría deshacerse toda con facilidad: en 1780 se recubrieron de argamasa todas las juntas. Está separada esta capilla de la de San Vicente por un elevado pórtico sobre dos gradas y una sólida verja de hierro, que cierra el elevado arco apuntado de la entrada.

1 Puede verse sobre todo lo que llevamos dicho á Sala, *Historia de la fundación y cosas memorables del Convento de Santo Domingo*, dos tomos en folio, manuscritos, que se hallan en la Biblioteca de la Universidad de Valencia.

El viejo altar principal de esta capilla tiene tres cuerpos: en el primero está la Virgen de la Sabiduría, y los reyes D. Alfonso V y D. Juan II de Aragón de relieve; en el segundo la caída de San Pablo, y en el tercero la Crucifixión. La capilla la erigió el rey Don Alfonso V de Aragón, y la concluyó su hermano y sucesor D. Juan II. Se puso la primera piedra con mucha solemnidad el 18 de Junio de 1449, y se concluyó la fábrica en 24 de Junio de 1463, siendo su coste 194.826 pesetas.

En el centro de la capilla se levanta un magnífico sepulcro de mármol de Génova, de gusto del Renacimiento, y sobre él hay dos estatuas yacentes, que son las de los padres de los Marqueses de Zenete, que están allí enterrados, lo mismo que su hija la Duquesa de Calabria. En la cripta se guardan los restos del célebre pintor Juan de Joanes.

Se ignora el nombre del artífice constructor de esta capilla, que hizo gala de ingeniosa destreza, pues sus vacíos ofrecen tanta solidez como sus macizos, y así lo acredita el haberse construído después el campanario sobre la bóveda. En la sacristía principia un caracol ó escalera circular, doble, para subir á la terraza de la capilla, que es muy notable por lo ingenioso de la obra, pues resultan construídas dos escaleras enroscadas la una contra la otra en torno de un bordón, que les sirve de centro común, y franquea cada cual suficiente capacidad para subir ó bajar sin verse dos personas á la vez. La torre es también muy notable: está construída de piedra de sillería, y su figura es cuadrada; cíñela á cierta altura una cornisa, sobre la cual asientan balaustres; en sus ángulos hay pedestales, y sobre éstos jarrones con flámulas. Desde allí arriba, que es donde están las campanas, resaltan de sus pa-

redes diez y seis columnas de orden dórico, cuatro á cada lado, pareadas en los ángulos, dejando un arco en medio, rematando con una balaustrada. Antes tenía otro cuerpo de la misma forma, aunque más estrecho, del que llevamos descrito [1].

La antigua capilla de San Vicente se construyó en 1460, ocupando parte del antiguo refectorio del convento. Sucesivamente se hicieron en ella mejoras de consideración, pero que resultaban todas de mal gusto. Habiéndose observado en 1772 que los arcos amenazaban ruina, se determinó derribarla y levantar otra de más capacidad y ornato, construyéndose la actual, que quedó terminada el 22 de Abril de 1781. Los dos cuadros históricos que hay debajo de la cúpula son de Vicente Salvador, uno de los cuales, el de la derecha, representa el anuncio de las naves de Barcelona, siendo los personajes que figuran en primer término retratos bien acabados de algunos religiosos notables de la época. He aquí los nombres de ellos: el religioso que se ve junto al marco, carilargo, quebrado de color y con un cerquillo largo y poblado, es el M. Fr. Juan Bautista Espejo, Catedrático de hebreo de la Universidad, que murió en 14 de Octubre de 1674; el religioso que acompaña al Santo en el púlpito es el P. Fr. Marcelo Meléndez, que falleció en 27 de Diciembre de 1684. El que está apartado del marco, oyendo con atención al Santo, es el P. Fr. Marcelo Marona, Lector de Teología, fallecido en 5 de Noviembre de 1696; el religioso lego es Fr. Vicente Bort, entonces capillero: el clérigo es hermano de éste y el labrador padre de ambos; el notario, que se ve en actitud de escribir el sermón, es el mismo pintor Salvador.

1 Véase el *Viaje* de Ponz.

La pintura del retablo y todos los frescos son de José Vergara; las esculturas del altar mayor son de José Puchol; los mármoles, de Génova; el pavimento, que reproduce los mismos dibujos que tiene la cúpula, son de Porta-Cœli; la barandilla y la piedra amarilla, de Buscarró, cercano á Játiva; la piedra de aguas del centro de los pedestales, de Náquera y Porta-Cœli; la amarilla clara, de Liria; la de las diez y seis columnas, de Porta-Cœli; la de las cuatro columnas del altar, de Callosa de Ensarriá, y la amarilla de las basas del retablo, de Torrente. Como se ve, el reino de Valencia dió una muestra de su riqueza mineralógica al prodigar para una sola capilla tanta y tan exquisita variedad de jaspes [1].

El orden arquitectónico de la capilla es corintio-romano, de una nave con cimborio, linterna y cúpula, cubierta ésta de teja dorada, fabricación muy común en su época en el pueblo de Manises, donde á muchos objetos de alfarería se daba este barniz, cuyo secreto se ha perdido. La bóveda es de medio punto con lunetos, adornada de pinturas al fresco; los postes de arranque del cimborio tienen cuatro grupos de columnas pareadas, sobre cuyo cornisamento hay estatuas sentadas de alegorías bíblicas. El cimborio está adornado de pilastras dóricas y la linterna de jónicas. El cornisamento está primorosamente entallado. El altar mayor, de un solo cuerpo, es de orden corintio, con un remate, y consta de dos columnas, habiendo á sus lados dos estatuas estucadas representando la religión y la caridad: sobre el arco truncado del remate están las de la fe y la esperanza. Sobre las cornisas de las puertas laterales del presbiterio hay un medallón, que

1 Orellana, *Valencia antigua y moderna*, manuscrito de 1709.

contienen, esculpidos en medio relieve, los retratos de los padres de San Vicente.

Antes de la puerta de entrada que conduce á los antiguos claustros, refectorio, sacristía y otros lugares que pueden admirarse en muy buen estado de conservación, hay una capillita en la que está la imagen de San Vicente Ferrer. Encima de la mesa del altar hay una lápida con la siguiente inscripción: «Este local fué celda de San Vicente Ferrer, erigida en capilla desde el año 1453: arruinada por los franceses en 1812, y reedificada en 1817 por los cofrades de la misma, cuyos sucesores, con debido permiso, colocan esta memoria, 1884». Como puede suponerse, no es el lugar que ocupó la celda en que pasó el noviciado, que se hallaba en los pisos superiores, siendo muy á menudo transformada, sino la celda de religioso. Como todas las demás, era sencilla, las paredes de argamasa, el piso de madera, dividida en dos compartimientos, y tenía su pequeño jardín. En ella pasó el Santo diez y ocho años, dejándola consagrada con la sangre de sus disciplinas, de que estaban retocadas y matizadas sus paredes: allí se le apareció la Virgen Santísima, y por medio de una imagen suya, que todavía existía en tiempo del Maestro Vidal, le habló y le consoló varias veces. Dos lienzos, representando la Santísima Trinidad y Santo Tomás de Aquino, completaban los adornos del departamento donde Vicente recibía, tras fervorosa oración, las revelaciones divinas. En la estancia donde él dormía se colocó su imagen de tamaño natural, ante la cual, cuando San Luis Bertrán fué elegido Prior en 1575, se arrodilló y dijo: «Padre San Vicente, compadeceos de esta casa, y en su gobierno suplid mis faltas. Sed vos Prior de ella, que yo tendré á gran suerte ser vuestro Subprior». Diciendo esto

tuvo una visión, y en ella se le representó esta santa imagen, como que se le inclinaba y le levantaba del suelo, dándole un tierno abrazo. Más tarde se convirtió este lugar en un precioso oratorio, cuya descripción trae la *Crónica* del convento.

En 1552, el P. Juan Micó, viendo la devoción de los fieles que iban continuamente á orar allí, tuvo la idea de instituir una congregación de doce hermanos, que cuidasen de su aseo y ornato, por espacio de un mes cada uno, disputándose el honor de pertenecer á ella toda la nobleza de España, por lo que hubo necesidad de aumentar el número hasta 48. Esta cofradía fué confirmada por un breve de Clemente VIII en 1604, y erigida canónicamente en 1696. Inocencio XII la enriqueció con muchas gracias espirituales, y el Maestro General de la Orden la hizo partícipe de todas las gracias comunes á las Terceras Órdenes.

Por espacio de algún tiempo dirigió la hermandad, cuando regresó de las Indias, San Luis Bertrán, el cual, en una de las exhortaciones que acostumbraba hacer á los asociados, recomendó perseverasen en su cuidado, pues á la hora de la muerte el mismo Santo vendría á buscar sus almas; y estas palabras que parecían profecía, tuvieron perfecto cumplimiento, pues habiendo enfermado Jerónimo Dalmáu, uno de los asociados, San Vicente se llegó á la cabecera de su cama y le consoló grandemente, encontrándole, cuando fueron á visitarle, inundado de lágrimas de alegría por el suceso. Cierto día que se hallaban San Luis Bertrán y el Beato Nicolás Factor en esta celda puestos en oración, se les vió rodeados de un gran resplandor por la visita que les hizo el Santo. Muchos otros prodigios se refieren obrados por él en este Oratorio, que omitimos por la brevedad.

Los personajes más ilustres visitaron esta celda, y ninguno de los prelados y abades ó superiores de Órdenes que llegaban á Valencia, se marchaba sin haber celebrado allí la santa Misa. Los reyes Felipe II, Felipe III y Felipe IV oraron en esta capilla y le ofrecieron espléndidos regalos. El M. Luis de Blanes escribió un libro sobre la celda santa, el cual se imprimió en Valencia en 1699. Hoy sólo queda el pequeño recinto que indica el lugar donde estuvo tan magnífica joya.

El día que se celebra la fiesta del Santo son muchos los fieles que visitan esta capilla, en la que se dice Misa con frecuencia.

Este es, ligeramente descrito, el grandioso edificio, en el que se hermanaban el arte y la piedad, y que fué cerrado al culto por la revolución de 1835, destruyéndose los objetos más notables por su antigüedad y recuerdos, es decir, todo lo que respiraba grandeza, gloria y religión. Los restos más sublimes del arte se regalaron ó vendieron por precios escandalosos; los sepulcros de mármol, que contenían cenizas de héroes, sirven de poyo en casas de moderna construcción y mezquina solidez. Entre los montones de armas y los innumerables cañones que guarda el Parque de Artillería, todavía se ven las bóvedas cinceladas de hojas, las capillas á manera de grutas, los pasillos secretos y las puertas bajas, iluminado todo por la lánguida luz que entra por alguna ventana ó agujero. Aun hemos visto restos de aquellos claustros que vieron varias generaciones de religiosos, y si bien están abiertos y profanados los sepulcros, derribados los altares de piedad, desprendidos de los arcos de las bóvedas los escudos de antiguos caballeros, y mutiladas esas estatuas de grave apostura y de silencioso res-

peto que adornaran majestuosamente el convento, sin embargo, se conmueve el ánimo todavía, creyendo ver aquella pléyade de sabios que vivieron entre sus paredes, los escritores insignes cuyas obras recorrieron el mundo, y el sinnúmero de santos y venerables que honran la Iglesia, figurando entre ellos el insigne San Vicente Ferrer.

Hemos dicho que en 1844 se abrieron de nuevo á la pública veneración las capillas llamadas de Reyes y de San Vicente Ferrer, en virtud de acuerdo tomado por la Academia de nobles y bellas artes de San Carlos, en una de las sesiones ordinarias celebradas el 30 de Julio de 1843, por el que se elevó una solicitud á la Junta de Salvación pública de esta provincia, especie de Consejo que gobernaba la ciudad de Valencia en aquellos días de plena revolución. El Gobierno superior político de la provincia accedió á lo solicitado, con fecha de 1.º de Agosto de dicho año, y en seguida se constituyó una comisión encargada de arbitrar recursos para las obras, cumpliendo todos sus individuos con tal celo y actividad su noble encargo, que después de remover cuantos obstáculos se podían ofrecer y dar cima á la obra al través de las oscilaciones políticas, del cúmulo de circunstancias extraordinarias y difíciles, y de embarazosos é imprevistos acontecimientos, se abrieron á la pública veneración estas dos capillas el día 14 de Abril de 1844 [1]. Digno de notar es el hecho de que si una revolución convirtió estos monumentos en cuarteles, otra revolución tendió su mano para abrirlos, ostentando con ello la Providencia sus impenetrables designios.

[1] Véase *Memoria histórica de la apertura de las capillas de San Vicente Ferrer y de los Reyes en el extinguido Convento de Santo Domingo de Valencia*, por D. Vicente Boix.

Desde esta época se celebran en dichas iglesias, que tan unidas están á la historia del hombre más grande del siglo XIV, los actos del culto católico, repitiéndose de nuevo bajo sus bóvedas los cánticos sagrados, llenos de fe y de entusiasmo religioso.

CAPÍTULO VIII

San Vicente en la enseñanza.—Su cátedra en Lérida.—Sus estudios en Barcelona.—Principios taumatúrgicos.—La profecía de las naves.—El milagro del albañil.—Estudios en Tolosa.—Regreso á Valencia.—Su fama.

Apenas Fr. Vicente pronunció los votos solemnes que le separaban para siempre del mundo, el Prior de su convento, al ver los vastos conocimientos filosóficos y teológicos que adornaban al nuevo dominico, le encargó explicase filosofía á algunos jóvenes religiosos, lo cual hizo con tal celo y erudición, que habiendo corrido por la ciudad lo extraordinario de sus explicaciones, acudieron muchísimos estudiantes seculares á beber de sus labios la ciencia que salía á raudales y que no sólo ilustraba las inteligencias, sino que, pasando de los límites ordinarios, formaba los corazones en el recogimiento y la piedad. Poco tiempo le duró esta ocupación, pues al saber el Capítulo provincial, celebrado en Tarragona el 8 de Septiembre de 1368, sus raros talentos, le ordenó pasase á Barcelona, lugar donde eran enviados los de la Orden que descollaban en la filosofía, no con el objeto de que se impusiese mejor en el estudio de la lógica, sino para que se acostumbrase á las opiniones de los Dominicos,

6

que en muchas cuestiones eran diferentes de las que se enseñaban en las escuelas seglares de la época.

Dos años estuvo en esta última ciudad, dando inequívocas muestras de su talento nada común y de su piedad y virtudes extraordinarias, que asombraban y edificaban á propios y extraños, hasta que el Capítulo celebrado en Valencia el 11 de Junio de 1370 le envió como Lector [1] de lógica al convento de Lérida, que era Estudio general de la Provincia, dándole siete alumnos, que fueron aumentados con otros seis el año siguiente en el Capítulo provincial de San Mateo de 6 de Octubre, y en donde tuvo discípulos meritísimos, figurando entre ellos el docto Fr. Pedro Fontllops, graduado en Lérida, muy estimado del rey D. Martín, y que llegó á ser Provincial y gran Inquisidor del reino de Aragón.

Poco hemos de decir para ponderar los adelantos que harían los discípulos con tal maestro, alentándoles de continuo con su ejemplo á las virtudes y á saber practicar lo que dejó escrito en su *Tratado de la vida espiritual:* «El que estudia, no omita lo que puede dispertar la devoción, antes bien dirija y encamine cuanto estudia á Cristo Jesús, pidiéndole luz para entender aquel punto. A ratos, que no pasen de hora, haga sus pausas, recogiéndose en la llaga del costado de Jesús, y de allí vuelva al libro. Acabando de estudiar, arrodíllese y eleve al Señor alguna jaculatoria, y pídale fervor de espíritu, y luego encomiende

1 Con el nombre de Lector se designa en los monasterios á los que están encargados de dar lecciones de teología, lo cual es una especie de grado mayor. El Concilio de Trento mandó que hubiese lectores en todos los monasterios, donde cómodamente pudiera haberlos. En lenguaje escolástico *lector* quiere decir lo mismo que profesor, pues ordinariamente éste leía y después comentaba el texto que explicaba.

la lección á la memoria. Con esta alternativa de oración y estudio, logrará más luz para entender y más ternura para orar. Para esto es admirable medio estudiar después de maitines. Y así procure no velar mucho antes, para dilatarse más por la madrugada». De quien tan sabias lecciones daba escribiendo respecto al estudio, bien puede deducirse lo que enseñaría con la práctica.

Concluído su segundo curso de lógica en Lérida, fué enviado por el Provincial Bernardo Ermengol al convento de Estudios generales de Barcelona, para que estudiase allí Sagrada Escritura y enriqueciese su entendimiento con las explicaciones de los sabios comentaristas Fr. Bernardo Coll y Fr. Bernardo Castellonet, aprendiendo tal vez entonces la lengua hebrea, pues sus controversias con los judíos nos dan pruebas irrecusables que la poseía á la perfección.

Tres años duraron sus estudios sobre las Sagradas Letras, después de los cuales, empapado de la ciencia revelada, y formado ya por el estudio y oración para el apostolado, comienza á ensayar la magia de su palabra ardiente en el ministerio de la predicación, no obstante ser todavía diácono y contar veinticuatro años de edad.

Su palabra, enérgica y elocuente, atraía á las muchedumbres, hasta el punto de verse obligado á predicar en las plazas públicas; aquel corazón, convertido en una llama de fuego amoroso hacia su Dios, empezaba, siendo casi un niño, á combatir los vicios y extender la doctrina de Jesucristo, en medio de los aplausos de las muchedumbres y de la admiración de los pueblos, como tenemos de ello muchos testimonios. Entonces fué cuando abrió la era de los prodigios; dió á conocer el espíritu de profecía de que estaba ador-

nado, y el inmenso caudal de gracias que Dios había depositado en aquella alma. He aquí un suceso que lo prueba plenamente:

Corría el año 1374, y tras muchas malas cosechas, una horrible escasez desolaba á Barcelona y todo el Principado: el hambre llegó al extremo de que el mismo rey se vió en la necesidad de escribir desde esta ciudad al Abad de Poblet y á los magistrados de Mont-Blanch, con fecha 6 de Noviembre, rogándoles encarecidamente le vendiesen veinte cargas de trigo para la provisión de su real palacio. Hacíase sentir la misma hambre en Mallorca, hasta el punto de que los Jurados y su Gobernador D. Olfo de Proxita, ordenaron á los capitanes de sus galeras apresasen á todas las naves que con cargamento de trigo se pusiesen á la vista de la isla, por lo que los marinos valencianos, víctimas de esta piratería, se quejaron al rey, el cual ordenó su restitución, según carta de 10 de Noviembre. Varias naves habían sido enviadas en busca de trigo, y su tardanza en el regreso aumentaba la aflicción de aquel pueblo hambriento, mucho más al considerar lo imposible que era el poder acercarse al puerto bajel alguno, dada la terrible tempestad que reinaba en aquellos días.

En medio de tanta calamidad, San Vicente intervino. Después de haberse preparado con la oración y la penitencia, se dirige al pueblo y aconseja se invoque públicamente á Dios, haciendo una rogativa que recorriese las calles de la ciudad. Cumplióse al pie de la letra su consejo, y sosegado aquel afligido pueblo por la esperanza que concede la fe, se reune en la plaza *del Born*, en número de 20.000 personas: se improvisa un púlpito, y el Santo, puesta su confianza en la divina misericordia, leyendo, con la luz profética

con que el Señor baña su mente, el alivio que Dios preveía al país, empieza á arengar á la muchedumbre, exhortándola al arrepentimiento y á la expiación de los pecados, causa única de todos los males: les pone de manifiesto las continuas ofensas que se hacen á la divinidad, la cual sólo castiga para curar las almas, sacando siempre de los males bienes extraordinarios. Así continuó por bastante tiempo poniendo de manifiesto los castigos que Dios reservaba á los pueblos que no reverenciaban cual debían á su soberano Señor; de repente su rostro se ilumina, á la oratoria de fuego sucede un período de calma, y, como fuera de sí, se dirige á aquella multitud, que le escuchaba con religioso temor, y la dice: «alegraos, alegraos, antes de la noche llegarán á la playa dos navíos cargados de trigo, que serán el principio de una próxima y completa abundancia».

Poca impresión favorable debió causar el anuncio en boca de aquel joven de veinticinco años, porque no obstante su elocuencia y sabiduría, no tenía la autoridad suficiente para dar crédito á unas palabras que sólo podían salir de los labios de un profeta. Divídense los pareceres sobre tan halagador vaticinio, comienzan las murmuraciones y censuras, irrítanse algunos contra el Santo por haber insultado el dolor público, y le tratan otros de charlatán y vanidoso; pero, con el ánimo tranquilo y la serenidad del que hace y dice aquello que cree inspirado por Dios, se dirige al convento, donde habiendo llegado ya la noticia del vaticinio que había hecho, es recibido con señales de desagrado; y el mismo Prior, que tanto aprecio le dispensaba, le ordena que en adelante se abstenga de hacer semejantes anuncios, porque podían ceder en descrédito de su persona, desdoro del hábito y

desprecio del ministerio sagrado de su predicación.

Humilde escucha el Santo las reprensiones que le daban, y, sin replicar palabra alguna, pasa el resto del día suplicando á Dios, ya que él era el que le había revelado la venida de las naves, cumpliese su vaticinio, para que su santo Nombre fuese glorificado y la incredulidad de aquel pueblo se trocase en muestras de amor y gratitud.

Apenas el sol comenzaba á ocultarse entre los pálidos celajes que caen del cielo en tiempo de lluvia, se destacaron por el horizonte las blancas velas de dos naves que llegaban empujadas por las olas, lo cual, advertido por el centinela del castillo de Monjuich, se reconoció eran las anunciadas por el Santo, que efectivamente iban cargadas de trigo y formaban parte de un convoy de veinticinco, que tres días después llegó á las playas de Barcelona [1].

Este suceso llenó de alborozo á la ciudad, y el pueblo aclamó al joven Vicente, quedando acreditado su espíritu profético, y su virtud y honor calificados. Y no fué sólo el don de profecía lo que le elevó al más alto grado de consideración, sino los múltiples y estupendos milagros que realizaba: la leyenda del albañil es una prueba.

Estaba construyéndose la prisión, arrasada en 1860, y que ocupaba el lugar que es hoy la plaza Real, cuando un albañil cayó del andamio, desde una altura considerable. Pasaba casualmente San Vicente, y el obrero exclamó: «¡Pare Vicent, salvaume!», á lo que el Santo, indeciso y atento á la obediencia, respondió: «Espera

1 Puede verse en confirmación de este hecho, que traen todos los biógrafos del Santo, *Rúbrica de Bruniguer*, tom. V, capítulo XVII, p. 193, conservado en el Ayuntamiento, y *Acta Episcoporum Barcinonensium*, por Aymerich, pág. 377.

que pida permiso»; y el desgraciado permaneció en el aire. Se presentó al Prior, formuló la petición, y casi enojado, le concedió el permiso, diciéndole que el milagro ya estaba hecho. Volvió el Santo, y dijo al infeliz albañil, que todavía se sostenía en el espacio: «Baja poco á poco», lo que hizo sin daño alguno [1].

El milagro que referimos prueba que todos los que le conocían le atribuían este don del cielo, por lo que se colige que ya habría realizado otros muchos.

En el Capítulo de Manresa, celebrado el 27 de Septiembre de 1375, se le nombró Lector de física en el mismo convento de Santa Catalina Mártir, de Barcelona, señalándole seis discípulos, cargo que desempeñó un año, pues con fecha de 10 de Septiembre de 1376 le vemos en Valencia firmando, con otros religiosos, una escritura de compromiso con motivo de un pleito que seguían los curas de las parroquias contra su convento sobre los derechos de la cuarta funeral. El 22 de Diciembre del mismo año, firmó la prórroga del compromiso, llevado á cabo por los árbitros Bernardo Stampa y Bonifacio Ferrer, hermano del Santo. Parece que este asunto debía haber pasado por muchísimas peripecias y que San Vicente intervendría en él para terminarlo.

1 Decimos de este milagro lo que ya hemos manifestado respecto á otros, es decir, que si bien no puede probarse, no hay motivo para rechazarlo, pues existen muchísimas pinturas que lo representan. Este milagro es el origen de muchas Cofradías de albañiles que existen en Italia y aun en España y que tienen por patrón á San Vicente.

Muchas ciudades pretenden que se verificó este prodigio en su localidad, tales como Tolosa, Mompeller y algunas poblaciones de España; nosotros creemos que, si acaso, tendría lugar en Barcelona, porque en ninguna parte hubo diferencia alguna entre San Vicente y sus superiores, si es que llamarse puede diferencia á lo que sucedió con motivo de la profecía de las naves.

No estuvo mucho tiempo en su país natal, pues el Capítulo provincial, celebrado en Calatayud en 29 de Septiembre de 1376, decidió enviarle á la Universidad de Tolosa, según costumbre de aquellos tiempos, adoptada por todas las Órdenes religiosas, de enviar á los que más sobresaliesen por su talento ė ingenio á las mejores universidades de Europa. La de Tolosa era á la sazón una de las más importantes, á la que acudían principalmente los dominicos, á causa de encontrarse en aquella ciudad el cuerpo del gran teólogo y bienaventurado Santo Tomás de Aquino, ante cuyo sepulcro bebían las almas fervorosas el néctar embriagador de la perfección, y aprendían la ciencia divina que nos dejó el cantor del Santísimo Sacramento.

Poco más de un año estuvo Vicente entre los tolosanos, siendo la admiración de sus maestros por su superior talento y piedad extraordinaria. La prueba de ello es que entró como discípulo y salió como maestro, pues aquella célebre Universidad le cuenta entre sus catedráticos. ¡Con qué devoción adoraría las sagradas reliquias del que fué erario de todas las ciencias, firme sostén de la Iglesia en los tiempos futuros y admirable modelo de santidad! Ante el sepulcro de Santo Tomás aprendería nuestro Santo aquellos sublimes conceptos, aquellas elevadas ideas, aquel amor sin límites á la gloria de Dios, con que después había de arrastrar á las muchedumbres para conducirlas por los senderos de la virtud y de la santidad.

Terminado el año de estudios en Tolosa, Vicente Ferrer volvió á Valencia [1], donde estuvo durante

1 La mayor parte de los autores, y entre ellos Vidal y Micó, Gavaldá, Gómez, etc., dicen que de Tolosa pasó á París, donde se recibió de Doctor, y de aquí pasó á Roma, en cuya capital defendió públicamente una conclusión sobre la verdad de la

diez años prodigando todos los tesoros de su corazón. Dios quiso dar á su servidor la alegría de comenzar por su patria el trabajo de regeneración social, al que era llamado. Por fin se habían realizado los deseos de los religiosos de su convento, después de repetidas diligencias. Apenas la nobleza y pueblo valenciano supo se hallaba en las cercanías de la ciudad, salió á recibirle con increíble alborozo y generales aplausos, restituyéndose á su convento á últimos del año 1378, cuando tenía veintinueve años no cumplidos y era solamente diácono. Y no debemos omitir la circunstancia de que á esta edad no se hubiese ordenado todavía de sacerdote, pues se creía indigno de tan elevado cargo por el grado de santidad que para su desempeño se requiere. «El ser sacerdote es bueno—decía en un sermón—, pero peligroso, por la gran perfección que se requiere, para que uno sea digno de llàmar con su boca al Hijo de Dios en el sacrificio del Altar; y los Santos Padres se juzgaron indignos para tanto ministerio, y así le huían. Porque se necesita de tres cosas, que son: clara ciencia, santa vida y buena fama; de otra suerte, mejor fuera al clérigo no tener manos ni pies». No creía él tener ninguna de estas tres cosas: sólo recibió el presbiterado después de re-

Suma de Santo Tomás, apoyándose todos en uno de los panegíricos del P. Antonio de Brescia, que así lo asegura. Sin embargo de esto, Echard ha compulsado cuidadosamente en la Sorbona la lista de los doctores sin encontrar á Vicente Ferrer, cuando de haberlo sido, debía ser muy útil estuviese para establecer la cronología. En cuanto al título de doctor, no hay ninguna noticia capitular, lo mismo que de su envío á Roma; finalmente, no podía estar á la vez en París, Roma y Tolosa, atendido al poco tiempo que estuvo fuera de España. Además, los títulos académicos no existían entonces, ni mucho menos correspondían al objeto y nombre que tienen en la actualidad, pues no era un título académico sino una función.

petidas instancias de los superiores, y tal vez á título de santa obediencia.

En este tiempo empieza la verdadera predicación del santo Apóstol, y Valencia recogió todas las primicias del apogeo de su elocuencia. No es de extrañar, atendido el renombre de que gozaba, llenase su misión con tal aplauso que acudiesen por oirle hasta de ocho leguas de distancia, buscando con afán las enseñanzas que salían de su boca de ángel. El crédito, sobrenombre y veneración que inspiraba, llegaron á tal grado, que en Valencia, donde brillaban por todas partes hombres distinguidísimos, no había más que un religioso, un sabio, un santo, un servidor de Jesucristo, es decir, San Vicente Ferrer.

Y naturalmente, en aquel tiempo de eternas guerras, de infortunios sin cuento y de malestar continuo, su elocuencia nerviosa, entera, suelta, embellecida por multitud de imágenes y que tan bien se adaptaba al pueblo, debía producir efectos sorprendentes; cuando su noble figura, de miembros proporcionados y aspecto venerable, sobresalía entre la multitud fustigando los vicios todos, lo mismo del rico que del pobre, del noble que del plebeyo, cambiando de expresión su agradable rostro, según la materia de que trataba, el pueblo le admiraría con entusiasmo, y hasta le amaría con frenesí porque calmaba sus dolores; y al oirle declamar contra el pecado y ensalzar los rigores de la penitencia con aquel rostro pálido, con una ligera coloración en las mejillas, que formaba magnífico contraste con sus negros ojos y la corona monástica, que parecía una aureola natural, no hay duda alguna que conmovería los corazones del auditorio, conduciría las almas por el camino de la virtud y caldearía aquellas inteligencias con el fuego del amor divino, derramando

sus oyentes lágrimas de arrepentimiento cuando describiera los castigos con que Dios amenaza al pecador. Si se añade á esto los muchísimos milagros que obraba y las continuas conversiones de moros y judíos, efecto de su predicación, se tendrá por justificada la influencia que su palabra debía ejercer en aquella edad de guerras, odios, venganzas y rivalidades.

CAPÍTULO IX

Triunfos de la gracia.—El fingido ermitaño.—El crucifijo de los Mártires.—Una visión deliciosa.—Inés Hernández.—Perfidia castigada.

PARA dar á las almas los consuelos espirituales que necesitaban, debía Vicente sentir también y vencer todos los peligros á que está sujeto el hombre. La santidad de que estaba adornado hubo de conmover á los espíritus infernales, que le procuraron todos los medios imaginables para que cayese en el abismo del pecado. El atleta más fuerte está obligado á reñir en más ruda batalla: San Vicente, como gran guerrero, tenía que vencer en grandes combates.

Los autores que se han ocupado de su vida traen algunas tentaciones que San Vicente venció, ayudado de la gracia, que nunca le faltaba, y que dieron motivo á que experimentara grandes alegrías y redoblase sus penitencias.

Refiere Gómez, tomándolo de Razzano y otros, que cierto día se encontró el Santo con un viejo ermitaño, de aspecto grave y luenga barba, vestido con un tosco traje y pendiente del cuello un largo rosario, que le manifestó deseos de platicar con él de cosas espirituales. Díjole con voz temblorosa y con palabras llenas de mentida unción, que no se privase tanto del sueño por la oración, porque era demasiado joven todavía,

y fuese más reservado en sus mortificaciones; que debía gozar de los deleites y placeres que el mundo le ofrecía, pues tiempo tenía para hacer después penitencia y alcanzar un alto grado de santidad. «En mi mocedad—decía—fuí disoluto y dí á la sensualidad cuanto apeteció. Después, temiendo una muerte imprevista y arrebatada, traté de mudar de vida y retirarme al desierto; y como había saciado el deseo, quedé enfadado de los deleites caducos, y casi rabioso contra mí mismo; y así, ayudado de Dios, emprendí y proseguí, con rigor felizmente, la vida de penitencia de los anacoretas, y alcancé del Señor cuanto quise. En vista de esto, te aconsejo que si deseas llegar á la perfección y hacer en tu vejez una vida santa y adquirir fama, no te aflijas ahora en la flor de tu edad con tanta mortificación. Ninguno, tarde ó temprano, deja de incurrir en algunas liviandades, y éstas vale más te sucedan en la juventud que en la vejez». Por el atrevido lenguaje y consejo tan infernal, conoció Vicente que el fingido ermitaño era el demonio, por lo que hecha la señal de la cruz, é invocados los dulces nombres de Jesús y de María, vigorizó su alma amedrentada por la presencia de tan formidable enemigo, que huyó lleno de vergüenza y confusión.

Segunda vez se le apareció una noche, mientras estaba en oración ante el Crucifijo [1] llamado de los

[1] Este Crucifijo, llamado más tarde de San Vicente, se conservaba colgado sobre la reja de la capilla del Santo, y de traslado en traslado vino á desaparecer en 1835. Cuéntase de esta santa imagen, que en cierta ocasión, estando el Santo ante ella contemplándola tan llena de llagas y derramando copiosos arroyos de sangre, enternecido en lágrimas, exclamó diciendo: "¿Es posible, Señor, que hayáis padecido tanto?"—"Sí, respondió la santa imagen, y mucho más todavía", é inclinó la cabeza y todo el cuerpo hacia el lado izquierdo, dejando este brazo más tirante y largo que el derecho.

Mártires, en figura de un etiope de feroz aspecto, amenazándole con vencerle, no obstante sus penitencias y oración. El intrépido Vicente, para resistir la lucha, redobló sus mortificaciones y se preparó á reñir formal batalla con los espíritus de las tinieblas.

Algunos hombres poco adictos á los hechos sobrenaturales, pondrán tal vez en duda estas apariciones; mas téngase presente que Satanás y sus secuaces están extendidos en todo el universo lo mismo que los ángeles buenos, y si éstos son custodios de los hombres, aquéllos emplean todo su poder, que es muy grande, en perder á la humanidad, conquistando almas para su tenebroso reino. El poder de los demonios, supuesta la permisión divina, se extiende á todas las operaciones á que puede llegar la naturaleza angélica. Así, que se mueven con la celeridad del ángel, obran sobre los cuerpos como aquéllos, tienen poder sobre los elementos para producir algunos fenómenos maravillosos, y su fuerza es superior á la de los agentes naturales. Sabido es que el diablo maquina todo cuanto puede contra el reino de Dios, proponiéndose el progreso del mal y la destrucción del bien, bajo todas sus formas, extendiéndose, por lo tanto, su acción maléfica á todo lo vulnerable y débil que hay en el hombre, aunque muchas veces su malicia no es otra cosa que un instrumento de la Providencia, pero que jamás destruye nuestra libertad. Viendo, pues, los frutos de la predicación de San Vicente, las almas que conducía á la casa de Dios y las innumerables conversiones que, efecto de su elocuencia, oraciones y penitencias, hacía, no cabe duda que el demonio pondría á prueba toda su astucia y perversidad para arrastrar al Santo, y de aquí las continuas tentaciones. Derrotado la primera vez de un

modo vergonzoso apeló á otros medios, que también dieron el mismo resultado.

Refieren los mismos autores citados, que estando San Vicente una noche recogido en su celda leyendo el libro que contra Helvidio compuso San Jerónimo sobre la virginidad de la Santísima Virgen María, se enardeció en el amor á esta virtud, y suplicó fervorosamente á la Reina de los ángeles le perseverase, alcanzándole de su bendito hijo el más alto grado de pureza. Estando en lo más ferviente de su oración oyó una voz, que pareció respuesta de la Virgen, que le decía no podría conservar gracia tan singular, perdiéndola muy pronto. Afligióse sobremanera el Santo, y redoblando sus ardientes súplicas, pidió á la Virgen se dignase declararle de quién había sido aquella voz tan infausta, á lo que accedió la Señora apareciéndosele rodeada de luz y de gloria, y manifestándole desechase todo temor, pues la voz que había oído era del demonio, que, con el objeto de arrebatarle del camino de la perfección, al que con tanta seguridad caminaba, había puesto en acción sus argucias y asechanzas.

Otra tentación, acaso de las más formidables, tuvo que vencer nuestro Santo. Había en Valencia una noble y hermosa mujer, llamada Inés Hernández, que, impulsada por el demonio, se enamoró perdidamente de Fr. Vicente. En lugar de refrenar su loca pasión, le seguía por todas partes buscando todas las ocasiones y pretextos. Él, en su candor, no veía allí más que una devoción intempestiva, oyéndola con calma muchas veces, lo que desconcertaba é inflamaba más á la pobre demente. Viendo lo imposible de manifestarle su diabólico intento, le sugirió la idea de fingirse enferma y llamar al Santo. Acudieron los médicos, apli-

cáronle remedios, y como ni éstos aprovechasen ni aquéllos entendiesen su dolencia, perseverando ella en su enfermedad, creyeron los que la asistían era llegado el momento de decirla que arreglase su alma por si venía un mal desenlace. No deseaba otra cosa Inés: mandó que llamasen á Fr. Vicente, creyendo llegado el momento de poner en práctica sus lascivos instintos. Acudió el Santo, sin presumir el lazo que el demonio le tenía armado, entró en el cuarto de la enferma, la persuadió se recogiese un instante para arreglar las cosas del alma, é invocando á Dios en su auxilio, se dispuso á oirla en confesión. Ella, al principio, disimuló su intento, entablándose en su corazón una lucha violenta entre la pasión y el pudor cristiano. Al fin triunfó la pasión, y descubrió al Santo el fuego execrable que sentía, todo lo que había hecho sin resultado y el lazo que le había tendido para lograr sus intentos. El acento era verdadero, la pasión sincera; pero Vicente, lleno de santa indignación, le afeó su atrevimiento y abandonó la casa. Inés, viéndose despreciada y burlada, pasó del amor al furor, resolviendo, por vengarse, quitarle la reputación; pero el Señor intervino directamente para justificarle, privando del habla á la vil calumniadora, que comenzó á hacer espantosas convulsiones. Los exorcismos no pudieron más que las medicinas, pues obstinado el demonio, que también se había apoderado de su cuerpo, respondía siempre: «No saldré de aquí sino por mandato del que no se quemó estando en el fuego». Como los de la casa ignoraban el suceso, no entendieron estas palabras, y discurrieron hablaría de San Vicente Mártir ó de San Lorenzo: trajeron para los exorcismos, que se repitieron, sus imágenes, pero sin lograr favorable efecto. Pensaron en que volviese San

Vicente y le diese su bendición, y no atreviéndose éste á excusarse para no dar indicios de lo sucedido, se decidió á volver á verla acompañado de algunos religiosos, y apenas entró en la pieza donde estaba la enferma, gritó el demonio: «He aquí el que no se quemó estando en el fuego», y dando un rugido de furor, abandonó el cuerpo de la desgraciada, que estaba medio muerto. Vidal dice «que quedó la mujer libre y sana del alma y cuerpo, y tan mudada, que vivió en adelante con mucho ejemplo».

No pararon en esto las argucias del demonio, de las que se servía Dios para acrecentar el valor de las heroicas virtudes de Vicente. Algunos envidiosos, vista la estimación que al Santo granjeaba su ejemplar vida y evangélica predicación, determinaron eclipsar su nombre inmaculado. Al efecto, aprovechando un momento en que el Santo estaba fuera de su celda, introdujeron en ella una mujer perdida que gozaba fama por su hermosura y liviandad. Vuelto Vicente á su celda, al ver á aquella mujer, creyó al principio era el demonio que había tomado su figura, y trató de alejarla por medio de la señal de la cruz; pero la cortesana, empleando la pasión, su arte detestable y todo lo que le sugería el deseo de destruir la fortaleza de aquel varón justo, le dió á entender lo que quería y cuál era el motivo de encontrarse allí. Recogió el Santo su espíritu, elevó su corazón al cielo, invocó los dulces nombres de Jesús y de María, y tras una corta oración, reprendió á aquella mujer, pintándole con tal elocuencia la deformidad del vicio, la hermosura de la virtud, la fragancia de la pureza y el mérito de la penitencia, que la que poco antes entró en la celda con el objeto de arrastrar al mal á una alma, no pudiendo resistir el brillo de la verdad, cayó de hinojos

á los pies del Santo, pidiéndole perdón de su atrevimiento y ofreciendo mudar su torpe vida y hacer penitencia toda ella de aquel grave pecado, pero antes descubrió á los envidiosos que la introdujeron. Encargóle mucho el siervo de Dios, escribe Gavaldá, que no hablase de lo sucedido, ni descubriese los autores de aquella maldad; pero ella lo contó todo, no sólo á los que la habían movido, sino también á otros, hasta el punto que se divulgó el caso por toda la ciudad, quedando compungida la mujer, confusos los enemigos del Santo, y su buen nombre, para gloria de Dios, más esclarecido.

Por otras muchas pruebas tuvo que pasar el insigne Dominico, á cual más terribles y más grotescas; pero salió siempre triunfante de ellas, haciéndose por ello acreedor acá en este mundo á una debida recompensa y á ceñirse la corona del triunfo en el otro.

CAPÍTULO X

El cisma de Occidente.—Los antipapas.—Pisa y Constanza.—Fin del cisma.—Contestación á una pregunta.—Noticias sobre Pedro de Luna.

Hemos dicho en uno de los capítulos anteriores que los tiempos que alcanzó San Vicente fueron de verdadera prueba, y sólo la Providencia, que velaba por su hijo amado, pudo preservarle de los males que le rodeaban. Si el demonio le asediaba de continuo en la soledad del claustro atentando contra la pureza de su alma, en el gran teatro del mundo, en el que por sus talentos y sobrenombre se vió obligado á agitarse, no le esperaban menos peligros que pudieran empañar su historia, si la pureza de intención que guiaba todos sus actos no le hubiese puesto á flote en el laberinto de contrariedades que perturbaba las conciencias. Nos referimos al gran cisma de Occidente, del que, por las muchas veces que intervino desempeñando cargos, nos vemos obligados á hablar.

Su origen fué como sigue. Durante 68 años había estado la residencia de los Papas en Aviñón, y á la muerte de Gregorio IX, que la había trasladado á Roma, el Sacro Colegio se componía de 23 Cardenales, de los cuales 16, que se hallaban en esta última

ciudad, se dispusieron á elegir nuevo Papa. Los romanos, temiendo que si era elegido un francés trasladase de nuevo la residencia pontificia á Aviñón, pidieron, hasta con amenazas, que fuese elegido un romano. Los Cardenales contestaron que elegirían al que les pareciese mejor para el bien de la Iglesia; pero en tanto estuvo reunido el cónclave, tomaron un carácter alarmante los clamores y gritería del pueblo, y á las puertas del Vaticano se oyeron gritos sediciosos. La elección recayó en el Arzobispo de Bari, en 9 de Abril de 1378, el cual no pertenecía al Sacro Colegio, y tomó el nombre de Urbano VI, teniendo lugar el acto de la entronización el día siguiente, y el de su coronación el 18 del mismo mes.

Desgraciadamente, para la paz de la Iglesia, desplegó Urbano VI un celo exagerado en la reforma de las costumbres, empleando en sus procedimientos tal firmeza y severidad, que se enajenó las voluntades de muchos que antes le eran adictos. Y esto era natural, pues la época era triste y aciaga en demasía: el lujo y el libertinaje arrastraban en pos de sí todas las clases y todos los estados sociales; las doctrinas heréticas, la corrupción, la avaricia, el desenfreno de la simonía, los horrores del sacrilegio, el desprecio y abandono de toda honestidad y modestia, de toda piedad y religión, producía estragos sin cuento, y en fin, todos los males que pueden padecer las sociedades y los pueblos parecía se habían unido para hacer más deplorable aquella época. Esto fué causa de que algunos Cardenales se indispusieran con el nuevo Papa y tramasen una conspiración que, bajo pretexto de que la elección de Urbano VI no había sido completamente libre, quería hacerle abdicar, obligándole á que se pasase á Agnani; pero el Papa desobedeció, y entonces, pre-

vios trabajos secretos que se ejecutaban, y que ganaban numerosos partidarios, se reunieron en Fundi, donde, con la protección de la reina Juana, declararon nula la elección hecha, por falta de libertad, y pasaron á elegir nuevo Papa en la persona del Cardenal Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII, el cual trasladó su residencia á Aviñón, después de una corta permanencia en Nápoles. Por medio de enviados á las diferentes cortes de la cristiandad, notificaron los Cardenales la nueva elección; y supieron presentar las cosas de un modo tan favorable á sus intereses é intentos, que persuadieron á muchos de la nulidad de la elección del Urbano y de la consiguiente canonicidad de la de Clemente, prestándole obediencia Castilla, Francia, Nápoles, Chipre, Escocia, algunas ciudades de Alemania, Génova, los Ducados de Lorena y Bar, y los Condados de Saboya y Ginebra. La corona de Aragón le prestó también obediencia en 1387.

Tal fué el origen del desastroso cisma de Occidente, que duró cerca de 40 años. Mucho se escribió por los partidarios de una y otra obediencia en favor de los derechos de su respectivo Papa, y las dos contaron con hombres distinguidos en saber y virtud. Esto nos da á entender que la cuestión era muy dudosa en aquellos tiempos, por más que, disipadas las grandes tinieblas que por permisión divina se habían extendido sobre una parte de la cristiandad, y con el estudio imparcial de los sucesos, se haya convenido después en admitir como legítima la elección de Urbano VI.

Urbano VI murió el 15 de Octubre de 1385, sucediéndole Bonifacio IX, elegido en 2 de Noviembre por 14 Cardenales de la obediencia de Roma. El 1.º de Octubre de 1404 ocurrió la muerte de Bonifacio, y el 17 del mismo mes fué elevado á la Sede Inocencio VII.

El 16 de Septiembre de 1394 muere el antipapa Clemente VII, siendo sustituído el 28 del mismo mes por el español Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, elegido por los Cardenales de la obediencia de Aviñón. Inocencio VII gozó poco tiempo de la suprema dignidad pontificia, pues murió el 6 de Noviembre de 1406, sucediéndole el 30 de aquel mes Gregorio XII, que antes de su elección había prometido abdicar, si así lo hacía también el de Aviñón.

Después de celebrarse varios sínodos, y de muchas negociaciones entre los reyes de ambas obediencias, las dificultades para un arreglo aumentaron sobremanera, complicándose el asunto hasta el punto de no ser posible una resolución favorable, ocasionándose con ello males gravísimos á toda la cristiandad. El rey de Francia, después de haberse sustraído á la obediencia de Pedro de Luna, viendo la pertinacia de éste en sostenerse en la dignidad pontificia, de acuerdo con el rey de Inglaterra, procuró que se reuniera un Concilio, formado por las dos obediencias, y adoptara un remedio heroico para destruir tan grave mal; y al efecto, en 1409 se reunieron en Pisa Cardenales de ambos partidos con cierto número de Obispos y de Doctores, y después de haber intentado inútilmente que abdicasen Gregorio y Benedicto, les declaró privados del Pontificado, y en consecuencia vacante la Silla Apostólica, eligiendo un nuevo Papa, que tomó el nombre de Alejandro V.

Lejos de acabar el cisma con la nueva elección, vino á complicar más las cosas, pues si antes había dos que se tenían por Pontífices, después del Concilio de Pisa hubo tres, porque Gregorio y Benedicto continuaron ejerciendo su autoridad, teniendo cada uno su obediencia, aunque mermada, pues la de Alejandro

se formó de desprendimientos de las otras dos. Poco gozó Alejandro de su dignidad, pues murió en Bolonia el 3 de Mayo de 1410, sucediéndole, 14 días después, el napolitano Baltasar Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII.

A instancias del emperador de Alemania Segismundo, convocó este nuevo Pontífice un Concilio en Constanza, que le declaró depuesto en una de sus sesiones, á causa de resistirse á abdicar, único medio para que las negociaciones de paz tuviesen resultado. Juan XXIII se conformó con la deposición, y Gregorio XII también hizo, por medio de un legado, renuncia formal de la dignidad pontificia. Sólo Pedro de Luna persistió tenazmente en su propósito de continuar ejerciendo el Pontificado, en el cual perseveró hasta su muerte, ocurrida en 17 de Noviembre de 1424; pero antes el Concilio le declaró depuesto, quedando aniquilada su obediencia, pues los españoles que le habían sido más constantes, se habían ya adherido y concurrido al Concilio, el cual acordó todo lo relativo para la elección del nuevo Papa, determinando, entre otras cosas, con el consentimiento de los Cardenales, que, junto con éstos, tomasen parte en la elección seis individuos de cada una de las naciones que habían enviado Prelados al Concilio, que eran la italiana, la española, la francesa, la alemana y la inglesa, eligiendo en 17 de Noviembre de 1417 al Cardenal Otón Colonna, que tomó el nombre de Martino V, quien presidió las cuatro restantes sesiones, confirmando además con su suprema é indubitada autoridad lo que había decretado el Concilio en lo relativo á la fe.

Pero antes de morir Pedro de Luna, nombró aún cuatro Cardenales, tres de los cuales eligieron nuevo antipapa en la persona de Egidio Muñoz, Canónigo de

Barcelona, que se llamó Clemente VIII; pero el otro, Juan Carriére, que se encontraba á la sazón en Francia, protestó del acto de sus compañeros, y eligió, dice Hergenröther, para su uso particular y del Conde de Armañac, que le protegía, otro antipapa, que tomó el nombre de Benedicto XIV, lo cual no se descubrió hasta 1429. Muñoz quiso renunciar una dignidad á todas luces usurpada, pero se lo estorbó el rey Alfonso, á pesar de las activas gestiones que venía haciendo desde 1425 el Cardenal de Foix. Por último, el 26 de Julio de 1429, resignó su dignidad, ordenando á sus Cardenales que reconociesen á Martín V, haciendo lo mismo sus parciales, y Muñoz fué nombrado Obispo de Mallorca.

Tal fué el fin del largo y desastroso cisma de Occidente, que fué un gran peligro para la Iglesia, la cual probó una vez más que contra ella nada pueden las puertas del infierno. Resistió á esta tremenda prueba que atacaba á su unidad, secreto de su fuerza, como había resistido á las anteriores, saliendo triunfante de ella después de esfuerzos extraordinarios, y haciéndose patente la divina asistencia que la saca triunfante de todas las pruebas.

Antes de concluir, respondamos á una pregunta: si durante tan largo período de años estuvo dudosa la cabeza de la Iglesia, y la Iglesia no puede estar sin cabeza, ¿faltó la Iglesia por todo aquel tiempo? A esto contesta un escritor: «La Iglesia no faltó, porque en realidad uno de los Papas era en sí legítimo: por manera que la parte de la cristiandad unida á él, constituía el verdadero cuerpo de la Iglesia. Con respecto á los que obedecían al falso, hemos de decir que los que estaban de buena fe, y sería indudablemente la inmensa mayoría, en espíritu y deseo estaban unidos

al cuerpo de la Iglesia, pues, como dice San Antonino, siendo entonces tan dudosa la cosa, los fieles salvaban su conciencia siguiendo á su respectivo Prelado, y obedeciendo al Papa, á quien aquél estaba unido».

Creemos oportuno insertar algunas noticias biográficas y del gobierno del antipapa Luna, para comprender con más exactitud la parte que tuvo San Vicente Ferrer en el partido de Aviñón, y en el que, como veremos, ejerció importantes cargos.

D. Pedro de Luna era hijo de una nobilísima familia de Illueca, en Aragón, que siguió en su juventud la carrera de las armas; pero, cansado de ella, se dedicó al estudio del derecho canónico y civil, en el que hizo tales progresos, que fué nombrado para regentar una cátedra en Montpeller. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica, fué nombrado Canónigo y Pavorde de la Catedral de Valencia, haciéndose respetar por su vida intachable, su vasta ciencia y su carácter integro y justo, y el Papa Gregorio XI le creó Cardenal en Aviñón en 1375. Muerto el antipapa Clemente VII, como hemos dicho antes, fué elegido por unanimidad para sustituirle, tomando el nombre de Benedicto XIII, habiéndose distinguido antes como sagaz político en muchas legacías: esto sucedió en 16 de Septiembre de 1394, y aunque admitió la dignidad con repugnancia, la conservó, como veremos, con sobrado tesón, si bien prometió antes renunciarla cuando hiciese lo mismo el Papa residente en Roma.

En Julio del año siguiente le visitaron los Duques de Orleáns, Borgoña y Berri, pidiéndole cumpliese lo que en cónclave tenía ofrecido, pero respondió con tanta tibieza, que apoyados por el rey de Francia trataron de obligarle á la renuncia por la fuerza; mas

los reyes de Castilla, Aragón y Navarra hicieron saber al monarca francés que estaba bajo su protección, y por consiguiente, que no se inmiscuyese en el asunto. Por este tiempo le visitó el rey de Sicilia D. Martín.

En Enero de 1396 le instó de nuevo Carlos VI sobre la renuncia, y no satisfaciéndose con los reparos que al Papa se le ofrecían, convocó junta de Prelados, que acordó negarle la obediencia, abandonándole los Cardenales franceses. Mandó el rey tropas á Aviñón, poniéndole sitio; pero Benedicto se hizo fuerte en su palacio, asistido de los Cardenales y otra nobleza española, hasta que ajustó treguas con Carlos en 1399, si bien quedó como preso durante cuatro años en su palacio.

Habiendo salido de Aviñón con la protección de algunas tropas, prestáronle obediencia el rey de Nápoles y el mismo Carlos, trasladándose después á Carpentras, Sorga y Marsella, donde estuvo un año. A mediados de 1404 envió embajadores á Bonifacio IX, haciéndole saber que estaba dispuesto á renunciar la tiara; mas la muerte de este Papa impidió los buenos deseos de Luna: los Cardenales eligieron á Inocencio VII, y entre tanto, Benedicto se trasladó á Niza. Después de varias negociaciones entre él y Gregorio XII, convocó un Concilio general en Perpiñán, con pretexto de extirpar el cisma, al que acudieron 120 Obispos, no pudiéndose conseguir nada para deshacer la discordia. Envió como plenipotenciario á Bonifacio Ferrer, hermano del Santo, para tratar con los congregados en Pisa; pero siendo éste mal recibido con los que le acompañaban, se vió obligado á retirarse. Después de esto, Benedicto dejó á Perpiñán y se trasladó á España, recorriendo varias ciudades, Barcelona, Zaragoza, Tortosa, Valencia y otros puntos, favoreciendo

entonces el derecho del infante D. Fernando á la corona de Aragón. Después de la celebración del Concilio de Constanza, le negaron la obediencia muchos reyes y magnates; pero Benedicto, retirado á Peñíscola, sostuvo con tesón que él era el verdadero Pontífice. Organizóse una cruzada á fin de sitiarle en la fortaleza de Peñíscola y reducirle á la obediencia, pero pudo defenderse, aprovechando la coincidencia de haberse declarado la guerra entre Martino V y el rey de Aragón, por lo que continuó llamándose Pontífice hasta su muerte, cuando ya contaba noventa años. Algunos dicen «que Benedicto fué muerto con yerbas que le dió en ciertas suplicaciones que comía de buena gana por postre, un fraile llamado Tomás, que, convencido de su delito, fué arrastrado por cuatro caballos». Añade Luis Panzán, según refiere Mariana, «que el Cardenal Pisano, enviado á Aragón para prender á Benedicto, dió este consejo; y que, ejecutada la muerte, de Tortosa, do se quedó á la mira de lo que sucedía, se huyó por miedo de D. Rodrigo y D. Álvaro de Luna, que pretendían vengar la muerte indigna de su tío Benedicto con dalla al legado, si él apresuradamente no se partiera de España concluído lo que deseaba». Pero poco antes de morir se vió la obstinación de aquel carácter de hierro, ordenando á los Cardenales que le quedaban y que permanecían á su lado, eligiesen sucesor suyo, so pena de eterna condenación.

Así terminó la vida aquel hombre, adornado de tan excelentes condiciones para ser un gran Papa, si hubiera sido elegido en tiempos normales: en aquellas circunstancias fué un gran cismático. «No desmerecían ser oídas las razones que favorecían á Benedicto, porque, dice Zurita, dejaban su partido en grado muy divisado. La fundamental era, que muerto Grego-

rio IX, Papa indubitable, habiendo sido electo Urbano, y poco después Clemente, ambos tuvieron elecciones dudosas. A Urbano se le opuso que fué intruso por la violencia del pueblo romano, y á Clemente, que fué electo viviendo el primero; pero Benedicto fué electo por Cardenales ciertos, antiguos, que estaban en posesión de elegir, sin que su elección padeciese violencia alguna, ni con vivir alguno de aquellos dos, que ya habían muerto. Debía, con todo, Benedicto consultar al bien común, y desasirse de la dignidad, aunque su partido tuviese buen pie de razón, según predicó en Perpiñán San Vicente Ferrer».

Todos los males causados por el cisma fueron reparados en lo posible por San Vicente Ferrer, que elegido por Dios para el apostolado, recorrió Europa, predicando el castigo del pecador y el premio á la virtud.

CAPÍTULO XI

Priorato de San Vicente.—El partido de Luna.—Cargos importantes.—Magisterio y beneficio en la Catedral.—Historia de la esclava mora.—Cuaresma en Segorbe.—El título de *Maestro*.—Pleito interesante.—Difíciles conquistas.—El Cardenal Luna en Valencia.—Conversión notable.

Entre las diez y siete cartas que encontró Teyxidor en los archivos de su convento, referentes á San Vicente Ferrer, hállase la siguiente de los Jurados de Valencia al rey Pedro IV de Aragón, que traducimos del lemosín:

«A la Muy Alta Majestad de nuestro Señor el Rey. —Muy excelente Señor.—Hace pocos días, Fr. Vicente Ferrer, Prior de este Convento de Predicadores, llegó de Barcelona, trayendo una carta del Cardenal de Aviñón, legado de la Santa Sede, relativa á la segunda elección de Papa: traía también otra carta cerrada, dirigida al Consejo y á nosotros; y ruega dicho Prior, que queriendo explicar largamente al Consejo todos estos asuntos, le señalemos un día para ello. Antes de contestar, le preguntamos si llevaba sobre este asunto carta para Vos. Habiendo contestado negativamente, por ser, decía, asunto espiritual, como nuestros enviados á Vuestra Real presencia, no nos habían dicho nada de Vuestra determinación en este asunto; no sa-

biendo á qué atenernos, hemos contestado á dicho Prior que no haríamos nada sin orden expresa de Vuestra parte, pues ni queríamos ni queremos hacer nada contra Vuestra voluntad en este asunto, antes por el contrario, nuestro deseo es conformarnos á lo que creáis conveniente, porque sabemos sois un Príncipe muy católico y muy verdadero cristiano. Hemos sabido después que dicho Prior, en reuniones particulares, ha hablado en favor de la última elección, y que para este propósito se proponía recorrer algunas partes del reino. El Vicegobernador y nosotros, no sabiendo si esto agradaría á Vuestra Majestad, y considerando mayormente que el Abad de Sistra había estado ya en esta ciudad con instrucciones sobre la primera elección, de la que nosotros le habíamos prohibido el hablar, hemos llamado á dicho Prior, con algunos de los principales religiosos de su convento, para rogarle se abstuviese de hablar del asunto hasta que hubiésemos consultado con Vuestra Majestad, consintiendo en ello. Como este asunto es de gran importancia para nosotros, rogamos á Vuestra Majestad nos manifieste de alguna manera, privada ó pública, su parecer. Dios guarde por largo tiempo á Vuestra Majestad, y le conceda la victoria sobre sus enemigos. Escrita en Valencia, á 19 de Diciembre del año de la natividad 1379.—Señor.—Vuestros humildes servidores los Jurados de Valencia»... [1]

En primer lugar, esta carta nos manifiesta que en Diciembre de 1379 era Prior del convento de Dominicos de Valencia San Vicente Ferrer, cosa que no ha dicho ninguno de sus biógrafos, y en segundo lugar,

1 Esta carta fué publicada por el Sr. Serrano Morales en la *Revista de Valencia.*

que el Santo sería muy influyente en la ciudad, cuando Pedro de Luna se valió de él para ganarse prosélitos. Es verdad que le conocía desde que fué Canónigo en esta Catedral; pero al saber el renombre de que gozaba, le llamó á Barcelona para enterarle del asunto, convenciéndole de tal modo, que se ofreció, como hemos visto en la carta, á trabajar por su causa.

Viendo Vicente la resistencia de los Jurados, el mandamiento del rey ordenando la neutralidad y la verdadera excitación de sus religiosos, respetó las opiniones de todos, y volvió á la capital del Principado para enterar al Cardenal de Aragón del estado de cosas en Valencia. Por entonces cesó con el cargo de Prior, por cuanto en Marzo de 1380 aparece como tal el P. Miguel Micó; y Vicente, libre entonces de toda traba, comenzó á trabajar en los importantes negocios que ponían bajo su amparo sus conciudadanos.

Su celo por la gloria de Dios no debía permanecer inactivo en este tiempo que se encontraba en Valencia sin ejercer cargo alguno; así es, que recorría multitud de pueblos predicando la palabra de Dios, en algunos de ellos muchos días de la Cuaresma, distribuyéndola toda entre los de los alrededores de la ciudad, en algunos de los cuales dejó recuerdos imperecederos, como lo demuestran las diferentes iglesias y ermitas que le veneran y que ostentan por tradición que allí predicó el Santo.

En 1381, los Jurados le encargaron la predicación de la Cuaresma, debiendo ser grandes los frutos que los fieles sacarían de ella, como se colige del siguiente hecho. Hallábase la corte de los Infantes de Aragón en Segorbe, los cuales, en diferentes ocasiones, llamaron al Santo y le confiaron importantes asuntos, quedando tan altamente complacidos de él, que fué tenido

siempre por el amigo discreto, el cariñoso consejero y el depositario de los secretos, no queriendo nunca separarse de su presencia, y sólo le dejaron ir á predicar la Cuaresma que le encargaron los Jurados, con la condición de que les consagrase al menos la Semana Santa. Acercándose ya este tiempo, los Jurados comprendieron el perjuicio que se causaba á la obra comenzada, y escribieron al Infante D. Martín la carta siguiente, que traducimos del lemosín:

«Al muy poderoso Señor D. Martín, hijo de nuestro rey, y, por la gracia de Dios, Señor de la villa de Segorbe.—Poderosísimo Señor: Hemos sabido que Vuestra Alteza ha llamado á su presencia, en la ciudad de Segorbe, á Fr. Vicente Ferrer, para que predicase y se ocupase en otras obras eclesiásticas durante la próxima Semana Santa. Pero nos atrevemos á manifestar á Vuestra Alteza que, accediendo á los ruegos del Gobernador y á los nuestros, ha querido tomar á su cuidado ciertos negocios de reconciliación y otras cosas, para cuya terminación es favorable en gran manera este santo tiempo de Cuaresma; es, pues, muy conveniente la permanencia de Fr. Vicente en ésta, porque si ahora no los lleva á buen fin, pasará sin duda la oportunidad y no podrán terminarse. Por lo tanto, suplicamos á Vuestra Alteza excuse á dicho religioso de la vuelta, y le escriba para que permanezca aquí. Si place á Vuestra Alteza, aquí hay un gran número de religiosos eminentes que podrán reemplazarle. Vuestra Alteza nos hará con ello un señalado favor, en cambio del cual nos ofrecemos de nuevo á vuestro servicio. Escrita en Valencia el 1.º de Abril de 1380 (según el calendario actual, el 81). Los Jurados de Valencia que se recomiendan á vuestra gracia».

El príncipe no volvió á insistir.

No sabemos los asuntos á que se referían los Jurados en esta carta, pero serían importantes cuando motivaron tan respetuoso y eficaz documento.

Por algunas escrituras conservadas en los archivos notariales, se viene en conocimiento de la influencia que en esta época ejercía el Santo entre sus conciudadanos, pues no sólo los más principales caballeros dejaban á su dirección y arbitrio sus conciencias y las disposiciones más graves de sus casas, sino que le constituían al morir en albacea testamentario. Prueba de lo primero tenemos el haberle escogido por confesor la Infanta D.ª María de Luna, esposa del Infante D. Martín, que luego poseyó la corona de Aragón; y de lo segundo, que D. Nicolás de Proxita, Señor de Almenara, en testamento hecho en 6 de Mayo de 1382, ante el Notario Jaime Desplá, le designa como ejecutor testamentario, juntamente con los nobles Galcerán de Centelles y Jaime Escrivá. Lo mismo hizo al año siguiente, en 10 de Julio de 1383, D. Pedro Boil, Señor de Boil, antes de marchar á las Cortes generales que celebró Pedro IV en Monzón, en cuyo testamento, hecho ante el Notario Bartolomé Villalba, hay esta cláusula, que traducimos: «Elegimos por ejecutores y depositarios de nuestras últimas voluntades, á los honorables amigos nuestros Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, confesor de la Sra. Duquesa (la Infanta), los nobles D. Pedro Boil, Caballero, y Jofré Boil; y en defecto de alguno, nombramos al Prior del monasterio de Predicadores que por el tiempo sea».

En 1385, el Obispo y Cabildo de la Catedral de Valencia pidieron que Vicente Ferrer se encargase de regentar la cátedra de Escritura establecida en dicha Catedral, y que entonces estaba vacante, por haber sido enviado Juan Monzón, que la desempeñaba, á

París para ejercer el cargo de Lector en los Estudios generales de la Orden. Esta cátedra fué establecida en 1345, con el objeto de que los canónigos, beneficiados y curas de Valencia tuviesen donde cursar esta sagrada facultad, disponiéndose fuese desempeñada por religiosos Dominicos, á causa de que muchos Obispos de la ciudad habían vestido santamente y terminado sus días con el hábito de hermanos Predicadores. Según se ve en una carta dirigida por los Jurados á Pedro de Luna en 29 de Junio de 1401 en favor de uno de los profesores, no sólo asistían á estas lecciones lo más selecto del Clero, sino también muchos notarios, médicos y seglares instruídos; se puede juzgar de esto cuál sería el auditorio, cuando Vicente ocupó la cátedra. Como la retribución que se daba por el desempeño de la cátedra era muy exigua, el Obispo D. Jaime de Aragón le añadió un beneficio en dicha Catedral.

Creemos oportuno referir aquí un hecho milagroso que se conserva por la tradición. La casa señalada hoy con el núm. 5 en la calle del Miguelete, pertenecía entonces al hermano del Santo, Bonifacio Ferrer, y durante las Cuaresmas que predicaba en la Catedral, y en el tiempo que daba sus lecciones de Escritura, se hospedaba en ella San Vicente Ferrer, por lo avanzado de la hora en que terminaba su trabajo y que no le permitía volver al convento. He aquí cómo lo cuenta Gavaldá: «En la casa de Bonifacio Ferrer, á las espaldas de la Iglesia Mayor (la Catedral), enfrente del Micalet, que después la compró Miser Artés, viviendo este letrado en ella, mostró Dios la reverencia que se debía tener al aposento donde había dormido algunas veces su siervo Vicente. Tenía este letrado una esclava de Túnez, á quien el demonio atormen-

taba de noche con horribles visiones. Huyendo ésta con su colchón de uno á otro aposento de los que había en los desvanes de la casa, porque en todos la perseguía el demonio, vino á dar en el de San Vicente, donde hallándose libre, perseveró.

«Pareció á las criadas dar razón á su amo de las indecencias que cometía la esclava contra aquel santo lugar durmiendo en él; mas ella se previno haciéndoles saber como cuando dormía en el aposento que la habían señalado, entraba una diabólica fantasma que la daba extraña pesadumbre queriéndola ahogar, mas cuando se pasaba al del varón de Dios, aunque desde la puerta le hacía muchos visajes, no se atrevía á entrar dentro. Túvole con esto más respeto á aquel lugar, y mandó Miser Artés que todas las noches ardiese en él una lámpara: así lo continuó su hijo Jerónimo Artés, y creo que en sus sucesores debe proseguirse esta devoción» [1].

1 Esta casa perteneció en 1730 á D.ª Antonia Caldes, según afirma Vidal, y en 1784 pasó á ser propiedad de D. Vicente Taléns de la Riva, y señalada con los números 7 y 7 duplicado, manzana 368. Más tarde, y con motivo del expediente instruído para el ensanche de la calle del Miguelete, la Real Junta de Policía acordó en 31 de Enero de 1793 la aprobación del proyectado ensanche, mandando colocar en la fachada una lápida en forma de retablo que perpetuase la memoria del *Cuarto de San Vicente*, porque desaparecía la integridad del mismo con motivo del ensanche en la parte que recaía á la calle del Miguelete. No se conformaba el dueño de la casa con ver desaparecer aquella gloria valenciana, y recurrió al Consejo; pero la Ciudad procuró defender el proyectado ensanche, y en 14 de Febrero de 1795 mandó á los peritos Vicente Gascó y Vicente Martínez, *Maestros Arquitectos*, que previo reconocimiento del *Cuarto de San Vicente* informasen á la Ciudad para acudir al Consejo, y en 31 de Agosto de 1795 vino una Real provisión al Ayuntamiento de Valencia en que se le mandaba, entre otras cosas, "...que sin embargo de lo resuelto en 11 de Enero del año próximo pasado... llevéis adelante el ensanche de la calle llamada del Relox del Miguelete en la forma que lo tenéis proyectado, abonando á dicho Taléns, á juicio de peritos de cada parte, y tercero en caso de discordia, el

El curso que se daba en la Catedral cesaba generalmente durante la Cuaresma por las muchas ocupaciones del Clero en este santo tiempo, y el Santo se aprovechaba de ello para recorrer el reino predicando al pecador y consolando al desgraciado; en 1386 le encontramos en Segorbe, llamado de nuevo por el Infante D. Martín, que le había escrito varias cartas con este objeto, á la última de las cuales contestó el Santo con la siguiente, que es una muestra de cortesía y sencillez. Dice así, traducida:

«Al muy alto Señor el Infante D. Martín.—Jesús. —Mi querido señor: hoy día de San Matías apóstol, con la debida reverencia y honor, y aun con grande gozo, he recibido una carta de vuestra Señoría, y la gracia de que estuviese con vos esta Cuaresma en la ciudad de Segorbe si mis ocupaciones lo permitían. Así que, después que haya predicado el próximo do-

valor intrínseco de toda la casa, si insistiese en quererla vender, ó de la parte que se derribe para el ensanche de la referida calle, con encargo que os hacemos de que se procure dejar de la pieza en que habitó San Vicente Ferrer todo lo que sea posible, á fin de que quede con bastante capacidad para la concurrencia de sus devotos".

El Cabildo municipal, en 3 de Octubre de aquel año, acordó cumplir en todas sus partes la Real Provisión, y al realizarse el ensanche, desapareció la parte del *Cuarto de San Vicente* que recae á la calle del Miguelete, conservándose con religiosa veneración el suelo mismo que holló con su bendita planta aquel gran hijo de Valencia, una ventana de estilo gótico que da á la calle Travesía del Miguelete, piso 2.º, y la antiquísima pintura del Santo que menciona el P. Vidal en su *Historia*. El *Cuarto de San Vicente*, que así se llama el oratorio de la casa de los señores de Calatayud, actuales dueños de la misma, afecta hoy la forma trapezoidal, de 4'90 metros de longitud media por 4'25 de latitud. La piedad de sus dueños colocó sobre la pintura del Santo esta inscripción: "Aquí habitó San Vicente Ferrer", y nos consta que sus actuales poseedores se proponen embellecer, con la severidad propia del ornato religioso, el altar del Santo, ya que el mencionado *Cuarto* ú Oratorio tiene concedidas singulares prerrogativas.

mingo, el siguiente lunes pienso partir de aquí, para estar en vuestra compañía, deseada por mí con gran cariño: nada que yo pueda hacer por vuestro gusto me podrá causar turbación ni enojo, antes por el contrario, consuelo y honra. Jesús, á quien vos amáis, os ensalce con su bendición. Amén.—Fr. Vicente Ferrer, pecador» [1].

Se trasladó, pues, Vicente á Segorbe y predicó toda la Cuaresma en la Catedral, dejando en la ciudad multitud de recuerdos, siendo objeto de gran veneración todos los que existen en la actualidad, pues muchos han desaparecido ó han sido destruídos [2].

Vuelto de nuevo á Valencia continuó su curso público en la Catedral, aumentando, con la enseñanza, aquel caudal de conocimientos del que daba muestras evidentes en sus sermones y escritos. Cierto es que la ciencia adquirida á fuerza de trabajo no sería la causa de sus éxitos extraordinarios, porque á los pies del crucifijo y en el sacrificio de la Misa era donde adquiría aquellos irresistibles ardores, aquella lógica abrumadora, su luminosa elocuencia y la feliz aplicación de sus conocimientos.

1 Con mucho gusto publicaríamos el texto lemosín de esta carta y otras del Santo, porque en la traducción pierden aquella gracia y gallardía que se ve en el original, pero no serían entendidas por la generalidad de los lectores: pueden verse en Diago, Vidal, etc. Sobre el firmarse *pecador*, entiende el citado Diago, que usó este título hasta que el Señor le instituyó su apóstol en 1397, tomando desde entonces el de *predicador*.

2 El convento de Dominicos que existía en Segorbe debió poseer algunas reliquias del Santo; pero la libertad que enloquece á muchos infelices lo ha convertido en un mesón, sirviendo los altares de las capillas para establos, y el lugar en que antes se arrodillaba el pecador levantando el corazón á Dios pidiendo misericordia, se ve hoy manchado por inmundo estiércol y profanado por las blasfemias y palabras soeces de muchos carreteros que continuamente se hospedan en la posada, que, acaso por sarcasmo, se llama todavía de Santo Domingo.

En uno de estos cursos recibió el título de Maestro en Teología, sin que se pueda precisar con exactitud la fecha y el lugar.

Vidal y otros autores creen le costeó la ciudad los gastos que ocasionaba el grado, que dicen recibió en Lérida, fundados en una cláusula que hay en el libro de los consejos y deliberaciones de la ciudad, en la que se anota haberse dado á San Vicente 200 florines en oro *con motivo de algunos arduos negocios*, sin especificarse otra cosa, cuya crecida cantidad no podía dar el Consejo por impedirlo la ley y varias determinaciones en contrario: muy graves eran, como veremos, los negocios y de mucha utilidad para la ciudad cuando se hizo semejante desembolso, pasando por encima de la ley, lo que no parece probable, si se hubiese tratado de un asunto particular. Además, en Lérida no se confería entonces el título de Maestro, lo cual pertenecía sólo á la Universidad de París, y San Vicente no tuvo suficiente tiempo para ir y volver á dicho punto con este objeto, pues no faltó de Valencia número notable de días. Es probable que este título le fuera conferido directamente por el antipapa Clemente VII, por recomendación de Pedro de Luna, que veía en San Vicente una gran adquisición que podría prestar inmensos beneficios á su causa; en esta época comienzan los Soberanos Pontífices de las obediencias de Roma y Aviñón á hacer estas gracias. En cuanto al año, parece probable no debió recibir el título de Maestro hasta 1388, pues consta que antes de este tiempo no usó en ningún acto ni documento público del sobrenombre de Maestro, cosa increíble en aquella época en que tanto se ostentaban los títulos honoríficos: á partir de este tiempo ya se ve el nombre de San Vicente Ferrer con el aditamento de *Maestro en sagrada Teología.*

A nadie se confirió título tan honroso y con mayor legitimidad como á nuestro Santo: así lo demuestra la intervención que tuvo en un importante litigio que duraba ya treinta años. Versaba el pleito que sostenía el Clero contra las órdenes mendicantes sobre derechos funerales y ciertas preeminencias. En 1376, antes de marchar el Santo á Tolosa, ya tuvo que intervenir en él, terminándole momentáneamente; pero diez años más tarde se recrudeció, y el Papa de Aviñón, al que obedecía Valencia, ordenó que se sometiesen las partes á un arbitraje común escogido por ellos, el cual fué el Obispo de la ciudad D. Jaime de Aragón, que después llegó á ser Cardenal, y dictó sentencia, que sólo aprobaron tres curas, continuando el pleito los otros siete. Deseando, pues, terminar esta contienda, los doce curas, aprobando primeramente la sentencia del Obispo en algunos puntos, y los cuatro conventos mendicantes, nombraron jueces árbitros á San Vicente Ferrer y á Pedro Peregrí, Cura de San Martín, para que en el término de un mes diesen sentencia sobre los puntos pendientes, aunque con la limitación de haber de ser con asistencia y parecer de dos sujetos elegidos de común consentimiento de los litigantes, para ver y examinar los procesos, oir las partes y recopilar lo que procediese en justicia. Nombrados los jueces, que fueron Jaime Rovira, Notario, y Francisco Cortit, ciudadano, cumplióse el plazo en 31 de Enero de 1389, y cinco días después, San Vicente, único juez compromisario por ausencia de Pedro Peregrí, vistas las informaciones que por escrito le entregaron los dos jueces dichos, pronunció sentencia con tal prudencia y equidad, que tanto los curas como los mendicantes la admitieron unánimemente, observándose desde entonces con rigurosa exactitud.

Los arduos negocios á que se refería sin duda la deliberación del Consejo municipal que antes hemos mentado, por la que se le daban á San Vicente 200 florines en oro, debieron ser varios, uno de los cuales, acaso el más principal, fué el conseguir un medio para que las mujeres de mala vida no vagasen por las calles públicas.

En todas partes, y especialmente en Valencia, San Vicente se ocupó de estas pobres criaturas, procurando que habitasen un barrio aparte, que se cerrasen sus casas en los días de gran fiesta, y que, reconociendo sus pecados, abrazasen una vida de arrepentimiento y honradez. El Santo las habló, trató de convertirlas y trabajó para que la que mostrase verdadero arrepentimiento, pudiese contraer matrimonio. La historia se ha encargado de conservar estas difíciles victorias como uno de sus mejores triunfos. Él obtuvo del Consejo, dice Teyxidor, que semejantes mujeres no pudiesen recorrer la ciudad ni habitar entre los particulares; él les señaló en 1383 un barrio, cerca de la Puerta Nueva, y lo hizo rodear de muro; durante la Semana Santa debían estar en la casa de arrepentidas y visitar los monumentos el Jueves Santo, acompañadas del Justicia y sus agentes, dándoles la ciudad durante este tiempo doce dineros diarios para su subsistencia; él les consagró la Semana Santa de 1390, quedando muchas en el asilo de arrepentidas para llorar sus faltas, siendo tal el cambio que se notó en algunas, que muchos jóvenes las pidieron en matrimonio, y la ciudad, como eran pobres, las dió cierta cantidad para vestirse convenientemente y casarse en la iglesia, dejando estas cantidades al cuidado y disposición de Vicente Ferrer, que las había convertido. Una nueva deliberación de 15 de Abril de 1390, aña-

dió, según dice el *Manual de Consells*, «100 florines de oro para casar honrosamente á las pecadoras convertidas por Fr. Vicente Ferrer».

Muerto en Barcelona el 5 de Enero de 1387 D. Pedro IV de Aragón, llamado el Ceremonioso, que se había negado á reconocer por Papa á los dos contendientes de Roma y Aviñón, el Cardenal Pedro de Luna, nombrado legado de Clemente VII en España, se entendió mejor con el sucesor de la corona D. Juan I, que reconoció la obediencia, previa una conferencia de Prelados. Y no se limitó el legado á ésto, sino que recorrió varias poblaciones, y entre ellas Valencia, atendiendo á lo mucho que esta ciudad le había favorecido en el tiempo que le tuvo por Canónigo, la cual, al saber la venida del legado, acordó en Consejo se le tributase solemne recibimiento, haciéndole un regalo de valor de 500 florines de oro. Dice Vidal que «conocía el Cardenal, de cuando estuvo Canónigo en esta Catedral, las relevantes prendas de literatura y virtud de nuestro Santo; y así, consultando el gran consuelo, que con la comunicación de San Vicente tendría su espíritu y la mayor condecoración de su carácter, resolvió llevársele en su compañía, por el discurso de su legacía en España». Ante la cariñosa invitación del Cardenal legado, accedió á acompañarle el Santo, y mientras aquél, con la autoridad de su carácter y su profundo saber, reformaba la disciplina y establecía mandamientos que conducían al mejor gobierno de los fieles, Vicente, con su poderosa elocuencia, convertía á los pecadores, pintándoles con naturalidad y energía la terrible escena del juicio final, produciendo una reacción saludable en la moral cristiana, y la conquista, por donde pasaba, de innumerables almas de moros y judíos.

Teniendo que pasar el legado á la corte de Aviñón, quiso le acompañase el Santo, á lo cual se resistió modestamente, pues consideraba era de mayor utilidad para las almas su predicación, y quedó en España algunos meses recorriendo muchos pueblos de las Castillas, en los que alcanzó innumerables conversiones, entre las que se cuenta la del famoso rabino Pablo Burgense, muy conocido en toda España. Hallábase San Vicente en Valladolid, predicando cierto día sobre la ley de Moisés, en cuyo sermón exponía la doctrina de Santo Tomás, cuando el docto rabino, que le escuchaba con religiosa atención, admirado de la profundidad del Ángel de las Escuelas, dijo en voz alta que era aquélla la primera vez que oía hablar con verdadero sentido de la ley mosaica, no obstante haber sido ella el objeto de sus constantes estudios. Conoció la verdad de la interpretación que daba el Santo, y, ya convertido, pidió el bautismo para él y toda su familia, llamándose desde entonces Pablo de Santa María, por ser de la misma tribu que la Virgen. Sus progresos y felices disposiciones en la nueva religión fueron tales, que en el año 1406 ya era Obispo de Cartagena, y como tal, confirmó el testamento del rey Enrique III. Después fué Obispo de Burgos, y tan apasionado devoto del Santo, que aun antes de canonizarle la Iglesia, ya le profesaba culto extraordinario. Como San Vicente, se dedicó también á la conversión de los de su raza y de los moros, viendo recompensados sus sacrificios multitud de veces, pues llegó á convertir muchos miles entre unos y otros. Después de escribir también algunas estimables obras sobre las Escrituras, murió lleno de merecimientos en el año de 1435.

CAPÍTULO XII

Los judíos.—El robo de la Judería.—¿Se hallaba San Vicente en Valencia?—El tumulto de Toledo.—Un catedrático de historia.—Ridícula afirmación.—Argumentos en contra.

En el último tercio del siglo XIII, los judíos habían adquirido en España una preponderancia extraordinaria, á causa del cúmulo de riquezas que habían reunido con su genio activo é industrioso. Ejerciendo como siempre la usura en medio de una nación belicosa, medraban lo mismo con los triunfos que con las derrotas de los cristianos, llegando á ser para algunos los indispensables, pues hasta los reyes, en sus frecuentes apuros, tenían que acudir á ellos para obtener recursos, y les hipotecaban las contribuciones, facultándoles de este modo para vejar á los cristianos. Inmiscuidos poco á poco en los negocios públicos, llegaron algunos á ocupar altos cargos, pues Fernando IV tenía por favorito un judío, Alfonso II tuvo por administrador de rentas reales y por consejero á otro de esta religión, y varios cargos de otra categoría eran desempeñados por individuos de las mismas creencias. Todo esto, y las prácticas anticristianas á que se entregaban cometiendo toda clase de sacrilegios [1],

[1] En muchos documentos consta que los judíos son enemigos del nombre cristiano, por lo que no desperdician ocasión que se les ofrece para vejarlos é insultarlos. Sixto de Siena,

unido al resentimiento tradicional de los cristianos hacia los que en otro tiempo habían favorecido á los destructores de su patria y á los enemigos de la fe, fueron causa de que los pueblos, oprimidos muchas veces por sus excesos y usuras, se concitasen contra ellos perpetrando tumultos y matanzas horribles, como las que se cometieron en Córdoba, Sevilla, Barcelona, Burgos, Tudela, Valencia, Toledo y otros muchos pueblos de Aragón y Castilla. Nosotros nos ocuparemos de las de estas dos últimas ciudades, por la intervención, contraria en una y favorable en la otra, que le han atribuído á nuestro Santo.

Habiendo ocurrido en muchas ciudades de Andalucía tumultos considerables que produjeron la muerte á muchos judíos, corrieron por Valencia estupendas noticias que aseguraban una persecución semejante á la que habían sufrido en aquella región. Esto obligó á que los Jurados y demás autoridades tomasen algunas medidas para que no se cometiese ningún desmán

judío converso, en su *Bibliotheca Sancta*, pág. 124, edición de 1610, indica los siguientes pasajes del Talmud.

"1.º Ordenamos que todo judío maldiga tres veces al día á todo el pueblo cristiano, y ruegue á Dios que le confunda y extermine con sus reyes y sus príncipes; y que los sacerdotes hagan esto rogando á Dios en la Sinagoga, en odio á Jesús el Nazareno.

"2.º Dios ha mandado á los judíos apropiarse los bienes de los cristianos tantas veces como podrán, sea por fraude, por violencia, por usura ó por robo.

"3.º Se ha ordenado á todos los judíos mirar á todos los cristianos como brutos, y no tratarles sino como animales.

"4.º Que los judíos no hagan mal alguno á los idólatras, pero que procuren por todos los medios matar á los cristianos.

"5.º Si un hebreo, queriendo matar á un cristiano, mata por casualidad á un judío, merece ser perdonado.

"6.º Si un judío ve á un cristiano al borde del abismo, está obligado á precipitarle en él".

Es, pues, exacto de toda exactitud, que los judíos, según los principios del Talmud y la enseñanza conforme á sus doctores, no deben tener escrúpulo de engañar y matar á los cristianos.

en el barrio que, cerrado y separado del resto de la ciudad, ocupaban los judíos. Pero como á veces causas insignificantes tuercen el rumbo mejor dispuesto, el día 9 de Julio de 1391, que era domingo, á las doce de la mañana, hora en que entonces todo el mundo se retiraba á comer á sus casas, partían del Mercado una porción de muchachos, que serían hasta 40 ó 50, llevando delante una especie de bandera y algunas cruces de caña. Al llegar al portal de la Judería empezaron á gritar, dando pábulo á los rumores que corrían, que se bautizasen los judíos ó de lo contrario morirían. Parte de los muchachos habían entrado en el barrio, cuando cerraron los judíos de repente aquella puerta y en seguida otras varias. Puede sospecharse el alboroto que se movería, cuando temerosos los muchachos encerrados empezaron á gritar y los de fuera á correr, gritando también y asegurando á todos, que habían los judíos encerrado á sus compañeros y que les estaban matando.

Se había establecido á la sazón, muy cerca del barrio, una oficina de alistamiento de soldados para pasar á Sicilia, y estaban allí muchos de los que habían sentado plaza. A los gritos de los muchachos acudieron éstos, agregándoseles otros vagabundos forasteros y otras gentes miserables, y después, personas acomodadas y padres que buscaban á sus hijos. Viendo que los judíos, en vez de abrir, atrancaban aún más las puertas y ponían cadenas, creyeron los de fuera que intentaban aquéllos asesinar á los pobres muchachos que tenían con ellos. Esparcido este rumor por la ciudad, acudieron las autoridades, ordenando á los judíos abriesen las puertas; pero resultaron vanas las intimaciones. Mientras tanto, el rumor de que los muchachos habían sido asesinados crecía por mo-

mentos, y sin darse cuenta nadie, viéronse los tejados llenos de gentes que asaltaban la Judería, al mismo tiempo que muchos entraban por la bóveda y rejas del valladar; pero los judíos resistieron al principio por algún tiempo, dando muerte á un cristiano é hiriendo á otro. Abierta por fin violentamente la puerta de la Judería, entró en ella el Lugarteniente de la Ciudad y reino, que lo era entonces el Duque de Montblanch, hermano del rey, con toda su comitiva; pero era ya tarde, puesto que los asaltadores, hechos unas furias, habían ya vengado la muerte de su compañero muerto, asesinando á unos 200 judíos; y sin ser bastante las voces y recriminaciones de las autoridades, en un momento disiparon y robaron toda la Judería, que, como hemos dicho, fué presa por asalto.

Con la entrada del Duque de Montblanch y de los Jurados, oficiales reales y gente de armas, cesó la matanza, y los judíos empezaron á pedir el bautismo, refiriendo avisos que para ello creían haber recibido del cielo antes de los acontecimientos. Uno de ellos aseguraba que pocos días antes había visto tres veces en sueños á Cristo crucificado, y que refiriendo á un rabino la visión, le fué muy estrechamente recomendado «que no lo dijese á nadie, que Dios le ayudaría». Contaba otro, que el domingo mismo, cuando comenzó el motín, «vió sobre el tejado de la Sinagoga mayor un hombre muy grande y fornido con un niño en el hombro, á semejanza de como suelen pintar á San Cristóbal». Sea de ello lo que quiera, pues la crítica histórica no admite estas visiones [1], es lo cierto, y esto no admite duda, que los judíos salían en tropel de

1 El Canónigo Sr. Chabás, en un luminoso artículo insertado en *El Archivo*, pone en duda, con mucha erudición y preciosos documentos que transcribe, el milagro de San Cristóbal. Tam-

su barrio, con sus mujeres y niños, encaminándose á la Catedral y á las parroquias, pidiendo con mucha insistencia y lágrimas el santo bautismo. Tantos fueron los bautizados en aquella misma tarde y durante los dos días siguientes, que las crismeras se quedaron enjutas; pero milagrosamente se llenaron después, como se reconoció por la información que mandó instruir el Vicario general del Obispo, y de la que los Jurados dan un extracto en la suya que hicieron.

Respecto á la intervención que tuvo San Vicente en la conversión de aquellos desgraciados, un sabio escritor [1] dice lo siguiente:

«En medio de aquella borrasca, que amenazaba con universal ruina de los hijos de Israel, y cuando vencidos de pavor y atentos sólo á salvar las vidas, corrían éstos á las iglesias pidiendo el bautismo, y eran de todas partes rechazados, encontrando sólo la muerte, aparecióse de pronto un fraile predicador que, movido del celo evangélico, levantaba entre todos su inspirada voz, encadenando la saña del populacho y poniendo término á tan horrenda matanza. Aplacó su desenfrenado gritar la muchedumbre: pasmados los judíos, corrieron al nuevo apóstol arrodillándose á sus plantas; la palabra divina resonaba en el fondo de sus almas, y demandando con fervoroso anhelo el agua de la redención, abrazaban el Cristianismo.—Era aquel Dominicano Fr. Vicente Ferrer, quien, alcanzando en tan supremos instantes la doble aureola de redentor

bién se ocupa en la misma revista, tomo V, págs. 37, 111 y 184, del *Robo de la Judería*, donde podrán acudir los lectores que quieran hacer un estudio sobre el asunto.

1 D. José Amador de los Ríos, en su inapreciable obra la *Historia social, política y religiosa de los judíos en España*, tom. II, pág. 367.

y de apóstol, avasallaba la voluntad de los cristianos y cautivaba al par la gratitud de los israelitas» [1].

No es nuestro propósito negar la intervención de San Vicente en la pacificación del tumulto que nos ocupa; pero el hecho de que no le mencionan sus biógrafos, tales como Razzano, Pérez, Antist, Catoira, Diago, Vidal y otros, nos mueve á ponerla en duda. No son despreciables las razones que un erudito escritor [2] aduce para demostrar lo mismo que nosotros creemos, pues mientras no se aporten al terreno de la discusión nuevos y admisibles datos, no es posible afirmar que se hallase el Santo en la Judería de Valencia el día 3 de Julio de 1391. Nos permitiremos extractar algunos párrafos de tan luminoso escrito.

«El Sr. Amador, al escribir aquel pasaje de su obra, no pudo quizás compulsar la cita en que se apoya, ni le hubiera sido fácil hacerlo, vista la rareza de los ejemplares del mencionado Breviario. Al tomarse tal cuidado, su notoria diligencia hubiera advertido que en todo el *Breviarium valentinum secundum ritum Metropolitanæ ecclesiæ Valentiæ*, impreso por Francisco Romani, en Valencia, año 1533, no se halla más documento referente al asunto que la *Leccio VIII. In natali Sancti Christofori Martiris. X Julii*, que empieza *Cum enim ecclesia*, en la cual ni siquiera nombra á San Vicente Ferrer. Dase, además, la particularidad de que en las lecciones históricas, inclusas *In natali Sancti Vicentii*, tampoco se menciona el suceso de la Judería. La cita, pues, del Breviario, huelga en el caso que nos ocupa.

1 *Breviario de Valencia*, año 1391, edición de Valencia, 1533.

2 D. Francisco Danvila Collado, en el *Boletín de la Academia de la historia*, correspondiente al mes de Mayo de 1886.

«Ahora bien; ¿en qué documento ó en qué autor, al menos, pudo el docto académico hallar la especie de la presencia de San Vicente Ferrer en la Judería de Valencia el 9 de Julio de 1391? Ciertamente no lo sería en el acta del Consejo de Valencia de 10 de Julio del mencionado año (redactada por Villalba), ni en las *cartas misivas* de los Jurados al Rey y á la Reina, escritas el mismo día del infausto suceso y el 5 y 17 del siguiente Agosto, ni en las *reservadas* de los Jurados á En Ramón Soler y En Pero Marrades, de 14 de Julio de aquel año, ni en el extenso preámbulo del indulto concedido á los culpables del alboroto por D. Juan I de Aragón desde su castillo de Tortosa á 8 de Noviembre de 1392, ni en otro documento alguno coetáneo, pues en ninguno de ellos se nombra al famoso predicador, consejero y limosnero del Rey y confesor de su esposa D.ª Violante. Tampoco pudo ser en ninguno de los historiadores regnícolas, que, al ocuparse del referido acontecimiento, para nada menciona á Fr. Vicente.

»He tenido el gusto de hojear no pocas vidas del Santo, y ninguna de ellas dice que se hallara presente en el robo de la Judería. Antes por el contrario, en alguna existe materia para sospechar que estuviera entonces en Cataluña desempeñando su cargo de limosnero de D. Juan *el cazador,* quien poco después le concedió una misión de confianza en las obras del monasterio de Ripoll. Tampoco se encuentra aquella especie en las obras, ya impresas, ya manuscritas, que refieren la transformación de la Sinagoga Mayor de Valencia en capilla ó iglesia, y luego, á principios del siglo XV, en monasterio de San Cristóbal.

»Es, pues, de evidencia que el poético cuadro del Sr. Amador no pertenece á la historia, y sin embargo,

no falta quien afirma que el pormenor indicado lo menciona el P. Diago y lo testifican el rabino aragonés Hasdaï Crescas y su correligionario Josef Ha-Cohen. Veamos lo que dijo el P. Diago. En su historia del Santo, impresa en Barcelona, año 1600, cap. VII, págs. 78 y siguientes, después de referir el caso, añade: «Buena parte cupo á San Vicente de esta victoria, pues él fué el que convirtió á todos los judíos de la calle del Mar, como lo afirma en el proceso un testigo de vista». Con lo cual el P. Diago no dice, ni mucho menos, cosa alguna de la presencia de San Vicente en la Judería de Valencia el 9 de Julio de 1391. Habla de la conversión de todos los judíos de la calle del Mar, y esto con referencia á *¡un solo testigo de vista!,* que no hubo de tenerla muy buena, puesto que la supradicha calle se extendía en 1391 desde la plazuela *dels Ams* (hoy casa de la Sucursal del Banco de España), fuera del muro de la Judería, hasta que por el tiempo se construyó la puerta del Mar, y estaba habitada por familias de cristianos viejos, como que á su mitad existía la casa natalicia de San Vicente, donde ahora se levanta su capilla. Esto se confirma por el acuerdo de los Jurados de 16 de Noviembre de 1409, referente á la apertura de la *actual* calle del Mar, *atravesando las partidas que solía ser Judería,* calle que durante mucho tiempo se llamó *de la cristiandad novella, de Pujades y carrer nou.*

»El P. Diago no escribió, pues, lo que se le atribuye; ¿lo hicieron los judíos Crescas y Ha-Cohen? El primero, en su carta inclusa en el *Schevet Jehnda* (edición Wiener), pág. 89, texto hebreo, dijo: «Yo he oído contar y visto muchas de las cosas relativas á los desterrados de Castilla y Portugal y á los males causados por Fr. Vicente». En el *Emek habbokha* de Josef Ha-

Cohen, edición alemana de Wiener, se lee en la pág 56: «En estos días hubo en España muchas persecuciones, porque el Dominico Fr. Vicente, de Valencia, excitaba la población contra los judíos». Y nada más. Así, queda demostrado que el testimonio de Crescas y de Ha-Cohen, en vez de probar lo que se pretende, fortalece implícitamente mi juicio».

Lo que hay de cierto y que aparece como cosa probada, es que, á raíz de estos sucesos, vino San Vicente á Valencia y predicó á los recién convertidos, fortificándolos en la fe y saneando á los que, más bien por temor que por otra cosa, pidieron las aguas del bautismo. Y no se dedicó á esto sólo el Santo, sino que, recorriendo muchos pueblos de la provincia, que imitando el ejemplo de Valencia habían cometido desórdenes contra los judíos, les fortificó en la fe por medio de la predicación y multitud de milagros, consiguiendo que perseverasen [1].

Poco después de estos sucesos se convirtió la Sinagoga Mayor en iglesia, con la advocación de San Cristóbal, sin que se sepa de dónde proviene tal título, y se fundó en ella una cofradía de judíos convertidos.

Hemos dicho antes que nos ocuparíamos de los tumultos de Toledo, por haberse ultrajado la memoria

[1] En el *Liber erectiononum, dismembrationum*, etc., de 1574, folio III, hecho por el B. Juan de Ribera, que se conserva en el Archivo Episcopal de Valencia, hemos visto que en el pueblo de Paterna se erigieron dos parroquias, una formada por los antiguos cristianos, con la invocación de San Pedro, que ya existía, y otra, con el título de San Juan, compuesta de sesenta casas, habitadas por moros y judíos convertidos por San Vicente, los cuales sólo asistían á esta iglesia, que antes era mezquita, y en la que se decía Misa muy raras veces. También consta en el mismo libro y folio citados, que la parroquia de Manises se formó de cien casas, habitadas por infieles convertidos por nuestro Santo. Esto nos demuestra lo que decimos respecto á su predicación por los alrededores de la ciudad.

de nuestro Santo, al hacerle culpable de los sucesos que allí ocurrieron, en las Cortes de 1869, por un diputado, catedrático de historia, pero de una historia elaborada por él, falta de sentido y de verdad. Y decimos esto precisamente, porque en pleno Parlamento se atrevió á echar sobre la frente de nuestro Santo el estigma del desprecio, atribuyéndole un hecho que no hizo ni pudo hacer por no encontrarse entonces en aquel sitio. He aquí las palabras que pronunció don Emilio Castelar, el diputado aludido, que declara, «siendo incompatibles la libertad y la fe, no podía dejar de optar por la primera», el catedrático de historia que dijo haber muerto Tertuliano en el molinismo, y otras inexactitudes, por lo disparatadas, capaces de avergonzar á un simple estudiante: «En el arrabal de Santiago de la ciudad de Toledo—decía—se conserva un púlpito en el que estuvo San Vicente Ferrer predicando, y según la tradición, de resultas de aquel sermón, que también hay demagogos católicos, de resultas de aquel sermón, digo, degollaron los habitantes de Toledo innumerables judíos. Yo creía que, como Santo, hubiera más bien resucitado á tres mil muertos. Pero creo que hombres que arrancan la vida por fanatismo en un discurso á tres mil de sus semejantes, no merecen más que un anatema de la historia» [1].

Estas atrevidas imputaciones lanzadas contra la memoria de San Vicente Ferrer, uno de los Santos más grandes de España y gloria especial de Valencia, sobreexcitó de tal manera el sentimiento religioso, que llenó de indignación á los católicos, enardeciendo su fe y entusiasmo. En Valencia se celebraron funciones

1 *Diario de Sesiones* de las Cortes Constituyentes, correspondiente al miércoles 7 de Abril.

de desagravio, manifestaciones de protesta y se repartió con profusión una hoja refutando la gratuita afirmación del diputado racionalista.

No entremos en la cuestión de si el «mayor desarrollo» que en aquellos tiempos «tenía nuestra vida» era debido á la «especie de tolerancia religiosa» de que hablaba el cantor de la democracia, porque esa es cuestión que pide más espacio y no respecta á nuestro propósito. Nuestro objeto, al presente, es tan sólo rebatir la impía calumnia lanzada contra el Santo. ¿Dónde y cuándo se verificó la terrible matanza que menciona? No sea tan avaro de fechas y comprobantes históricos el catedrático de historia, porque si no puede probar los hechos que cita, tendremos derecho á decir que en su exaltada imaginación de poeta se formó una historia para su uso particular. En cuanto al púlpito que se conserva en Toledo, desde el cual predicó San Vicente, creemos que se refiere al suceso acaecido en dicha ciudad algunos años más tarde, y del que nos ocuparemos después.

El tumulto que hubo en Toledo contra los hebreos, y no matanza, debió suceder á raiz de los sucesos de Sevilla, Córdoba y otros puntos, por el año 1391, y entonces no consta en ninguna parte se encontrase el Santo en aquella ciudad. Aunque anticipemos los sucesos, séanos permitido averiguar aquí el tiempo y las veces que estuvo San Vicente en la corte goda.

Discordes andan los autores que han intentado historiar, bien aquella época, bien los gloriosos hechos del Santo: ocupan el primer lugar por su importancia histórica los Bolandos, los cuales en el tomo de las *Acta Sanctorum,* primero de los correspondientes al mes de Abril, en el *Commentarius prœvius* que antecede á la vida de San Vicente, consignan en el párrafo III

el siguiente epígrafe: *Ultimum S. Vincentii in hoc vita decennium cronologice explicatum.* En este párrafo se nos cuentan los hechos del insigne Apóstol durante la última década de su vida, fijándose allí la predicación de San Vicente en Toledo en el año 1411. El Sr. Amador de los Ríos puso dicha predicación en el año 1407, en la *Historia de los Judíos en España,* donde, en la página 84, se lee el párrafo siguiente:

«El entusiasmo religioso, que exaltaba el espíritu de la muchedumbre con los visibles adelantos de la civilización, si no se había amortiguado en un ápice, pretendía tomar al menos una forma más noble y elevada; una forma que, emanando del Evangelio, se conformara esencialmente con sus santas doctrinas, lo cual era motivo de que tan rigorosas leyes no pudieran cumplirse. San Vicente Ferrer, recorriendo multitud de poblaciones, con la fe en el corazón, con la persuasión en los labios, había logrado arrancar á las ciencias judaicas crecido número de rabinos, que por su parte prestaron á la causa del Cristianismo los más importantes servicios. Contábase el año de 1407, cuando habiendo pasado el Santo referido á la primera metrópoli de España, alcanzó en un solo día la conversión de más de 4.000 judíos toledanos, quedando desde entonces transformada en iglesia su principal sinagoga, y reducida á un corto número de incrédulos la judería que más importancia había tenido en todos los dominios españoles».

Además, todos los biógrafos del Santo están contestes en afirmar, como veremos en otro capítulo, que el Santo también estuvo en Toledo el año 1411, y algunos, aunque con poco fundamento, que se halló en 1405, logrando una conversión verdaderamente milagrosa. Ahora bien, ¿hubo matanzas en Toledo en

alguna de estas tres fechas?, pregunta un notable escritor contemporáneo [1]. De ninguna manera. Puede el Sr. Castelar, dice, revolver viejas y modernas historias: todas le responderán negativamente; y para que el lector no se tome esta molestia, lea las siguientes palabras que escribe el Sr. Amador de los Ríos: «Diez años habían pasado entre tanto en que la entereza y severidad de carácter de D. Enrique III habían logrado poner á raya las desmedidas pretensiones de la nobleza; pretensiones que de cada vez adquirían fuerza mayor, escudados con las célebres mercedes Enriqueñas, vil precio de la corona del rey D. Pedro. Habíase mantenido la quietud interior de Castilla, y á la sombra de la paz comenzaban á reponerse ya los arruinados hebreos, recobrando alguna vida su comercio y su industria, cuando la muerte del joven soberano, acaecida en el último día del año 1406, vino á comprometer nuevamente su tranquilidad, atesorando odios y venganzas». Luego no hubo matanza de judíos en Toledo el año 1405, comprendido en esos diez años de quietud interior de Castilla, merced á la cual, se iban reponiendo los arruinados hebreos.—¿La hubo en 1407? Tampoco. En 1406 tampoco «estalló ninguno de aquellos movimientos temibles que anegaban en sangre las ciudades», como perfectamente escribe el Sr. Amador en la página 80.—Ni tampoco la hubo en 1407. Consulte el lector cuantas historias haya á mano: en ninguna encontrará esos crímenes populares durante este año; y para procurarle un dato afirmativo en caso en que no puede haberlos, siendo como es negación, recordaremos la cita primera que

1 *Las citas históricas del Sr. Castelar,* por el Marqués de Pidal, pág. 16.

hemos hecho del libro del Sr. Amador de los Ríos, donde, como recordará el lector, se dice, que crecía por este tiempo el entusiasmo religioso de la muchedumbre; pero «pretendiendo tomar al menos una forma más noble y elevada; una forma que, emanando del Evangelio, se conformara esencialmente con sus santas doctrinas, lo cual era motivo, por otra parte, de que tan rigorosas leyes no pudieran cumplirse». Y siendo esto durante el año de 1407, ¿cómo había de haber matanza de judíos en Toledo?—¿Pero la hubo en 1411? Tampoco. En el año 1411 no hubo matanza de judíos, y lo que hay en el de 1412 y 1413 es el magnífico espectáculo del Congreso teológico de Tortosa en que tanto brilló Jerónimo de Santa Fe, el antiguo rabino, convertido por la irresistible persuasión de San Vicente Ferrer. He aquí lo que produjo la elocuencia de este glorioso Apóstol.—En 1411 va San Vicente por segunda vez á Toledo, y convierte muchos judíos; luego la cita del Sr. Castelar es falsa á todas luces. No hubo en ninguna de las fechas matanza de judíos en Toledo, y lo que sí hubo fué una milagrosa conversión, no de 3.000 judíos, que decía el Sr. Castelar habían muerto los cristianos á excitación de San Vicente, sino de 4.000 que resucitaron á la vida de la gracia, por la misericordia de Dios, que se valió de la predicación de su siervo.

Finalmente, en el tumulto de 1391, no pudo estar San Vicente en Toledo, pues como veremos en el capítulo siguiente, ejercía un cargo de confianza al lado del rey D. Juan I.

Dispénsenos el lector si nos hemos detenido demasiado en esta digresión, pero hemos creído oportuno refutar con algún cuidado aseveración tan ridícula del infeliz pigmeo que, en ademán insultante, se atrevió á

presentarse delante de la gran figura de San Vicente, cuya elocuencia produjo innumerables bienes á la causa de la religión, de la patria y de la civilización, al paso que la elocuencia del soberbio tribuno republicano no ha producido más que lágrimas sin cuento y ayes de dolor, sembrando el luto entre las familias y el desconcierto en la sociedad española.

CAPÍTULO XIII

San Vicente en la corte.—Cargos de confianza.—Curiosidad femenina.—Castigo y satisfacción.—Viaje á Cataluña.—Grosera calumnia.—Viaje á Aviñón.—Nuevos cargos y honores.—Política del antipapa.—Obispados y Cardenalato renunciados.—Peligros y congojas.

Las muchísimas conversiones que con su elocuencia hacía San Vicente Ferrer, atrajeron sobre el Santo las miradas de todos, y habiéndole oído la reina D.ª Violante, esposa de D. Juan I, en Salamanca, á donde había ido con el legado Pedro de Luna, encantada de su fascinadora palabra y de las virtudes que hacían suponer el celo con que procuraba la gloria de Dios, le nombró su confesor y limosnero mayor de la corte, disponiendo él y ordenando desde entonces las sumas destinadas para este objeto [1].

1 Consta que desempeñaba el Santo el cargo de consejero real y limosnero mayor de D. Juan I de Aragón, por un privilegio de este príncipe, concedido al monasterio de Ripoll, en que, haciéndole merced en 1391, día 30 de Noviembre, del lugar y término de Mollo, con obligación al Abad y monjes, de labrar suntuosos sepulcros en la iglesia de su monasterio á los Condes antiguos de Barcelona, cuyos cuerpos yacían allí, añade, y dice al Abad de entonces y á sus sucesores: "Quiero que dichas fábricas se hagan á expensas del monasterio, según dispusiere, ordenare y conociere ser más conveniente nuestro religioso y querido consejero y limosnero Fr. Vicente Ferrer, maestro en Teología, y en su ausencia, ó si muriese ó fallase, hágase á discreción y contentamiento de nuestro Capellán mayor".

Después de haber predicado en algunos puntos, habiendo partido el legado á Aviñón, acompañó á la reina á Cataluña, desempeñando sus nuevos cargos con gran contentamiento de los reyes. Sin embargo, tuvo que emplear toda su gran prudencia para saberse gobernar y dirigir el alma de la reina, espíritu superior é irascible, educada en el fausto de la corte y acostumbrada siempre á las más rastreras adulaciones, lo cual destruía todos los cuidados de su confesor, su prudencia, su tacto y su firmeza en la dirección espiritual de aquella mujer. Pero bien pronto se puso de manifiesto el cambio operado en la reina, pues alguna vez se la vió pedir perdón á algún ofendido, cosa que no había hecho nunca, y su carácter más moderado hizo reinar la paz en la familia y en todos los que la rodeaban.

Habiendo pasado San Vicente á Valencia, acaso por las instancias que le hacían los valencianos, la reina se vió sin los consejos y exhortaciones de su Director espiritual, al que tanto debía en lo que respectaba al cambio de su carácter. Por este tiempo se trasladó ella también á Valencia, y no será temerario afirmar que el principal móvil de este viaje fué el volver á ver al Santo, y más que nada, vivir de nuevo bajo su dirección. Lo cierto es que el 23 de Noviembre de 1392, según consta en el Manual de los Consejos, llegaron á la ciudad el rey y la reina, permaneciendo ésta bastante tiempo en ella, pues en el año 1394 dió á luz su primer hijo en el Palacio del Real.

Vicente Ferrer no era sólo un gran predicador, era también un Santo. El rumor de hechos maravillosos comenzaba á extenderse, y por todas partes le atribuían éxtasis, visiones celestes y otras delicias sobrenaturales. La curiosidad femenina se exaltó, y la reina

quiso ver por sus propios ojos lo que de público se decía. Lo difícil no era entrar en el convento, á lo que todos los príncipes y princesas de sangre real tenían derecho, pero la celda es un santuario donde ninguna mujer debe penetrar. Obtener del Santo un permiso semejante era cosa imposible, pues varias veces que se lo había manifestado, empleando toda la sagacidad y cortesanía imaginables, resultaron vanos sus intentos. Pero la prohibición aumentaba sus deseos, y un día fué al convento, expuso su pretensión á los religiosos y rogó la acompañasen hasta la celda de su confesor. Llegados á ella, llamaron á la puerta y se abrió de repente, pero el Santo no se movió: todos le veían, excepto la reina, no obstante dirigir los ojos á todos los rincones del cuarto. Creyendo los religiosos que Vicente Ferrer estaba absorto en su oración, le advirtieron de la presencia de D.ª Violante; pero él, serio y casi irritado, exclamó: «¿Ignoráis acaso que en nuestras celdas está prohibido entrar mujeres?» Sorprendida de oirle sin verle, dijo: «Padre, ¿dónde estáis?» «Aquí estoy, velado á vuestros ojos; salid y sabed que si no hubieseis obrado tan ligeramente, Dios no os hubiese castigado».

Recibió con humilde resignación la repulsa, pero aguijoneada de nuevo por la curiosidad, resolvió obrar con más cautela; así, que se dirigió al Prior, y le rogó satisficiese su deseo. En efecto, la noble penitente había tal vez implorado á Dios cerrase los ojos de su poco complaciente confesor, porque las cosas salieron esta vez á satisfacción de sus deseos. Habiendo llegado con mucho acompañamiento á la puerta de la celda, que estaba entreabierta, vió al Santo en oración, su rostro resplandeciente y rodeado de una luz tan viva que, hiriendo sus ojos, la hizo retroceder instintiva-

mente, y dijo á los que la acompañaban: «Salgamos de aquí, pues la santidad de este hombre es todavía más grande de lo que se dice». Desde entonces, siguiendo su genio extremado en todo, ya no le dirigió la palabra más que de rodillas, como si estuviese delante de un ángel.

Teniendo la reina que abandonar á Valencia, rogó, y obtuvo de Vicente, que la acompañase y viviera en la corte, lo cual aceptó, con la condición de que gozaría de libertad para entregarse á su celo apostólico y poder predicar donde lo reclamase su presencia. Así que, no obstante estar agregado á la corte, se le vió por todas partes esparciendo, como sol hermoso, las celestiales luces del ejemplo y doctrina, según lo afirma un testigo en el proceso de canonización, que dice haber pasado predicando á Cardona, cuyos señores, que eran entonces Condes, le amaban tiernamente, y por la devoción que, tanto ellos como sus vasallos, le tenían, le cortaron por reliquia casi todo el hábito, cuyos retazos fueron de consuelo y milagroso beneficio para los enfermos de aquel país, que con sólo aplicarles alguna partícula de ellos, recobraban la deseada salud.

Por este tiempo se esparció la calumnia, fraguada por los enemigos de Pedro de Luna, de que cuando acompañó el Santo á éste predicó que había muerto Judas después de haber hecho penitencia, y que el inquisidor de Aragón, Fr. Nicolás Eymerich, había formado un proceso sobre ello. Esta fábula la creyó el Cardenal Agrifolio, que, apartado de la obediencia de Benedicto, escribió contra él un tratado bastante destemplado; pero vuelto á su obediencia, reconoció ser esta acusación una fábula y maliciosa impostura lanzada contra San Vicente, de la cual le defienden Odorico, Spondano, Raynaldo y otros, diciendo este último

que «es una pura calumnia atribuir semejante error á un Apóstol, cuya doctrina ha sido siempre irreprochable». Se evidencia, también, ser ésta una grosera calumnia, porque en este tiempo, que le supusieron los cismáticos delatado y procesado, estuvo con extraordinaria estimación, aplausos, honores y prodigios celestiales en Cataluña y Valencia, y en ninguna historia de España se lee que Eymerich diese á Fr. Vicente el más leve disgusto, antes por el contrario, le tuvo siempre como á hombre virtuosísimo y de sana doctrina: Dios mismo se encargó de justificar á su servidor, porque durante los falsos rumores que se esparcían, innumerables milagros salían de las manos y de los labios del acusado.

Muerto el Papa de Aviñón, Clemente VII, fué elegido por los Cardenales de esta obediencia Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, quien conociendo lo útil que le sería tener cerca á Vicente Ferrer para que le ilustrase con sus consejos, le llamó á Aviñón, el cual emprendió obediente el viaje é hizo su entrada en 1395, siendo recibido con todo género de demostraciones de respeto y admiración. Aquí termina la juventud del Santo, dice Razzano; tenía cuarenta y seis años, y los Santos tienen la juventud larga, esa juventud del alma que se regocija todos los días esperando la juventud del cielo. El Papa le confirió los importantes cargos de Penitenciario Apostólico, Maestro del Sacro Colegio, Capellán doméstico y Confesor.

En sus nuevos empleos, San Vicente fué, como siempre, el enviado de Dios, pues sus funciones no le absorbieron por completo el tiempo, de tal manera, que pudo predicar la palabra divina y atraer á muchos, con el consejo y el ejemplo, por el camino de la

gracia. Su título de Penitenciario mayor le permitió también trabajar en la reforma de costumbres, pues reinaba en aquella época bastante relajación en todas las clases sociales; y gracias á sus cualidades naturales, aumentadas por la más constante modestia, llegó á ser el amigo y el confidente de todos, y hermanando las funciones del cortesano con la austeridad de un monje y con la amenidad de un santo, no faltó jamás á sus deberes sociales ni á la delicadeza de su situación. Esta fué la causa, como se lee en el proceso de su canonización, de que siempre se oyese hablar bien de él, que se le reputase como hombre probo y virtuosísimo, y que en ninguna ocasión la murmuración sombrease su persona.

Mientras el Santo ejercía todo su celo en ganar almas para el cielo, Benedicto XIII desplegaba todos los talentos de un jefe de Estado, y usando de todas las prerrogativas del Papado en la Edad Media, aumentaba su partido de una manera extraordinaria; de aquí que los príncipes con quienes trataba le rindiesen pleito homenaje, y el Infante de Aragón, al abandonar á Sicilia para ceñir la corona por muerte de su hermano Juan I, presentó sus respetos al Pontífice, que le recibió en Aviñón con toda la pompa debida á su alta jerarquía; allí le decoró con la Rosa de Oro, con la que le hizo recorrer toda la ciudad, y le confirió la investidura de los reinos de Córcega y Cerdeña. Diplomático consumado, nadie podía resistir la lógica de Luna, y más de una vez, cuando los embajadores de Francia, encargados de órdenes precisas y resueltos á actos decisivos, le exponían su misión, cambiaban de opinión ante la elocuencia y habilidad del Pontífice. No nos atreveremos á decir que con esto obraba de mala fe, pues el hecho de haber elegido por confe-

sor á un gran Santo, como lo era San Vicente Ferrer, hace presumir que vivía de buena fe sobre el punto de su elección y que la juzgaba legítima.

Como los efectos deplorables del cisma se dejaban sentir por todas partes, el Santo procuró desde un principio obtener la renuncia del Papado, y á esto se dirigieron sus consejos en todas las ocasiones que se le presentaron. Pero el Pontífice, con el objeto de asegurarle y hacerle más obligado, le propuso admitiese el Obispado de Lérida, que vacó entonces, y más adelante, creyendo lisonjear su amor á la patria que le vió nacer, le propuso para la mitra de Valencia, vacante por muerte de D. Jaime de Aragón, hermano del Duque de Gandía, ocurrida en 28 de Mayo de 1396; pero el Santo, manifestando su despego á todo género de honores, no admitió ninguna dignidad, porque le contentaba más la pobreza de su Orden y el retiro de sus claustros. Vista la entereza del Santo, el Pontífice le preparó una sorpresa, que tampoco tuvo éxito.

Cierto día, al entrar el Santo en palacio, recibió la orden de presentarse en la gran sala de las audiencias oficiales. Allí estaban los Cardenales reunidos, toda la corte, los oficiales con sus trajes de gala y el Papa sentado en su trono. Sobre una gran mesa de mármol negro se hallaba un sombrero rojo, en medio de los ornamentos ordinarios, para la recepción de un Príncipe de la Iglesia. El Santo entró, y como aguardase silenciosamente que apareciese el nuevo elegido, el Papa se le acercó, le tomó de la mano y lo presentó á todos como al más digno de la púrpura cardenalicia: todos se apresuran á ofrecerle sus felicitaciones, pero el humilde Dominico, sonriendo, y mientras el Pontífice se preparaba á ponerle el sombrero rojo sobre su cabeza, se vuelve modestamente al lugar donde creía

presenciar la escena, que no pensó jamás fuera preparada para él.

Un cisma tan funesto no podía, sin embargo, durar: dos Pontífices se habían sucedido ya en Roma desde la muerte de Urbano VI. Después de varias discusiones, sínodos y negociaciones, no se había adelantado un paso. Por fin, el año 1398, se reunió en París un Concilio nacional, acordándose, vista la pertinacia del antipapa, abandonar su obediencia, buscándose, por la fuerza de las armas, una satisfacción categórica; y al efecto, Boucicaut, ayudado por el mariscal Beaucaire, puso sitio á la ciudad de Aviñón. Asustados sus habitantes, suplicaron al Papa no les sometiese á los horrores de un sitio; pero Benedicto les ordenó se defendiesen, asegurando que el rey de Aragón iría en su ayuda. Ordenado el sitio en toda regla, los Cardenales recorrían la ciudad, excitando á la defensa, y el Papa se encerró en su castillo con 300 aragoneses, mandados por su sobrino Rodrigo de Luna, con los que puso frente á todos los enemigos.

Este contratiempo no pudo menos de afligir al Santo, y después de desaprobar con su simple presencia una situación tan anormal, se entregó á las más grandes austeridades, redobló sus súplicas y se ofreció á Dios en satisfacción de tantos males. La tortura de su corazón debió ser inmensa en aquellos luctuosos momentos, en que, sitiado por tropas enemigas, creciendo por todas partes los desastres del cisma, aumentadas las disensiones y herejías, no veía una solución favorable al pavoroso problema que presentaba la interrumpida paz de la Iglesia; todo esto fué causa de que su alma se llenase de profunda tristeza, de acerbo dolor y de amarga melancolía, poniéndole en horrible ansiedad y congoja.

CAPÍTULO XIV

Enfermedad y agonía de San Vicente.—Visión y milagro.—Apostolado divino —Contrariedad.—Treguas de guerra.—Carta de los Jurados de Valencia al Santo.—Permiso conseguido.—Cargos diplomáticos.—Legado «a latere Christi».—Gersón y San Antonino.

La salud de San Vicente se resistió, como era de esperar, por tan repetidos y dolorosos golpes como recibía; su organismo, acostumbrado, no obstante, á continuo trabajo, no pudo resistir tantos desastres, y desfallecido, debilitado por la fiebre, cayó bajo el fuerte martillo de mortal enfermedad: Dios sólo podía realizar un milagro y sacar á flote aquella preciosa existencia que abandonaba el suelo para remontarse como blanca paloma á gozar de la eternidad.

Y así sucedió, en efecto, porque un suceso extraordinario vino á realizar el milagro que se necesitaba para que nuestro Santo no privase todavía al mundo de sus lecciones sapientísimas. He aquí cómo refiere un escritor este admirable episodio de su vida: «Vicente Ferrer se retiró al convento de Aviñón, donde durante seis meses no cesó de dirigir al pueblo las más ardientes exhortaciones, ofreciendo por la extinción del cisma sus continuados ayunos, sus plegarias y sus maceraciones del día y de la noche, hasta que por fin, vencido por el pesar y el dolor, cae grave-

mente enfermo. El día tercero, tendido en su doloroso lecho [1], rogaba con intensísimo fervor por la paz de la Iglesia; mas he aquí que de repente, la víspera de San Francisco, el Señor se le aparece, rodeado de multitud de ángeles, acompañado de Santo Domingo y San Francisco, y tocándole la mejilla á manera de caricia [2], le devolvió la salud y le ordenó recorriese los reinos y las ciudades anunciando el juicio universal, prometiéndole que el socorro divino no le faltaría jamás. El Santo se levantó curado, y al instante se dirigió al palacio pontifical con el objeto de pedir el permiso para partir en seguida» [3].

Otro testimonio sobre este hecho tenemos en una carta apologética dirigida por el Santo á Benedicto XIII desde Alcañiz, fecha 27 de Julio de 1412, cuando se le acusó de predicar temerariamente sobre la proximidad del juicio final, la cual traen Antist y otros biógrafos. En dicha carta, aunque no figura su nombre, que humildemente oculta, se trasluce que el hecho se refiere á su persona.

«Sobre quince años hace, escribe, que un religioso, hallándose gravemente enfermo, mientras rogaba á Dios le devolviese la salud para continuar sin interrupción la predicación de su divina palabra, según

1 En Aviñón se conservaba la celda donde estuvo enfermo el Santo, que fué convertida en capilla donde los novicios del convento de Dominicos hacían sus ejercicios. Muchos religiosos y sacerdotes iban á celebrar la Misa en el altar construído en el mismo sitio que ocupaba el lecho, encima del que había un cuadro que representaba la curación milagrosa.

2 Afirman todos los biógrafos del Santo, que cuando en el púlpito le enardecía el celo por la honra de Dios, se traslucían claras y patentes en su mejilla las señales de los dedos con que Nuestro Señor le tocó; y no falta quien dice que la carne de la mejilla tocada por Jesucristo, perseveró incorrupta después de muerto.

3 Mahuet, *Prædicatorium Avionense*, lib. III, cap. II.

tenía por costumbre, movido del celo por el bien de las almas, se quedó poseído de un suave y misterioso sueño, y en él vió á Cristo nuestro Señor en lo alto, con gran majestad y gloria, y arrodillados á sus pies á los santos patriarcas Domingo y Francisco, los cuales le suplicaban bajase y visitase al enfermo. Condescendió el Salvador del mundo á las súplicas, y bajó con ellos, se acercó al religioso enfermo y le acarició tocándole la mejilla con su sacratísima mano; hablóle, aunque interiormente, y le dijo de una manera clara é indubitable, que, imitando á los dos Santos que le acompañaban, fuese por el mundo predicando, advirtiéndole que su predicación precedería á la venida del Anticristo, para que, con su salvadora doctrina, se corrigiesen todos los hombres. Al contacto de la mano de Cristo, despertó el religioso y se encontró completamente sano. La Providencia ha querido confirmar esta misión, divinamente conferida á este religioso, con multitud de milagros. A la verdad, uno de aquellos tres misteriosos ángeles que en el Apocalipsis vió San Juan volando por las alturas de los cielos con el Evangelio eterno, predicando con voz potente á todas las gentes el temor de Dios y la proximidad de su tremendo juicio, representaba, sin duda, á dicho religioso, y de él con verdad lo afirman algunos. Ya trece años que recorre el mundo, y pasa su edad de los sesenta, sin dejar por eso de predicar cada día, ni de acudir á otras ocupaciones propias de su legacía».

Esta curación milagrosa acaeció el 3 de Octubre de 1398, y sin acompañarle las incomodidades de la convalecencia, ni mostrar palidez, debilidad ni torpeza en los movimientos, se encontró apto para empezar su apostolado. La noticia del suceso se extendió por todas partes, y el mismo Benedicto quedó sorprendido

de ver entrar al Santo en su palacio, tan bien dispuesto y sin señal de enfermedad, cuando esperaba la noticia de su muerte.

Vicente Ferrer pidió permiso para comenzar sin tardanza la misión divina que le acababa de ser conferida; pero el Pontífice estimó que debía diferir la ejecución, y á pesar de la orden formal recibida de lo alto y confirmada por un milagro, el Santo obedeció, y Jesucristo, que ama á los humildes y prepara la victoria á los obedientes, se conformó con la orden de Benedicto.

Mientras sucedía esto, las tropas francesas habían entrado en la ciudad, y el Papa, encerrado en su castillo, continuaba la lucha, siendo herido por un proyectil con uno de los disparos que contra la fortaleza hacía el enemigo. Después de cuatro meses de heroicos esfuerzos, el hambre se dejó sentir, y Benedicto envió secretamente á los tres Cardenales que le eran fieles al campamento francés para que negociasen la paz; pero fueron presos, y no pudo lograrse nada. Entonces el Papa, exponiendo los males que se causaban á la cristiandad con tal estado de cosas, escribió una carta á Carlos VI, la cual produjo maravillosos resultados, pues el rey ordenó á Boucicaut que levantase el sitio y se concretase á poner guardias alrededor del castillo. San Vicente Ferrer, fiel á las amistades que eran compatibles con la conciencia, no fué el último en dar al desgraciado Pontífice todas las señales de la más profunda simpatía. Sin embargo, durante los seis meses que permaneció fuera del palacio, predicaba en la iglesia de los Celestinos y no dejó de ejercer su ministerio, á pesar de los horrores y peligros del bloqueo.

Los Jurados de Valencia le escribieron entonces, rogándole que volviese á la ciudad natal y satisficiese

los deseos que todos tenían de verle, manifestándole, además, la gran conveniencia de que realizase el viaje, pues «á más de poder respirar de este modo el aire de su país, que tanto bien le haría para adquirir nuevas fuerzas, sus hermanos en religión, parientes y amigos tendrían gran alegría de volverle á ver», por lo que ponían á su disposición todo lo que le hiciera falta. El Apóstol no satisfizo por entonces los deseos de sus conciudadanos, sino que, cuando estaba convencido de que su presencia cerca del Pontífice no servía más que para hacer pesada la responsabilidad de ambos, reiteró su demanda, y Benedicto no pudo rehusar por esta vez á tan justas pretensiones, si bien primero le excitó, con aquella lógica y elocuencia que le eran peculiares, á que desistiese de su empeño; pero todo fué inútil, porque su vocación no estaba allí. Benedicto XIII le relevó de todos sus cargos y confió la dirección de su conciencia al carmelita Jerónimo de Ochoa, sin determinar permisión definitiva de que comenzase el apostolado; pero le dejó predicar en Cataluña y le confió algunas misiones diplomáticas para el rey don Martín, recorriendo el Principado durante trece meses, es decir, desde Octubre de 1398 á Noviembre de 1399.

Difícil es seguir con exactitud el itinerario de las predicaciones del Santo en estos tiempos de turbulencias sin cuento; mas procuraremos con el mayor cuidado seguir el que se deduce de muchos y preciosos documentos, estudiados con escrupulosidad por un distinguido dominico francés, sin olvidar por ello los estudios que hicieron los autores que nos sirven de guía.

Entre las misiones diplomáticas que confió Benedicto al Santo, cerca del rey de Aragón, la principal fué encaminada á que le procurase la libertad de que

se veía privado, pues Boucicaut, que observaba rigurosamente su consigna, guardaba prisionero, aunque sin apariencias, al Pontífice. El rey, en efecto, ensayó multitud de medios, aunque todos sin resultado, hasta que por fin envió un agente con la orden expresa de procurarle la fuga, el cual, en connivencia con Francisco de Aranda, diplomático llegado de Chartreux, que reemplazó en la corte aviñonense á Bonifacio Ferrer, la realizó en la noche del 12 de Marzo de 1403. El Pontífice, como hemos visto en uno de los capítulos anteriores, no consintió en volver á Aviñón, recorriendo diversas poblaciones.

Finalmente, el 22 de Noviembre de 1399, revestido de todos los poderes que la Iglesia dispone, inauguró nuestro Santo su verdadera misión con el extraordinario título de legado *a latere Christi*, creyendo en la legitimidad de Benedicto XIII, como lo prueba los poderes de atar y desatar que le concedió, y de los que usó frecuentemente. Escribe Vidal, que el año 1411, predicando en Chinchilla, declaró varias censuras, y habiendo mencionado aquellas en que incurren los que ponen sus manos violentamente en los eclesiásticos, dijo que estaban excomulgados, y con las facultades que se le habían conferido podía absolverlos. El mismo año, en Alcañiz, predicando contra unas mujeres que llevaban tocados profanos y se burlaban de las que los habían dejado, las dijo que no quería gozasen de las indulgencias que generalmente concedía, ni de ningunas otras, por todo el tiempo que él se detuviere en aquel lugar; de lo cual se colige la autoridad plena de que gozaba para conceder y suspender indulgencias y para absolver de cualquier censura. Desde entonces, cada paso en el camino de su apostolado, fué un milagro; cada palabra, un triunfo para el cielo.

Algunos escritores se han extrañado de que San Vicente fuese constante defensor de la Silla de Aviñón, siendo así que ésta no era el asiento del verdadero Papa. No hay motivo alguno para semejante extrañeza, pues sabido es que el asunto era intrincadísimo, como dijo el Santo en algunos sermones, pues cada uno de los Pontífices elegidos tenía en su favor doctores célebres, grandes príncipes, prelados eminentes y hombres notables en virtud y santidad, que hicieron muchísimos milagros. Por la Sede romana estuvieron Baldo y Juan Liñano, insignes jurisconsultos, el célebre Fr. Juan Monzón, del convento de Predicadores de Valencia, y las dos célebres Santas Catalina de Sena y la de Suecia, sin contar otros muchos varones meritísimos. Por la parte de Aviñón estuvo todo el claustro de la Universidad de París con su canciller Juan Gersón y el B. Pedro de Luxemburg, que hizo muchos milagros. Por estas razones, y por lo obscuro é intrincado de la causa, resolvieron los mejores teólogos y juristas de aquel tiempo, que era lícito seguir uno de los dos partidos: así lo juzgaron Gersón, San Antonino, Torquemada y otros. El primero lo resolvió del siguiente modo:

«En el presente cisma tan dudoso, es proposición temeraria, injuriosa y escandalosa, decir que todos los que siguen este partido ó el otro, ó se quedan neutrales, están en mal estado ó excomulgados, ó con sospecha de cismáticos: porque en ningún otro cisma ha habido tanta razón de dudar como en éste, corriendo tan varias opiniones entre los doctores más célebres y varones santísimos en uno y otro partido; y habiendo tanto que deslindar, estudiado mucho el asunto, queda mucho para averiguar el derecho de cada uno. A la verdad, hay duda racional, cuando los

hombres más notables en letras lo juzgan así y lo predican».

San Antonino, después de afirmar que los fieles no estaban obligados durante el cisma y antes de la sentencia del Concilio de Constanza, á creer que el uno ó el otro Papa fuese el verdadero, sino que podían obedecer al que les propusiesen los Prelados, hace la siguiente apología de nuestro Santo:

«Aunque San Vicente estuvo gran parte de su vida bajo la obediencia de Benedicto XIII, á quien los italianos y otras naciones tuvieron por cismático, afirmando que Urbano y sus sucesores, que residían en Roma, eran los legítimos Pontífices, sin embargo, esto no disminuye los lucimientos de dicho Santo. Aunque es de fe que siendo la Iglesia una, es una su cabeza ó pastor, esto no obliga á creer que el tal único pastor sea éste ó aquél, cuando concurren muchos con ese nombre, cada uno con notable parcialidad: el derecho del que delante de Dios es el legítimo Papa, no está suficientemente declarado. Esto sucedió en dicho cisma: cada uno de los que se decían Papas tenían un partido de hombres doctos en todas las facultades y de varones santísimos. Y aunque para esclarecer la duda se escribieron varios tratados, nunca se manifestó lo bastante para que no perseverasen muchas dudas en la causa: de manera, que á los que erraban siguiendo al que en realidad no era Papa legítimo, les excusaba la ignorancia casi invencible del hecho. Y en virtud de esto, el Espíritu Santo inspiró á los Padres del Concilio de Constanza, para restituir la unión de la Iglesia, el medio de que los tres Papas elegidos cediesen y se desprendiesen del Pontificado respectivo, en vista de que el medio de la averiguación y disputas no era bastante. Entonces, viendo

San Vicente Ferrer que Benedicto no accedía á ello, debiendo renunciar el Pontificado por el bien común, aunque tuviera derecho, le negó públicamente la obediencia».

San Vicente, como veremos, fué el que en la corona de Aragón cerró con su voto y parecer que se le negase la obediencia, y el que, mientras duró el cisma, trabajó con ardiente celo por su terminación, sin que le guiase, al abrazar el partido de Benedicto, otro móvil que el bien común de la Iglesia.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

Estado político, moral y religioso de Europa.—El apostolado de San Vicente. —Carpentras, Arlés, Aix, Marsella y otros puntos.—Carta importante del Santo.

Como un verdadero embajador divino, Vicente Ferrer tuvo negocios con casi todos los soberanos de su tiempo, con casi todos los pueblos de la obediencia de Aviñón, con muchos de la de Roma; su influencia en todos los negocios en que intervino era decisiva, sus predicaciones producían frutos superabundantes, y sus virtudes y milagros, como Santo, llenaban de admiración á las muchedumbres que le seguían y oían con religioso entusiasmo. Para comprender mejor la celestial misión de nuestro héroe en aquella época, se nos hace preciso indicar á la ligera el estado de Europa en los comienzos del siglo XV y fines del XIV.

En la historia de los Estados cristianos predomina el gran cisma, que hacía más que nunca sus estragos; el Papa de Roma, Bonifacio IX, estaba en el undécimo año de su Pontificado; Benedicto XIII, el Pontífice de Aviñón, en el sexto. El Emperador Federico acababa de heredar á Wenceslao, sucediéndole poco tiempo después Roberto de Baviera, que fué reempla-

zado en 1411 por Segismundo. Aragón tenía por rey á D. Martín, fiel amigo de nuestro Santo; su hijo gobernaba á Sicilia. En Castilla imperaba Enrique III, hermano de aquel Fernando de Castilla, que veremos más tarde bajo la influencia de San Vicente. En Navarra reinaba Carlos el Noble, en Portugal Juan I y en Nápoles Ladislao. Francia, con la demencia de su rey Carlos VI, las intrigas y perfidias de la reina Isabel de Baviera, las sangrientas rivalidades de las casas de Orleáns y Borgoña, parecía que iba á desaparecer. Enrique de Lancaster había sucedido en Inglaterra á Ricardo II, y en Escocia gobernaba Roberto III, en Bohemia Wenceslao VI, en Polonia Ladislao V, Segismundo en Hungría, Galeazo Visconti en Milán, y Margarita, hija de Luis II, en el Condado de Flandes. Finalmente, Juan VI, llamado el Bueno y el Sabio, acababa de tomar posesión de la Bretaña, Génova pertenecía á Francia, y la Andalucía estaba sujeta á los moros, siendo el rey de Granada Mahomet Aben Balva, que, como veremos, no obstante ser musulmán, atraído por las maravillas que había oído decir de Vicente Ferrer, le llamó para que predicase.

Desde el punto de vista moral y religioso, la Europa sufría los efectos de la decadencia de la autoridad eclesiástica. La antigua rudeza de costumbres, que hacía muy difícil dominar las pasiones, y que á veces estallaban con horrible violencia, se habían introducido de nuevo en el pueblo cristiano. Dice Hengauröther que, de ordinario, los poderes carecían de fuerza suficiente para evitar que se cometiesen crímenes groseros, imperando en muchas partes el derecho del más fuerte. La inmoralidad se enseñoreó en muchos países, y los vicios más inmundos, la avaricia y la usura, producían males sin cuento. El lujo y la licencia en el

vestir de las mujeres, la infracción de los días festivos, el empleo de las iglesias para actos puramente mundanos y otros muchos abusos que era preciso cortar, imperaban en muchos pueblos, y esta fué principalmente la labor de nuestro Santo.

Respecto á la superstición en estos tiempos, había tomado incremento espantoso en todas sus formas, y por todas partes veíanse astrólogos, agoreros y adivinos que encontraban favorable acogida, lo mismo en los palacios de los grandes que en las chozas de los campesinos, y el uso de los amuletos y talismanes, introducido por los musulmanes españoles, y la creencia en la virtud milagrosa de ciertas piedras preciosas, en la magia y la astrolatria, la alquimia y la nigromancia, que los judíos y los sarracenos cultivaban con el mismo entusiasmo que las más nobles ciencias, se había generalizado lo mismo en las grandes poblaciones que en las aldeas.

Sin embargo de tan profunda corrupción, se mantuvo siempre vivo el espíritu reformista y no se quebrantó la fe religiosa, antes por el contrario, se hizo enérgica resistencia á la propagación del mal, contribuyendo á ello las predicaciones de San Vicente Ferrer, como lo demuestra el hecho de que en los puntos en que ejerció su misión evangelizadora, resistió más tarde la acción disolvente de la pretendida Reforma.

Nuestro héroe comenzó, como hemos visto, su acción civilizadora en el tiempo más oportuno, es decir, cuando parecía que iba á hundirse la sociedad en el abismo sin fondo de la anarquía. El día 22 de Noviembre de 1399, día de Santa Cecilia, virgen y mártir, abandonó el palacio de los Papas y comenzó sus misiones y apostolado, como se colige de uno de sus sermones que se conservan manuscritos en la Catedral de Va-

lencia: «Nuestra santa madre la Iglesia, dice en lemosín, hoy hace oficio de una gloriosa virgen y mártir, Santa Cecilia; y de ella quiero yo predicar, no solamente por la doble cualidad de virgen y mártir, sino también porque tal día como hoy comencé á predicar por el mundo y á hacer conocer mi legacía *a latere Christi;* además, esta santa me ha alcanzado muchas gracias».

De Aviñón dirigió el Santo sus pasos á Carpentras, población bastante importante, que dista sobre unos 30 kilómetros. A su llegada, los Síndicos salieron á ofrecerle sus respetos, como se practicaba con los personajes de distinción, y sus hermanos en religión le trataron espléndidamente. Comenzados sus sermones, acudieron á oirle todos los dignatarios, tanto eclesiásticos como civiles, y la pacificación de los espíritus debió ser completa, por cuanto permaneció en este pueblo hasta el 12 de Enero: así lo requirieron acaso la gravedad de la situación y la importancia del lugar. De aquí se dirigió á Arlés, predicando por todos los pueblos y aldeas de su paso, y en esta última ciudad, en la que se conserva el púlpito en que predicó, lo hizo con tal nobleza y autoridad, que, según un testigo presencial, hasta los mismos judíos asistían á sus sermones, consiguiendo la paz entre los dos bandos en que estaba dividida la población. De aquí se dirigió á Aix, donde predicaba con tal general aplauso, que siendo la iglesia insuficiente para contener á la multitud, se vió obligado á pronunciar sus sermones en un llano en el que las tropas hacían sus ejercicios. Bouche, en su *Historia cronológica de Provenza,* dice de su estancia en esta última ciudad lo siguiente: «Nuestra provincia fué visitada por un Santo é ilustre personaje de la Orden de Santo Domingo, Vicente Fe-

rrer, que llevaba tras de sí, á imitación del Hijo de Dios, muchos miles de personas. Se dice en los documentos antiguos de los frailes predicadores de la ciudad de Aix, que estuvo tres veces en esta población: la primera desde el 27 de Octubre hasta el 1.º de Diciembre de 1400; la segunda desde el 3 al 10 de Enero del año siguiente 1401, en cuyo tiempo los Consejeros de la ciudad, en consideración á este personaje, hicieron un presente de dos florines al convento en que se hospedaba, según consta en el libro de entradas y salidas de este tiempo: «Recibido de los nobles señores Síndicos dos florines, dados al convento como limosna, con motivo del Maestro Vicente Ferrer». La tercera vez estuvo sólo un día, el 23 de Octubre de 1408.

»En consideración á estas visitas, los religiosos del convento hicieron construir una capilla, y consagraron un altar á su honor apenas murió. En nuestros días hemos visto todavía, en el dormitorio del convento, una efigie en madera del Santo, hecha indudablemente en aquel tiempo, teniendo la cabeza cubierta con un bonete negro» [1].

Después pasó á Marsella, en cuya ciudad estuvo varias veces, entrando en ella á primeros de Diciembre de 1400, en donde se hallaba también el Papa Benedicto, que acababa de llegar para reanimar con su presencia el celo de sus partidarios. El Santo estuvo en la ciudad focense hasta el 29 de aquel mes, y después volvió á ella para predicar parte de la Cuaresma hasta el 6 de Abril. Como en los demás puntos, los templos eran insuficientes para contener á las muche-

[1] Honoré Bouche, *Histoire chronologique de Provence*, tom. II, pág. 426, escrita en 1526.

dumbres que acudían á oirle, llevándose á efecto gran número de conversiones.

De Marsella pasó á evangelizar el Delfinado, la Saboya y los valles alpinos, empleando en ello dos años. Los trabajos de su apostolado nos los describe el Santo en una carta latina que desde Ginebra dirige al General de Predicadores, Juan de Podionucis. Dice así:

«Reverendísimo Padre y Maestro.—A causa de mis increíbles ocupaciones, no he podido escribir á vuestra Paternidad, como debía haberlo hecho. A la verdad, desde vuestra partida de Románs hasta hoy, me ha sido preciso cantar la Misa todos los días y predicar dos y tres veces, de manera que apenas me queda el tiempo necesario para ir de un punto á otro, comer y descansar, y eso que mis sermones los preparo mientras voy de camino. Con el fin, pues, de que no se me impute mi silencio á negligencia ó falta de respeto, he procurado, durante muchas semanas y aun meses, quitar algunos momentos á mi trabajo ordinario, para poderos manifestar al menos el camino que he recorrido.

»Después de haber abandonado, por última vez, á Románs, prediqué durante tres meses en el Delfinado, visité en este tiempo los famosos valles de la diócesis de Embrun, llamados Lucerna, Argentina y Putida, que era el peor de todos, encontrándolos llenos de herejes. Aunque ya los había recorrido varias veces y habían recibido con veneración la doctrina católica, juzgué visitarlos de nuevo para consolarles y confirmarles en la fe.

»Hecho esto, y accediendo á los ruegos de muchos que por escrito y de viva voz me habían llamado, pasé á Lombardía, donde prediqué trece meses, ya en los lugares de vuestra obediencia, ya en otros más leja-

nos, como en los dominios del Marqués de Monferrato, á cuyas instancias y ruegos creí no debia resistir. En aquellos montañosos sitios encontré también numerosos pueblos infestados de valdenses y cátaros.

»Recorrí en seguida la diócesis de Turín, visitando por orden todas las localidades, y predicando la verdad católica en contra de los errores en que estaban sumergidas estas bravas gentes. Gracias á Dios han cooperado á la divina piedad, recibiendo las verdades de nuestra santa religión con gran fervor, devoción y reverencia. El Señor, cooperando con su gracia á mis palabras, se dignaba confirmarlas (por medio de milagros, pues aunque no lo dice, consta por la tradición).

»He notado que todos estos errores, todas estas herejías, tenían por motivo principalmente la falta de predicadores, pues treinta años hacía que ningún predicador católico les había visitado, al paso que los herejes valdenses iban desde Apulea (¿Aquilea?) dos veces al año á comunicarles el tósigo de su venenosa doctrina. ¡Considerad, venerable Maestro, cuánta sea la responsabilidad de los Prelados y de todos aquellos que, ya por su instituto, ya por su profesión, están obligados á predicar! ¡Prefieren estar en las ciudades y villas importantes en confortables y elegantes aposentos, rodeados de comodidades, mientras perecen las almas por cuya salvación murió Jesucristo! Estas almas se pierden por falta de pastor espiritual y no hallar quien parta el pan á los pequeñuelos. La mies es mucha, pero faltan obreros, y así, ruego al Señor del campo que envíe los operarios.

»He encontrado en estos valles á cierto Obispo hereje, llamado Luferia (Loforio), que quiso disputar conmigo, y lo convertí, lo mismo que las escuelas de los valdenses del valle de Engroya, que también des-

truí: los cátaros de Vallpont han renunciado también á sus abominables supersticiones. Los herejes del valle de Lanz ó Quino, donde se refugiaron los que dieron muerte al bienaventurado Pedro, mártir, me recibieron bien: las facciones han cesado; los güelfos y gibelinos hicieron las paces, y han firmado alianzas de amistad.

»Respecto á otras cosas difíciles de enumerar, que Dios se ha dignado obrar para su gloria y bien de las almas, no diré nada por ahora, más que sea bendito en todo y de todo.

»Después de haber pasado trece meses en Lombardía, hará como cinco que entré en Saboya, á repetidas instancias de los Prelados y Señores de aquel Estado. He visitado con gran interés las cuatro diócesis de Avoste, Tarentese, Moriene y Grenoble, predicando más ó menos en dichos lugares, según la necesidad del momento. Ahora me hallo en Ginebra.

»Entre los errores monstruosos que infestaban este país de Ginebra, hay uno que consiste en dar un culto público á una especie de divinidad que llaman San Oriente, es decir, el sol: este culto está muy extendido, y tiene sus cofradías y fiesta principal, que se celebra al día siguiente de la del Corpus. Contra este error, ni los religiosos, ni aun los mismos curas, se han atrevido á predicar, ni á decir nada, porque los sectarios les amenazaban de muerte, y les quitaban, mientras tanto, toda clase de limosnas. A fuerza de predicar cada dia y de insistir sobre el crimen de idolatría, gracias á Dios y al apoyo que da á mi palabra, el error ha desaparecido por completo, y estas pobres gentes, á la hora presente, están arrepentidas de haber errado tan gravemente en materia de fe.

»Me dispongo á visitar la diócesis de Lausana, donde se adora también públicamente al sol, especialmente entre las gentes del campo, ofreciéndole por la mañana sus oraciones y reverenciándole. Dos ó tres veces ha venido el Obispo á suplicarme visitase su diócesis, en los confines de la Alemania y de la Saboya, donde hay ciudades enteras pobladas de herejes. Se me ha prevenido que estos herejes son muy peligrosos; pero tengo confianza en la divina misericordia de Dios, y en la próxima Cuaresma estaré allí. De cualquier manera, cúmplase la divina voluntad.

»Mi compañero Fr. Antonio y yo, nos recomendamos á vuestra Paternidad. Que el Hijo de la Virgen os conserve por largo tiempo para ejemplo y salvaguardia de nuestra santa Orden. Amén.

»Firmóse esta carta en Ginebra el 17 de Noviembre de 1403, de mi mano en lugar de sello.

»Vuestro humilde hijo é inútil servidor de Cristo. —Fr. Vicente Ferrer, Predicador».

Como se ve por la preinserta carta, San Vicente no desperdició el tiempo, y con sus predicaciones y milagros convirtió á un sinnúmero de herejes, y, cual nuevo San Pablo, conquistó, á través de contrariedades sin cuento, las almas que el demonio dominaba por completo. Admirables prodigios de la elocuencia cristiana y de la gracia. Mientras la fuerza de las armas no podía reducir á aquellos indómitos habitantes, un humilde Dominico, sin otro auxilio que unas disciplinas para macerar su cuerpo y una cruz para que los pecadores dirigieran á ella sus ojos, conduce por el camino de la civilización á los que en tan poco se diferenciaban de las bestias.

CAPÍTULO II

La diócesis de Embrun.—El Delfinado, Lombardía, Monferrato, etc.—Bernardino de Sena.—La doble llave.—Margarita de Saboya.—El Piamonte.—El agua bendita.—Los falsos ermitaños.

Hemos visto en la carta que se inserta en el capítulo anterior, que San Vicente visitó la diócesis de Embrun, en la que estaban los valles llamados Lucerna, Argentina y Putida. Pues bien; los moradores de estos lugares eran tan rebeldes á la luz del Evangelio, que cuantos predicadores habían intentado reducirles por el buen camino, se estrellaron contra la tenacidad de sus maldades, teniendo que huir muchas veces ante los peligros con que les amenazaban. Nada de esto amedrentó á San Vicente, é intrépido y con la sed del martirio, emprende la conquista espiritual de aquella gente bárbara y feroz, sin reparar en los peligros á que exponía su vida. Una noche, dice Razzano, subieron algunos desalmados al tejado del cuarto donde dormía, y armados de lanzas y espadas empezaron á agujerear el techo para darle muerte por la brecha: Dios le libró del peligro, y esto aumentó el celo del apóstol de tal manera, que prosiguiendo el deseo de darles la luz del camino del cielo, venció á aquellas gentes y las redujo al gremio de la Iglesia católica,

reformando sus costumbres, hasta el punto de que lo que antes se llamaba Putida ó Valle hediondo, por las obscenidades y vicios de que abundaba, se llamó en adelante el Valle puro, por la mucha observancia de costumbres que se operó en él. En el siglo XVIII se veían todavía las huellas que dejó el Santo en aquellos contornos, como lo demuestra un hijo del país, que escribió una Vida de San Vicente Ferrer para sus compatriotas, al decir en la prefación: «Mis queridos conciudadanos: un interés común á vosotros y á mí ha puesto la pluma en mi mano. Si Vicente Ferrer no hubiese visitado estos valles, seríamos como eran nuestros antepasados. ¡Y qué no han sido! Vosotros no podréis verle en esta historia sin estremeceros. Los frutos de salvación que produjo entre ellos se conservan durante cuatrocientos años. El poco tiempo que he estado entre vosotros, en mis primeros años, me ha bastado para asegurarme que la pureza de la doctrina que nos ha sido enseñada por nuestro apóstol estaba todavía en su integridad. No se veía entonces un solo díscolo en los valles, y el orden en las costumbres respondía exactamente á la creencia. Pero la revolución ha pasado por aquí... La poderosa intercesión del Santo nos hará de nuevo dignos del nombre del Valle puro, dado por él á nuestro país».

Imposible creemos fijar el itinerario del viaje de nuestro Santo por un país tan accidentado: su carta nos servirá de guía en su predicación, y nada más seguro que sus propias indicaciones para contar los episodios que le sucedieron en el Delfinado, Lombardía, Monferrato, Turín, Tarantese, Moriene, Saboya, Ginebra, etc.

En el Delfinado debió más de una vez, y por más de un título, visitar un rincón abrupto, medio salvaje

y de difícil acceso, donde se encontraba la Cartuja, cuyo General era su hermano Bonifacio Ferrer: los Anales cartujanos guardan hermosísimos recuerdos de estas visitas fraternales.

Habiendo pasado el Santo á la Lombardía, predicando en Alejandría de la Palla, acudió á oirle un mozo de Sena, á quien la naturaleza y la fortuna habían prodigado sus favores y que buscaba en los viajes impresiones agradables. Oyendo al predicador, que poseía el don de hablar á cada uno de sus oyentes, se conmovió su alma en sus profundidades más íntimas, y Vicente Ferrer, conociendo con la luz del cielo que aquel joven, llamado Bernardino, había de ser un lucero brillante en la santidad, le convidó á su sobria mesa, y al día siguiente profetizó desde el púlpito que le «estaba oyendo un joven que sería honra de Italia, luz de la Iglesia y honor de la Orden Franciscana, y que predicaría con extraordinario éxito por aquellos lugares, honrándole los fieles antes que á él». Cumplióse perfectamente el anuncio, pues aquel joven, que fué San Bernardino de Sena, tomó aquel mismo año el hábito franciscano, salió un predicador insigne, y seis años después de muerto, en 1450, fué canonizado por el Papa Nicolás V.

Hablando de nuestro Apóstol, dice un biógrafo del ilustre franciscano: «El lenguaje de este nuevo apóstol de las naciones, no tenía nada de la elocuencia humana; su palabra viva y convincente, más bien del cielo que de la tierra, hacía olvidar al hombre: los intereses divinos sólo tenían cabida en esta predicación. Una virtud misteriosa parecía cernerse en el auditorio mientras hablaba San Vicente Ferrer; al terminar su discurso, los corazones quedaban bajo el encanto de una impresión indefinible. El bueno se hacía mejor,

el impío derramaba lágrimas y se golpeaba el pecho, y ninguno permanecía indiferente. El dedo de Dios estaba visible: Bernardino participó de la emoción general» [1].

De Alejandría pasó nuestro Santo á Alba Pompeya, antigua ciudad romana, situada en un sitio encantador, serpenteado por poéticos arroyos, en el pequeño Estado llamado el Monferrato, gobernado en otro tiempo por príncipes independientes, y que contó seis siglos de existencia. Hospedado en el convento de Dominicos y en la misma celda del famoso predicador Theobaldo, deseando éste descubrir el espíritu del huésped, guardó una doble llave de su celda para poder entrar cuando le pareciese; y él mismo confiesa que, habiendo abierto varias veces la puerta sin hacer ruido á altas horas de la noche, no lo halló nunca dormido, sino leyendo, orando ó en tiernos coloquios con Dios, como si Dios estuviese visible delante de él.

Cuando San Vicente recorría estos contornos, Margarita de Saboya, tierna niña todavía, semejante á la aurora, bañada toda con los perfumes de la inocencia, recibía las impresiones del cielo en las enseñanzas de nuestro Santo, que penetraban en su joven espíritu, de manera que, sin darse cuenta, se sentía arrastrada por su elocuencia, y la noche la sorprendía muchas veces ocupándose en los saludables pensamientos y consejos que aprendía de su boca. Ello fué causa de que, creciendo en edad, creciese también en virtudes, ejercitándose siempre en la oración y la penitencia. Casada con el Marqués de Monferrato, Teodoro Paleologo, continuó la misma vida de virtudes, y muerto su esposo en 1418, hizo voto de castidad sin consentir

1 *Vie de saint Bernardin de Sienne*, por el abate Berthaumien.

después en la dispensa que le hacía de este voto el Papa Martino V á favor del gran Príncipe Felipe Visconti, Duque de Milán, que la pretendía por esposa. Al morir Vicente continuó protegiéndola, apareciéndosele para ordenarle que vistiese el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo, lo que ejecutó con otras damas; pero en 1432, con el permiso de Eugenio IV, fundó en Alba un convento de clausura con votos solemnes, en el que profesó y pasó toda su vida.

Y no sólo preparó San Vicente la niñez de la tierna niña para que llegase á ser modelo de virtudes, sino que concedió á su padre Luis VII de Saboya una muerte dulce y tranquila, al apaciguar los dos bandos que dividían á sus vasallos y que producían horribles trastornos, por medio de un edicto que castigaba á los que pronunciasen los nombres de güelfo y gibelino. Testimonio de los beneficios que operaban sus predicaciones fué que se abrieron á los frailes Predicadores todas las ciudades para que fundasen allí conventos. Aun se conserva en Trino, una de las capitales del Monferrato, una cofradía de albañiles, erigida en honor de San Vicente Ferrer, ó más bien, del famoso milagro de Barcelona.

Después de destruir la herejía en las escuelas valdenses, especialmente en la de Angroque, recorrió la Argentiére, Fenestral, Piñerol, Turín y muchísimos pueblos del Piamonte, predicando en todas partes, combatiendo las herejías, reconciliando á los enemigos y sembrando los gérmenes de una piedad que había de durar hasta nuestros días. Su influencia y renombre no procedían solamente de su elocuencia y santidad, sino principalmente del poder taumatúrgico de que se hallaba adornado, y este es, en el fondo,

el motivo que ha perpetuado en aquellos lugares su memoria.

El Santo tenía una manera especial de pagar la hospitalidad que se le daba. Cuando estaba en Monte Calerio, ciudad del Piamonte, sus vecinos le pidieron remedio contra el granizo y piedra que padecían sus viñas todos los años cuando la uva llegaba á sazón. Contestóles que las rociasen con agua bendita; este saludable consejo, después que el Santo se ausentó, fué olvidado por todos, excepto por el devoto que le tuvo hospedado en su casa, el cual, habiendo hecho lo que se le ordenó, vió sus viñas libres de la plaga que vino á su tiempo sobre todas las demás, destruyéndolas por completo.

Gran devoción tenía en la eficacia del agua bendita. Cierto día que predicaba por estos parajes, le presentaron un endemoniado, y después de echarle el Santo de una agua que le habían traído creyendo estaba bendita, el demonio permaneció mortificando aquel cuerpo, y decía: «En verdad que es famosa esta agua, muy buena». San Vicente conoció entonces que aquella agua no tenía virtud alguna, y bendiciéndola, roció de nuevo al poseído, produciendo su efecto instantáneamente.

Por este tiempo sucedió á San Vicente un suceso, que pone más de manifiesto la virtud divina, de que se hallaba adornado. Sabido es, por lo que llevamos dicho, las almas que en sus sermones arrancaba del pecado, lo cual hizo que el infierno pusiese en práctica todos sus diabólicos medios para que el apóstol no recogiese tan extraordinarios triunfos. El hecho es, que por el lugar en que predicaba el Santo, aparecieron varios ermitaños dogmatizando contra él y diciendo á las gentes que no le creyesen en lo que

predicaba respecto á la santificación del domingo, pues aun regía la ley antigua de guardar el sábado. Estos ermitaños, que se multiplicaban por todas partes, eran demonios disfrazados para mejor embaucar á las gentes. Algunos casos de éstos refiere el mismo Santo en sus sermones. «Descúbrese el demonio, dice, por virtud de las obras santas y palabras de edificación. Así me sucedió en Lombardía, donde predicando yo, se manifestaban muchos. Predicando en Vicenza, cinco hombres poseídos del demonio, que no creían estarlo, se declararon en el sermón, saltando y gritando: otros muchos se declararon en fuerza de los conjuros de un sacerdote que me acompañába». En otro sermón, dice: «Predicando en Lombardía, sucedió que un espíritu malo se mostraba tan complaciente con una dama, y se hizo tan familiar en la casa, que los criados ya no le temían, antes por el contrario, se chanceaban con él: aparecíase como mozo muy galán, regalando y sirviendo á la dama en cuanto le mandaba. Llevóle cierto día una fruta exquisita, y queriendo la dama probarla, la dijo que se santiguase primero, pero que no dijese Jesús, sino Jeus: á este tenor le daba otros consejos. Llegué al lugar, y la dama me envió su confesor con estas noticias. Encarguéle hiciese la señal de la cruz sobre la comida y dijese Jesús, y desde entonces ya no apareció más el galán infernal».

En 1411, dijo en Chinchilla: «Veréis muchos ermitaños que en realidad son demonios: y pasando por donde acabo de predicar dicen que no me crean, que no soy más que un embaucador».

Otros muchos testimonios del mismo Santo podríamos añadir sobre los falsos ermitaños, verdaderos diablos en forma humana, que en Lombardía habían intentado neutralizar su acción.

CAPÍTULO III

Suiza y Saboya.—El Cabildo de Lyón.—El soldado empedernido.—Los disciplinantes.—Su organización.—Entrada en las ciudades.—Efectos de la escuela del Santo.

Consta en documentos auténticos, que el día 5 de Marzo de 1404, sábado precisamente, entraba San Vicente Ferrer en Friburgo, donde le recibieron todas las autoridades con extraordinarias muestras de respeto, siendo tantas las gentes que acudieron por verle, que fué preciso tomar medidas militares para evitar un desorden. Igualmente consta que recorrió varias poblaciones de la Suiza y Saboya, siendo en todas partes recibido con iguales muestras de entusiasmo, dada la fama de milagros y santidad que le precedía. En muchos de estos lugares existen todavía capillas y otros recuerdos que nos manifiestan haber predicado allí el Santo. Nosotros no le seguiremos paso á paso, porque para ello habríamos de repetir lo mismo, es decir, que en todas partes realizó muchas conversiones, hizo muchos milagros y produjo bienes innumerables á la causa de la religión.

Llamado con repetidas instancias para que fuese á predicar á Laosana, lo ejecutó en la Cuaresma de 1404,

permaneciendo allí hasta últimos de Agosto, predicando también en muchas ciudades, convirtiendo á innumerables herejes y sembrando la paz entre aquellos turbulentos vecinos. De aquí se dirigió á Lyón. He aquí las noticias auténticas que remitió la metropolitana de aquella iglesia al convento de Dominicos de Valencia, donde se encontraban archivados, como dice Vidal, para perpetua memoria:

«Sábado, 6 de Septiembre de 1404, un religioso valenciano, de la Orden de Predicadores, maestro en Teología, llamado Vicente Ferrer, que iba predicando por el mundo la palabra divina, como lo hacían los Apóstoles, sin recibir premio alguno por su trabajo, estuvo en Lyón y predicó solemnemente en el claustro de la Iglesia mayor, habiendo celebrado primeramente Misa en su convento de Predicadores. En la Dominica siguiente, vigilia de la Natividad de la Santísima Virgen María, estando presente el Rvdo. P. Filipo de Turreyo, por la divina Providencia Arzobispo de Lyón, predicó también con grandísimo concurso de pueblo, y continuó el día de la Natividad de la Virgen, habiendo celebrado antes la Misa en su convento. Por la gran afluencia de gente que había acudido de los pueblos por oir al valenciano orador, predicó solemnemente en la otra parte del puente Ródano, hacia Santa Magdalena, en un gran prado de la misma iglesia. Y era tanta la multitud allí reunida, que fué una maravilla.

»El martes siguiente, habiéndose improvisado en aquel prado una capilla de madera y tablas, sargas rojas y adornos de paños azules y amarantos, después de celebrada la Misa con gran solemnidad ante todo el pueblo congregado, y presente además nuestro Reverendo Arzobispo antes dicho, predicó con gran aplau-

so: lo mismo hizo el jueves y viernes, hasta el lunes de la semana siguiente.

»No obstante estos sermones, predicó también en aquellos días en los templos de los conventos de religiosos. El viernes predicó en el coro de la Iglesia mayor á los eclesiásticos, excluídos los seglares. El lunes último, después del sermón, sin entrar en la ciudad, se marchó á predicar á San Sinforiano de Alzano.

»Debemos advertir que mientras estuvo en Lyón, fué tanta la multitud de enfermos que le presentaban todos los días, que es imposible el contarlo. Visitaba también á ciertas horas los enfermos que no podían llevarle, y tocándoles, al mismo tiempo que rogaba á Dios por ellos, diciendo hermosísimas y muy devotas oraciones, les curaba, imponiéndoles las manos».

En uno de los días que estuvo el Santo en Lyón, sucedió un caso muy particular en uno de los pecadores que se convertían. Un soldado, cuya conciencia estaba cargada de crímenes, tocado de la gracia por las palabras del celoso misionero, hizo una buena confesión con uno de los sacerdotes que acompañaban al Santo, el cual le impuso por penitencia que formase parte de la procesión de los disciplinantes que cada día se celebraba, lo cual sobresaltó al empedernido pecador, por la humillación que tal acto significaba. No pudiendo vencer su resistencia, el confesor pidió y obtuvo permiso de referir el hecho al Santo, el cual le dispensó de las disciplinas, con la condición de que asistiese á la procesión. Aceptó el soldado esta levísima penitencia; pero á la vista de la flagelación que se imponían hasta los niños, se halló poseído de un sentimiento tan vivo de arrepentimiento, que pidiendo unas disciplinas de manojos y rosetas de metal, comenzó á azotarse con tanto rigor, que, enternecidos

los que le vieron, se las quitaron, á fin de que, llevado del fervor, no acabase con su propia vida.

El mismo Santo cuenta este hecho en uno de sus sermones, lo mismo que gran número de milagros que referimos y que, por lo extraordinarios, ha puesto en duda la posteridad. El entusiasmo que su predicación suscitaba no era pasajero y del momento, sino que, dejando honda huella en las conciencias, producía aquellas públicas flagelaciones que expresaban el más profundo remordimiento del pecado.

Lo mismo que á Jesucristo, le seguían las muchedumbres por todas partes, y esto lo hacían con tal desinterés y entusiasmo, que cuando les ordenaba el Santo se retirasen, rehusaban muchas veces. Esto ha dado lugar en nuestros días á que un escritor pervertido, falto de fe y sobrado de soberbia, haya atribuído á nuestro Santo que era jefe en su tiempo de la extinguida secta de los flagelantes. Esta calumnia, que arguye una gran falta de lógica, está fundada en la afirmación de un judío que acusaba á San Vicente, sin prueba, por supuesto, de ello, de que pasó por Aragón con una banda de foragidos que asesinaba á los hebreos que se negaban á bautizarse.

Para desvanecer esta fábula, creemos oportuno ocuparnos aquí de la escuela de penitentes que formó el Santo y de la que salieron innumerables varones ilustres en virtud y santidad, á algunos de los cuales ha concedido la Iglesia el título de Santos.

Refiere Gaspar Pellerín, Médico del rey de Aragón, que formó parte de esta escuela durante quince años, que muchos, dejando todas las preocupaciones de la vida, se dispusieron á seguir al Santo por todas partes donde iba, para oir su palabra, formando un conjunto de gentes de todas clases, clérigos, seglares

nobles, ricos y pobres. Durante su predicación, muchos jóvenes, especialmente de las Universidades, renunciaron á las alegrías del mundo y se unieron á este pacífico conquistador.

Esta compañía que formó, lo que se ha llamado la escuela de penitencia, parece que comenzó, cuando estuvo el Santo en Cataluña, durante los trece meses que le impuso Benedicto XIII de espera, en 1398. Los biógrafos no están de acuerdo al ocuparse de lo que hizo el Santo en este espacio de tiempo; sin embargo, no será cosa contraria el afirmar que, á más de las misiones diplomáticas que cerca del rey llevaba, dispusiera también la cruzada de oración y penitencia que había de poner en práctica las virtudes más austeras, de la que habían de aprender todos los que quisieran ir por la senda de la santidad.

San Antonino afirma que á últimos del 1399 se obró de repente un singular cambio de costumbres entre los hombres, las mujeres y aun los niños: «se llevaban, dice, trajes largos y severos, cortados con el patrón monástico; se organizaban procesiones de penitentes, operábanse reconciliaciones públicas y se establecía la caridad».

Conviene fijar, ante todo, la clase de elementos que componían la multitud que acompañaba á San Vicente. Los que quisieran formar parte de la escuela de penitencia, debían profesar la pobreza, distribuyendo antes todo lo que tuviesen entre los pobres, para estar desprendidos de todo lo temporal. Refiere Vidal que un valenciano, llamado Leonardo Gaya, deseoso de formar parte de esta compañía, vendió todo lo que poseía y reunió 400 ducados: se presentó al Santo y le preguntó lo que debía hacer con aquel dinero, contestándole lo repartiese entre los po-

bres. Parecióle á Gaya cosa muy dura quedarse pobre de solemnidad, y con disimulo dió sólo la mitad, reservándose los otros 200 ducados que le quedaban para socorrerse en las necesidades que le pudieran sobrevenir incorporado á aquellas gentes. Presentóse de nuevo al Santo, manifestándole que había cumplido lo mandado, el cual, conociendo el fraude del pretendiente, rehusó admitirle, echándole en cara su mal proceder. Reconoció Gaya su yerro; enternecióse en lágrimas, y arrodillado á los pies de Vicente, pidió humildemente perdón y le ofreció cumplir exactamente su orden, dando á los pobres todo lo que le restaba del dinero, con tal de que le admitiese y pudiese perseverar penitente.

La pobreza se observaba con tal rigor, que si algún día se recogía de limosna más de lo necesario, el sobrante se distribuía entre los pobres, no dejando nada para el siguiente. También estaba prohibido recibir limosna en dinero, ni más de lo indispensable para el sustento del día.

Aunque esta compañía la formaban algunas veces muchos miles de hombres, al salir de algunas ciudades, donde el entusiasmo había sido completo, algunos le acompañaban más ó menos lejos, según la libertad de su estado lo permitía, y generalmente constaba de cincuenta á trescientas personas. Para formar parte de ella se procedía á un riguroso examen acerca del porte y estado del pretendiente, como se colige de un sermón predicado en Chinchilla en 1411: era preciso estar libre de toda obligación, no ser casado ni tener hijos á quienes cuidar, y si los pretendientes eran casados debían vivir separados de común acuerdo; los ricos debían antes distribuir sus riquezas entre los pobres. Tampoco se admitía á los que no estaban

muy resueltos á emprender una vida rigurosa y penitente. Un autor insinúa, con bastante probabilidad, que no recibía á nadie en la compañía sin el consentimiento de su Prelado.

Los hombres estaban severamente separados de las mujeres, y unos y otros se empleaban, según sus medios, ya á instruir á los niños, ya á los trabajos manuales, bien al servicio de los que ofrecían la hospitalidad: así se desprende de un sermón, en el que decía: «Vosotros los de la Compañía, trabajad de vuestros oficios, después de la oración, en las casas donde estuviereis hospedados».

El Médico de Aragón, que antes hemos citado, hace constar que cuando el Maestro Vicente ordinariamente llegaba á una población, se disputaban el honor de recibirle y de albergar á los que le seguían. En los viajes caminaban siempre á pie, vestían humilde traje blanco y negro, afectando la forma clásica de peregrinos, ordenados en forma de procesión, sin dispensarse por eso de tomar cuantos podían la disciplina de sangre por el mismo camino: los sacerdotes rezaban en comunidad el Oficio, y entre unos y otros reinaba la caridad franca, cordial, sumisa en los inferiores, respetuosa en los que desempeñaban cargos. ¡Espectáculo hermosísimo y nuevo en el mundo, lleno de odios y de egoístas revueltas!

Cuando llegaban á una población, se formaba una devota procesión, que se dirigía á la iglesia principal, cantando las letanías y rezando oraciones en voz baja. Mientras tanto, las autoridades disponían el alojamiento de la comitiva, distribuyendo á todos entre las casas de las personas más virtuosas, las cuales se disputaban el honor de recibirles, para participar de los méritos de aquellas penitencias. Organizada de

nuevo la procesión á la caída de la tarde, precedíala una imagen del crucificado [1], seguían los disciplinantes, descalzos, cubierto el rostro, disciplinándose con manojos y rosetas de plata ó de cobre los discípulos del Santo, interpolados con los vecinos del lugar que querían formar parte de la disciplina de sangre, acompañando los duros golpes con suaves cánticos de letanías y otras devociones. Seguíase á este trozo de procesión, escribe Vidal, un guión, en que se expresaban las principales insignias de la Pasión, que guiaba el otro trozo, compuesto de piadosas mujeres vecinas del lugar y su comarca, que, atraídas por las virtudes de San Vicente ó inflamadas con su predicación á la penitencia, acudían á disciplinarse, incorporándose con las discípulas del Santo, «las cuales tenían la incumbencia de componerlas para que fuesen en la procesión con todo recato y decencia, vistiéndolas, en las casas donde estaban hospedadas, de túnicas de lienzo blanco, y cubriéndolas el rostro, y después en la procesión interpolaban con ellas y las dirigían en el modo de disciplinarse. Ejecutaban esta penitencia con ánimo varonil, no solamente mujeres fuertes y de complexión robusta, sino damas muy nobles y regaladas, y doncellas tiernas y delicadas». Esta misma penitencia ejecutaban también, de un modo intrépido, tiernos niños de cuatro ó cinco años, sin que sus padres bastasen á impedirles su devoción. Terminaba la procesión, continúa el mismo Vidal, con otro guión, que representaba á la Virgen Santísima, tras del cual iba San Vicente, acompañado del pueblo, con velas

1 En la iglesia del Colegio de niños huérfanos de San Vicente Ferrer de Valencia, existe un crucifijo de unos cinco palmos de altura, que, según tradición, sirvió para estas procesiones de sangre.

encendidas y cantando las letanías. De cuando en cuando, un sacerdote modulaba con un ritmo lento y triste: «¡En honor de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y por la remisión de los pecados... Señor Dios, misericordia!» [1]

Después de la procesión, un sacerdote predicaba á las mujeres perdidas, que estaban en la iglesia, reunidas por orden de las autoridades, y después del sermón se repetían en voz alta las oraciones para que las aprendiesen los que todavía no las sabían. Durante la misión, por las mañanas predicaba el Santo, y un sacerdote reunía á todos los muchachos y les enseñaba la doctrina, especialmente las oraciones indispensables.

Con estas prácticas y nueva forma de vida, edificaba al mundo la devota comitiva y escuela de San Vicente, que sólo con verla entrar en un pueblo tan pobre, tan mortificada y penitente, la gente se enternecía y concebía deseos de seguir la virtud y abrazar la penitencia. Es de notar que siguiendo al Santo tan-

[1] La historia nos ha conservado el cántico doloroso que entonaban estos valerosos penitentes, compuesto con sencillez y tierna poesía por el mismo San Vicente:

Ara tots be remembreu,
La Passió del Fill de Deu.
Com volgué ser prés, lligat,
E dels Apóstols lajat.
Perque be descadenats
Foren de vostres pecats.
¡Quí, dons, se podrá excusar
De forment disciplinar,
Si vol en Jesús pensar,
Tan delicat com ell era!
¡Verge Sancta quán beneyta
Fon la vostra Concepció
Castell de virginitat!
Vos avets l' Angel portat,
Que nos ha á tots delliurat
Del lloch de la perdició, etc.

tos hombres y mujeres, jamás sucediese escándalo alguno ni mal ejemplo, sustentándola sola su bendición, la cual multiplicaba los alimentos cada día y aumentaba los bienes de aquellos que hospedaban con caridad á sus compañeros. Dos hechos refiere sobre esto un clérigo en el proceso de Tolosa: «Habiendo él hecho una bolsa con otros dos clérigos para hospedar cuatro peregrinos del Santo, cuando éstos ya estaban de partida, le avisó el criado como ya se había acabado el vino de la pipa. Dió el clérigo gracias á Dios de que hubiese durado aquel tiempo; pero reconociendo otro día la pipa, no sólo la halló con bastante vino, sino que tuvo para muchos días. El otro hecho fué que un devoto de Tolosa, habiendo hospedado á dos peregrinos, no tuvo necesidad de amasar en su casa el tiempo que les tuvo en ella, y preguntando á su mujer por qué no amasaba, le respondió que porque no le faltaba en el arca pan».

Opina Antist que San Vicente formó esta compañía tan ejemplar y penitente, y la llevó en sus misiones, no solamente para que los que hospedaban á aquellos sus discípulos en los lugares donde llegaba, se ejercitasen en obras de caridad y misericordia, sino también para que sus mismos discípulos ayudasen á ganar almas para Dios con su ejemplar vida. «Portábase, dice, como un general de una religión cuya observancia está relajada, que, para repararla, no se contenta con ir visitando los conventos, sino que juntamente va en ellos poniendo oficiales celosos y observantes, y que otros religiosos de sólida virtud, promuevan y conserven la rigurosa observancia. Así, pues, procedía San Vicente, llevando consigo estos devotísimos peregrinos y repartiéndolos por las casas del lugar en donde hacía su misión, y en que procuraba restablecer la santa obser-

vancia de la religión cristiana y soldar las quiebras que padecía. Valíase, para esta general reforma de costumbres, de sus mismos discípulos, que siendo como tersos espejos de la vida cristiana, movían con su ejemplo y disponían los ánimos á la observancia, de lo mismo que el Santo persuadía en el púlpito».

Tales eran los hombres que, siguiendo á San Vicente, marchaban á hacer difíciles conquistas que, no obstante ser pacíficas, no tenían menos necesidad de sangre. A su ejemplo se establecieron por todas partes cofradías de penitentes, y tres siglos más tarde veíanse todavía muchas que continuaban la obra de sus antecesores.

CAPÍTULO IV

Génova.—San Vicente y la peste.—Recuerdos.—Actividad evangélica.—Un arbitraje.—Muestras de gratitud.—Más sobre el milagro del albañil.—¿Estuvo en Inglaterra?—Idioma empleado en sus misiones: don de lenguas.

PERTENECÍA á Francia la ciudad de Génova, y la gobernaba el mariscal Boucicaut. Desde Lyón, siguiendo el curso del Ródano, llegó nuestro Santo embarcado á aquella ciudad, donde había de acudir bien pronto Benedicto XIII. Efectivamente, llegó el Pontífice á este puerto con seis galeras empavesadas, donde se le hizo un solemnísimo recibimiento, según había ordenado el rey de Francia, que reconocía de nuevo su obediencia. No fué menos espléndido el que se le hizo á nuestro Santo, también por mandamiento real, pues en la corte se sabía lo que había trabajado por la extinción del cisma, y admirando su fidelidad de amigo y la sumisión á la Iglesia, más de una vez su nombre había sido pronunciado con respeto en los consejos del rey.

Oportuna había sido la llegada de Vicente á Génova. Una peste horrorosa diezmaba la ciudad, y no bajaban de doscientas las defunciones que se contaban por semana. El Pontífice se embarcó bien pronto, y en pocos días Mónaco, Niza y Marsella vieron llegar sus naves, siempre empavesadas. San Vicente no era

hombre para huir ante la peste, y su ejemplo retuvo á los sacerdotes, dió valor á los fieles y la caridad reinó en todos. Un historiador se ocupa de este modo del Santo en aquellas circunstancias: «San Vicente Ferrer, celebrado en toda la Iglesia por la santidad de su vida, por su evangélica predicación, por la multitud y grandeza de los milagros, vino á Génova con ocasión de encontrarse en esta ciudad el antipapa Benedicto XIII, en 1405. Con motivo de la peste abandonó á Génova el antipapa con toda su corte, pero el hombre santo permaneció en ella ejercitándose en los oficios de su caritativo ministerio, confortando á los ciudadanos, y asistiendo á los enfermos y moribundos con gran peligro de perecer en aras de la religión. A su ejemplo, los demás sacerdotes no temían la universal desolación y se les veía por todas partes prestando sus auxilios. Cuando la fiereza de la peste se mitigó un poco, el Santo se dedicó con todo su celo á que la Iglesia tuviese un solo supremo pastor» [1]. Poniendo todo su celo y caridad á disposición de los apestados, dicen las crónicas contemporáneas, llevando el Santísimo Sacramento por las calles, fija la vista en la divina Víctima, derramando continuamente lágrimas, acudía solícito á donde era necesaria su presencia, y dirigiendo á multitud de fieles su autorizada palabra, llevaba el consuelo á aquellas almas atribuladas.

En dicha ciudad permaneció algún tiempo, obrando maravillas en los enfermos, remediando muchos males y quitando muchos abusos, especialmente el que reinaba entre las mujeres de ir á la iglesia con la cabeza descubierta. Sus predicaciones gozaban de tal renom-

[1] Semeria, *Secoli Cristiana della Liguria*, tom. I, pág. 183, Turín 1843.

bre, que, por oirle, todos abandonaban sus ocupaciones, los obreros sus talleres, los abogados sus bufetes, los labradores el campo y las mujeres sus vanidades, logrando desterrar en estas últimas todo lo que se oponía á aquella modestia tan recomendada por San Pablo. Todavía se conserva en el convento de Santa María del Castillo, situado á una extremidad de la ciudad, el púlpito desde donde predicaba, muy sencillo, semejante al de Arlés, que hemos mencionado, sostenido por cuatro pies. En la ciudad se conservan muchos recuerdos de San Vicente, que se guardan con gran religiosidad, y los cuadros, representando episodios de su vida, son tantos, que, según expresión de un escritor, «se podría reconstruir su vida con los que aun se encuentran allí».

Dice Razzano que cierto día, después de uno de aquellos triunfos oratorios que le eran tan ordinarios, los magistrados le rogaron pidiese al virrey, que le apreciaba mucho, perdonase á un valenciano condenado á muerte por sus muchos crímenes, á lo que contestó el Santo: «No permita Dios que yo detenga el curso de la justicia». Sin embargo, obtuvo que el culpable fuese castigado con más benignidad.

La actividad evangélica de San Vicente se manifiesta de una manera potente en este año de 1405, y el biógrafo apenas tiene un momento de reposo, siguiéndole á través de los montes, en las deliciosas campiñas, en las arenosas playas, en las populosas ciudades, en las humildes aldeas, en las ignoradas chozas, consolando á todos, distribuyendo el manjar divino entre los pecadores de cualquier clase ó condición, ya sean extranjeros, ya ciudadanos, lo mismo de las apartadas regiones ultramarinas que de los limítrofes continentes; y multiplicándose por todas

partes, se le ve recorriendo la Liguria, Savona, Ventimilla y San Remo, siendo la admiración de sus habitantes, que le aclaman donde quiera le encuentran, que permanecen dóciles á sus mandatos, que le confían sus más arduos negocios, viviendo muchos años bajo la impresión que les causó su elocuencia, hasta el punto de tenerle en vida tanta veneración como á sus propios héroes, y después de muerto tributarle tanto culto como en su propia patria. Llevado de su espíritu pacificador recorre las más agitadas poblaciones, aniquiladas por la discordia, por el odio entre las familias, contra el que es inútil toda autoridad y toda justicia: y Vicente Ferrer, nombrado árbitro entre los pueblos litigantes que se someten á su fallo inapelable, hace reinar la paz entre ellos, paz que ha de durar siempre, porque está fundada en la justicia, como se ve entre los pueblos de Tande y Briga, á la sazón en terrible disputa, á cuyos representantes llama, oye las razones de ambos, mide con sumo cuidado la verdad de ellas, é invocando los nombres de Jesús y de María, siempre presentes en su espíritu, declara, pronuncia y decide la sentencia, la cual es leída y promulgada en San Remo, en el palacio de Antonio Curli, el 16 de Noviembre de 1405, ante el Notario Banda, y registrada por los oficiales públicos como si procediese de los Magistrados ordinarios.

De este modo consolidaba su obra de paz por todas partes, apoyándose únicamente en sus méritos personales. Y no se contenta sólo con pacificar los pueblos, levanta también el espíritu religioso, decaído por las continuas revueltas, y en Savona establece una confraternidad de disciplinantes, dictándoles reglas, señalándoles por oratorio una capilla con el nombre de «Nuestro Señor resucitado», y poco á poco los fieles le

invocan en este santuario, obteniendo muchos bienes espirituales é innumerables prodigios. Al mismo tiempo, reuniendo á las muchedumbres, les predica y corrige sus vicios, reforma sus costumbres, destierra los malos hábitos y eleva en todos la modestia en el vestido, la verdad en las palabras, el bien obrar en los corazones. No es de extrañar, pues, que á pesar del tiempo transcurrido y de las continuas revoluciones, el recuerdo del Santo viva todavía por aquellos contornos, y que Vareggia, Montalto, Riva, Liguria y San Remo enseñen al viajero los púlpitos conservados con devoción que fueron ilustrados por él, los lugares donde reposaba, y los prodigios que realizó y que fueron trasladados por el pincel á lienzos que los han de perpetuar mientras haya fe en las almas y gratitud en los corazones. Llama la atención en Nuestra Señora de los Ángeles, en San Remo, un medallón que reproduce el milagro del albañil, que hemos convenido acaeció en Barcelona, y cuyo suceso también se encuentra reproducido en la parroquia de San Juan, en Savona. En fin, habrá podido decaer poco á poco el esplendor del culto público por la tiranía revolucionaria; pero el culto privado se mantiene con todo su vigor y lozanía, y á lo largo de la ribera genovesa se encuentra todavía hoy una multitud de niños con el nombre de Vicente, llamados así en honor de un fraile, sobre cuya tumba han pasado cuatro siglos.

Como espíritu emprendedor é intrépido, le hemos visto multiplicarse por todas partes, y si en 1405 recorría Francia é Italia, en los comienzos del siguiente se le encuentra en plena Flandes, Bélgica y otros puntos. Razzano refiere que, cuando Vicente Ferrer recorría estos pueblos, el rey de Inglaterra Enrique IV de Lancaster, ante la fama de sus obras admirables,

le envió un navío con mensajeros encargados de rogarle fuese á evangelizar á Inglaterra. «El Santo, dice, consintió en ello, predijo al rey graves acontecimientos, que se verificaron luego, y sembró en aquellos poblados la divina palabra que, como siempre, produjo sus frutos: después pasó á Escocia é Irlanda, donde permaneció poco tiempo, pues tuvo que marchar á Francia».

Sin embargo de lo que dice el celebrado biógrafo italiano, un diligente dominico, que ha escrito una erudita vida del Santo, de la que nos ocuparemos en otro lugar, ha procurado comprobar esta afirmación y han resultado inútiles sus esfuerzos, pues si de todas partes han repercutido hasta nosotros, á través de los siglos, los gritos de entusiasmo con que era recibido San Vicente, en los tres reinos de Inglaterra no se encuentra vestigio alguno, ninguna palabra dicen las historias generales, ninguna señal las fuentes de la historia eclesiástica, tales como cartas ó decretos reales, monografías de las abadías, episcopologios cuidadosamente catalogados en *Bristish museum,* nada en *Records office,* ni en la biblioteca Lambeth, ni en la historia de los cincuenta y tres conventos dominicanos que existían en Inglaterra antes de la Reforma, ni en las tradiciones populares de Irlanda y Escocia. Por estas razones se puede afirmar, sin género alguno de duda, que lo que dió lugar á creer que San Vicente Ferrer predicó en Inglaterra, debe referirse á los dominios que el rey Enrique IV de Lancaster poseía en Flandes y otros puntos de la Europa central.

Los lugares que recorrió en el período de tiempo de 1406 á 1407, ofrecen grandes dificultades cronológicas. Es probable que en 1406, desde Brujas, se dirigiese por mar á Génova, desde donde cualquier buque

le trasladaría, ya á La Rochela, bien á Burdeaux. Las provincias del Sudoeste de Francia no guardan recuerdos de su paso, las que debió atravesar rápidamente. Llegado á la Auvergnia predicó en Clermont, y partiendo hacia Lyón, descendió por el Ródano á Génova, donde se encontraba Benedicto XIII, con quien conferenció, tal vez sobre la terminación del cisma.

Este es el itinerario más probable que siguió nuestro Santo en aquel año, en algunos de cuyos puntos se conservan todavía recuerdos. Pronto le veremos en España, para continuar su campaña evangelizadora.

Con motivo de la predicación del Santo en tantos y tan diversos lugares, de idioma, usos y costumbres diferentes, es fuerza investigar la lengua que hablaría. Nótese que en todos los países que predicaba era entendido, y en la misma Génova, ciudad cosmopolita y comercial, donde se reunían entonces gentes de todos los países que necesitaban intérpretes para entenderse entre sí, oían al Santo sin perder una palabra, sin que les resultase ininteligible idea alguna, sin que sus consejos fuesen interpretados torcidamente. Esto es imposible explicarlo sin concederle el don de lenguas. El mismo Santo nos lo dice, cuando para dirimir las diversas discusiones que sobre esto se suscitaban, decía: «Tenéis razón, amigos míos, hablo la lengua de mi patria, la que me enseñaron mis padres, la única que yo sé, con la latina y un poco de la hebrea; y es que Dios os la hace inteligible».

Y no podía ser de otra manera, como lo afirman muchos testigos, pues en todos los tonos y bajo todas las fórmulas le comprendían, penetrando la luz en los espíritus, sin que la distancia aminorase el efecto de su elocuencia, oyéndose lo mismo de lejos que de cerca, junto al púlpito que apartados de la multitud. Diago

y otros autores nos citan casos en que se oyeron sus sermones de muchas leguas de distancia: no es de extrañar le oyesen también todos sus oyentes, aunque hubiese muchos miles. Cuando una duda ú objeción se presentaba, sin formularla tan siquiera, permaneciendo todavía en el entendimiento, era resuelta inmediatamente. Algunos escribían sus dudas en un papel, y lo arrojaban á los pies del púlpito; pero al día siguiente, desde las primeras palabras las contestaba, sin que hubiese visto el papel que estaba en el mismo lugar; bastaba sólo un deseo de conocer la verdad, para que fuese satisfecho.

En las piezas justificativas del proceso de canonización, se ve claramente que poseía el don de lenguas, y las gentes de nacionalidades diversas, que no se comprendían entre sí, entendían á nuestro Santo como si hablase su lengua: franceses, italianos, húngaros, griegos, ingleses, etc., le comprendían como en su propia patria. No era posible que aprendiese el idioma del pueblo donde iba á predicar, pues el mismo día de su llegada ya les dirigía su autorizada palabra y se obraban muchas conversiones. Es cierto que entonces las lenguas neolatinas comenzaban á formarse, pero las divergencias que debían establecerse después entre ellas se manifestaban ya, y por esta razón los alemanes no comprenderían el italiano, ni los ingleses el español, ni los franceses el valenciano; y aunque el latín era estudiado y comprendido por muchos, los que carecían de letras lo desconocían enteramente. No decimos con esto que algunas veces no predicaría el Santo en latín, y aun cuando lo hacia en valenciano intercalase alguna palabra de aquel idioma; pero este no es motivo para que naturalmente le entendiesen todos, aun los rústicos del campo y el ignorante de la

ciudad. Además, sin el don de lenguas era imposible le entendiesen ni los vizcaínos, ni los flamencos, ni otros pueblos cuyos idiomas no tiene nada de los neolatinos.

Está fuera de duda que San Vicente predicaba en valenciano, lengua limitada á muy cortas regiones, y que resonaba, puesta en sus labios, entre muchas naciones de Europa como inteligible y clara. «Otra excelencia singularísima admiraban todos, dice Vidal, y era que cada nación la percibía como si la predicase el Santo en su nativo idioma, y sobre esto había sus altercados. El natural de Grecia decía que el Santo había predicado en griego; el francés que en su lengua francesa, y el moro en el idioma arábigo. Decía el Santo en el púlpito en valenciano *Deu,* que es el nombre de Dios, y el castellano oía *Dios;* el francés, *Dieu;* el griego *Theos;* el hebreo, *Eloim;* el italiano, *Dío;* el tudesco, *Got,* y así, las demás naciones, percibian el nombre de Dios cada una en su lengua propia. Y no era menor milagro que, siendo en sí una lengua sola, y virtualmente todas las lenguas juntas, cada uno del auditorio solamente oía y percibia su lenguaje, y no del que tenía al lado, y éste, á sí mismo, oía el suyo propio. ¡Maravilla inaudita y obra soberana de la sabiduría de Dios!»

Además del don de lenguas, propiamente dicho, su palabra satisfacía las necesidades de cada espíritu, y era para los oidos y el corazón, lo que las Sagradas Escrituras son para las almas de buena voluntad, una voz penetrante é inteligible. Es probable que algunos de sus compañeros, varones santísimos, participasen también de los mismos privilegios, al menos para la confesión, y en este sentido se comprende lo que dicen diversos autores, de que muchas veces el Santo había comunicado á otros religiosos su poder taumatúrgico.

CAPÍTULO V

Santiago de Compostela.—La curación de un ciego.—La Coruña.—Granada y el rey moro.—Perfidias del demonio.—La judía de Écija.—Sevilla.—La Sinagoga de Toledo.—Guadalajara, Alcalá, Cuenca.—El monasterio de Jerónimos de San Bartolomé.—Sigue el apostolado.

Después de ver recorrer á San Vicente innumerables pueblos extranjeros esparciendo como relámpago el esplendor y los lucientes rayos de sus milagros, le vemos de nuevo en España, como humilde peregrino, subiendo lentamente el camino que conduce al santuario del Apóstol Santiago, en Compostela, elevando allí su plegaria en cada una de sus estaciones, y fortificando de este modo su espíritu para emprender con más ardor, si cabe, su misión espiritual. Allí, como en todas partes, realizó obras maravillosas, y aun en nuestros días aquellos vecinos pronuncian su nombre con gratitud. En la iglesia de Santo Domingo, de aquella ciudad, hay un púlpito que la tradición afirma sirvió para su predicación, y en uno de los altares se le representa predicando en él.

Un día, cuando bajaba el Santo del púlpito, un joven vigoroso, pero completamente ciego, que se abría paso entre la multitud, se le presentó pidiéndole obrase en él un milagro. «Yo no hago milagros de esta naturaleza, respondió el Santo; pero, dime:

¿de dónde eres?—De Oviedo, le contestó el ciego.—Pues bien, continuó, marcha á Oviedo, entra en la Catedral, arrodíllate ante la imagen del Salvador, dile que yo te envío, y te dará lo que pides». Obedeció sin replicar el ciego, y guiado hasta la imagen, dijo el objeto de su visita, y alcanzó la curación al instante.

De Santiago pasó el Santo á la Coruña, con el objeto, dicen sus biógrafos, de embarcarse para los países del África, y evangelizar á aquellos bárbaros, aun á costa de su vida; pero el rey D. Martín le rogó se internase en la Península y apaciguase las perturbaciones de muchos pueblos.

Todavía existe en la Coruña el recuerdo de un suceso bien extraño. Predicaba un día delante de la iglesia Colegial, en cuyo pórtico se venera la imagen de la Santísima Virgen, y pronunció este anatema: «Día vendrá en que los peces del mar se holgarán en esta plaza.—No, contestó desde lo alto la Virgen, al menos mientras yo esté aquí». Lucha afectuosa, dice un escritor, que más de una vez tendremos ocasión de bendecir entre el campeón de la justicia y el mantenedor de la misericordia, ambos trabajando en beneficio de los pobres mortales.

Por fin, la Providencia iba á realizar los ensueños de Vicente, pues marchaba á ejercer su celo apostólico en el mismo centro de la infidelidad, en la capital de la España musulmana.

Los árabes habían perdido poco á poco casi todas las ciudades, y el grito lanzado por Pelayo en un rincón de Asturias, había sostenido una lucha de cerca de ocho siglos, cuyo fin iba á realizarse pronto. Valencia era cristiana; las campanas de la Giralda de Sevilla cantaban alegremente los misterios de Jesucristo; en la mezquita de Córdoba ondeaba el árbol

santo de la cruz, y solamente Granada, acariciando la soberbia Alhambra, conservaba la ley de Mahoma; pero la fama de Vicente había entrado en sus murallas, y uno de sus reyes, Mahomet-Aben-Balva, admirado de las cosas estupendas que de nuestro Santo llegaban á sus oídos, de la fama de pacificador que gozaba y de las extraordinarias virtudes que le rodeaban, envía embajadores en su busca, los cuales, después de recorrer todos los puertos de España y muchas ciudades, le encuentran en la Coruña y le exponen los deseos de su rey y señor, de que beneficiase con su predicación el reino y corte del príncipe mahometano. Conoce San Vicente que tal es la voluntad de Dios, é inmediatamente se pone en camino, montado en humilde jumentillo, por habérsele abierto en una pierna una pertinaz llaga, de la que no se vió libre ya mientras vivió, no pudiendo en adelante hacer sus viajes á pie, según lo había hecho hasta entonces.

Corría el año 1407, probablemente los últimos meses, cuando San Vicente, montado en su pobre cabalgadura, hacía su entrada triunfal en la ciudad morisca, entre los esplendores de la corte y los aplausos de la multitud. Proveído de facultades amplias del mismo rey para que en completa libertad predicase el Evangelio y la ley de Jesucristo tal como la entendía, dió principio á sus predicaciones ante muchedumbres inmensas, entre las que se veía muchas veces al mismo rey y á los principales personajes de la corte. Tres días había predicado solamente, y más de 8.000 infieles pidieron el bautismo; hasta el mismo rey, vencido de aquella palabra que penetraba en las almas, bañándolas de luz divina y dándolas vida, á la manera que los rayos del sol acarician á toda la naturaleza y la vivifican, meditaba, ante la evidencia de la verdad,

la conveniencia de abrazar el cristianismo y seguir con su pueblo las sendas que le marcaba el Santo. Pero el demonio, que veía los desastres que se causarían en sus dominios, trastornó el juicio del rey por medio de los marabutos y alfaquíes, y haciéndole creer éstos que si se hacía cristiano se exponía á perder su reino en algún tumulto popular, le obligaron á desistir de su empeño, y á ordenar al Santo á que abandonase la ciudad muslímica. Adoró el apóstol los secretos de la Providencia, que no creía llegada la hora de aquel pueblo, y no queriendo exponer á los recién convertidos á una persecución, abandonó aquel lugar, no sin haber antes recibido grandes muestras de gratitud del rey, cuya debilidad castigó Dios quitándole la vida algunos meses después.

De Granada dirigió su misión á Sevilla, pero antes recorrió muchos pueblos de Andalucía, evangelizando en Baeza, Jaén, Córdoba, Écija y otros puntos; y predicando entre ellos la penitencia y el temor de Dios, hizo caer en el polvo de la tierra á muchos culpables que, con lágrimas de arrepentimiento, pedían perdón y confesión. Estando en Écija, sucedió uno de los hechos más estupendos que se cuentan en su historia. Hallábase predicando ante una multitud, en la iglesia de Santa María, y entre los oyentes se hallaba una judía poderosa y rica, que no pudiendo resistir la luz que, desprendida de aquella elocuencia, entraba en su corazón, temiendo fuese vencida su obstinación, y despreciando las gracias con que el cielo le brindaba, se levantó del asiento en que se hallaba, y para mejor manifestar el desprecio que hacía de las palabras del Santo, intentó salirse precisamente en el momento en que los oyentes estaban más embebidos. La muchedumbre quería oponerse á su paso, pero San Vicente

lo notó y dijo: «Dejad salir á esa mujer, pero que se retiren los que están en el umbral de la puerta». Todos obedecen al punto, esperando los acontecimientos: el sermón se interrumpe y las miradas se dirigen á aquella mujer; mas cuando se hallaba bajo las arcadas de la puerta, se oye un crujido espantoso, se desploma uno de los arcos de la puerta, y la infeliz queda convertida, por la fuerza de los escombros, en una masa informe de carne. Se oye un grito de terror y nadie se atreve á acudir al Santo, porque aquello parecía un castigo evidente de Dios; pero en medio de aquella consternación general, se oye la voz del Santo que dice: «Mujer, en nombre de Jesucristo, vuelve á la vida»; y, efectivamente, quitados los escombros, aparece aquella mujer sana y salva, derramando lágrimas de arrepentimiento. La porfiada judía pidió regenerarse con las aguas del bautismo, y en memoria de su conversión, por modo tan maravilloso, estableció una fundación, por la cual todos los años, el domingo de Ramos, día precisamente del milagro, se hacía una solemne fiesta, con procesión y sermón, que predicaba gratuitamente un dominico. El último que predicó en esta fiesta, el año antes de la expulsión, fué el Padre D. Marcial Pérez de Mina [1].

[1] Conservábase en el claustro de los Dominicos de aquella ciudad un lienzo muy antiguo, en el que se descubría á San Vicente predicando á la multitud, y una hebrea oprimida por la puerta del templo: al pie ó remate del cuadro había una inscripción que refería el suceso, y advertía que, "despreciando la hebrea en su corazón la doctrina que predicaba el Santo, lo conoció él con espíritu de profecía, y pidiendo al Señor que volviese por su causa, cayó luego sobre la mujer una puerta de la iglesia y la mató, habiendo el Santo prevenido antes á los circunstantes se apartasen, y que luego la resucitó".

En la iglesia de San Pablo y Santo Domingo, en Écija, tiene Vicente Ferrer su altar é imagen; pero los cuadros, y en especial el que representa este suceso, han desaparecido.

De Écija pasó el Santo á Sevilla, en cuya Catedral predicó, y en el vasto espacio plantado de naranjos, á la sombra de la Giralda, llamado *patio de las naranjas* ó de Nuestra Señora de la Granada, á causa de una capilla erigida á la Santísima Virgen aparecida bajo un granado, dejó también oir su autorizada palabra, alcanzando muchísimas conversiones.

En esta ciudad, «San Vicente Ferrer fué el que instituyó en las cofradías la disciplina ó disciplinantes, cuya memoria ha conservado la de la Conversión del Buen Ladrón, llevando en unas parihuelas, cuando hacía su estación, una bellísima imagen de San Vicente en el acto de disciplina» [1]. En muchos puntos de Andalucía se conservan recuerdos de la predicación de San Vicente.

Dirigiéndose hacia el Norte de España, aclamado por las multitudes que le oían atónitas por donde quiera que pasaba, hizo su entrada en Toledo, ciudad populosa y rica, llena de moros y judíos, y en donde el fuego de su elocuencia había de convertir innumerables almas. En efecto: tenían los judíos en esta ciudad una antigua é importantísima sinagoga, donde se reunían y tramaban todo lo que se hacía contra los cristianos. Sabido es que el principal objetivo de los sermones de San Vicente en los puntos donde abundaban los judíos, era la demostración de que en Jesucristo se habían cumplido todas las profecías. Cierto día, predicando sobre este punto en la iglesia de Santiago, ante una inmensa muchedumbre, compuesta de cristianos, judíos y moros, en uno de aquellos patéticos arrebatos que, impulsado por su celo, le

1 González de León, *Historia de las cofradías fundadas en Sevilla*, 1852, pág. 9.

eran tan frecuentes, exclama lleno de entusiasmo: «¿Es posible que en la imperial Toledo, en la ciudad dedicada á la Madre de Dios, donde honró á su Capellán San Ildefonso, impere todavía el error, habiendo tantos judíos que puedan tener un templo tan magnífico, donde se profana el nombre de Jesús? Conviértanse todos, y hagamos que la sinagoga se transforme en templo católico». Y bajando del púlpito, siguiendo á la heterogénea muchedumbre obsesionada por las palabras del Santo, ó guiada tal vez por una fuerza misteriosa que la empujaba hacia adelante, penetran en la sinagoga, y convertidos la mayor parte de los judíos, se preparan á adorar á aquel que sus padres habían crucificado. Pocos días después la sinagoga es purificada y transformada en templo católico, bajo la invocación de Santa María la Blanca. Todavía se celebran fiestas religiosas conmemorando aquel milagroso suceso.

«De esta iglesia (de Santiago), dice un manuscrito toledano, se hace en cada año una solemne procesión á la iglesia de Santa María la Blanca, en un domingo antes de la Ascención, llevando en ella la imagen é insignia de San Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, en memoria de un notable acaecimiento de haberse dedicado y bendecido en iglesia de cristianos, lo que había sido sinagoga de judíos; el suceso (por el cual los parroquianos de Santiago hicieron voto de esta procesión) se relata en un libro viejo, manuscrito y firmado en la misma iglesia de Santiago». El nombre de Santa María la Blanca le vino de la extraordinaria blancura de sus paredes.

La iglesia de Santiago se conserva todavía tal como era en tiempo de nuestro héroe. El púlpito en que predicaba el Santo, también se conserva en dicha

iglesia: es puramente árabe, con hermosas labores, en piedra blanca ó estuco sumamente sólido, y está bien conservado á pesar de los cuatro siglos y medio que cuenta de existencia, arrimado á un pilar de la nave del centro, al lado del Evangelio, y casi enfrente á la puerta de entrada. En memoria de la admirable conversión que San Vicente hizo desde esta sagrada cátedra, se colocó dentro de ella una estatua del mismo, en traje de religioso y tamaño natural, con un crucifijo en la mano en actitud de predicar. Enfrente se construyó otro púlpito, que se usa desde entonces.

De Toledo se dirigió San Vicente á Guadalajara, donde reprendió varios abusos, en especial el de la costumbre de jurar. Sobre esto introdujo las palabras: «Seguramente es así como digo», en lugar del juramento «Por Dios, que es verdad», de lo que tanto se abusaba; quedando el proverbio: «Digan todos: *seguramente,* que así lo dice Fr. Vicente».

Es probable visitase entonces á Alcalá, Cuenca y muchos de los pueblos comprendidos entre estas dos ciudades, pues se conservan tradiciones que lo atestiguan, y se cuentan todavía milagros por él realizados.

Después se dirigió al célebre monasterio de Jerónimos, cerca de Lupiana, de donde se llamó de San Bartolomé de Lupiana, «y como atestiguan por tradición inmemorial aquellos venerables Padres, escribe Vidal, al llegar San Vicente á la puerta del claustrillo, que llaman de los Santos, hincándose de rodillas en los umbrales, besó la tierra y retrocedió sin pasar á verle, diciendo que no era digno de pisar aquella tierra donde se ocultaban tantos santos. Dijo esto el Santo en profecía de lo que después se ha experimentado, pues en muchos sepulcros que se han abierto, siempre se han hallado cuerpos de religiosos

de cincuenta años enterrados, algunos exhalando fragancia, y otros tan enteros, que aun se conocerían por la fisonomía como si estuviesen vivos». Hoy Lupiana no es más que una ruina.

También se dice por tradición que el Santo profetizó, entre otras cosas, que aquel convento era casa de ángeles, y en cumplimiento de esta profecía, el 28 de Agosto de 1730, viniendo la comunidad de dar el Viático á un enfermo, se oyó la música de los ángeles en el coro del convento, de lo cual tomó información el Emmo. Sr. Cardenal D. Antonio Zapata. Continúa diciendo Vidal, que cuando visitó el Santo este convento, le acompañaba un célebre judío, muy docto en las Escrituras y maestro en la sinagoga, á quien había convertido, y que le sirvió mucho para la conversión de otros judíos, el cual tomó el hábito en aquel convento y se llamó Fr. Pedro de Madrid.

Es muy difícil fijar con exactitud los pueblos importantes que visitó el Santo hasta su llegada á los países del Norte: hay vestigios de su paso en Calaruega, patria de Santo Domingo de Guzmán; en Palencia, donde existen cofradías de albañiles que veneran el milagro del albañil en Barcelona; en las Huelgas de Burgos, donde se conserva un púlpito, en el que se dice predicó, y en otros muchos puntos; lo cual nos prueba una vez más que San Vicente no desdeñaba visitar los lugares, por apartados que estuviesen, donde era necesaria su presencia, para ganar almas á la fe y convertir moros y judíos á la religión católica.

CAPÍTULO VI

Vizcaya: el don de lenguas.—Vitoria, Tolosa, San Sebastián, Mondragón y Pamplona: tradiciones.—El muerto revelador.—Viaje á Perpiñán.—El Concilio.—Celo en Montpeller y otros puntos.—Nimes.—El monje satisfecho.—Fin del Concilio.—Otra vez en Perpiñán.

En la primera mitad del año 1408 vemos á nuestro Santo recorriendo los países vascos, atravesar sus elevados montes, blanqueados por la nieve del invierno, y las dilatadas campiñas, adornadas por multitud de arroyuelos, que hacen de aquellas provincias el punto más delicioso de la tierra. Las provincias vascas, que constituyen el antiguo reino de Navarra, y cuyos hechos llenan de gloria la historia patria, son un país tan especial, tan religioso y tan amante de su libertad, que aun hoy se distingue del resto de la Península por más de un motivo. Para que en él todo sea original y ostente el tinte antiguo que llama la atención de todos los que le visitan, posee todavía su idioma propio, procedente acaso de los antiguos pobladores, con sus raras raíces, con sus originales flexiones, imposible de analizar, y mucho más, de hermanarlo con lengua alguna conocida: medio siglo hace apenas que se habla el español, y en las aldeas y pueblos de la montaña aun encuentra el viajero mu-

cha dificultad para ser entendido. Pues bien; nuestro Santo predicó en él en su lengua materna y fué comprendido de todos, como lo demuestran los muchísimos recuerdos que de su paso se conservan y que todavía repiten aquellos felices montañeses. No es extraño oir algunos aforismos, concisos y rimados, que encierran puntos de doctrina ó de moral predicados por nuestro Santo, y canciones, entonadas por el pastor ó el labriego, en que figura como protagonista San Vicente Ferrer, cuyos sones repercuten en las montañas y traen á la memoria aquellas predicaciones que abrían el corazón á los dulces sentimientos de la fe. Se canta aún una canción popular, que parece trae su origen del tiempo que anduvo por aquel suelo realizando milagros, y que empieza con estas palabras: *Fray Vicentec esala—Fedea cina lizala* (que Fray Vicente dijo que la fe es juramento), la cual se halla unida á una música vigorosa y llena de armonías. Todo esto nos asegura más que Vicente Ferrer estaba adornado del don de lenguas, como hemos intentado probar en uno de los capítulos anteriores.

Una vez en aquel reino, parece que dirigió sus pasos hacia Vitoria, donde convirtió cuatro casas de judíos principales, cuya descendencia persevera muy cristiana y se honra de descender de aquellos convertidos. De allí se dirigió á Tolosa, donde se conserva en la calle Mayor, núm. 20, la casa en que se hospedó, con sus paredes negras y los balcones corroídos por el moho, y que es objeto de gran veneración. Después pasó á San Sebastián, donde también se enseña la casa en que habitó y se cuenta una tierna leyenda de su memoria: dícese que un pastor apacentaba su ganado en la costa vecina, y deseando oir un sermón de aquel que todo el mundo contaba maravillas,

trazó con su cayado un círculo alrededor de su ganado y le prohibió salir de él. Con la confianza de que las ovejas cumplirían su mandato, marchó á oir al Santo, llenándose de estupefacción cuando oyó, al terminar el sermón, que aquél decía: «Todo esto que os he dicho, es tan cierto, como aquel pastor que está allí ha dejado sólo su ganado, después de haberle prohibido se saliese del círculo que con su cayado ha marcado». Visitó también la villa de Mondragón, donde predicó algunos días, é instituyó la cofradía general de penitentes: su memoria se conserva en casi todas las familias, pues son muy raros los primogénitos que no llevan el nombre de Vicente. El púlpito donde predicó ha sido conservado con mucha veneración, y tiene la inscripción siguiente: «En este púlpito predicó San Vicente Ferrer en el año 1408». De este punto pasó á Pamplona, donde hay una inscripción en letras de bronce, que recuerda el año bendito en que el apóstol predicó á aquellos habitantes. Cuéntase el siguiente hecho, que sucedió en esta ciudad: Un día, Vicente Ferrer encontró á un hombre que era conducido al suplicio, y como creyera que fuese inocente, realizó un prodigio, pensando que su palabra no sería creída, ó á lo menos sería sujetada á un largo y penoso proceso. «Atended, dijo á los verdugos, va á venir quien os dirá si este hombre es inocente». Y en efecto, un muerto que era llevado al cementerio, desembocó de una calle vecina, y San Vicente le preguntó si el condenado era inocente: «Sí, dijo el muerto, este hombre es inocente.—¿Quieres volver á la vida?—No, porque mi salvación está asegurada.—Basta», y bendijo al muerto, que volvió á acostarse en su ataúd.

Después de recorrer varios pueblos se dirigió á Francia, donde le vemos de nuevo intervenir en la

terminación de aquel cisma, que tantos desastres causaba en las conciencias. Habiéndose entablado varias negociaciones entre Gregorio XII y Benedicto XIII, para dar la paz á la Iglesia, sin obtenerse resultado alguno favorable, este último convocó un Concilio general en Perpiñán, con el objeto de extirpar el cisma. Con este fin, el antipapa, acompañado de cuatro Cardenales y varios Prelados, se trasladó de Génova á Perpiñán, en cuya ciudad entró el 24 de Julio de 1408, según dice la rúbrica del notario Puignáu.

Por este tiempo, San Vicente, que se hallaba predicando la divina palabra entre los pueblos de aquende los Pirineos, recibió aviso del antipapa para que acudiese al Concilio, y creyendo que su presencia podría allí hacer algún bien á la causa de la paz de la Iglesia, atravesó los Pirineos, y á grandes marchas llegó al punto donde se le había indicado se reuniría la Asamblea. Ciento veinte eran los que entre Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos constituían el Sínodo, el cual se abrió solemnemente el día de Todos Santos de 1408, en la iglesia principal de Perpiñán. La fama de que se hallaba adornado San Vicente, y la participación que tomó en aquella Asamblea, en la que pronunció muchísimos discursos en latín, parecía augurar una solución favorable al objeto que se deseaba, por lo que, al reconocerse á Pedro de Luna por verdadero Papa, se acordó que el medio más eficaz era la renuncia de los Pontífices imperantes. Sin embargo, el Pontífice contestó á este acuerdo en términos muy vagos, y las esperanzas que se habían formado quedaron defraudadas [1].

1 Refiere Vidal que, durante la celebración del Concilio, los espíritus infernales repitieron las asechanzas que contra el Santo habían usado en Lombardía, pues al lado de Benedicto

En un mes escaso que San Vicente estuvo en Perpiñán no descuidó el ministerio de la predicación, ocupándose de continuo en regenerar á las masas y reparar en parte los males que producía el cisma. A últimos de Noviembre se dirigió á Montpeller, donde entró el día 29. En los archivos de esta ciudad se conservaba una especie de diario de lo que hizo allí el Santo durante su estancia. Dice así tan curioso documento: «El jueves 29 de Noviembre, por la tarde, entró en la ciudad de Montpeller el R. P. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, maestro en sagrada Teología y excelente predicador. Al día siguiente, viernes, consagrado á San Andrés Apóstol, predicó en el cementerio de los frailes Predicadores, lugar destinado en otro tiempo para este apostólico ministerio, por ser la ciudad muy populosa antes de la peste de 1348, en que la dejó casi despoblada. Predicó sobre el siguiente texto: «Rico es el Señor para todos los que le invocan», y lo hizo en su idioma catalán. El sábado predicó en el mismo sitio sobre el juicio final, y su texto fué: «Bendito el que viene en el nombre del Señor». El lunes predicó sobre el Anticristo y acerca de los medios que empleará para atraerse al pueblo...» Y así continúa el documento, relatando los temas y asuntos de todos los sermones, hasta el sábado, en el que dijo «maravillas de la Concepción de Nuestra Señora, tomando este tema: «Yo era ya concebida». Este mismo día partió á pie de esta ciudad con un religioso de su Orden, que le acompañaba, pernoctando

vió á uno de ellos en traje de ermitaño, al cual reconoció en seguida, que al creer iba á ser descubierto por el Santo, le impuso silencio, manifestándole se marchaba á hacer maravillas; pero, al día siguiente, se supo que, en efecto, las había hecho, quitando la vida al Abad de una abadía vecina.

en Fábregues, donde predicó al siguiente día, que era domingo, sobre el próximo fin del mundo, y tomó por texto: «Habrá señales en el sol». De allí partió, después de comer, á Loupián, donde dijo que al día siguiente, lunes, predicaría sobre el modo como están las almas en el Paraíso, en el Purgatorio y en el Infierno, del cual Dios, por su misericordia, se digna librarnos. Cada mañana, al amanecer, cantaba solemnemente la Misa, sin faltar un solo día, y apenas despojado de los ornamentos sacerdotales, comenzaba á predicar, y sus palabras parecían más bien divinas que humanas. Y á más de los nueve sermones que predicó solemnemente en esta ciudad de Montpeller, tres días, después de comer, fué á los conventos de monjas á predicar, á saber: el lunes, al convento llamado Prouille, de religiosas dominicas; el miércoles, á las religiosas de San Egidio, y el jueves, á las menores de San Francisco: á todas les predicó en particular, sin permitir asistiese ningún seglar, porque trataba en los sermones acerca de la observancia de las reglas y constituciones. Largo tiempo cumplió este ministerio, recorriendo muchas regiones y sembrando la divina palabra. Cuando abandonó á Montpeller dijo que se dirigía á Perpiñán, con el propósito de predicar diariamente. En 1416 volvió á Montpeller, donde predicó también en la iglesia de San Germán y de Nuestra Señora de las Tablas».

Hasta aquí el citado documento. Gran impresión debieron producir aquellos sermones, cuando se hizo una relación tan detallada de ellos.

Nuestro Santo evangelizó también en Nimes, donde se conserva la memoria de muchos prodigios realizados por él. Los Memoriales del monasterio de Villaneuve-les-Avignón cuentan que un monje tenía gran

empeño en oir á Vicente Ferrer. Pidióle permiso al Abad, y éste, en tono jocoso, le dijo, que si quería oirle subiese al campanario. Así lo hizo el monje, el cual copió textualmente el sermón, no obstante predicar el Apóstol en Nimes, que dista del monasterio 40 kilómetros.

El Santo supo, en virtud de la vista interior que le era propia, este hecho del monje, y predicando á los nimenses, les dijo: «Aprovechaos bien de los beneficios de Dios. ¡Cuántas almas querrían gozar del mismo favor! Ahora precisamente, y bien lejos de aquí, hay un religioso con grandes deseos de oir el sermón, y aunque su superior se opone, Dios le permite, viendo su buena fe, que lo oiga y pueda escribir todo lo que yo os digo» [1].

Mientras el Santo se ocupaba en los trabajos apostólicos, el sínodo de Perpiñán perdía el tiempo inútilmente, y poco á poco los Prelados que lo componían, se retiraron à sus diócesis, hasta el punto de que, el 1.º de Febrero de 1409, no había más que seis Obispos y cuatro Cardenales, que trasladaron la Asamblea al Castillo Real, la cual terminó el 9 de Abril, después de haber celebrado catorce sesiones. San Vicente creyó necesaria su presencia en Perpiñán, no para ocuparse en el Concilio, sino para desvirtuar los males que éste debió producir entre el pueblo.

1 Vidal refiere este mismo suceso, que supone haber acaecido en Toledo, lo mismo que otros semejantes, que dice sucedieron en Cataluña, Valencia y Mallorca.

CAPÍTULO VII

Elna.—Carta regia.—Viaje á Gerona.—Sermón distante. – Una caricia á tiempo.—Las disensiones de Vich.—El panadero de Berga.—Multiplicación de pan y vino.—Curación en Caldas de Mombuy.—Entrada en Barcelona.—Milagros diversos.—Historia del Ángel de la Guarda.

De Perpiñán pasó nuestro Santo á Elna, ciudad entonces bastante importante, en la que había Sede episcopal, desolada por interminables discordias entre ciertos particulares que habían salido fiadores de los 200 florines que anualmente se daban á Benedicto XIII, y la municipalidad, que no cumplía el compromiso de la ciudad. Llamado el Santo para que fuese árbitro en esta cuestión, sentenció á favor de las fianzas, lo cual confirmó el rey, «por haberlos declarado libres en su sentencia el Rdo. Padre y Sr. Maestro Vicente Ferrer, profesor en sagrada Teología, árbitro arbitrador y amigable componedor», como dice el decreto.

Por este tiempo atravesaba Cataluña una de esas crisis sociales que revisten extraordinaria gravedad y que llenan de congoja al ánimo más esforzado. Por esto, pues, el rey D. Martín creyó necesario el consejo de un hombre sabio y prudente, y le escribió á San Vicente la siguiente carta:

«Maestro Vicente: Tenemos un vivo deseo de tratar con vos acerca de algunas materias, que no conviene fiar al papel, por lo que os rogamos afectuosamente que, en beneficio de nuestro honor, vengáis hacia Nos para ayudarnos con vuestros consejos, ya que siempre os ha sido agradable el servirnos, con lo que nos complaceréis en extremo. Dada en Barcelona, sellada con nuestro sello, el 29 de Enero de 1409».

No obstante este mandato tan afectuoso, el Santo no pudo cumplir lo que el rey le pedía, pues otras necesidades, que interesaban á la salvación de las almas, embargaban todos sus cuidados.

Á causa, según parece, de varios enterramientos hechos en el convento de San Francisco de Asís de Gerona, el Regente del Oficialato eclesiástico había puesto en entredicho la ciudad, lo cual produjo hondas perturbaciones entre los fieles. Esto motivó á que los Jurados deliberasen y acordasen llamar á Fr. Vicente para que con su influencia terminase aquel estado de cosas. Para conseguir esto, la ciudad le envió un mensajero con cartas credenciales, fechadas en 12 de Marzo [1], y aun cuando de su contenido no se desprende con claridad el objeto del llamamiento, es presumible que las instrucciones verbales, dadas al ciudadano enviado, versarían especialmente sobre el indicado asunto. Lo cierto es que el Santo llegó á la ciudad diez y ocho días después de escrita la carta, ó sea el 30 del mismo mes, acompañado de numerosa comitiva, haciéndole un digno y entusiasta recibimiento. Es probable que pasase algunos días arreglando las diferencias que tenían mareados á aquellos habitantes. Consta en

1 Archivo municipal de Gerona, *Correspondencia de los Jurados de* 1409 *al* 1411.

algunos documentos que predicó muchas veces, y entre ellas el día 13 de Abril, en el que, por ser el auditorio tan numeroso, fué preciso predicar fuera de la iglesia, al pie de la escalinata que conduce al convento de Dominicos. En este sermón declaró el Santo la enhorabuena que el Ángel de la Guarda dará al alma de su recomendado que murió en gracia y satisfizo plenamente sus culpas con penitencias, ó sufriendo trabajos y males, como el purgatorio, con paciencia, ó indulgencias, oraciones y otras buenas obras, cantándole los parabienes después del juicio, así particular como universal.

En memoria de este suceso, los devotos señalaron con una rejita, á guisa de cruz de hierro, en el mismo suelo, el punto donde tuvo puestos los pies, la cual subsiste todavía, abriendo en la pared vecina una especie de capillita ó nicho, en el que se colocó una cruz esculturada y dorada, y debajo de ella una gran lápida de mármol blanco, empotrada en la pared, donde se leen unos versos que el Santo recitó en el sermón [1].

La tradición piadosa ha conservado el recuerdo de dos especiales milagros que San Vicente obró en aquella ocasión. Cuenta que una mujer del lugar de Salt,

1 Hoy día solamente queda el zócalo ó peana de dicha cruz, y una inscripción en lemosín y en latín, que suponemos fijada en aquel lugar por iniciativa de los religiosos del convento de Dominicos, atendiendo al contenido de la última línea de la misma. Dice así, traducida, dicha inscripción: "Predicando en esta escalera el glorioso San Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, á cerca de 20.000 personas, el 13 de Abril de 1409, dijo que, terminado el Juicio final, cuando los ángeles acompañarán á los bienaventurados al cielo, á cada uno de ellos cantarán lo siguiente: Día feliz, feliz hora, feliz tiempo, feliz instante, en que con Cristo te uniste; día feliz, feliz hora, feliz tiempo, feliz instante que en penitencia final perseveraste. De la fundación del convento año 156". Véase *Memorias de las predicaciones y milagros de San Vicente Ferrer en Gerona*, por Enrique Claudio Girbal.

distante tres cuartos de hora de Gerona, estaba deseosa de oir los sermones de aquél, y que, oponiéndose el marido, la fervorosa mujer se subió al terrado de su casa, oyendo todo cuando predicara el Santo al pie de la escalera mencionada, con tal claridad, que punto por punto contaba después todo cuanto en el sermón se había dicho.

El otro milagro obrado por el Santo en dicha predicación, fué como sigue: Había en Gerona un matrimonio, en el cual faltaba la paz de continuo, dando el marido á la mujer malos tratos á causa de celos indiscretos y diabólicos, protestando que era ilegítimo el hijo que ella criaba. La inocente esposa, después de tentados muchos medios, no podía destruir la ceguedad en que el marido se hallaba, hasta que por último, ávida de consuelos, fué á confesarse con Fray Vicente. Viendo el Santo la inocencia de aquella mujer, mandóle que por la tarde asistiese al sermón que había de predicar y llevase consigo al niño, que entonces contaba unos ocho meses, y que dijera al marido que concurriese también, lo que se ejecutó puntualmente. Reprendiendo en el sermón los vicios y pecados, y especialmente los juicios temerarios y las sospechas vanas, para que el marido se desengañase, llamó con imperio del cielo al niño por su propio nombre, el cual estaba en brazos de su madre, y le mandó que dejase el pecho y fuese á abrazarse con su padre. Entonces la criatura, con general admiración, y sin que jamás hubiese andado, pasó por en medio de la multitud, y atravesando la Rambla, buscó á su padre, y hallándole, se abrazó con él, y milagrosamente le dijo: «¡Éste y no otro es mi legítimo padre!» Pasmado el marido, con lágrimas de arrepentimiento, pidió á la esposa que le perdonase, devolviéndole

delante de todos la fama que tan indiscretamente le había quitado.

En esta misma ciudad recibió Vicente al Dominico Francisco Pereira, Plenipotenciario del Papa, á quien el rey envió para que de palabra le comunicase y consultase sobre los motivos que le obligaban á llamarle, puesto que éste se detenía en la contestación, anteponiendo sus misiones apostólicas á las necesidades reales. Satisfecha la consulta, se dirigió el Santo á Vich, donde grandes enemistades entre algunas familias habían ensangrentado las calles más de una vez.

Llegó San Vicente á Vich, y en el primer sermón que predicó, que fué el 29 de Mayo de 1409, produjo tanto fruto, que, antes de terminarle, se pedían perdón muchos de los oyentes, y los jefes de los partidos se reconciliaban ante la multitud al pie mismo del púlpito; y esto se repetía todos los días hasta que, para mayor seguridad y duración, se firmaron las paces en 2 de Junio, ante el Notario Beranguer Folcrado. También arrojó los demonios de algunos posesos que, con sus contorsiones y ahullidos, tenían atemorizada á la gente.

Dice el Maestro Serafín, que «cuidaron los que gobernaban en Vich, cuando el Santo fué á predicar, de despejarle la plaza, quitando unas tablas ó carnicerías que había en medio, y retiráronlas á un rincón. Tenía el rey sobre ellas sus derechos ó alcabalas, y con todo eso convino y loó la acción, y dió facultad el Agosto inmediato para que la plaza quedase perpetuamente despejada» [1].

1 A últimos del siglo XVII, Diago copió, de una de las casas de la plaza Mayor, la inscripción siguiente, que es una sencilla fecha en versos catalanes: "Timete Deum—Divendres trenta hu mayg—Any mil quatre cens y nou—Aquest mercadal conclou

Refiere una tradición, que de Vich marchó Vicente á Puigcerdá; pero al pasar por Berga realizó un milagro, del que se hacen eco muchos autores. Al salir del sermón que acababa de predicar el Santo en la iglesia, se puso á llover torrencialmente, y la muchedumbre se refugió en una especie de cueva, donde un panadero del lugar guardaba la leña. El panadero era moro de religión y de alma, y habiéndole preguntado algunas mujeres el porqué no iba al sermón, se exasperó, y, lleno de furor, exclamó: «Ahora veréis para qué os sirve vuestro Santo». Y esto diciendo, prendió fuego á la leña y cerró la puerta con llave. Espantada la multitud por el inminente peligro de morir carbonizada, invocó á Vicente Ferrer, y, á este nombre, las llamas se apagaron; visto lo cual por el panadero, se convirtió con todos los moros de los alrededores.

Dirigiéndose el Santo á Barcelona, al pasar por la Venta de Grúa, lugar cercano á Granollers, con tres mil personas que le acompañaban, entróse en la venta, y pidió comida para toda aquella muchedumbre: «Padre, contestó el ventero, ¿cómo es posible hayáis supuesto tengamos provisiones para tanta gente?; sólo tenemos quince panes y un poco de vino casi agrio». «Pues bien, dádmelo todo», respondió el Santo. Y habiendo tomado el pan y el vino, lo distribuyó entre todos, que quedaron saciados del hambre y sed que por las fatigas del camino llevaban, y aun hubo sobras, especialmente del vino, que resultó excelente. El pobre ventero, admirado del prodigio, se arrojó á los pies del Santo, y le rogó bendijese su casa, á lo cual

—Que en ell predica al despaig—Sant Vincens Ferrer que mou". Esta inscripción, modernizada, existe aún al lado de una estatua de piedra del Santo.

accedió éste, siendo tan fructuosa la bendición, que, según dicen Razzano y Vidal, reconociendo el ventero al día siguiente su despensa, halló rebosando de vino la tinaja, y llena de pan el arca que la noche antes había dejado vacía.

En Granollers se conserva el poyo ó banco que sirvió al Santo de púlpito cuando predicó en aquel pueblo, el cual se halla hoy en la iglesia. En el frontispicio de la casa donde estaba adosado el banco, se ha colocado una imagen de San Vicente con una inscripción conmemorativa, celebrándose todos los años solemne fiesta en su honor.

En Caldas de Mombuy, país de las aguas termales, sucedió también un milagro en la persona de Juan Soler, que llegó á ser Vicario general de Tamarit y Penitenciario del Papa. Iba éste todavía envuelto en pañales cuando predicaba en aquella localidad el Maestro Vicente, y á fuerza de llorar se rompió una vena. Su madre, deshecha en lágrimas, lo presentó al Santo, el cual, haciendo la señal de la cruz, lo curó, y después llenó de esperanzas á la madre, profetizándole que su hijo llegaría á ser sacerdote y la daría grandes consuelos.

Todavía se conservaba viviente la memoria de los milagros obrados por San Vicente en Barcelona, cuando tuvo noticia de que pronto estaría el Santo de nuevo dentro de sus muros. Así que, las muchedumbres, salieron á esperarle, y el mismo rey D. Martín salió á las puertas de la ciudad, recibiéndole con toda clase de honores. Una memoria de aquel tiempo lo refiere de este modo: «El año 1409, día 14 de Junio, entró en Barcelona el honorable Maestro Fr. Vicente Ferrer, con crecido acompañamiento de hombres y mujeres, que de diversas partes del mundo le seguían, atraídos

de su santa vida y doctrina. Decía muy de mañana la Misa y concurría á oirla la ciudad entera, porque de él salía virtud maravillosa y sanaba á todos».

«En el archivo de la misma ciudad, dice Serafín, se halla otra memoria del acuerdo que por su consejo se tomó de asistir á los de la compañía del Santo, dando vestido ó calzado á los que lo hubiesen menester, y otras cosas de que necesitasen. Y para esto entregó la ciudad 300 florines de oro á dos ciudadanos honrados que nombró, para que, reconociendo á todos los de la compañía, viesen lo que á cada uno le faltase. Y añade la memoria que esto se acordó á 22 de Junio de este año, en vista de haberle escrito la ciudad, y enviado embajadores, suplicándole la favoreciese yendo á predicar; y juntamente considerando que aquellos devotos peregrinos habían abandonado sus haciendas, llevados de devoción al varón de Dios, y atraídos de su celestial doctrina».

El Apóstol predicaba en la plaza *del Born*, donde comenzó su misión profética, y todas las calles que afluían á la plaza, todas las ventanas, todos los terrados estaban cuajados de gentes, ávidas de oir de los labios de Vicente la celestial doctrina, que llenaba de paz los corazones y de alegría el alma. Los milagros, como siempre, no faltaron en esta predicación, y sobre todo, algunos que causaron gran sensación y que excitaron grandemente la fe en las masas.

Miguel Arbiol, de Cataluña, Doctor en Leyes, fué testigo, en Barcelona, de la curación de una demoniaca. Los afligidos padres la condujeron al Santo, que la curó en seguida. «Yo la he visto muchos años después, dice el testigo, sana de espíritu y ocupada como las demás mujeres en sus usuales trabajos. En Barcelona todos la conocían».

Otro testigo, el barcelonés Luis de Cataldo, dice que él mismo fué objeto de un milagro. Estaba mucho tiempo enfermo, y no resignándose á esperar las audiencias del Santo, se asió de él cuando bajaba del púlpito en el jardín de los frailes Predicadores. Vicente Ferrer titubeó un instante; pero al ver la viva fe que animaba al enfermo, hizo la señal de la cruz y el mal desapareció.

Otros muchos milagros se cuentan, algunos de los cuales se hallan reproducidos en cuadros, imágenes y retablos que la piedad conserva con religiosa veneración.

Por este tiempo aconteció en Barcelona la célebre aparición del Ángel de la Guarda. He aquí cómo lo refiere la *Crónica de Serra y Postius* [1]: «En una de las muchas veces que el Apóstol de Valencia, San Vicente Ferrer, entró apostólicamente en Barcelona, en una de ellas le seguían al pie de tres mil personas, y del erario común se asistió á todos, como consta en el diario de dicha ciudad del año 1409. Vió sobre la puerta un gallardo mancebo, con la espada desnuda en la mano; y conociéndole con la luz del cielo, el Santo le dijo: «Ángel de Dios, qué haces aquí?» A lo que respondió: «Estoy guardando, por orden del Altísimo, esta ciudad».

»Entrado el Santo en ella, en el primer sermón participó á los barceloneses la referida maravilla, ponderó la gran dicha que en esto tenían, les hizo dar, y él dió también, gracias al Señor por tan colmado beneficio, y les encargó muy mucho fuesen devotos y agradecidos al santo Ángel que los guardaba.

1 Citado por Pí, en su *Barcelona antigua y moderna*, tom. I, pág. 553.

»Para recuerdo de tan grande prodigio dieron los barceloneses á dicha puerta el nombre de Puerta del Ángel, y para ostentación de agradecimiento, y tener siempre propicio á tan poderoso patrón, fabricaron encima de aquélla una devota capilla dedicada al Ángel custodio barcelonés, la cual hasta hoy permanece; y en ella hay fundada cofradía, donde todos los años, día 2 de Octubre, se celebra muy pomposa fiesta, á la cual contribuye la ciudad».

CAPÍTULO VIII

Alegrías y llantos.—Matrimonio del rey D. Martín.—Monserrat, Manresa, Lérida.—La sepultura del venerable Carnicer.—La peste en Barcelona.—Milagros.—Una oración del Santo.—Viaje interrumpido.—Tàrragona.—Justa devolución.—El patrimonio de la Iglesia.—Monblanch.—El asno inteligente.—El salvaje Mateo Studet.—Curaciones milagrosas.

No siempre es propicia la suerte para el hombre. Dios, en sus inexcrutables designios, convierte en un momento, por algún suceso imprevisto, los favores de la fortuna en desgracias terribles, capaces de trastornar la paz y prosperidad de un reino.

Tenía el rey D. Martín un hijo, único heredero de la corona de Aragón, á quien encargó el gobierno de la Sicilia. Joven, de grande ánimo y corazón, ejercitado en la guerra y diestro en las armas, creyó llegado el tiempo de someter para siempre á Cerdeña y sacarla de aquel estado de inseguridad continua para Aragón, aprovechando la división que reinaba por la muerte sin sucesión del último de los jueces de Arborea. No quería D. Martín exponer á su heredero á las contingencias de una guerra; pero ante lo reiterado de la demanda accedió, y el valeroso príncipe, tras una reñida y furiosa batalla, dominó por completo todo el turbulento territorio. Grande alegría recibió el rey, que se encontraba en el castillo de Bellesguard, cuan-

do se le notificó la victoria de su hijo; toda Barcelona se iluminó y se celebraron grandes fiestas religiosas en acción de gracias, en alguna de las cuales es probable predicara San Vicente.

No había transcurrido un mes, y «aun humeaba el incienso en la Catedral de Santa Eulalia», como dice una crónica, cuando una noticia llenó de pesadumbre y tristeza á todo el reino. Una enfermedad, que los escritores contemporáneos califican de diferente manera, arrebató en pocos días, y en la flor de la edad, en 25 de Julio de 1409, al más estimado de los príncipes de su tiempo, porque era el más generoso y el más esforzado de todos. Las circunstancias hacían también más sensible la muerte de D. Martín de Sicilia, porque no dejando hijos legítimos varones, y no teniéndolos tampoco su padre el rey de Aragón, se veía la orfandad y se presentían las calamidades que amenazaban á ambos reinos. «Así es que nunca, ni en Aragón ni en Sicilia, se había hecho tanto duelo y tanto llanto, ni sentídose tanta tribulación como la que produjo el fallecimiento de este monarca» [1].

El primero que recibió la noticia fué el Papa Benedicto XIII, el cual no se atrevió á afrontar el dolor del infortunado padre, y sólo Fr. Vicente, con la elocuencia de su palabra y la santidad de que se hallaba rodeado, pudo conjurar la desesperación que produjo el tan fatal anuncio.

Para dar algún consuelo á D. Martín, y para ver si podía tenerle también el reino, instáronle sus privados á que contrajera segundas nupcias, puesto que se hallaba aún en edad de poder tener sucesión, y aunque resistió al principio, vencido por repetidas ins-

1 Modesto Lafuente, *Historia de España*, tomo V, pág. 228.

tancias y ruegos, condescendió á casarse con D.ª Margarita de Prades, hija del condestable D. Pedro, cuyas bodas se celebraron en el mismo castillo de Bellesguard el día 17 de Septiembre de 1409, diciendo la Misa Vicente Ferrer, y dando la bendición nupcial Benedicto XIII [1].

Algunos días después, el Santo, en compañía del antipapa, se dirigió á Monserrat, precioso monumento levantado por la piedad á la patrona de Cataluña, situado á 40 kilómetros, próximamente, de Barcelona, y construído á 1.400 metros sobre el nivel del mar, en una de las dos cimas que ofrece la montaña, separadas por un estrecho y anguloso valle, verde abismo serpenteado por las aguas del invierno, que corren en forma de torrente. Allí, á los pies de la imagen de la Virgen, que simboliza las glorias de Cataluña, fortificó y preparó su espíritu para emprender de nuevo su misión civilizadora por el mundo, después de haber intervenido en asuntos que tanta parte tenían en la tranquilidad del reino de Aragón.

Llamado por el Consejo de Manresa para ser árbitro en las contiendas que largo tiempo había sobre límites de fronteras entre esta ciudad y la villa de Sampedor, abandonó el monasterio de Monserrat y se dirigió á aquella ciudad, donde entró á primeros de

1 Un escritor catalán, muy preciado de historiador imparcial, culpa al Santo de este matrimonio, que, dice, causó la muerte del rey, y aprovecha con esto la ocasión para estampar algunas despreciables ironías contra la memoria de Vicente, como si este matrimonio no hubiese sido un gran acto político, que, á tener el resultado que se deseaba, hubiera ahorrado á España mucha sangre y gravísimas discordias. Aconsejamos á dicho escritor, que, dicho sea de paso, nos merece gran consideración como literato, pero ninguna como historiador verídico, que mire los sucesos bajo el prisma de la crítica rigurosa y cambiará de opinión. Nos referimos á D. Víctor Balaguer, en su obra *Las ruinas de Poblet*, pág. 241.

Octubre. Reunidos todos los datos necesarios, y hechas todas las investigaciones convenientes para la resolución del caso, San Vicente pronunció sentencia, la que fué aceptada por las partes contendientes. Como en todos los puntos que visitaba, dirigió su autorizada palabra al pueblo, logrando, como siempre, innumerables conversiones. Todavía creemos se conserva el púlpito desde donde dirigía su autorizada palabra.

De aquí pasó á Lérida, en cuya ciudad entró el 15 de Diciembre de 1409, según se lee en varios documentos, y, como en todas partes, salieron á recibirle las autoridades y los más importantes personajes, siendo tanta la muchedumbre que se agolpaba á su paso, que tuvieron que ponerse gruesas maderas en algunos puntos para detenerla y que no le atropellasen. En esta ciudad predicó todos los días con notable fruto, y en uno de los sermones, como entonces se promoviese la devoción del venerable Fr. Tomás Carnicer, á quien había tenido por maestro, y no se supiese de cierto el lugar donde estaba enterrado, dijo dónde se encontraba, añadiendo que le hallarían todo entero, no obstante haber transcurrido cuarenta años, como sucedió en efecto.

El día 7 de Enero salió de Lérida, y predicando por los pueblos que hallaba á su paso, dirigióse á Barcelona, de donde era llamado á causa de nuevas desgracias que afligían á la ciudad. Efectivamente, la peste se enseñoreaba del país y causaba horribles estragos; pero apenas San Vicente entró en la ciudad y comenzó en sus sermones á exhortar á la multitud á la penitencia y al arrepentimiento, desapareció la plaga, según manifiesta un testigo en el proceso de canonización, testigo que refiere también el milagro obrado por el Santo en una hermana suya llamada

Leonor, la cual, desahuciada de los médicos, fué curada por él apenas la tocó, lo mismo que otros muchos enfermos «que curaba también mediante la imposición de manos, extendiéndose la fama de estas maravillas por todo el país».

Predicando un día en la residencia real, llamada Torre de Ramón de Spla, y en presencia de Benedicto XIII y de otros muchos nobles, publicó desde el púlpito una oración que había compuesto, y que recomendó al concurso que le oía, para librarse de la peste y alcanzar una buena muerte. Traducida del latín, dice así:

«Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera. Cristo nos defienda de todo mal. Jesús Nazareno, Rey de los Judíos, título de triunfo, compadeceos de nosotros. Nuestro Señor Cristo Jesús nos libre de nuestros enemigos, de toda peste, mal contagioso y de muerte repentina y eterna, por el signo de la Cruz y por los méritos de la gloriosa y siempre Virgen María, Vuestra Madre y Señora nuestra, y de los santos mártires y confesores Fabián, Sebastián, Nicasio, Anastasio, Martín, Roque, Cosme y Damián. Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal. Y se encarnó en la Virgen María por el Espíritu Santo, y se hizo hombre.

»Compadeceos de mí, y oid mi oración.

»Compadeceos, Señor, que mi alma está enferma, y las virtudes que, como los huesos al cuerpo, debieran sostenerla, son muy débiles.

»Misericordia, Señor, y atended á lo humillado que estoy por mis enemigos.

»Tened piedad, Señor, que me hallo lleno de tribulación, y mis ojos, mi alma y mi cuerpo están llenos de angustia por haber provocado vuestra justicia.

»Piedad, Dios mío, según vuestra gran misericordia.

»Misericordia, mi Dios, que me asedia el enemigo y siempre me contradice y llena de tribulación.

»Compadeceos, Dios mío, compadeceos de mí, porque en Vos confía mi alma.

»Misericordia, Señor, ya que clamo á Vos cada día: alegrad el alma de vuestro siervo cuando levanta el corazón y lo dirige á vuestra piedad.

»Compadeceos de nosotros, Señor, compadeceos de nosotros, porque estamos llenos de gran vergüenza.

»Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

»Oración.—Señor mío Jesucristo, Vos que queréis que todos sean salvos, y á quien nunca se suplica sin esperanza de misericordia, porque de Vuestra santa y bendita boca ha salido este oráculo: Todo lo que pidiereis á mi Padre en mi nombre, os será concedido; suplícoos, Señor, por vuestro santo Nombre, que en la hora de la muerte me conservéis el conocimiento completo, el uso de la palabra, y me concedáis un vivo dolor de mis pecados, una fe verdadera, una esperanza bien ordenada y una caridad perfecta, á fin de que, desde el fondo del corazón, pueda deciros: en vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu, Vos que sois bendito y glorificado por los siglos de los siglos. Amén».

Dispuesto á comunicar su celestial doctrina á los florentinos, se dirigió á Port Vendres, con el objeto de embarcarse para Italia; pero recibió cartas del regente de Castilla, D. Fernando de Antequera, rogándole marchase á su corte para comunicarle asuntos que se referían á la tranquilidad del reino, y desistió del viaje proyectado. Ya en 1408, cuando estaba en Génova, recibió una embajada de la entonces república de Florencia, rogándole encarecidamente que fuese á be-

neficiar aquellos pueblos con su evangélica predicación; pero á la sazón predicaba en aquellos lugares el célebre Fr. Juan, Dominico, y se excusó diciendo era inútil su visita, pues ya tenían un varón justo, insigne en doctrina y santidad, «y si por él no os reducís, decía, tampoco creeréis, aunque resuciten y vengan á predicar los difuntos».

Restituído, pues, á España, se puso á evangelizar por todo el litoral del golfo de Lión.

Poco después le vemos en Tarragona, donde debió ser recibido con gran entusiasmo, pues todavía se conservaba la memoria de la intervención que tuvo para que el rey D. Martín, al posesionarse del trono, devolviese el patrimonio sagrado de que sus antecesores habían gozado. La historia es curiosa, y creemos oportuno referirla someramente, según se lee en los episcopologios manuscritos de Walls y Blanch.

Desde tiempo inmemorial ejercía el clero de Tarragona una supremacía espiritual y temporal sobre la ciudad y la diócesis. El rey de Aragón, D. Pedro IV, se empeñó en quitar toda la jurisdicción á la mitra, y después de luchar de una manera tenaz contra el Arzobispo Pedro Clasquerín, que defendía los derechos de la Iglesia, y al que costó la vida sus frecuentes disgustos, creyó sacar mejor partido de los Canónigos; pero se engañó y confió á las armas sus pretensiones, enviando tropas, que talaron y destruyeron cuanto encontraron á su paso. Los Canónigos y el Prior acudieron á Barcelona á templar la saña del rey, y no queriéndoles recibir, le dejaron un escrito, en el que se emplazaba al monarca. Llegados al fin á un arreglo, comenzaron las negociaciones, que no pudieron terminar á causa de la muerte de D. Pedro; pero éste encomendó á su heredero, efecto de una visión que

había tenido antes de morir, diera á la Iglesia de Tarragona una justa satisfacción. Su hijo y heredero D. Juan I no obedeció á su padre, y murió, yendo de caza, de una caída de caballo. Ocupado el trono por su hermano D. Martín, dió en seguida una satisfacción cumplida á la iglesia de Tarragona, efecto de una carta que le escribió San Vicente, en la que le encargaba se acordase de la muerte de su padre y de su hermano, aquél, emplazado por haberse entrado en el patrimonio de la Iglesia, y éste, fallecido de muerte violenta por no haber satisfecho á dicha Catedral el daño hecho por su padre; la carta concluía con suaves amonestaciones para que procurase reintegrar las quiebras de sus antecesores, y que de no hacerlo así, esperase de Dios algún espantoso castigo.

Razón tenía, pues, Tarragona para recibir dignamente al que debía la restitución de sus derechos. Allí reformó abusos, dirimió contiendas y apaciguó rivalidades, especialmente en Ull de Molins, donde había discusiones sobre ciertas gabelas que se habían impuesto á algunas obras piadosas. Todo se arregló por «las saludables exhortaciones del venerable y religiosísimo Fr. Vicente Ferrer, dignísimo maestro en ciencias sagradas».

También predicó en Montblanch, y entre las tradiciones populares, se cuenta aquí la del jumento y el herrero. Dícese que el jumentillo que montaba San Vicente cojeaba por habérsele caído una herradura, y estar muy flojas las demás: en este apuro fué llevado á casa de un herrero, que le arregló las cuatro patas; pero al pagarle el Santo con una bendición, comenzó aquél á jurar y maldecir, diciendo que en lugar de bendiciones lo que quería era dinero. Enton-

ces el Santo hizo una seña al asno, y éste se quitó las herraduras de los cuatro pies.

En el proceso de canonización se leen muchos milagros obrados por el Santo en Montblanch. Había en esta ciudad un desgraciado llamado Mateo Studet, que, efecto de una enfermedad, después de haber perdido por completo el oído, tenía accesos de locura, arrojándose, cuando le acometían, sobre todos los que encontraba á su paso. De aquí que, conociéndole todos, se guardasen de él; pero ante el inminente peligro que su presencia ofrecía á la ciudad, ésta decidió echarlo fuera, y el infeliz, vagando muchos años por montes y desiertos, alimentándose de yerbas y animales, perdió toda forma humana y quedó convertido en salvaje. Una noche tuvo un sueño en el que vió á un hombre vestido de blanco, que tocándole los oídos le curaba. Al despertar sintió una calma desconocida, y, por un secreto instinto, se dirigió á la ciudad, que encontró desierta, pues todos sus habitantes habían ido á oir el sermón que predicaba Fr. Vicente. Se dirige á la iglesia, y viendo la multitud de enfermos que pedían al Santo la bendición, se mezcló entre ellos, y contándole el sueño tenido la noche anterior, el venerable siervo de Dios le tocó en la frente y le curó por completo: el enfermo, agradecido, le acompañó durante ocho meses formando parte de los penitentes.

En la misma ciudad, un joven que trabajaba con su padre en la reparación de una iglesia consagrada á la Santísima Virgen, cayó del andamio estando á considerable altura, y quedó tan estropeado que todos creían le quedaban muy pocos momentos de vida. Se llamó al Santo, y el moribundo, derretido en lágrimas, le dijo: «Siervo de Dios, ¿es posible que habiendo

curado tantos enfermos, solo yo deje de recibir el beneficio de la salud?» Viendo el Santo tan grande fe, mandó salir á todos de la estancia, oró por un momento, y haciendo la señal de la cruz en la frente del enfermo, le dijo: «Tened confianza, hijo mío, os serán devueltas la vida y la salud, y mañana irás á trabajar con tu padre: sólo os aconsejo que en acción de gracias á la Santisima Virgen, á quien debéis este favor, concluyáis la obra sin exigir salario alguno».

Estando en la misma ciudad le trajeron un hombre que hacía quince años se hallaba impedido de todo movimiento. El Santo se dirigió á la Virgen con una pequeña oración, y habiendo hecho la señal de la cruz sobre el enfermo, quedó bueno y sano, y pudo marchar por su propio pie á su casa. Fácil es comprender el efecto que producirian estas maravillas en el ánimo de los hijos de Montblanch, que le aclamaban y bendecian por todas partes.

CAPÍTULO IX

Algo de historia de Valencia.—Los Solers y los Centelles.—Instancias á San Vicente.—Cartas de los Jurados.—Viaje del Santo.—La capa vengadora.—Milagroso suceso en Tortosa.—Morella.—Recuerdos del Santo.—Profecía cumplida.—Catí.—Un recuerdo duradero.—Varias reliquias.

Quince años hacía que San Vicente Ferrer, ocupado en el ejercicio de la misión que el cielo le confiara, no había gozado del cielo azul de la patria que le vió nacer, y habiendo crecido su fama por toda Europa ante los triunfos de su elocuencia, lo extraordinario de sus virtudes y lo estupendo de sus milagros, natural era que los valencianos deseasen con ansia volverle á ver y tributarle un entusiasta recibimiento en compensación de la gloria que sólo con su presencia daba á su patria.

Sin embargo, no era este el principal motivo de lo necesaria que se hacía la presencia del Santo en Valencia. Las luchas intestinas entre los dos bandos en que se hallaba dividida la ciudad, nacidos de una simple desavenencia entre D. Jaime Soler y un caballero llamado Gonzalo Díaz, á quien valían los Centelles, llegaron al extremo de empuñar las armas para alcanzar la reparación de sus diferencias, y de aquí sobrevino que, acudiendo sus deudos, amigos, vasa-

llos y valedores en defensa cada cual de los caballeros contendientes, engrosase el número de los partidarios de uno y otro bando, arrastrando en pos de sí á la nobleza valenciana, y, promoviendo una conflagración en todo el reino, convirtieron más de una vez las calles de la ciudad en teatro de batallas sangrientas. Era preciso aplicar un remedio á tal estado de cosas, castigando con mano fuerte los crímenes cometidos bajo el carácter de venganza, y no pudiendo los tribunales y magistrados despachar con la rapidez de las circunstancias los numerosos procesos acumulados por aquella anormal situación en que se reproducían nuevos y horribles asesinatos, nombráronse, con autorización del rey, jueces extraordinarios, uno por cada parroquia, que, con el título usual de *el Señor justicia,* entendían en las causas y delitos de los culpables y les aplicaban el condigno castigo, sin levantar mano en los procesos que se seguían. No obstante procederse con gran rigor, hasta el punto de levantarse patíbulos permanentes en algunas plazas, el mal no disminuía. La inhumana muerte de D. Jaime Soler y los asesinatos cometidos en reparación de tan bárbara venganza, fueron causa de que, armados los contendientes, buscasen otros sitios de combate y se librasen horribles batallas, como la de Llombay, en 21 de Abril de 1404, ganada por el bando de los Solers.

Poco duró la aparente paz, efecto de este desastre, porque rehechos los Centelles, comenzaron de nuevo las venganzas, dándose otras batallas campales, después de las cuales se tomaban castillos y ciudades, pasándose á degüello á sus habitantes.

En la mañana del 21 de Marzo de 1407 apareció asesinado el Gobernador de Valencia, en ocasión en que se retiraba á su casa desde el Palacio Real, siendo

inútiles en un principio los esfuerzos de la justicia para descubrir al autor del delito, si bien más tarde fueron llevados á la horca los causantes. Estos desagradables sucesos hacían olvidar la peste que causaba innumerables víctimas en la ciudad[1].

La muerte del rey D. Martín vino á aumentar la tribulación en que se hallaba Valencia, y, engrosados los bandos que apoyaban á distinto pretendiente de la corona, se sucedieron terribles hecatombes, tales como las batallas libradas en Murviedro y Castellón de la Plana, en las que murieron gran número de valencianos de los que formaban ambos partidos. Echábase de menos la presencia en uno ú otro bando de San Vicente Ferrer, y los Jurados de Valencia escribiéronle repetidas cartas, instándole á que viniese á ella y calmase las soliviantadas pasiones de los enemistados valencianos.

He aquí la traducción de algunas de estas cartas, cuyos originales, con otros documentos sobre el mismo asunto, se hallan en los archivos del Ayuntamiento de Valencia:

«Al Reverendo y perfecto religioso Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, Maestro en Teología y amigo fraternal.—Reverendo Maestro y queridísimo amigo.—Sólo Aquel que conoce todas las cosas, sabe el consuelo que vuestra contestación ha dado á nuestras almas, y la alegría que vuestras cariñosas palabras nos ha reportado. Vuestra caridad quiere, pues, volver á esta ciudad, donde visteis la luz primera de la vida, para predicar el Evangelio de Jesucristo, y sólo el anuncio de vuestra llegada, que pliegue á Dios

1 Véase sobre esto á Escolano y Perales, *Historia de Valencia*, tomos I y III.

sea pronto, ha causado universal alegría. Nosotros nos alegramos en particular, pensando en el bién que esta familia cristiana recibirá por la terminación de las desgracias que la afligen, pues sus perversos hijos no cesan de afligirla con toda clase de males, con guerras y con discordias tan grandes, que el hermano se arma contra el hermano, las matanzas se suceden unas á otras, y los hombres honrados no viven más que cuando les place á los malvados que no temen á Dios ni á la justicia humana.

»Sólo la Providencia puede poner remedio á tan grandes calamidades, por lo que nosotros creemos que vuestra intervención es necesaria. Además, tenemos necesidad de vuestros consejos y de vuestro apoyo para obrar con eficacia, pues encargados de las miserias públicas, buscamos todos los medios para poner un término y conjurar las desgracias en lo porvenir. Suplicamos, pues, á vuestra caridad y amistad bien conocidas, comencéis vuestro apostolado por vuestra patria, y os rogamos, por la misericordia de Dios, os desliguéis de todo lo que pudiera retardar vuestra venida, á fin de que, con la pacificación del país, puedan todos servir mejor al Autor de todo bien. Que Dios os conserve en su santa gracia.—Los Jurados de Valencia prontos á serviros.—Valencia, 12 de Junio de 1409».

El 28 del siguiente Agosto le escribieron de nuevo:

«Al muy honorable y de la santa religión Fr. Vicente Ferrer, Maestro en Teología y amigo nuestro queridísimo.—Queridísimo amigo.—La experiencia nos ha mostrado, y hemos sabido por la relación hecha por el honorable Juan de Avello, nuestro comisionado, el buen deseo que tenéis de volver á esta ciudad; este deseo, que es de justicia, nos llena de tranquilidad para lo porvenir, por lo que os damos

infinitas gracias. Os rogamos muy afectuosamente ayudéis con interés á nuestro Síndico Juan Trullóls, que se halla actualmente en la corte, en todo lo que hará por el servicio de Su Majestad, la gloria de Dios y salud de este pueblo, que os desea ver, según os lo hemos escrito muchas veces, para que, Dios mediante, pongáis remedio á todas sus calamidades, efecto de las guerras y enemistades encarnizadas entre los grandes. Si en alguna cosa os podemos ser útil, decidlo francamente.—Los Jurados de Valencia pronto á serviros en todo».

Otras muchas cartas le escribieron, que omitimos por la brevedad, pero que el lector podrá ver en los tomos IX y X de los citados archivos del Ayuntamiento.

Desde Cataluña, donde se hallaba, se dirigió á su patria natal, vistas las reiteradas instancias que le hacían los Jurados, y entró en el reino de Valencia, ávido de realizar prodigios en beneficio de sus habitantes.

Hallándose en Gandesa, población situada en los confines de Aragón, donde entonces reinaba desgraciadamente la impiedad, después de predicar y hacer varios prodigios su taumatúrgico poder, dejó allí la capa que llevaba, y un hombre, que por burla se envolvió en ella, poniéndosela á modo de jubón, volvióse rabioso y murió á los tres días. Atribuyeron todos á castigo del cielo esta profanación, y conservaron los pedazos con veneración profunda.

De paso para Valencia se detuvo en Tortosa, con gran contentamiento de la ciudad, que deseaba con ansia oir á tan célebre predicador. Como en todas partes, el auditorio era tan numeroso, que la plaza pública era pequeña para contener aquella muchedumbre, teniendo necesidad de habilitarse, al otro

lado del río Ebro, un vasto espacio, plantado de árboles, para que la multitud estuviese con más desahogo. El Viernes Santo, día 21 de Marzo de 1410, cuando una compacta muchedumbre llenaba el puente de barcas que unía las dos riberas, dispuesta á oir el sermón del Santo, un clamor de angustia se escapó de todos los pechos, al ver que el maderamen del puente comenzaba á ceder por el peso, y las barcas se llenaban de agua. Vicente, al ver los principios de una gran desgracia, hace la señal de la Cruz, y las bárcas, que estaban casi llenas de agua, se quedan secas y á flote, y las tablas sobre que andaba la gente, tan fuertes, que pudo pasar seguro y alegre todo aquel concurso, alabando al Señor, en su siervo San Vicente, por tan señalado beneficio. Se conserva todavía en Tortosa una vieja casa, en uno de cuyos balcones predicó el Santo, y hasta hace pocos años estaba representado el suceso que hemos referido en un cuadro con una inscripción alegórica.

La fama de este prodigio se extendió por todas partes, y cuando San Vicente entró en Morella el día 29 de Marzo del mismo año, la ciudad, teniendo como á gran favor la visita, acordó, entre otras cosas, que se diese de comer al Santo y á toda su comitiva, compuesta de centenares de personas; que se hospedase á todos, asistiendo á sanos y enfermos; que se le comprase una capa, á cuyo efecto se envió un Síndico á Valencia, el cual «compró siete varas y media, que costaron á doce sueldos y medio la vara, y todo el coste de la capa hecha, fueron ciento ocho sueldos y nueve dineros», según dice Vidal; y que se hiciese un pregón prohibiendo toda clase de juegos, ya de dados ó de naipes, y que no se jurase usando el nombre de Dios, bajo pago de una multa.

«Las memorias que por tradición quedan del Santo en dicha villa—escribe Vidal—son: la fuente que llaman del Tinte, que bendijo el Santo cuando cerca de allí predicaba, y en ella jamás ha faltado agua, siendo así que, en tiempos pasados, en otras mucho más copiosas ha faltado, porque están en la buena fe que en esta fuente de San Vicente, cuando la bendijo, dijo el Santo que jamás faltaría el agua. Muy poco distante de esta fuente está la Carrasca, que llaman de San Vicente, en la cuesta y camino principal de Morella á Valencia y la Plana, distante como medio tiro de escopeta de la villa, y dicen predicaba allí el Santo, por ser el camino más frecuentado y de más concurso. Esta Carrasca, habiéndola cortado muchas veces, particularmente en los tiempos que ha padecido sitio la villa, siempre ha vuelto á renacer y crecer, de forma, que hoy, año de 1733, está muy ufana y grande, naciendo de entre peñas».

Antes de partir de Morella, á últimos del mes de Mayo, profetizó desde el púlpito una desgracia: «Os anuncio á todos cuantos me oís, como dentro de ocho días estallará un horroroso trueno, cuyo ruido resonará por todo este reino, con tan funestos resultados, que seguirán muchas muertes violentas y arroyos de sangre humana». Inquieta la multitud por este vaticinio, le suplicó lo descifrase: «El trueno horrible será la venida de mensajeros, anunciándoos la muerte del rey». En efecto, el 31 de Mayo de 1410 falleció el rey D. Martín, lo cual ninguno esperaba, pues no había fundamento alguno para creerla tan próxima.

En los primeros días de Junio de este año salió el Santo de Morella, acompañado del Justicia, Baile y Jurados de la misma ciudad, con la ordinaria comitiva que le seguía, encaminándose á Catí, aldea en-

tonces de Morella, y separada de su jurisdicción por privilegio de Carlos II. No cabían en sí de gozo aquellos sencillos vecinos, por la merced que les hacía el Santo con su visita; así es que compusieron el camino y salieron todos á recibirle á la balsa de Villabana, que dista más de diez kilómetros. «Enviaron á Alcalá por dos cargas de pescado, y á San Mateo por vino, expendiendo once libras, nueve sueldos, entre carne, un pollo, huevos, y tres libras, dos sueldos en salsa para el Santo, y una libra, nueve sueldos en pescado, y para guisarle la comida buscaron cocinero diestro llamado Macerot», según escribe Teyxidor extractándolo de las cuentas de Pedro Verdú, Jurado de Catí en 1410.

La visita de San Vicente llenó de tanta alegría á los habitantes de Catí, que á su partida le acompañaron todos hasta la cima de un monte, donde después se construyó una ermita en su honor; constando por tradición inmemorial, que como le siguiesen los vecinos de la ciudad, el Santo se volvió á ellos, y dándoles la bendición, les dijo no pasasen de allí, y formando con el dedo pulgar de su milagrosa mano una cruz en una fuerte piedra, la dejó impresa como si fuera ésta de cera. Para memoria de este milagro se erigió más tarde una hermosa ermita, que es una verdadera iglesia, en la cual se conservan cuadros representando á San Vicente predicando, la legacía de Aviñón y el retablo con la piedra donde se verificó el milagro. La devoción al Santo continúa en Catí, bajándose su imagen de la ermita en todas las aflicciones, especialmente en tiempo de sequía. Se conservan aún en la misma población multitud de recuerdos: en la puerta llamada de San Vicente hay una capilla, donde una lámpara arde siempre en su honor,

alimentada por un vecino elegido cada año el domingo de Cuasimodo; en la iglesia principal existen muy buenas pinturas sobre madera, representando muchos milagros del Santo; en la calle Mayor existe el banco sobre el cual predicó; cerca de Borriol hay una ermita, y su altar mayor está sobre una piedra, que lleva esta inscripción: «San Vicente Ferrer predicó en este punto sobre esta piedra. Esto se tiene por tradición». Finalmente, Catí posee los zapatos y un fragmento considerable de la capa del Santo. En el santuario de Nuestra Señora de Caudiel, no lejos de Catí, hay una imagen de la Virgen, que, según un historiador, «habló muchas veces á San Vicente, el cual la tenía en su hospital de Valencia que fundó para los niños huérfanos. La llevaba en sus misiones, y á su presencia se convirtieron infinitos pecadores é innumerables infieles».

CAPÍTULO X

El Maestrazgo.—Los tablados de Nules.—El signo de la cruz.—Cartas apremiantes.—Entrada en Valencia.—La muda satisfecha.—Dos reos convertidos.—Justa concesión.—Una endemoniada.—Una venganza del Santo.—Consideraciones.—Inés de Moncada.—Profecía sobre Calixto III.

De Catí marchó el Santo á San Mateo; y en el poco espacio que media de un punto á otro, atravesando elevados montes, inaccesibles al viajero por lo difícil y peligroso de los caminos, predicó á aquellos ignorados habitantes, fortificándoles en la fe, y haciendo innumerables milagros. Como Valencia reclamaba su presencia, no hizo más que evangelizar de paso los pequeños pueblos enclavados en el Maestrazgo, dirigiéndose en seguida hacia Nules, donde ya se encuentran documentos que se refieren á él.

Cuentan las crónicas, que en el año 1410, hallándose San Vicente en esta última población, en uno de los días que predicó la divina palabra en la plaza pública, donde se habían levantado algunos tablados de madera para los oyentes, fué tanta la concurrencia, que estando ya en el sermón, se hundió uno que tenía mucha gente encima y debajo; aconteciendo en este suceso una maravilla, pues ni en los que cayeron mezclados con las maderas y sillas, ni en los que estaban

debajo y recibieron el peso de todo el maderamen, no hubo que lamentar la menor desgracia, á causa de una bendición del Santo, después de la cual pudo continuar su sermón. Este suceso lo refirió el mismo San Vicente en un sermón de Santo Tomás Apóstol, que se conserva manuscrito en el Archivo de la Catedral de Valencia, y en el cual, en el folio 218, página 1.ª, después de referir dicho milagro, dice, en lemosín, lo siguiente, que traducimos: «Ahora os responderé á una cuestión que se me ha propuesto. ¿Por qué hago el signo de la cruz antes de la Misa dirigiéndome al auditorio? Porque la experiencia me enseña su utilidad, en trece años que predico fuera de las iglesias: estando en Saboya el día de Navidad en un castillo donde se hallaba el Conde y la Condesa, prediqué en una gran sala, en la que en lo alto de sus paredes había ventanas con puertas muy grandes; de repente, estando á la mitad del sermón, cayó una de ellas encima de la gente, é hizo el mismo daño que si hubiese caído una pajuela. En otra ciudad predicaba sobre un alto tablado, al que tenía que subir por una escalera de gatos, y cayó también sobre la gente sin hacer daño alguno. En Reus, cerca de Tarragona, se torció el tablado y no causó mal á nadie. En Chinchilla nos libramos del mismo modo, de otro peligro más grande. No os maravilléis, pues, porque hago siempre la señal de la cruz: contra esta señal no hay peligro alguno. Aunque en la iglesia estoy seguro no ha de suceder nada, cuando predico fuera de ella teme mi corazón». Al referir el milagro de Nules, hay en el margen del manuscrito original las siguientes palabras: *ego scriptor vidi istud;* lo cual denota haber sido el escribiente testigo presencial.

El tiempo transcurría, y el Santo no llegaba á Valencia. Esto resolvió á los Jurados á escribirle de nuevo. He aquí algunas de sus cartas, que se hallan en el Archivo del Ayuntamiento:

«Al Reverendo y grande en religión Fr. Vicente Ferrer, Maestro en Teología, y amigo querido en particular.—Reverendo Maestro: Con grande alegría hemos sabido vuestra próxima llegada. Nuestra ciudad está muy contenta de que os dirijáis directamente hacia nosotros, y de antemano da gracias á Dios del beneficio de vuestra presencia. Temiendo, sin embargo, de que los males de los tiempos cambien vuestro itinerario, confiamos esta carta al P. Agramunt, de vuestra Orden, con la misión de manifestaros además nuestros más ardientes votos, y la súplica que dirigimos desde lo más profundo de nuestro corazón á vuestra cariñosa amistad, á fin de que no os detengáis en vuestro camino y apresuréis en lo posible vuestra llegada. Que el Todopoderoso os conserve en su gracia. —Los Jurados de Valencia, dispuestos siempre á serviros.—Valencia, 25 de Abril de 1410».

Con el fin de evitar otro retraso, se le fijó la fiesta en la que era esperado. «Al Reverendo y especial amigo Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, Maestro en Teología.—Reverendo Maestro y amigo queridísimo: Permitidnos os hagamos presente lo mucho que este pueblo desea oir vuestras santas predicaciones, y encontrar en ellas, al mismo tiempo que el alimento espiritual, un motivo para glorificar á Dios. Para el día de San Juan Bautista os esperamos, y os rogamos escojáis para vuestros primeros sermones la iglesia consagrada á este santo Precursor. Esperando vuestra tan deseada visita, prestad atención á lo que os dirán de nuestra parte los portadores de la presente.

Que Dios os tenga en su santa gracia y dirija todos vuestros pasos.—Los Jurados de Valencia. Salud y sincera amistad en Nuestro Señor.—Valencia, 17 de Junio de 1410».

«Al Reverendo y querido amigo Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, Maestro en Teología.—Llenos de alegría por vuestra próxima llegada, os enviamos al Puig, por medio de Guillermo Estrader, algunas palabras escritas que él os explicará de viva voz: creedle como si fuéramos nosotros. Que el Altísimo os conserve. Os repetimos los sentimientos de respetuosa estimación y de sincera amistad en Nuestro Señor.—Los Jurados de Valencia.—Valencia, 18 de Junio de 1410».

Cuatro días después se repite la súplica: «A nuestro mejor amigo y Reverendo Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, y Maestro en Sagrada Teología.—Prontos á gozar en nuestra ciudad de vuestra presencia, que tan ardientemente desea la instruyáis en las cosas de la fe, para posesionarse de vuestras saludables enseñanzas, confiamos á nuestro conciudadano Ramón Verdú una breve relación de las cosas que nosotros os diríamos. Os rogamos prestéis fe á sus palabras, de la misma manera que si fuésemos nosotros mismos.—Valencia, 22 de Junio de 1410».

Por el contenido de estas cartas se podrá presumir el entusiasmo y aparato con que sería recibido nuestro Santo. Sobre esto último nos ilustrará una deliberación de los Jurados, tomada en 10 de Mayo de 1410, que se halla en el «Manual de los Consejos», núm. 23, folio 222. Dice así, traducida del lemosín: «Considerando el Consejo que la venida del Maestro Vicente Ferrer, que llega de lejanos países y que ahora se encuentra en Tortosa, ha de ser provechosísima á las

almas, decide hacerle un solemnísimo recibimiento, según los Jurados estimasen más conveniente. Se irá al Grao á buscar velas necesarias para cubrir las plazas, donde predicará el Maestro Vicente. Su gasto y el de los que van en su compañía será sufragado por el Tesoro público durante el tiempo que se determinará ulteriormente. Se harán construir tablados donde predique el Maestro Vicente, para que oigan sus sermones desde allí los Jurados y algunos respetables personajes de la ciudad».

Dejemos á los documentos antiguos que hablen con su elocuente concisión sobre la visita de San Vicente á su querida patria, en la que hacía quince años no había podido estar: «El día 23 de Junio de 1410 entró en Valencia el Reverendo Maestro Vicente Ferrer, del monasterio de Santo Domingo, y que era llamado legado *a latere* de Cristo. El día de San Juan predicó en el Mercado de Valencia, á las espaldas de la parroquia de San Juan. Todos los días, dicho Maestro cantaba la Misa, derramando copioso llanto, y después de la Misa predicaba. Gozaban de tal gracia sus sermones, que todos, de cualquier nación que fuesen, lo entendían. Continuamente le seguían más de trescientas personas entre hombres y mujeres, contándose también muchos sacerdotes y hombres notables en ciencia y literatura» [1].

Imposible nos es pintar los efectos de aquella palabra, que semejaba más á la de un ángel que á la de un hombre: como siempre, los milagros se sucedían sin interrupción, las conversiones eran innumerables, y la paz, entre muchos que se odiaban de muerte, se

1 *Dietari de varies coses sucseides en lo regne de Valencia y en altres parts*, escrites per un capellá del rey D. Alfonso V de Aragó fins á l'any 1478.

realizaba en seguida. En el primer sermón que predicó el día de San Juan en la plaza del Mercado, como llevamos dicho, tuvo por oyentes á más de treinta mil personas de diferentes razas, de distinta religión y de diverso idioma, y todos quedaron pasmados de dos milagros estupendos que hizo, y que abrieron los ojos á muchos infieles que estaban allí presentes. Estos milagros se hallan en el proceso de canonización, y los transcriben todos los autores.

Concurrió al sermón una pobre mujer, privada de la palabra y oído desde su nacimiento y á la sazón muy enferma, y después de haber terminado el Santo, se le acercó ella, manifestando por señas le concediera la salud. Hízole San Vicente en los oídos y en la boca la señal de la cruz, y la preguntó: «¿Qué quieres, hija mía?» Y al imperio de aquella pregunta sencillísima, se rompen los obstáculos de la lengua, toman vida los órganos del oído, y aquella mujer, con grande expectación de la muchedumbre, le responde: «Padre mío, yo pido la salud corporal, el pan cotidiano y la facultad de la palabra»; á lo que contesta el Santo: «De las tres cosas que pides sólo las dos primeras te concederá el Señor, pues la tercera no conviene para tu salud espiritual. Glorifica á Dios en el silencio de tu corazón y con confianza, y no pretendas hablar». Obedeció la mujer, diciendo: «Haré, padre, lo que mandáis», y quedó sin poder hablar más, pero curada de su enfermedad y con la confianza de que no le faltaría el sustento.

Al mismo sermón del día de San Juan, llevó la justicia dos malvados judíos condenados á muerte por haber quitado la vida á dos inocentes niños. Llamábanse estos judíos Isaac Conté é Ismael Brunet. El Santo, en seguida que notó su presencia, comenzó á

hablar de la ceguedad en que vivían aquellos deicidas, y les dirigió su celestial doctrina con tal unción y energía, que, cooperando la divina gracia, descorrió el velo de la ceguedad y perfidia de aquellos desgraciados, y convencidos ante la luz de la verdad, pidieron allí mismo las aguas del bautismo. Señalóles la ciudad un maestro para que les enseñase la doctrina de Jesucristo, y cuando estuvieron bien instruidos en ella, recibieron el bautismo, tomando, por gratitud al Santo, el nombre de Vicente. El encargado de catequizarles fué Fr. Juan Jofré Gilabert, comendador de la Merced y discípulo de la escuela de San Vicente.

En reconocimiento al bien que hacía el Santo con sus predicaciones «á las almas del pueblo de la ciudad», acordó el Consejo, con fecha 7 de Julio de aquel mismo año, que los Jurados tomasen la incumbencia «de vestir de paño buriel, á costas de la misma ciudad, á cuantos se hallasen tener necesidad en la compañía y escuela del Maestro Vicente». Poco después, en 14 de Agosto, determinó que en adelante «nadie pueda construir casa alguna contra la cerca del convento de Dominicos, é indemnizar á los que habían comprado terrenos».

Por estos días—escribe Serafín—un valenciano tenía muy vejada del demonio una hija de diecisiete años, y deseando un remedio eficaz, resolvió llevarla á la presencia del Santo. «Sentíalo el espíritu pésimo que la agitaba, y resistíase terco; pero á su despecho la llevaron, haciendo el protervo espíritu mil visajes, con gritería y tumulto. Puesta la posesa á los pies del Santo, preguntó el varón de Dios al espíritu malo por qué motivo se había introducido en aquella doncella. A lo que respondió: «Hará como siete años que yo, con otros compañeros míos, entramos en casa de

su padre con ánimo de moverle á tanta cólera que pasase á matar á su mujer. En este medio, la mujer se santiguó y se encomendó á Cristo y á María. Esto nos cortó las fuerzas, y entonces, enfurecidos por haber perdido el lance, dimos tan horrorosa batería á la casa, que sus moradores creyeron que se les venía abajo. Con el espanto se santiguaron todos, menos esta doncella; y entonces yo, como me la ví desarmada, entréme de presto en ella». Oyendo esto, le dijo nuestro Santo: «Basta. El permiso del Altísimo con que has vejado á esta criatura, se acabó. Sal al momento de ella». Obedeció, mal de su agrado, el infernal espíritu, diciendo: «Bien te llaman Vicente, pues no puedo resistirte». Salió sin dilación alguna, dejando un intolerable hedor de piedra azufre y á la doncella desmayada. Entrególa el Santo sana á su padre, encargándole la hiciese confesar y la enseñase la doctrina cristiana».

Otro día, mientras predicaba, uno de sus oyentes lanzó un grito y se puso en seguida á bailar, cantar y ahullar como los lobos, acompañando todo esto con espantosas convulsiones que le dejaban como muerto. La asustada muchedumbre, á la vista de este horrible espectáculo, intentó retirarse; pero el Santo la detuvo, y dirigiéndose al demoniaco, le dijo: «Calla y déjame concluir el sermón». Terminado el discurso, el hombre comenzó de nuevo sus visajes, contorsiones y demás extraordinarios movimientos, y acercándosele el Santo, le hizo en la frente la señal de la cruz, y mandó al espíritu malo dijese la causa de haber entrado en el cuerpo de aquel desgraciado. «Este hombre, respondió el espíritu maligno, tenía una cortesana en su casa que se convirtió por vuestra predicación. Desde entonces os persigue, lo mismo á vos que

á vuestros compañeros, con un odio feroz, y no cesa de esparcir las más groseras calumnias. Hoy mismo ha venido aquí, no para aprovecharse del sermón, sino para tildar y censurar con lengua de víbora vuestras palabras. Dejadme, pues, que veje y atormente en venganza de lo que os quiso injuriar». «Yo soy, dijo Vicente, siervo de aquel que rogó por sus enemigos, y en nombre suyo te mando que sin dilación le dejes libre». Obedeció el demonio, pero dejó al poseso tan desvanecido, que permaneció más de una hora como si estuviese muerto. Un sacerdote de los que iban con el Santo le asistió y confesó, viviendo después de un modo muy ejemplar. Razzano, Vidal y todos los biógrafos dicen que fueron muchísimos los endemoniados que el Santo libertó en varias partes.

A propósito de estas posesiones, hemos de hacer algunas consideraciones. La ciencia actual explica naturalmente ciertos fenómenos que antes se creía pertenecían al dominio de los espíritus; pero no es posible negar, no obstante los progresos científicos, á los que saludamos con respeto, que la acción directa y física del demonio sobre el hombre es un hecho real y verdadero. No hay ninguna repugnancia en que Dios pueda servirse de los demonios, espíritus perversos, para atormentar á los malvados, ó probar á los justos, ó amedrentar á los pecadores. Supuesta la existencia y condición perversa de espíritus malhechores, Dios puede permitir, por causas justas, que el demonio, abusando de su libertad, pueda obrar sobre el cuerpo de un hombre, en la medida que se lo permita, agitar su sangre, remover sus humores, influir sobre su cerebro, turbar su imaginación, transportar su cuerpo, y, en una palabra, producir todos los fenómenos que se notan en los endemoniados. En los

Evangelios se habla á cada paso de los demoniacos, posesos y energúmenos, y no es posible, sin trastornar las leyes de la crítica, entender aquellos lugares de hombres enfermos ó lunáticos. Además, en dichos Evangelios se distinguen claramente los enfermos de los afligidos por el demonio, y los médicos más ilustres confiesan que no se hallan en los lunáticos, melancólicos ó epilépticos los síntomas que se ven en los verdaderos demoniacos, según las señales que para conocerlos da el Ritual romano. Jamás se ha leído un ejemplo de verdaderos demoniacos curados por los médicos, mientras que los exorcistas cristianos, que no sabían una palabra de medicina, expulsaron á los demonios con la invocación de Jesucristo. Pero se dirá que hoy no se ve ningún poseso, lo cual es absolutamente falso: pruebas de ello tenemos en los fenómenos del espiritismo y muchos del hipnotismo, puesto en moda, sobre los cuales ninguna de las hipótesis ó explicaciones ideadas por los médicos y filósofos han podido satisfacer á la inteligencia, que no puede menos de atribuir dichos fenómenos á intervenciones verdaderamente diabólicas. No son, pues, ninguna ficción los hechos que mentamos, que los refieren todos los autores, y que se hallan comprobados por testigos que los declararon en el proceso de canonización.

A este tiempo pertenece la encantadora historia de Inés de Moncada. Estaba esta joven oyendo un sermón de San Vicente, que versaba acerca de la virginidad, y, alentada por la suave fragancia de la gracia divina, resolvió realizar lo que mucho tiempo acariciaba en su imaginación, es decir, consagrarse enteramente á Jesucristo lejos del mundo, en las asperezas de un monte; pero sus padres se opusieron á que cumpliese sus designios, no obstante la multitud de visiones que

había tenido y que daban á entender no era Inés para vivir entre el bullicio del mundo. Fortificado y enardecido su corazón por las palabras del Santo, vistióse de hombre y se dirigió á la Cartuja de Porta-Cœli, retirándose á vivir á una cueva, en la que estuvo veinte años. Una noche vieron algunos pastores una hermosa columna de luz, coronada de celestiales llamas, que salía de la cueva y subía al cielo, lo cual pusieron en conocimiento de los monjes, que, trasladados al lugar donde se encontraba Inés, la hallaron difunta y como estática, arrodillada delante de una cruz, las manos y ojos levantados al cielo, su rostro resplandeciente y la carne, aunque dos días inanimada, fresca y hermosa, despidiendo una celestial fragancia. ¡Qué poder tendría la palabra de Vicente con los pecadores cuando á los justos convertía en santos!

También se dice que en esta época profetizó á Alfonso Borja que llegaría á ser Papa. Ya antes de nacer anunció San Vicente á su madre que el niño que le nacería llegaría á este alto cargo, y siendo muy pequeño la dijo cuidase mucho de aquel infante, pues estaba destinado á hacer grandes cosas. Algunos años después, el niño, acompañado de uno de sus tíos, se le acercó para besarle la mano, y encargó el Santo que se le hiciese estudiar, pues estaba destinado para gobernar la Iglesia. Estando Alfonso estudiando en Lérida en 1409, cuando San Vicente predicaba allí, se le acercó un día, después del sermón, y le dijo: «Padre, habéis pronunciado un sermón muy bonito; ojalá os haga Dios un Santo», á lo que contestó el Santo, retirándole á un lado: «Espero que Dios me hará un Santo, pero tú me darás el más grande honor que puede darse en este mundo». En memoria de este milagro se erigió una capilla cerca de aquel lugar.

Finalmente, por estos días le dijo claramente: «Vos seréis Papa y me canonizaréis». El Paborde Guerâu, en el sermón que predicó en las fiestas del centenario de la canonización de San Vicente en 1655, dice que esto sucedió en la parroquia de San Esteban, y que Borja, estudiante entonces, ya escribió de su mano el nombre de Calixto que había de tomar siendo Papa, y el voto que hizo de mover guerra contra los turcos. El Maestro Fr. Antonio Brixiense dice, que el mismo Calixto, siendo Cardenal, dijo al rey D. Alfonso que estaba cierto había de ser Papa, porque San Vicente, cuando era niño, le profetizó esto y que le había de canonizar; Roberto de Licio asegura le participó esta noticia el mismo Calixto III.

Durante dos meses estuvo en esta época San Vicente en Valencia, realizando prodigios, convirtiendo pecadores, abriendo los ojos de la fe á judíos y moros, santificando á los justos, llevando la paz á los corazones desgraciados, dulcificando las penas de la vida y apaciguando las enemistades de los bandos en que se hallaba dividida la ciudad.

CAPÍTULO XI

Dos profecías en Teulada.—Regreso á Valencia.—Una carta de Orihuela.—Otra vez el asno inteligente.—Lucha de Santos en Alcira.—Profecía en el monasterio de la Murta.—La fuente de Liria.—Misiones en Játiva.—El valle de Albaida.—Terrateig.—Una fundación prematura.—La venta misteriosa.—Más recuerdos.—El bonete de Alcoy.

Ya que Valencia había gozado de los beneficios que reportaba la presencia del Santo, justo era que participasen también de ellos los pueblos de su provincia, muchos de los cuales había visitado ya cuando estuvo encargado de la Cátedra de Escritura en la Catedral.

El día 20 de Agosto de 1410, emprendió su viaje por los pueblos del Sur, bordeando la costa, y predicando en todos los que encontraba á su paso, en los cuales se conservan recuerdos y se le tiene especial devoción, festejándole el día de su fiesta con inusitada pompa y esplendor. Teulada es uno de los pueblos que conserva más recuerdos. En aquel tiempo estaba este pueblo muy vejado de los moros corsarios del África, los cuales, en sus diferentes desembarcos, no sólo talaban y destruían cuanto encontraban, sino que se apoderaban de sus vecinos y se los llevaban cautivos, y como término á tantos males, la peste

sembraba la muerte todos los años. Representáronle aquellos desgraciados habitantes todos estos males, y el Santo, saliendo procesionalmente, acompañado de los personajes más principales, hasta un peñasco situado dentro del mar, grabó en él, con el dedo pulgar, según dice Escolano, una cruz, diciendo, con la luz profética de que estaba adornado, que jamás franquearían los moros aquel lugar, como sucedió en efecto, no obstante haberlos tenido muchas veces á la vista. A la vuelta de esta procesión, se paró en medio de una encrucijada con los que le acompañaban, bendijo todos los contornos, y después de hacer colocar allí una cruz, dijo que en adelante no sufrirían los desastres de la peste. Prueba de ello fué que más de un siglo después, en 1532, «cuando encendiéndose con furor la peste en aquella parte del reino, no hirió vecino alguno de Teulada, sobre que en Benisa, lugar muy vecino á esta villa, se encendió de manera, que no sólo acabó con todos sus moradores grandes y pequeños, sino que mató cuantos animales había en el lugar». La gratitud de aquellos piadosos labradores levantó más tarde una iglesia, conocida hoy con el nombre de «Ermita de San Vicente», en la que hay una antigua imagen del Santo, que se ha reproducido en muchísimos cuadros. A orillas del mar existe otra capilla, dedicada también á San Vicente, de donde sale una fuente, que, según tradición, hizo brotar el Santo, y que se llama la «fuente santa», la cual no ha dejado de manar la misma agua, lo mismo en los tiempos de gran sequía, que en los de abundantes lluvias: á esta fuente se le atribuyen virtudes medicinales, y las paredes de la iglesia están llenas de exvotos, que recuerdan los prodigios por ella realizados. Hoy día se celebran solemnísimas fiestas sólo comparables á las

de la Virgen y Corpus. También se conservan allí algunas reliquias del Santo.

Hallándose San Vicente empleado en estas santas misiones, recibió un pliego del Obispo D. Hugo de Lupia y Bajes, en el que le pedía se restituyese á Valencia con la brevedad posible, porque, además de tener que comunicarle un asunto de grave trascendencia, importaba su presencia para componer dicha ciudad con Murviedro y sosegar las discordias que habían vuelto á renacer. En vista de tal urgencia, abrevió el Santo su visita en Denia y otros lugares que se había propuesto recorrer, y se restituyó á Valencia, «donde con su autoridad y modo templó los ánimos de los valencianos y los reconcilió con los de Murviedro», precisamente cuando la tempestad iba á estallar, pues los valencianos se habían armado contra los saguntinos, por no haber querido recibir éstos á su Gobernador D. Arnaldo Gillén de Bellera cuando fué á visitarles.

Por este tiempo recibió una carta de los Jurados de Orihuela, en la que le rogaban les visitase y fortificase con su fervorosa palabra. La carta, traducida del lemosín, dice así: «Al muy Reverendo siervo de Jesucristo, Fr. Vicente Ferrer, Maestro en sagrada Teología.—Muy Reverendo Padre en Jesucristo: Teniendo noticia por algunos vecinos nuestros y por otros que han divulgado en esta ciudad, sin haber estado vos en ella, que muchos se han afirmado en las virtudes más ejemplares, desterrado los vicios y los males, y aumentado la fe y obras buenas, perseverando luego por permisión divina, en Valencia y los lugares donde habéis estado, á causa de que todos aquellos que os oyen abren los ojos al conocimiento de Dios, y, dejando los caminos torcidos y perversos, siguen los pasos

de nuestro Señor Jesucristo; teniendo en cuenta, Reverendo Padre, que en esta villa y su partido hay gente muy pecadora y supersticiosa, que va por el camino de su eterna condenación, y deseando muchas personas reparar el mal hecho abriendo los ojos á la verdad, nos han rogado os escribiésemos para manifestaros sus súplicas; nosotros, interesándonos, por el cargo que ejercemos, que se destierren de esta tierra los vicios antes dichos, os enviamos al honrado vecino de esta villa Mosén Jaime Terres, suplicando y rogando á vuestra caridad le recibáis benignamente, prestéis fe á todo lo que de nuestra parte os dirá, y pongáis por obra todos sus ruegos, lo cual tendremos por grande honor y señalada merced. Nuestro Señor Dios, por su gran clemencia, os conceda la perseverancia en tan buenas obras, para que mediante vuestros trabajos y solicitud, consigan todos cuantos os oigan gozar en vuestra compañía la eterna bienaventuranza, donde, cuando fuese servido, nos lleve su divina Majestad. De Orihuela, en 26 de Agosto de 1410.—Los humildes y devotos servidores vuestros en Jesucristo, que se encomiendan á vuestra gracia y oraciones.—El Justicia, los Jurados y Consejeros de Orihuela».

Terres puso en manos del Santo predicador la carta que antecede, el cual contestó en 21 de Septiembre con la siguiente, también en lemosín: «Honorables Señores: Dios mediante, después de ir á algunos lugares, que he prometido visitar, pasaré por esa ciudad para satisfacer vuestros deseos, y por esto os escribo con mi propia mano estas breves lineas».

Llegado á Valencia y cumplida su misión, que debió durar muy poco tiempo, emprendió de nuevo su predicación, dirigiéndose á Alcira, donde existe la

tradición de que allí tuvo también lugar la escena del asno y el herrero, que hemos dicho sucedió en Montblanch, según referido queda en uno de los capítulos anteriores. También se cuenta en Alcira la leyenda de que, estando predicando el Santo cerca del río, donde hay una imagen de San Bernardo, al recriminar los pecados del mundo, y en especial los de aquel pueblo, dijo: «Día vendrá que se dirá sobre las ruinas de este pueblo: aquí estaba Alcira». Entonces una voz salida de la imagen del religioso de Poblet, contestó: «No mientras Bernardo esté aquí». Esta especie de diálogo profético ha llegado á convertirse entre aquellos habitantes en verdad indubitable, y de ella conservan una convicción profunda. Sabido es que las avenidas del río Júcar amenazan de continuo la deliciosa campiña, en medio de la cual se encuentra Alcira, y la lucha entre la justicia y la misericordia divinas, acaso dé el triunfo á la primera, si los corazones se apartan de la fe y siguen los impulsos del mundo prevaricador.

Entonces parece que visitó el célebre monasterio cisterciense de Nuestra Señora de la Murta, del que hoy no quedan más que ruinas. En el libro de hechos de dicho monasterio se leía que «San Vicente Ferrer predicó en el púlpito que se conserva en la sacristía, que era la iglesia antigua: agradóle mucho la manera de vivir de aquellos santos padres, y dijo, que si Dios no le hubiese llamado á aquel estado de predicador evangélico, se hubiera quedado con mucho gusto en esta santa casa; y añadió que los religiosos que muriesen en la misma santa casa, ninguno de ellos se condenaría»; y esta profecía llenó de tanta confianza á sus religiosos, que cuando enfermaban fuera del monasterio, se hacían llevar, aunque estuviesen gravemente

enfermos, para morir en él, esperando por la profecía la protección del Santo, para alcanzar buena muerte.

De aquí se dirigió á Albaida, predicando en todos los pueblos por donde pasaba; pero pronto tuvo que desandar lo andado, pues habiéndose desarrollado una espantosa sequía en Liria, población que se encuentra en dirección opuesta, el Consejo le envió una comisión de Regidores para aconsejarse acerca de lo que se debía hacer. La falta de lluvias había sido causa de que la fuente pública de Liria no diese bastante agua para beber, teniendo la ciudad necesidad de distribuirla por igual entre cada vecino. San Vicente, que nunca se mostraba indiferente á las desgracias del prójimo, se trasladó á Liria, y apenas llegado, mandó ayunar durante tres días á toda la villa, después de los cuales se dirigieron todos en rogativa á la fuente, que abastecía á los vecinos y de la cual pendían en gran parte sus cosechas, convertida entonces en arenisco sequeral, en lugar de manantial de abundantes y cristalinas aguas. Bendijo el Santo la fuente, y al instante comenzó á salir de nuevo agua en abundancia, no faltando desde entonces, al menos para beber. Para que aquel prodigio continuase, les dejó una oración, que compuso al intento, y que se decía todos los días en la Misa conventual. Se ha construído, cerca de la fuente, una iglesia, dedicada al Santo, que poseyeron los Trinitarios, y en la que anualmente se celebra una suntuosa fiesta, acudiendo en romería, no sólo los lirianos, sino también muchísimos forasteros. Todavía existe el olivo, bajo del cual descansó y predicó San Vicente, y desde donde se bendice todos los años la fuente.

En la antigua iglesia de Liria, donde predicó San Vicente Ferrer y después San Luis Beltrán, se conser-

va el púlpito con esta inscripción en valenciano: «Predicó en este púlpito San Vicente Ferrer el año 1410, de edad de sesenta y un años. Predicó San Luis Beltrán el año 1671, de edad de cuarenta y cinco años». Es difícil encontrar en este pueblo y sus contornos familia alguna en que no haya un Miguel y un Vicente, en honor de los dos patronos.

Terminado el objeto de su viaje, se dirigió de nuevo al valle de Albaida á continuar sus predicaciones, deteniéndose antes en Játiva. He aquí una relación de la presencia del Santo en la ciudad, extractada por Teyxidor, del libro de los Consejos de Játiva, desde la fiesta de Pentecostés de 1410 á la de 1411: «Estaba á la sazón en el reino el bienaventurado San Vicente Ferrer, con intención de pasar al reino de Murcia y de allí á Castilla. Játiva supo, por vía de un mensajero, que el Santo tenía que pasar por allí y que se había de detener en ella para predicar por espacio de quince días ó más, y propúsolo en Consejo en 5 de Septiembre (1410) para que se proveyese en lo que tocaba á alojar á los de su compañía, que eran muchos, y al sustento de todos ellos, y resolviera que mientras el Santo varón estuviese en la ciudad, se le hiciera el gasto á él y á todos los que con él viniesen, y que todos fueran bien alojados. Llegó el siervo de Dios á Játiva bien pronto, y estuvo en ella por algunos días, y para que dijese Misa y predicara donde cupiese el gran número de los oyentes, se le hicieron cadalsos.

«Ya había tregua entonces entre D. P. Maza de Lizana y los Centelles, pero no pasaba de tregua para mientras durase la elección ó declaración en los reinos, y no tenía nada de amistad; antes de sus corazones la tenían tan desterrada cuanto antes de la tregua, y no esperaban sino que pasase el plazo para

volver á sus trece, de perseguirse mortalmente unos á otros: con todo eso importó la tregua para que pudiesen estar dentro de Játiva en esta ocasión, y ser oyentes de tan santo predicador. Enderezó el bienaventurado varón las flechas de sus palabras contra aquellos bandoleros tan enemistados; é hiriéndoles en los corazones, ablandóseles tanto, que comenzaron ya á arrostrar á lo que nadie ni ellos hubieran pensado, de tratar de paces.

»El Santo hubo de pasar adelante en su camino y peregrinación; y para que se concluyesen las paces con sus ceremonias y autos necesarios, y las firmasen muchos valedores de los bandos, que no estaban presentes, hizo que se quedase en Játiva el bendito Fray Jofré de Blanes, compañero suyo.

»Algunos de su compañía cayeron enfermos en la ciudad, y el Santo varón, antes de partir de ella, los encomendó al Consejo para que los hiciese medicinar y mirase por ellos, y el Consejo se lo ofreció con mucho gusto. Y porque lo que el Consejo había determinado antes que el Santo llegase á la ciudad, pensaban algunos que no se extendía sino á los gastos de los cadalsos y del sustento de la compañía del siervo de Dios mientras estuvo en la ciudad, determinó el Consejo en 7 de Octubre de 1410, que pagase la ciudad todo lo que se hubiese gastado en los tres enfermos que habían quedado, y que les mandase hacer ropas de buriel y calzas y zapatos que pedían, y que así propio pagase la ciudad todo lo que gastase Fr. Jofré de Blanes, y el escribano que iba con él extendiendo de ir de una parte á otra para concluir las dichas paces.

»De Játiva partió el varón de Dios para aquellos lugares, y es cierto que predicó en el Genovés, desde

una ventana de una casa. Estaba en la devota casa de Luchente á 8 de Noviembre de 1410; y ese día se tuvo Consejo en Játiva para que se pusiese en ejecución lo que el Santo les había encargado, que no consintiesen rameras en los mesones, ni juegos en la ciudad, ni sufriesen que se blasfemase de Dios, ni de su bendita Madre, ni de los Santos, y que no se hiciesen otros feos pecados que la ciudad disimulaba, sino que los castigasen, porque ellos eran causa de las muertes que había en la ciudad, y que si los castigaban, Dios se compadecería de ella, y levantaría la mano de aquel azote de las muertes; y resolviese en el Consejo que se hiciera así, y que para ejecutarlo se diese al Justicia toda labor y ayuda.

»Quedó la ciudad de Játiva tan pagada del bienaventurado San Vicente, que quisiera mucho que volviese otra vez, y aun lo procuró á instancia de muchos de sus moradores que se lo pusieron en cargo de conciencia, diciéndole, que si el Consejo gustaba de ello y lo pedía al Santo, él volvería á predicar. Los más señalados que hicieron este cargo á la ciudad, fueron: Andrés Lloréns, Jaime de Orti, Bernardino Malferit: porque los dos primeros, en compañía de otro, se ofrecieron á buscar posadas para las doscientas y setenta personas que iban en compañía del Santo, y el postrero se ofrecía á dar sustento á cincuenta de ellas. Y creció tanto el deseo de la venida y vuelta del Santo á la gente de Játiva, que Andrés Lloréns y Jaime de Orti se obligaron en pleno Consejo de la ciudad al alojamiento y sustento de toda la dicha compañía del Santo, en 26 de Noviembre de 1410. La ciudad admitió el ofrecimiento y se obligó á todos los demás gastos que se ofrecieran con la venida del varón de Dios, así para su mesa como para otras cualesquiera cosas; y

resolvió que se enviase un mensajero al Santo para que volviese otra vez á la ciudad».

Sigamos al infatigable apóstol en su campaña evangelizadora, y veremos en todos los pueblos del delicioso valle de Albaida, en Muro, Cocentaina, Fortuna, Avanillas, etc., huellas de su predicación, conservándose hasta hoy vivo su recuerdo y tributándole un culto espléndido, nacido de los innumerables favores que por su intervención se han logrado.

En el lugar de Terrateig se tiene por tradición inmemorial que estuvo San Vicente, y aun se conserva el olivo á cuyo tronco, dicen, se arrimó para predicar. En memoria del suceso, se construyó una ermita á unos 200 metros del pueblo, y la piedra sobre la que se colocó el Santo para predicar, hoy día se halla convertida en pila de agua bendita. Esta ermita, que desde principios de siglo se hallaba en estado ruinoso, fué reconstruída de nuevo é inaugurada el 2 de Abril de 1883, á expensas del Sr. Barón de Terrateig, desempeñando la cura de almas D. José Sempere y Masiá, según se lee en una de las lápidas colocadas en el dintel de la misma. Ésta reviste una forma rectangular, es de arquitectura ojival, y su portada del mismo género con sabor bizantino. El interior está formado de líneas sencillas del género gótico, con dos rosetones en la fachada y abside, y hay á derecha é izquierda del presbiterio dos ventanas rasgadas del mismo género, con vidrios de colores, las cuales, como las de los rosetones, imprimen un tinte agradable á la capilla.

Cerca de Albaida, en dirección á Alicante, había una ermita, dedicada á Santa Ana y San Antonio, y al pasar por allí San Vicente, se paró y dijo: «Día vendrá que en este lugar se alabará á Dios todavía

más que hoy». Y así sucedió, pues en el año 1538 el Conde de Albaida, D. Cristóbal Milán de Aragón, la donó para convento de la Orden «al Santo Provincial Fr. Juan Micó, natural del Palomar, á media legua de ella», según palabras de Diago, confiando su gobierno á su discípulo é hijo espiritual San Luis Beltrán, que convirtió el convento en casa de maravillosa observancia.

Siguiendo su viaje el Santo, con su numerosa comitiva, por aquellas montañas, al advertir que la gente, cansada y falta de alimento, desfallecía, la consoló diciendo que muy pronto hallarían una venta donde serían convenientemente asistidos. «Ganaron la cuesta, dice Serafín, y junto al camino vieron una venta nueva, cuyo huésped les regaló con abundancia. Pasaron adelante, y habiendo hecho algo de camino, llamó el Santo á uno de su compañía (que no daba aún asenso á sus milagros, y solamente le seguía por gustar de su doctrina) y le dijo volviese á la venta y le trajese el bonetillo que se había dejado en ella. Fué el hombre corriendo al sitio y paraje mismo donde habían dejado la venta, pero ni halló venta ni el menor vestigio de tal fábrica. Solamente halló el bonete pendiente de una rama de un árbol. Y conociendo de aquí que aquella aparente fábrica y el abasto de la gente todo había sido milagroso, aprendió á creer en las maravillas del Santo, quien en el mismo día dió el habla á una pobre muda que le salió al encuentro y le pidió salud».

En Gandía y Oliva se encuentran también ermitas consagradas á nuestro Santo, lo mismo que en Agullent, pueblo situado entre Albaida y Onteniente, donde hay un pequeño convento é iglesia á él dedicados, tributándosele devoto culto á causa de los prodigios rea-

lizados por su intercesión: en este lugar se retiran con frecuencia muchos religiosos y sacerdotes para practicar ejercicios espirituales. Otras ermitas y recuerdos del Santo se conservan por estos contornos, pero los pasamos en silencio porque nos haríamos interminables.

Siguiendo sus predicaciones llegó á Alcoy, donde quedó su bonete de lana negra en la casa donde se hospedó. Esta reliquia pasó á la familia Gisbert, y por herencia va pasando de padres á hijos, siendo su actual poseedor D. Jorge Corbí Assensi. De tiempo inmemorial ha sido tenido el gorro de San Vicente en mucha estima, creyendo piadosamente la familia poseedora y las relacionadas con ésta de antiguo, que por medio de esta reliquia ha obrado Dios muchos milagros, principalmente en partos difíciles y peligrosos, hasta el punto de que en Alcoy era solicitado el gorro por casi todas las que se encontraban próximas al parto, no recordando la familia poseedora que en ningún caso de los citados, ocurridos en la familia misma, ó en personas extrañas, haya ocurrido caso desagradable. Era tan frecuente en Alcoy solicitar el gorro á la familia Gisbert para estos casos, y era tanta la bondad y buenos sentimientos de la familia no negándose á dejar tan estimada reliquia, que por fin ocurrió lo que era de temer, y fué que se extravió, no sabiendo quién lo tenía; después de tres años, una noche de invierno, en medio de lluvias y truenos horrorosos, oyó la familia de Gisbert llamar á la puerta, y al ir á abrir, encontraron en la escalera el gorro, sin que supieran quién lo había devuelto.

Hemos sabido también que en la última revolución cayeron dos bombas y una granada en casa de D. José Gisbert, quedando hechos astillas todos los muebles y

objetos que había en la habitación donde estaba el gorro de San Vicente, y no obstante caer al suelo y á una gran distancia de la mesa donde se hallaba la urna de la reliquia, quedó ilesa y sin romperse.

Omitimos otras muchas tradiciones y cosas referentes á nuestro Santo, porque nos haríamos pesados y hasta difusos á fuerza de repetir lo mismo.

CAPÍTULO XII

Primer establecimiento de enseñanza en Valencia.—Lo que hizo San Vicente. —Un texto de Teyxidor.—Por qué se llama Catedrático de la Universidad á San Vicente.—Hombres notables de este centro de enseñanza.—Los Beguinas.—Principios del Colegio de Niños Huérfanos de San Vicente Ferrer.—Vicisitudes.—Traslado del Colegio.—Los «cagonets».—Régimen del Colegio.—Varias noticias.

San Vicente Ferrer, que se multiplicaba por remediar las necesidades de las familias y de los pueblos, debía hacer en Valencia algo notable y duradero, á fin de que la caridad y la ilustración de los siglos posteriores invocasen su nombre con respetuoso afecto. Por eso no se concretó sólo á hacer milagros y á arrancar almas del pecado, sino que, promoviendo la creación de la Universidad y del Colegio de Niños Huérfanos, dió una prueba de profundo cariño á la patria que le vió nacer.

Desde muy antiguo fueron acogidas las ciencias en Valencia con religioso entusiasmo, y si los romanos levantaron en ella templos al dios de la medicina, y los mahometanos establecieron estudios literarios, los cristianos, aun en el tiempo de su esclavitud, dedicados á las ciencias eclesiásticas, mantuvieron viva la antorcha del saber en el emporio de la región valentina. El Papa Inocencio IV, á instancias de D. Jaime

el Conquistador, expidió una Bula, concediendo ciertas notables gracias á la enseñanza pública, y más adelante, las diversas cátedras en iglesias y conventos fueron el germen de ópimos frutos, que prepararon el establecimiento definitivo del *Estudio general,* dando el decisivo impulso San Vicente Ferrer, en 1410, á favor de esta institución. «Entonces (1410), dice Diago, tomó muy á pechos el predicador apostólico que la ciudad fundase un Estudio general, y diese competentes salarios á hombres doctos para que leyesen ciencias en él á los hijos de la tierra. Encareció mucho este punto, y persuadiólo cuanto pudo. Y pudo tanto, que salió con lo que deseaba». No falta quien haga pasar al Santo por autor de los Estatutos que se adoptaron para su régimen. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que en 28 de Febrero de 1410, algunos meses antes de regresar el Santo á Valencia, el Consejo general había encomendado á los Jurados «que se pusiesen de acuerdo con varios hombres de ciencias acerca de las escuelas, en lo relativo al estado y pormenores sobre doctrina y sueldos, en cuanto les pareciere hacedero, y lo redujesen á memoria por capítulos». Sin embargo, como en las cosas grandes nunca faltan dificultades que vencer, no se acabaron de allanar las que se suscitaron en la erección del nuevo Estudio, hasta que medió la grande autoridad, eficacia y sabiduría de San Vicente. Estas dificultades nacían de la dirección del establecimiento, que unos decían correspondía á la autoridad civil, y otros á la eclesiástica. Esta casi insuperable dificultad, dice Teyxidor, es la que allanó San Vicente Ferrer, persuadiendo á los Jurados y demás del gobierno, que la acción de formar capítulo para el Estudio, siendo éste espiritual ó dirigido al bien del alma, era propia del Obispo y su Cabildo. En consecuencia del acuerdo

del Jurado y de la influencia de San Vicente, el 5 de Enero de 1412 fueron leídos y aprobados en el Consejo general, después de haberlo sido por el Obispo y su Cabildo, los primeros Estatutos ó *capitols,* que se conocen para el régimen del Estudio general de Valencia.

No han faltado algunos autores modernos que han puesto en duda la verdad de estos hechos, que tanto enaltecen á nuestro insigne compatricio; mas desvanece por completo esta nueva el distinguido Teyxidor en la *Ilustración 3.ª* de su «Vida de San Vicente», pág. 293, de la que transcribimos tan sólo el párrafo siguiente: «La noticia que sobre Estudio general da Serafín en el libro 2.º, cap. XII, pág. 111, asegurada por el venerable Micó, Escolano, Diago y Gómez, citados en la nota 156, pág. 393, ha sido recibida de todos sin la más mínima contradicción hasta el año 1758, en que imprimieron la «Memoria» los Padres Franciscanos observantes, en que el autor de las «Noticias históricas» que divulgaron en él, se atrevió á decir en el núm. 40 estas formales palabras: «Los cimientos de ésta, que tanto se gloría, floreciente oficina de la sabiduría, los debe su Universidad (de Valencia) á la religión seráfica y doctrina escotística; sin embargo que los atribuye equivocado el Claustro Mayor á las persuasiones del invicto San Vicente Ferrer, cuya persuasión, á no ser tan incierta, pudiera tolerarse por devota». Después de esto, el citado P. Teyxidor demuestra con irrecusables razones y datos históricos, que, no sólo el Claustro Mayor, sino todo el común de los historiadores y la tradición constante, están en la certísima inteligencia de que, á instancias y persuasión de San Vicente Ferrer, se estableció en Valencia el primer Estudio general, y en el mismo sitio en el

que al presente se halla la Universidad, aprobada con facultad Pontificia y Real.

Dícese que San Vicente fué Catedrático de la Universidad, según lo indica el retrato que preside á todos los que han regentado cátedra en ella, lo cual no se compagina por la falta absoluta de tiempo material. Sin embargo, nosotros creemos que está justificada la colocación de dicho retrato en el lugar donde se halla, pues como dijimos en los primeros capítulos, en 1368 el Santo daba en su convento un curso de Filosofía, al que acudían, no sólo los religiosos, sino también todos los seglares que querían aprovecharse de sus explicaciones: ¿no es probable que entonces, debido á su instigación, hubiese germinado entre el público la idea de una Universidad? Si fué así, con justicia puede ocupar su retrato el lugar de honor en la sala de actos públicos.

La Escuela valenciana ha tenido siempre en casi todas las facultades un profesorado eminente, y en medicina, lenguas griega y hebrea, en Artes y Bellas Letras, quizá fué el primero de las Universidades de España en más de una ocasión y durante algún tiempo, acumulándose en sus claustros hombres pensadores en todos los ramos del saber, saliendo de su seno príncipes para la Iglesia, genios para la política y el gobierno del mundo, y, formando su profesorado una pléyade de doctores y sabios, púsose siempre Valencia en contacto con los hombres más eminentes de Europa. Los graves personajes, cuyos retratos adornan los muros del Paraninfo de la Universidad, forman una pequeña parte del vasto catálogo de hombres eminentes para el mundo científico. Jaime Pérez; el Cardenal Despuig; el orientalista Zaguntino; el comentador Belluga; Alonso de Borja, Papa Calixto III;

Ferriz, profesor de Bolonia; el astrónomo y médico Torrella, y el célebre médico Jaime Roig; Palma, doctor en el Concilio de Trento; el primer historiador valenciano Pedro Beuter; Egea, profesor de Montpeller; Frígola, apellidado el Santo, vicecanciller del supremo de Aragón; Pedro Jimeno, padre de la ciencia médica de Valencia; Ledesma, traductor de Avicena y comentador de Galeno; Collado, el descubridor del hueso *stapes;* el político Rocafull; el orientalista Guerau; Rey de Artiede, jurisconsulto, filósofo, poeta y soldado; el hombre de Estado Crespí de Valdaura, gobernador de España durante la menor edad de Carlos II; el célebre Lorenzo Matéu, comentador de los fueros; el botánico Melchor de Villena; García Salat y Vicente Gil; Vilaroig; Cabadés; Andrés Piquer; Juan Sala; Benavente; Simón Rojas Clemente; Gabriel Ciscar; Tomás Manuel Villanova; el gran matemático Tosca; el abate Andrés; Jimeno; Garelly; Liñán; Orfila; Ortolá; Falcó; Galiana; Borrull; Juan Núñez; Vicente Àntist; Diego Más; Juan Luis Vives, el primer filósofo y humanista de su tiempo; Lorenzo Palmireno; Corachán; Martí; Muñoz; Cabanilles... todos constituyen el congreso de hombres grandes que han ilustrado esta Escuela ó como discípulos ó como profesores, brillando en lo alto de este olimpo científico la figura humilde y evangélica de San Vicente Ferrer, á cuya intervención se debe un centro que ha dado tanta gloria á las letras y á la patria.

Como curiosidad, referente á nuestro objeto, anotaremos que para la Universidad se destinó la casa que había sido de D. Pedro Vilaragut, y que pertenecía á los obreros de Muros y Valladares, agrandándose poco á poco hasta formar el magnífico edificio que hoy vemos. El traje usado por los escolares á princi-

pios del siglo pasado, consistía en un vestido corto, á la salamanquina, con cuellos y sotanillas cortas de tafetán negro; hasta que durante el rectorado del Canónigo Pichó, en 1720, se dispuso que vistieran de largo, con sotana, manteo y sombrero de clérigo. Un bando, que contenía una orden del Real Consejo de 10 de Julio de 1770, publicado en Valencia el 7 del mismo, prohibió el sombrero clerical, mandando usar el sobregacho ó chambergo forrado de tafetán negro engomado, y los demás paisanos sombrero de candil ó de tres picos.

Vamos á decir cuatro palabras acerca del imperial «Colegio de Niños de San Vicente Ferrer», simpática institución que tantos bienes dispensa á centenares de pobrecitos huérfanos, donde reciben cristiana educación y sólida instrucción, y de la que han salido hombres muy notables.

Por los años 1170, el Presbítero Lamberto de Begués, ó el Tartamudo, de Lieja, fundó una célebre congregación de doncellas seglares para vivir en común, con votos simples de obediencia y castidad temporales, la cual fué conocida bajo el sobrenombre de su fundador, y llamada de los Beguinas, extendiéndose por Flandes, Alemania y Francia. Los Beguinas se establecieron en Valencia, ocupando una casa de su propiedad, situada frente al convento de San Agustín, esquina á la calle del Cobertizo de San Pablo, en el mismo punto que hoy ocupa la «Fundición Primitiva Valenciana» de hierro, en la calle de San Vicente, núm. 199, según lo afirman Esclapés, Jaime Roig, Vidal, Boix y otros. Por disposición testamentaria de Ramón Guillem Catalá, vecino de esta ciudad, y después por suplemento en un codicilo ante Andrés Espigol, Notario, en 1.º de Mayo de 1334, mandó que la

fundación se titulara de Santa María, ratificando la administración de cierto hospital, confiada á aquellas mujeres y puesta bajo la dirección de los Jurados. Conviene advertir de paso, que los Beguinas de que se trata, eran diferentes de los seculares que también llevaban este nombre, y por devoción especialísima seguían la regla de San Francisco, y que fueron extendidos por Bula de Juan XXII, lo mismo que los birocos, fraticellos, begardos y otros.

El privilegio de D. Juan I, dado en Valencia el 3 de Abril de 1394, hace particular mención de los Beguinas, expresando que en la casa de éstos eran asistidos los penitentes en los días de Jueves y Viernes Santo. Es probable que éstos asistían en aquel tiempo á la procesión de disciplina de sangre, recomendada por nuestro Santo, y en la que llevaban la imagen del Santo Cristo de la Penitencia, que, como hemos dicho, se conserva en la iglesia del Colegio. Afirma Orellana que vestían un sayo talar obscuro con un cuello ó valona, y después de canonizado el Santo, llevaban al costado izquierdo un escudo de metal con la imagen de aquél, de medio relieve.

Los innumerables bienes que podía producir tan caritativa cofradía no debieron escapar á la penetración de nuestro Santo, y animado de un humanitario y evangélico pensamiento, al ver el desamparo é indigencia en que gemían muchos niños huérfanos de ambos sexos, ya de padres cristianos, ya mahometanos que vagaban por la ciudad, pues además de la masa cristiana existían muchas familias judías, numerosos esclavos africanos y barrios enteros de musulmanes, que poblaban además la mayor parte de los lugares de la huerta, movido por su ardiente caridad y amor al pobre, pensó en recogerlos y en pro-

curarles para en adelante los medios necesarios de subsistencia, instrucción y educación cristiana; y llevado á feliz término tan noble y santo pensamiento, confió los niños recogidos al cuidado y dirección de los hermanos Beguinas, y las niñas á algunas piadosas mujeres de su escuela ó compañía, disponiendo vistiesen todos un hábito semejante al dominico, y que un virtuoso clérigo, también de su compañía, les enseñase la doctrina. Todo esto consta por el testimonio de historiadores dignísimos, y entre ellos Sala, Gómez, Vidal, Teyxidor y otros; por documentos antiquísimos, que conserva cuidadosamente en su archivo el Colegio de San Vicente, como las antiguas constituciones de la casa, escritas en vitela en 1548 [1]; la carta de Felipe II al Marqués de Aitona, de 14 de Marzo de 1593 [2], y otros muchos testimonios que confirman la tradición universal.

En la casa de los Beguinas, pues, se instalaron los desvalidos huérfanos recogidos, y aquéllos cumplieron su piadoso encargo de cuidar á los niños, siguiendo la senda que les trazara San Vicente. Aunque no consta auténticamente la confirmación de la tradición indicada, parece indudable que el ilustre San Vicente recogería á los pobres huérfanos, y que su pensamiento, admitido y fomentado por el Consejo de la ciudad, produjera con el tiempo la loable fundación

1 Estas Constituciones tienen al principio una hermosa lámina del Santo, y á los lados dos huerfanitos arrodillados, niño el uno con saya blanca, beca y bonete negros, y niña el otro con saya blanca y manto negro á manera de religiosa dominica, y en dichos Estatutos se ordena sean llamados "colegiales de San Vicente Ferrer".

2 En esta carta, que trata sobre la innovación del gobierno de la casa, se dice: "De la visita que ha hecho el Dr. San Juan de Aguirre, del colegio de los niños perdidos, que fundó en esta ciudad de Valencia el glorioso San Vicente Ferrer, resulta..."

del expresado colegio, honrándole con el nombre del que inició el primer pensamiento. Extinguidos los Beguinas, sucedió una cofradía, llamada de los «Huérfanos de San Vicente Ferrer», formada por algunas personas caritativas de todas clases que procuraron sustituirlos, formándose en 1450, á instancias del Presbítero Palanquí, por el Jurado Bernardo Simón, Presidente de la cofradía, un proyecto de reglamento, al que se le dió valor público en 25 de Noviembre de 1547, ante el Notario Jerónimo Lovera. Estas ordenanzas, para el mejor régimen de la casa, fueron aprobadas por el virrey D. Francisco de Aragón, por el Vicario general de la diócesis y por los Jurados. Dos años después, el Emperador Carlos V, por carta fechada en Bruselas en 30 de Abril de 1549, concedió á la cofradía muchos privilegios. Para su sostenimiento, los cofrades debían dar cada viernes una cantidad, contribuyendo también la ciudad, la cual tomó más tarde el patronato, colocando sus armas sobre la puerta.

Habiendo decaído esta fundación, Felipe II, por carta fechada en Madrid el 14 de Mayo de 1593, la declaró disuelta y creó una nueva forma de gobierno, á saber: Que cada año se nombrasen tres administradores, uno Canónigo, y fuera el que por turno tuviese la administración del Hospital general; uno de los Jurados segundos, alternando un caballero con un ciudadano; y el tercero fuese el clavario de dicho Hospital. Estos tres debían nombrar un eclesiástico, caballero ó ciudadano, que debía tener su habitación en la misma casa ó colegio, para que lo rigiese y gobernase con el título de Clavario.

Carlos V había fundado un colegio para albergar y educar los hijos de los moriscos convertidos; pero

habiendo sido expulsados aquéllos en 1609, D. Felipe IV hizo donación del edificio á los niños huérfanos de San Vicente Ferrer, que se trasladaron á él desde la casa que ocupaban. He aquí el texto de la carta, conservada en el archivo de la ciudad: «A los amados y fieles míos los Jurados, Racional y Síndico de mi ciudad de Valencia.—Amados y fieles míos: Al Arzobispo de esa ciudad escribo, enviándole el beneplácito que Su Santidad ha dado para que tenga ejecución la merced que he hecho á los niños huérfanos de San Vicente Ferrer de esa ciudad de la casa que era antes, como sabéis, colegio para la crianza de los niños, hijos de moriscos nuevos, convertidos á nuestra santa fe, por haber cesado con la expulsión el instituto de su fundación, y tener ellos precisa necesidad de ensancharse de casa, por ser estrecha la que tienen...» Después que los niños colegiales de San Vicente tuvieron este colegio, dió el rey la casa que dejaron en la calle de San Vicente á los religiosos agustinos descalzos de Santa Mónica, y después de haber repartido gran parte de las rentas del colegio de los niños moriscos en diferentes comunidades y sujetos beneméritos, pasaron los colegiales al colegio que hoy tienen el año 1624. Todavía se verifica todos los años, el lunes de Pascua de Pentecostés, una procesión de niños, llamada desde antiguo «dels cagonets», y que recorre la calle de San Vicente como recordando el primer sitio que tuvo la institución. Esta procesión, formada de niños de corta edad, llevados muchos en brazos, llama poderosamente la atención.

Cuando faltaron los Beguinas, quedaron en el hospital dos imágenes: una, la del Santo Cristo de la Penitencia, que fué trasladada al nuevo colegio, y otra la de Nuestra Señora, que se denominaba de los

Niños Perdidos, la cual fué recogida por los religiosos agustinos descalzos, y trasladada después á Caudiel, donde se venera bajo la invocación del Niño Perdido. Tal vez sea la misma imagen que tuvieron los Beguinas desde 1334. En las fiestas del centenar de la conquista, correspondiente al siglo XVIII, el nuevo propietario de la casa que fué de los Beguinas y de los niños huérfanos, exornó la frontera con historias pintadas, alusivas al destino que tuvo antes este edificio.

En la época de escribir el P. Vidal la vida de San Vicente, dice que había más de cien niños y más de cien niñas en el colegio, sufriendo en el trascurso del tiempo varias alteraciones, según el estado de las rentas, ó de resultas de las calamidades públicas, que aumentaban naturalmente la orfandad. Hasta por los años 1834, el cuidado y enseñanza de las niñas estaba á cargo de maestras ó directoras particulares; pero los administradores de aquella época confiaron este oficio á las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, continuando hasta hoy. Para ingresar en este colegio, se exige, tanto para los niños como para las niñas, tener siete años de edad, ser huérfanos y aportar para ayuda de costa cierta cantidad, recogida generalmente de limosnas: pueden permanecer en el colegio hasta los catorce años, enseñándoles la instrucción primaria y dedicándose las niñas á las labores de su sexo y los varones á algún oficio. También los que lo solicitaban se les permitía y permite aún abrazar los estudios, y sin dejar el tradicional traje asisten á las aulas.

Una de las ocupaciones de estos colegiales era cuestar limosnas por el establecimiento en unos cepillos, que llevaban pendientes del ceñidor de correa de su túnica, y así se les veía todos los días en las igle-

sias, donde se destinaban á ayudar las misas á ciertas horas, como aun se observa en la Catedral. El colegio recolectaba limosnas en todo el reino, siendo una de las más pingües la del capullo de la seda.

Los niños huérfanos de San Vicente Ferrer gozan de muchas prerrogativas, y en las procesiones ocupan el primer lugar, presidiendo á todos los asilos y demás acompañamiento.

CAPÍTULO XIII

Orihuela.—Un Prior arrepentido.—Una carta satisfactoria.—Recuerdos.—Lo que hizo el Santo en Murcia.—Continúan las misiones.—Un moro pertinaz.—Los caballos misteriosos.—La langosta.—Un sermón notable.

CUMPLIENDO la promesa que había hecho San Vicente á los Jurados de Orihuela, en carta fecha 21 de Septiembre de 1410, trasladóse á esta ciudad, hospedándose en el convento de Mercenarios, con el ilustre P. Fr. Juan Jofré Gilaberto, de esta Orden, que le acompañaba. Como cada paso del apóstol valenciano era señalado con innumerables prodigios, esta ciudad le recibió como si fuese un ángel de Dios, lo cual agradeció el Santo obrando muchos milagros, librando del demonio á una infeliz muda y á otra que daba horribles convulsiones.

En esta ciudad tuvo una entrevista con un Prelado de cierta Orden, según se cuenta en una vida manuscrita del Santo. Dícese que en el tiempo que estuvo Vicente en Valencia, un Prior de otra Orden le había difamado y calumniado. Este sujeto, arrepentido después de su perfidia, emprendió el camino de Orihuela en busca de San Vicente, y encontrándole, se arrojó á sus pies y le pidió perdón de todo lo que había dicho y hecho contra él. «Mucho tiempo ha que

estáis perdonado, y Dios ha ratificado mi perdón; confesaos sin tardanza porque moriréis dentro de poco». Asustado el Prior por esta sentencia, confesóse al instante, pidió la bendición humildemente, y se puso en camino con algunos compañeros, al mismo tiempo que el Santo se dirigía á la plaza á predicar. Se cumplió tan pronto la sentencia en el Prior, que estando á la mitad del sermón supo por revelación la desgracia, y dijo: «Roguemos por aquel religioso que hace poco habéis visto se despedía de mí, porque acaba de morir». Al día siguiente, al terminar la Misa, llegó un mensajero para decirle el suceso del día anterior, á lo que el apóstol contestó, que ya lo sabía y que la Misa que acababa de decir había sido á su intención.

Pero el gran milagro que hizo en Orihuela, fué la reforma de costumbres que obró en sus vecinos, habiendo desaparecido las usuras, odios, contratos criminales y otros males á cual más triste, como se declara en la siguiente carta que, con fecha 4 de Marzo de 1411, escribieron el Justicia, Jurados y Consejeros al Obispo de Cartagena Pablo de Burgos. Dice así, traducida del lemosín: «Muy Reverendo Padre y Señor: Creemos que será agradable á vuestra gran Reverencia el saber que Fr. Vicente Ferrer, Maestro en Teología, ha estado en este vuestro Obispado, y que ha visitado Alicante, Elche, Orihuela, Murcia, y que ahora se encuentra en Lorca: su presencia ha producido inmenso bien en todo el país y frutos de salvación en todos los fieles cristianos, especialmente en esta ciudad, de donde os escribimos, que por su santa predicación se ha apartado de los vicios y pecados públicos. Así, por ejemplo, nadie se atreve á jurar, ni grande, ni pequeño, por el nombre de Dios, ni de la Virgen María, ni por la Sangre de Cristo, ni por cosa

semejante, y si á alguno se le sorprende blasfemando, al instante se le hace rigurosa justicia. Además ha sido cerrada, hace ya tiempo, la Tafurería (casa de juego) y nosotros por este motivo hemos renunciado el privilegio que esta ciudad tenía sobre ella: no se juega á ninguna clase de juego, bien sea de dados ó de naipes. No se hacen tampoco conjuros, maleficios ni signos cabalísticos, y nadie consulta ya á los adivinos y adivinas. Los clérigos no juegan como antes, y las fiestas lascivas han sido suprimidas. Todos en general, y cada uno en particular, tiene dicho que sea acusado cuando caiga en cualquiera de los pecados citados. Sólo os manifestamos estas cosas consoladoras, porque las otras sería largo de escribir.

»Nunca se ha confesado la gente como ahora, de tal manera, que los sacerdotes no se dan un punto de reposo oyendo confesiones y dando la Comunión. Los domingos y fiestas mandadas, todos, hombres y mujeres, excepto algunos pequeñuelos, van á Misa con una devoción tal, que á no verlo, no se podría creer. Las iglesias antes eran demasiado grandes, y ahora son excesivamente pequeñas, dado el gran número de fieles que á ellas acuden. Finalmente, manifestamos á vuestra paternidad que nos ha dejado á todos muy cristianos. Y lo que ha hecho en Orihuela ha sucedido también en todos los lugares que ha visitado: de todo damos gracias á Dios y á vos también, porque os debemos la venida del Maestro Vicente, á quien el Señor conserve largo tiempo en su gracia, y á su muerte ponga su alma entre los apóstoles, mártires y confesores.

»Uno de los más grandes favores que por la gracia de Dios hemos obtenido, es la predicción de dicho Santo, de que en esta ciudad no habrá peste, ni plaga,

ni enemistades: todos con mucho gusto y por el amor de Dios se han perdonado mutuamente sus ofensas. Se han contado 123 reconciliaciones, de las cuales 66 eran enemistades de muerte: las otras son de manos, brazos ú otros miembros que se habían de cortar. Que Dios sea alabado por semejante paz. Solamente un eclesiástico, Juan Fluvia, y un nuevo cristiano no han querido perdonarse, y por este Fluvia estamos escandalizados, porque todos están en paz excepto él. Pedimos, pues, á Dios por la conservación del Maestro Vicente, á cambio de los beneficios que nos ha dado, y por vos que le habéis hecho venir. Que nuestro Señor os conserve en su santo servicio...»

Por el contenido de esta carta se comprenderán los inmensos beneficios que hizo el Santo en Orihuela, donde se conserva aún aquella fe, á pesar de las contrariedades de los tiempos y de las asechanzas de la maldad. Como recuerdos se guardan en la Catedral el púlpito en que predicó, una Virgen del Niño Perdido, que llevaba San Vicente en sus misiones, y otros muchos objetos y costumbres que el tiempo no ha podido destruir. Algunos autores, fundados en una nueva carta que los Jurados escribieron al Santo dos meses después, afirman que estuvo otra vez en Orihuela, pero esto no ha sido posible comprobarlo.

El día 29 de Enero de 1411 marchó nuestro Santo á Murcia, acompañado del escribano Leonardo García que, con autoridad apostólica, daba fe de los perdones que se otorgaban á consecuencia de la predicación, de los Regidores Juan Sánchez de Ayala y Manuel Porcel, mensajeros del Consejo de aquella ciudad, y del Prior del convento de Santo Domingo de la misma.

En este año, el mismo Santo marca su itinerario día por día en el precioso manuscrito que se conserva

en la biblioteca del Colegio del Patriarca de Valencia, y donde se anotan las principales ideas y textos de Escritura que había de emplear en sus sermones. Nosotros, pues, seguiremos respetuosamente este itinerario intercalando los sucesos más importantes que sucedieron, fundados como siempre en el sentir de los más verídicos autores.

En Murcia estuvo 27 días, es decir, desde el 29 de Enero hasta el 24 de Febrero, y aunque en el documento citado sólo se dice predicó diez sermones, siendo el último en la fiesta de San Matías, es probable que diariamente dirigiría la palabra á aquellos vecinos, pues su actividad no podía ofrecerle descanso alguno. Seguiremos á un historiador local [1] que nos hable sobre la estancia del Santo en Murcia:

«En el año siguiente de 1411, se halló en el Consejo de esta ciudad el Prior de Santo Domingo de ella; y les dijo que bien sabían que Fr. Vicente Ferrer había prometido de venir á esta ciudad para predicar el Santo Evangelio, y á poner paz y concordia en ella, y que por cuanto muchos hombres y mujeres que le seguían de tierra en tierra, tenían recelo de entrar aquí por venir de reino extraño, que los asegurase la ciudad que no los recibirían mal ni les harían daño. Y vista esta proposición, ordenaron los alcaldes y regidores que fuesen por mensajeros Juan Sánchez de Ayala y Manuel Porcel, juntamente con el Prior de Santo Domingo, á la villa de Orihuela, donde Fr. Vicente estaba, para que hablasen con el dicho Maestro, é hiciesen sobre ello lo que cumpliese al servicio de Dios y bien de esta ciudad.

1 Francisco Cascalés, *Discursos históricos de Murcia y su reino*, cap. XII, pág. 250 y sig.—2.ª edic. Murcia, 1775.

»Y hecha esta diligencia, jueves 29 días de Enero, entró en esta ciudad Fr. Vicente Ferrer, siendo recibido con grande amor y aplauso. Y porque él todos los días tenía de costumbre decir Misa y predicar, se le hizo ante la puerta del Mercado un tablado muy alto con su púlpito, en que decía Misa en un altar que para esto se le aderezaba, y luego, acabada la Misa, predicaba con santísimo fervor: de cuyas santas palabras y sermones resultó que las pesadumbres, revoluciones y bandos que entre los caballeros principales y ciudadanos había, los compuso, é hizo que se perdonasen unos á otros, así muertes de padres, hermanos y de otros parientes como otras ofensas é injurias: los cuales perdones se hacían por ante escribano que el dicho Fr. Vicente traía con autoridad apostólica, y se llamaba Leonardo García. Y el mismo Fr. Vicente se hallaba presente á estas escrituras de paces.

»Estuvo predicando el Santo varón un mes, y resultaron muchos bienes de su predicación; porque fuera de haber compuesto muchas enemistades y haber alcanzado muchos perdones de muertes y agravios, convirtió muchos moros y judíos (porque había moros y aljama de judíos, aquí y en todas las principales ciudades de sus reinos), y especialmente convirtió algunos rabinos, á los cuales, por no saber oficios, mandó esta ciudad, á instancia suya, mantener y vestir y dar casas aparte fuera de la judería.

»Queriéndose ir de Murcia á Librilla, Alhama y Lorca á predicar, por no haber agua en el camino, ni lugar cerca donde tomarla, mandó la ciudad á Macián Coque, Jurado clavario, que hiciese llevar una carga de vino y otra de pan á Sangonera, para que refrescase el dicho Maestro y la gente que con él iba, y que comprase cinco piezas de paños burillos, para

vestir á la gente devota que le acompañaba, y un hábito cumplido y honrado para el Maestro Fr. Vicente».

Siguiendo el itinerario fijado por el Santo, en un todo conforme con la relación que antecede, le vemos en Librilla, predicando allí un sermón; en Alhama, en cuyo punto predicó otro, y en Lorca, donde estuvo hasta el 20 de Marzo, y predicó diez sermones. Muchas debieron ser las necesidades de este pueblo cuando permaneció tanto tiempo, y en el que sucedió un prodigio digno de ser mencionado. Fué el caso, que queriendo dos piadosas mujeres convertir á un moro que había oído los sermones del Santo, se reía de sus razones y despreciaba sus esfuerzos. Por fin, le instaron tanto, que no sabiendo qué responder y con el propósito de que le dejasen, se acercó á unos sarmientos secos que allí había, les prendió fuego, y dijo: «Si es cierto que vuestro Jesucristo es Dios y nació de la Virgen María, que se apague este fuego y yo me convertiré». Apenas había dicho estas palabras, el fuego se apagó, y el moro, inundado por la gracia divina, pidió las aguas del bautismo. Este prodigio, que sucedió el 7 de Marzo, fiesta de Santo Tomás de Aquino, que por decreto real se guardaba en toda Castilla, lo refiere San Vicente en uno de sus sermones, y es contado con gran número de datos por muchos devotos del Santo. En estos lugares se conservan pocos recuerdos, si se exceptúa alguna ermita y varias inscripciones muy recientes.

Como en Murcia había tenido algunas disputas con los rabinos, y no le parecía haberlos dejado muy satisfechos, volvió de nuevo á esta ciudad y predicó cuatro sermones, advirtiendo en el primero que por no haber tenido tiempo la otra vez de instruir á los judíos, y dar solución á las dificultades que le habían propues-

to, volvía para dedicar más tiempo á su conversión.

Refiérese en este segundo viaje, que predicando el domingo de Ramos á la puerta del convento en el Mercado, ante una muchedumbre de diez mil personas, arremetieron contra el auditorio tres caballos, relinchando y dando saltos. Como es de suponer, la multitud, asustada, se arremolinó intentando huir por cualquier parte; pero el Santo ordenó no se moviese nadie y que se armasen todos con las armas del cristiano, es decir, con la señal de la cruz, y así no les perturbaría el enemigo. Hízolo de este modo la gente, y los caballos se salieron al instante. Después dijo en el sermón: «Sabed, hermanos, que estos tres caballos son tres demonios que hasta hoy moraban en la ciudad, y viendo el cambio obrado en vuestras costumbres, no han podido disimular el odio que os tienen: dad, pues, gracias á Dios que se han ido para no volver jamás».

Otro prodigio efectuó por este tiempo en Murcia. Una invasión de langosta destruía todos los viñedos y sembrados. Movido á compasión el Santo por los males que causaba esta plaga, llamó á algunos sacerdotes de los que le acompañaban y les rogó orasen á Dios pidiendo remedio para este castigo: mientras tanto, echó agua bendita contra aquellos perniciosos animales, los cuales desaparecieron durante la noche, y la vegetación reapareció de nuevo como si no hubiese sufrido daño alguno. Un testigo presencial, doña Elvira Rodríguez, lo refiere en el proceso en estos términos: «Yo he visto en Murcia, cuando predicaba allí San Vicente, gran número de langostas y caracoles que devoraban todas las hojas de los viñedos y las espigas del trigo, hasta el punto que todos creían que aquel año se perdía por completo la cosecha.

Fr. Vicente echó agua bendita desde las cuatro puertas de la ciudad, é *inmediatamente* las langostas y los caracoles desaparecieron, y las gentes de dicha ciudad recobraron sus bienes y cosechas. Yo he visto y oído lo que acabo de decir».

Antes de salir el Santo de Murcia, que fué el martes de Pascua, les predicó un sermón sobre el texto de San Lucas, cap. XXIV, v. 45, que dice: «Les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras», cuyo extracto, escrito tal vez por alguno de los notarios que le acompañaban, pues nos resistimos á creer lo escribiese el mismo Santo, se conserva en los archivos del Colegio del Patriarca. En este sermón trata de explicar el sentido literal del texto, extendiéndose después en consideraciones sobre la humildad. Después indica el objeto de su vuelta á Murcia, cual era la salvación de las almas, las cuales quería fortificar en la fe, é instruir más á los judíos que no habían quedado con su anterior visita perfectamente enterados de los misterios de la Religión, por cuyo motivo esperaba se convertirían otros con la buena doctrina que había ya sembrado en sus pechos. «Como los judíos, decía, no están bastante enterados de la doctrina de Jesucristo, Dios ha querido que volviese aquí y ha hecho que me detuviese poniéndome enferma la garganta. Porque ningún obstáculo me detenía, ni la llaga abierta de la pierna, ni la necesidad que tenía de valerme de un jumento para ir á predicar. Por esto, muchos se han convertido ó se convertirán, teniendo ya la fe en el corazón, después de haber oído los sermones sobre la Encarnación, la Trinidad y la Pasión. Así, pues, buenas gentes, favoreced á estos cristianos nuevos, instruidles en la fe y admitidles en los cargos públicos».

CAPÍTULO XIV

Continúa el itinerario del Santo.—Anécdota curiosa.—Penitente voluntario. —Recuerdos en Chinchilla.—Sigue el viaje.—Misión en Valladolid.—Llamamiento á Ayllón.—Los carbonizados de Zamora.—La campana milagrosa.—Reliquias.

Siguiendo el itinerario que hemos indicado en el capítulo anterior, vemos que San Vicente salió de Murcia el martes de Pascua y se dirigió hacia el centro de España, deteniéndose en Molina, donde predicó un sermón; en Cieza dos; en Jumilla tres, en cuyo punto estuvo hasta el lunes después de la octava de Pascua; en Hellín cuatro, en los que se ocupaba especialmente de los adivinos y nigromantes que pululaban por el país; en Tomara uno, y en Chinchilla, donde se detuvo desde el 25 de Abril hasta el 11 de Mayo, predicó todos los días.

En esta última ciudad, los Jurados habían procurado, por todos los medios posibles, que la misión produjese sazonados frutos, y al efecto enviaron cartas al Santo, pidiéndole consejo de lo que se debía hacer. Dícese que reprendiendo, en uno de los sermones que predicó en este lugar, los exagerados vestidos de ciertas mujeres, en algunos de los cuales se gastaban quince varas de lienzo, contó esta anécdota, que

concluyó con tan extraordinario lujo: «Llevaban á la horca á un homicida, y su mujer le acompañaba llorando amargamente; llegados al suplicio, los verdugos se detuvieron en su faena y empezaron á buscar los cordeles que faltaban; visto lo cual por la mujer, se quitó la toca y dijo: «Ved si tenéis bastante», y con ella ahorcaron al infeliz». También se refiere un caso muy semejante al que sucedió con un soldado en Lyón. Confesóse con el Santo un hombre que había cometido muchos crímenes; pero su conciencia estaba tan endurecida, que no quiso someterse á la penitencia de la disciplina que se le impuso. Entonces, Vicente le rogó acompañase tan sólo á los disciplinantes en la procesión, á lo cual convino el pecador; pero al poco rato que acompañaba á los penitentes comprendió la gravedad de sus culpas, y tomando unas disciplinas, comenzó á macerarse de un modo que edificaba á todos.

Tomándolo de los archivos del convento de Dominicos de Chinchilla, un escritor trae las siguientes notas: «San Vicente Ferrer—dice—en sus misiones por el reino de Murcia, estuvo en esta ciudad (Chinchilla) desde el 25 de Abril á 11 de Mayo de 1411. Se hospedó en este convento de su Orden. La celda que ocupó y que ya siempre conservó el nombre del Santo, dejó ver indelebles en sus paredes las manchas de sangre que hizo brotar de su cuerpo con los instrumentos de mortificación en sus santos ejercicios de penitencia. Con tal reverencia fué estimada por la comunidad y el pueblo tan honrada celda, que, situada en la parte del convento, lindante con la calle llamada de Arenal, fué convertida en oratorio público; celebrábase en él el santo Sacrificio, facilitando la subida y entrada por medio de una escalinata de piedra, cu-

yas primeras gradas partían de la calle misma. Como esta escalinata impedía algún tanto el tránsito libre por aquel lado de la calle, se mandó quitarla el año 1829 (antes no estorbaba) por el que entonces tenía la autoridad de Alcalde corregidor de la ciudad, llamado D. Luis Cadrad.

»Es tradición, que confirman con su testimonio las personas más ancianas, que en el mismo día que fué expulsada la santa comunidad, y vendido el edificio, destinado desde entonces á ser posada, destruyeron casi todas las celdas, y el dueño comprador se propuso conservar intacta la llamada de San Vicente; pero con sorpresa de todos, por ser la celda mejor conservada y no presentar desperfecto alguno en su obra ni dejar ver el menor indicio de ruina, se hundió sobre sus cimientos. Todos juzgaron este suceso como producido por el enojo del cielo que, ó reprochaba las profanaciones hasta entonces hechas en aquel santo lugar, albergue del Santo, ó quería evitar las que posteriormente habían de hacerse.

»A mediados del siglo XVI hubo en esta ciudad una Hermandad bajo la advocación de San Vicente: decayó algún tanto hasta mitad del siglo XVIII, y se reorganizó en la Pascua de Pentecostés del año 1862 con la denominación de los setenta y dos discípulos de Jesucristo; tal reorganización fué debida al laudable y entusiasta celo del Prior del convento Fr. Domingo de Castilla...

»Es tradición que San Vicente predicó en esta ciudad casi todos sus sermones fuera de los templos. Valióse para la predicación de un púlpito portátil de madera, cuyos restos, como preciosa reliquia, se conservan en un pequeño nicho que hay, con su antepecho de hierro, sobre la puerta de la sacristía del

presbiterio de la iglesia parroquial, donde se cree que fueron colocados al quedar terminada la edificación de aquélla en el siglo XVI».

Continuando el itinerario dicho, vemos que el Santo desde Chinchilla continúa su camino y se detiene en Albacete, donde predicó tres días, en Alvacota uno, en Villaverde y en Alcaraz cuatro, cayendo enfermo de la garganta en este último punto. El domingo y lunes de Pentecostés predica en Moraleja, viéndose obligado á suspender su misión á causa de enfermedad. Después continúa predicando en Ciudad-Real, Malagón, Santa María del Monte, Yévenes, Orgaz y Nambrocha, entrando en primero de Julio en Toledo, donde algunos graves acontecimientos le obligaron á detenerse durante todo el mes. Los pueblos que hemos mencionado no ofrecen más que vagas tradiciones de la presencia del Santo. El día primero de Agosto abandonó á Toledo y pasó á Bienquerencia, donde predicó un día, y el siguiente en Yepes. El dia 3 de Agosto le vemos en Ocaña, en cuyo punto predicó hasta el día de San Lorenzo, y clamando en uno de estos sermones contra algunos vicios que había en el lugar, produjo tal emoción entre sus oyentes, que los vecinos le quitaron la capa para conservarla como reliquia, la cual guardan todavía en un precioso reliquiario, que llevan en procesión en todas las calamidades.

El día 11 de Agosto predicó en Borox; el 12 cayó enfermo y siguió su camino hasta Illescas, predicando en su lugar el Prior de Toledo. Agravado en su enfermedad, volvió á Toledo, donde estuvo hasta el Adviento, pero apenas convaleciente se dirigió á Valladolid.

Necesaria era la presencia del Santo en Valladolid. Esta ciudad, lo mismo que Toledo, podía considerarse como el centro del poder de los judíos; y como la

principal campaña del apóstol en España se dirigía á los judíos, de aquí que los asuntos de sus sermones en este punto fuesen principalmente encaminados á alcanzar su conversión. Es verdad que algunos ordenamientos dictados por los reyes habían reducido á los judíos á la impotencia, obligándoles á que en sus vestidos llevasen un distintivo y prohibiéndoles también arrendar por sí ni por otras personas las rentas reales y salir fiadores de los que las tomasen; pero su preponderancia era siempre la misma y seguían ejerciendo el más intolerable despotismo contra los cristianos. Preciso era que el Santo les evangelizase y trabajase para que de servidores no se convirtieran en amos, y diesen lugar á matanzas y tumultos como los que llevamos mencionados. Por esta razón, de los treinta y seis sermones que predicó, la mayor parte se dirigen á ellos, y nótese que éstos son los más hermosos, los más largos y los más significativos.

Grande fué el fruto que el Santo recogió de su predicación en Valladolid. A su elocuente y persuasiva palabra, millares de judíos abjuraban sus errores; recibían con fe viva las saludables aguas del bautismo, y sus almas quedaban alumbradas con la esplendente luz del Evangelio. Estas conversiones llegaron á oídos de la corte, que se encontraba en Ayllón, y nuestro Santo fué llamado allí á la presencia del rey de Castilla. No es para decir el entusiasta recibimiento que se le haría: nos los dice un escritor casi contemporáneo del Santo, y por el retrato que hace de él, queremos transcribir algunas palabras: «Estando el rey y la reina en Ayllón, vino un fraile á Castilla, de muy santa vida, natural de Valencia del Cid, que se llamaba Fr. Vicente, de edad de sesenta años, que había sido capellán del Papa Benedicto, y desde que tomó el

hábito anduvo por diversas partes del mundo predicando la fe de nuestro Redentor, y tenía por costumbre de todos los días decir la Misa y predicar; el cual, así en Aragón como en Castilla, con sus santas predicaciones convirtió á nuestra santa fe muchos judíos y moros, é hizo muy grandes bienes, y con su santa vida dió ejemplo á muchos religiosos y clérigos para que se apartasen de algunos pecados en que estaban...» Habla en seguida de los muchos personajes de la corte que salieron á recibirle, á pesar de venir montado en su jumentillo, porque su edad y achaques no le permitían ya viajar á pie, y del efecto que su predicación hizo en la corte, y concluye diciendo: «Suplicó al rey, á la reina y al infante, que en todas las ciudades y villas de sus reinos mandasen apartar á los judíos y á los moros, porque de su continua conversación con los cristianos se seguían grandes daños, especialmente en aquellos que nuevamente eran convertidos á nuestra santa fe; y así se ordenó, se mandó y se puso en obra en las más ciudades y villas de estos reinos, y entonces se dispuso que los judíos trajesen tabardos con una señal bermeja, y los moros capuces verdes con una luna clara» [1].

Apenas llegado el Santo á Ayllón, al que recibieron el adelantado Alonso Tenorio y D. Juan Hurtado de Mendoza, Mayordomo mayor del rey D. Juan, con otros muchos señores y caballeros de la corte, pidió la reina D.ª Catalina predicase en lugar donde le pudiese oir, lo cual efectuó, y en un elocuente sermón que hizo el día de Navidad, corrigió con ánimo intrépido á los jefes de la Casa real, diciéndoles: «Está doc-

1 *Crónica de D. Juan II*, fol. 35 vuelto, citado por Lafuente, *Hist. ecles.*, tom. II, pág. 385.

trina se dirige á vosotros los de la corte del rey y de la reina, que por conservar la gracia de estos príncipes obráis varias vejaciones é injurias, no haciéndoos acreedores al cariño que os tienen».

No fueron pocos los recuerdos que dejó el Santo de su estancia en Valladolid, ni tampoco para contar los milagros obrados por él en esta ciudad. Por esto, pues, el Prior del convento de San Pablo, donde se hospedaba, le señaló una celda cerca de la puerta de entrada, á fin de que recibiese allí á los enfermos que de continuo iban á buscar remedio, y no se turbase á los religiosos en las horas de silencio. Esta celda, convertida después en oratorio, ostentaba un crucifijo que los judíos de Trechilla habían azotado. Afirma Vidal que era tradición inmemorial que el Santo obró muchísimos milagros en esta ciudad, los cuales estaban reproducidos en el claustro; pero después, habiéndose dorado y pintado en lienzos grandes la vida de Santo Domingo, se perdió la memoria de lo singular de estos milagros. También había, en la portería de este convento, un lienzo grande que llamaban el «cuadro de los trajes»; pero habiendo el tiempo deteriorado el lienzo, cortaron los religiosos lo que estaba más estropeado y borrado, y poniéndole nuevo marco, conservaron la pintura del Santo, colocándola en el púlpito. Todo esto ha desaparecido, lo mismo que el convento, que conservaba grandes recuerdos históricos de incalculable valor.

Ya comenzado el año 1412, estando el Santo en Ayllón, recibió orden de Benedicto XIII para que se trasladase á Aragón, lo cual efectuó en seguida, despidiéndose de los reyes el día 11 de Enero, y predicando de paso el día 12 en Simancas, el 13 en Tordesillas, donde se detuvo hasta el día 18, y el 22 le

vemos en Medina de Río Seco, entrando en Zamora el día 23 de 1412, según se deduce, dice Teyxidor, de los sermones que conserva en su relicario el Colegio del Patriarca de Valencia.

En esta ciudad de Zamora sucedió un hecho tan extraordinario, tan inaudito, que si no lo refiriese un escritor notable, que afirma haberlo oído de un testigo presencial, hombre grave, probo y respetable, y que tras grandes investigaciones lo ha admitido el mismo Teyxidor, no nos atreveríamos á mencionarlo: este hecho es el de los criminales carbonizados. El escritor mencionado, que es Francisco Castillón, Canónigo de Florencia, que por los años 1470 escribió una vida de San Vicente, dice: «He contado cierto número de milagros propios, sólo para excitar la piedad. Añadiré uno que he oído de labios de un anciano sacerdote llamado Bartolomé, originario de Alejandría, que había seguido al Santo desde su juventud y que recibió de su mano el hábito de la Tercera Orden, recorriendo con él muchas provincias. Es tan extraño, que apenas me atrevo á contarlo...; pero lo que es imposible á los hombres, es posible á Dios. Cierto día que el bienaventurado Vicente Ferrer predicaba ante una muchedumbre inmensa, vió á dos criminales que eran conducidos al suplicio para ser quemados vivos. Rogó al oficial público que los acompañaba, se los acercase, y como su autoridad era tal que su ruego se tomaba como mandato, se les colocó debajo del púlpito, que estaba recubierto de tablas. El hombre de Dios se puso á pintar las penas que se sufren en la otra vida según las diversas especies de crímenes, de las cuales no se puede tener idea, comparándolas con las de esta vida. Después afeó el crimen de los dos condenados. Durante tres horas estuvo hablando sobre este terrible

asunto, después de las cuales mandó que se retirase á los detenidos; pero ¡oh prodigio de la elocuencia!, ¡oh efecto maravilloso de la palabra de la verdad!; los dos reos, efecto de la palabra del Santo, estaban quemados. La conciencia de su falta les había embargado con tal violencia, y los remordimientos habían impresionado tan profundamente sus almas, que su misma carne había sido destruida por un fuego misterioso».

El motivo de tan singular maravilla lo declaró el Santo diciendo, que la divina clemencia había favorecido aquellos reos cambiándose el fuego que habían de padecer en el Purgatorio con el espiritual de una contrición y caridad ardentísima, suficiente no sólo para abrasarles los corazones en el fuego del divino amor, sino también para reducir sus cuerpos á pavesas. Los magistrados dieron los cadáveres á San Vicente, que mandó enterrarlos en el convento, cerca del púlpito en que predicaba. Todavía se conservan las dos grandes piedras, sin inscripción alguna, que cubrieron aquellos dos cuerpos. En Zamora nadie pone en duda este suceso. Habiéndolo contado á unos portugueses que fueron á esta ciudad, uno dijo: «Esto lo creeré cuando una de estas piedras se derrita», y la golpeó con el pie: aunque la piedra no se derritió, sin embargo quedó hundida y partida en dos pedazos que aun existen.

Este suceso tan extraordinario es relatado por todos los biógrafos del Santo, por muchos oradores y no pocos escritores, entre ellos el sabio jesuita Cornelio á Lapide: «Yo he leído que Vicente Ferrer excitó en el alma de dos criminales, que eran conducidos al suplicio, tal dolor de sus pecados, que sus rostros quedaron carbonizados por la acción de un fuego vio-

lento. El arrepentimiento y el amor fueron sus verdugos, convirtiéndoles en hombres buenos».

Otros muchos prodigios se obraron en los días que permaneció el Santo en Zamora. Cuéntase también en esta ciudad uno de los hechos que varias veces hemos referido, respecto á la virtud que tenía su voz de oirse á largas distancias. Experimentó y evidenció esta virtud un religioso de la Orden de San Jerónimo, de los que habitaban en el antiguo monasterio de Montamartá, distante tres leguas de Zamora. Estando en aquella población, oyó desde la ventana de su celda todo un sermón de los que predicaba el Santo en esta última ciudad, para donde su Prior le había negado el permiso de ir.

Cuéntase también que siendo mucho el concurso de los que oían al Santo, había personas que se quedaban á larga distancia, y sin embargo le oían perfectamente.

San Vicente concedió á una de las campanas del convento donde se hospedaba, la virtud de sonar por sí sola tres días antes de la muerte de un religioso, preparándose entonces, por este motivo, cada uno de por sí, para la muerte. Este prodigio duró y se conservó muchos años hasta 1550, que fué la última vez que sonó dicha campana á la muerte de Fr. Juan de Santo Domingo, confesor de los Condes de Alba, lo cual aseguró D. Diego Enríquez de Guzmán, mayordomo de la reina D.ª Margarita. Después se conservaba la campana en un arco del sobreclaustro, con una inscripción que decía: «Esta campanilla es la que milagrosamente se tañía tres días antes de morir algún religioso de esta casa» [1]. La campana, que existe

1 Fernández Duro, *Memorias históricas de Zamora*, tom. II, cap. XXI, y también Vidal y todos los biógrafos del Santo.

aún, mide por su circunferencia 622 milímetros, y de diámetro tiene 198: la altura desde su base hasta donde empiezan las asas, es de 190 milímetros, y su peso de 5 kilogramos y 520 gramos. Tiene las asas quemadas á consecuencia de un fuego que hubo en el convento, y de ella se cuentan muchos prodigios. En las Dueñas se conservan pedazos de un escapulario del Santo en un relicario, que es objeto de especial devoción, juntamente con un bastón de Santo Domingo y otros objetos.

Terminada su misión en esta ciudad, dirigió sus pasos hacia Salamanca, donde le veremos obrar uno de los milagros más estupendos de su historia, que le acreditan como al ángel que vió San Juan en su Apocalipsis y que debía preceder á la venida del Anticristo.

CAPÍTULO XV

Salamanca.—El milagro de las cruces.—La muerta que habla.—Pregunta satisfecha.—El sombrero milagroso.—Un santo y un loco.—Recuerdos.—Segovia.—Extremadura.—Prueba de agradecimiento.—Llamamiento urgente.

SALAMANCA, ciudad célebre en la historia de la cultura de nuestra patria, de universal nombradía en los tiempos medioevales por su famosa Universidad, comparada sólo con las de París, Oxford y Bolonia, cuna de grandes genios, y donde formaron su inteligencia muchas de las glorias de España en el campo del saber, no podía menos de ser visitada por nuestro Santo, pronto siempre á publicar la palabra de Dios, lo mismo en las aldeas que en las grandes poblaciones, lo mismo á los rudos que á los sabios.

En efecto, partió de Zamora y se dirigió á Salamanca, precedido de fama extraordinaria, esperado con ansia por los que conocían sus prodigios y maravillas, deseado por los indiferentes, que veían en él un hombre extraordinario, y temido por los judíos que, ante el poder irresistible del fuego de aquella elocuencia que esparcía la luz de la verdad, creían un deber el prepararse para no desterrar sus preocupaciones y abrazar la religión que tanto perseguían.

Sabida la constante preocupación de San Vicente, cual era predicar de continuo á los judíos, los cuales tenían una importante sinagoga en Salamanca, fácil es comprender los deseos que tendría de visitar esta ciudad. Una vez en ella imaginaba el modo cómo daría el golpe de gracia á aquellos enemigos del nombre cristiano; pero la Providencia le presentó un judío, con quien trabó amistad, y éste fué el encargado de que el Santo intentase traerles al conocimiento de la verdadera religión, al indicarle un medio para poder entrar en la sinagoga, cuando precisamente estaban todos los judíos reunidos celebrando una de sus fiestas. Conocido, pues, el medio de introducirse entre ellos sin que se lo estorbasen, nada le detiene, y con una intrepidez propia de aquel corazón que ardía en el fuego del amor divino, sin permitir que nadie le acompañase, sin más auxilio que un crucifijo en la mano, se presenta de repente en aquella asamblea, y se prepara á dirigirles su palabra. Gran alboroto y turbación debió producir la presencia del Santo en aquel lugar; pero la fuerza de la elocuencia lo apaciguó por un momento. Comienza Vicente su discurso, apurando todos los recursos de su oratoria, esforzándose para convencerles, haciendo uso de su lógica indestructible; pero la frialdad de aquellos oyentes, los murmullos con que son recibidas sus palabras, la indiferencia que prestan á sus razonamientos, hacen titubear al Santo y comprender, que por aquella vez, se ha equivocado. Sin embargo, hace un esfuerzo todavía, y levantando el corazón á Dios, pide compasión para aquellos extraviados; el cielo oye su plegaria y realiza una maravilla que les llena de estupor y que convierte á toda aquella muchedumbre: las capas de los judíos y las tocas de las hebreas aparecieron llenas

de cruces blancas, por cuyo milagro la sinagoga se convirtió en templo, tomando el título de Vera Cruz, y donde antes se celebraban las festividades del sábado, más tarde fué un lugar de consuelo, donde los fieles podían elevar sus plegarias á Dios. Los judíos convertidos se apellidaron más adelante «Vicentinos» [1].

No fué esta la única maravilla que obró San Vicente en Salamanca; otra mayor tuvo lugar, que le llenó de gloria, honrando con ello principalmente á Dios, á quien servía. Hallábase predicando cierto día en un montecillo llamado de las oliveras, propiedad después del convento de San Esteban, que estaba muy próximo el juicio y que era preciso hacer penitencia para aplacar la justicia divina; y al explicar aquel versículo del Apocalipsis de San Juan, que dice vió un ángel por medio del cielo que tenía el Evangelio eterno para predicarlo á los moradores de la tierra, diciendo que temiesen al Señor y le honrasen, porque había llegado la hora del juicio, en un arranque oratorio exclamó: «En mí se cumple esta profecía y de mí la entendió San Juan». Gran admiración causaron estas palabras nunca oídas hasta entonces, mucho más habiéndoselas aplicado el Santo. Viendo el estupor que había causado, dijo: «Os voy á dar una prueba de la verdad de lo que os he dicho; id á la puerta de la iglesia de San Pablo, donde hay una mujer muerta á quien van á enterrar, traed aquí el cadáver, y él dará testimonio de mis palabras». Ejecutado lo mandado, y puesta la

1 Este milagro ha sido referido por todos los biógrafos del Santo; puede verse también: Gil González, *Antigüedades de Salamanca*, lib. V, cap. 3.º, 1606.—P. Juan de Araya, *Historia del convento de San Esteban de Salamanca*, lib. I, cap. 20, Ms. de 1696.—Alonso Fernández, *Historia del insigne convento de San Esteban de Salamanca*, lib. I, cap. 5.º, Ms. de 1612, y la mayor parte de los historiadores de aquella localidad.

muerta á su presencia, lleno de fe y confianza, creyendo ciertamente que Jesucristo le había mandado predicar aquéllo y que le debía asistir como á los primeros apóstoles, confirmando su doctrina con milagros, con especial inspiración del Espíritu Santo, dice con tono imperativo: «Para gloria de Dios y provecho de este pueblo que me oye, te mando que vuelvas á esta vida mortal, y resucites en testimonio y prueba de que yo soy el sujeto significado por el ángel que vió San Juan en el Apocalipsis predicando á grandes voces el juicio, y persuadiendo al mundo el temor de Dios». No bien había acabado de pronunciar estas palabras, la difunta se levantó á la vista de aquella muchedumbre, confirmando la doctrina y predicación del Santo, volviendo después á quedar muerta como antes, por no convenirle acaso la vida más que para aquel fin. En memoria de este portento colocaron los religiosos del convento de San Esteban una cruz que sirviera de testimonio á la posteridad.

De la antigua sinagoga, convertida en templo de los Mercenarios, existe un montón de piedras y una explanada donde crecen las yerbas entre los escombros. Del convento no quedan más que algunos locales abandonados, y muchos de los capiteles, estatuas y sepulturas, esparcidos por todas partes, han servido para los fundamentos de alguna nueva construcción; sólo hay en nuestros días dos nombres que recuerdan estos hechos: la «calle de la Vera Cruz» y la «plaza de la Merced». Las pinturas murales del convento, que representaban los milagros del Santo, han sido cubiertas por una capa de cal. Únicamente la puerta de San Pablo, donde se hallaba el muerto que testificó la proposición del ángel del Apocalipsis, ha conservado su nombre.

Sólo estuvo San Vicente en Salamanca desde mediados de Febrero hasta 1.° de Marzo, pero sus prodigios fueron bastantes para lograr innumerables conversiones y para que los tribunales, las aulas y los talleres quedasen desiertos y constituyesen una muchedumbre que obligaba al Santo á predicar en las plazas públicas y en las afueras de la ciudad. No debemos omitir aquí lo que se refiere en un antiguo manuscrito. Estaba un día predicando Vicente en la Catedral, y uno de los oyentes le preguntó: «¿Qué prodigios precederán al juicio final? Dadnos una señal cierta sobre este punto». Y respondió estas memorables frases: «Buenas gentes, me habéis pedido os diga las señales que precederán al juicio final: ¿qué más señal os puedo dar que los tres mil milagros ó más que por la misericordia de Dios ha obrado este pecador que está delante de vosotros?» El sermón manuscrito, de donde están sacadas estas palabras, se conservaba en el convento de San Esteban de aquella ciudad; una copia del cual, ó acaso el original, se guarda en la Catedral de Valencia.

Se conserva en Salamanca un sombrero del Santo, el cual lo logró por un medio bien particular. Estando en Valencia se le acercó una mujer salamanquina y le pidió una limosna; no teniendo nada que darle, se quitó el sombrero y se lo entregó. Mas como no supiese la pobre mujer lo que tenía que hacer con aquella prenda, la dijo: «Confiad, hermana, que con esta pieza no os faltará el sustento». Creyó la pobre, y tomando el camino para su país, al llegar la noche entró en una humilde venta pidiendo por caridad algo de comer, cuyo ventero sufría atrozmente de la cabeza. Entonces, por inspiración, le puso el sombrero que llevaba, y la curación fué instantánea. Siguió su ca-

mino, renovando la prueba, siempre con resultados satisfactorios, y apenas llegó á Salamanca, enterados los Dominicos de aquellos prodigios, procuraron poseer dicha reliquia, y al efecto dieron, á cambio de ella, á aquella mujer una pensión vitalicia para poder vivir, y el sombrero lo colocaron en un estuche de plata, que lleva esta inscripción: «Hay precepto del Superior para que ningún religioso eche ni permita echar agua á persona ninguna por este sombrero»; lo cual prueba que los fieles, especialmente los enfermos, echaban agua en este sombrero, bebiendo de ella para curar sus enfermedades, lo que confirman las crónicas cuando dicen que este sombrero servía de panacea universal.

Según tradición, San Vicente dijo en esta ciudad que en su convento de Agustinos nunca faltaría un santo, y en el de los Dominicos que siempre habría un loco. La primera predicción se realizó, según consta en las crónicas de los Agustinos, y respécto á la segunda, cuando la exclaustración de 1835, había en el convento de San Esteban dos locos, uno de los cuales vivió hasta 1850.

Respecto á recuerdos del Santo conserva Salamanca muchísimos, tales como inscripciones que indican lugares donde predicó, calles que llevan su nombre y algunos púlpitos. En el museo hay un gran lienzo que representa la escena del Monte Olivete, bajo del cual hay la siguiente inscripción, de fines del siglo XVI: «El glorioso San Vicente Ferrer, estando predicando junto á este convento de San Esteban de Salamanca, donde llaman el Monte Olivete, y afirmando ser él el ángel que vió San Juan en el Apocalipsis, que, volando por el cielo, decía: «*Timete Deum, date illi honorem*», y en confirmación de lo que el

Santo dijo, resucitó á un difunto que llevaban á enterrar á la parroquia de San Pablo, el cual confirmó lo que el Santo dijo». Respecto al prodigio de las cruces hay muchos cuadros que lo representan, no sólo en España, sino especialmente en Italia, como en Prato, Turín, Florencia y otros puntos.

Abandonó, por fin, nuestro Santo á Salamanca, y antes de marchar á Aragón, visitó á Segovia y muchos pueblos de Extremadura. El historiador Colmenares se ocupa del viaje de San Vicente á la primera ciudad, y dice que llegó el día 3 de Mayo, saliendo á recibirle todos sus habitantes. Añade el mismo autor que el enviado de Dios avanzaba montado en un humilde jumento, seguido de una gran muchedumbre, á la que predicaba, elevándose muchas veces el número de sus oyentes á 70.000 y aun 80.000. Le acompañaban confesores para los convertidos, y notarios para tomar acta de los convenios y pacificaciones con que terminaban las sangrientas luchas con que muchas veces eran desoladas aquellas ciudades. Llevaba también una capilla, músicos y menestrales para celebrar los oficios divinos. Llegado á una cruz que se levantaba á alguna distancia de la ciudad, echó pie á tierra, y la muchedumbre le pidió predicase. Aprovechó como púlpito el pedestal de la cruz, y tomando por tema la misma cruz, predicó sobre su excelencia, con tal fervor de espíritu, que no tardó mucho tiempo en verse el efecto. Gran número de pecadores, moros y judíos, atraídos por la palabra del predicador, se convirtieron. Su poder taumatúrgico era evidente, pues se le oía de más de tres leguas de distancia, y todos le comprendían, no obstante predicar siempre en valenciano. El Santo estuvo algunos días en esta ciudad predicando y haciendo por la noche procesiones de

disciplina de sangre, acompañando á los pecadores, reconciliando á los enemigos y convirtiendo con sus palabras y ejemplos á muchos moros y judíos. De éstos, bautizó tan gran número, que en memoria de este suceso, se le pintó en la iglesia de San Martín en actitud de bautizar, cuya pintura ha desaparecido [1]. Un testigo declara en el proceso de canonización, que en Castilla y especialmente en Segovia, donde había muchos judíos, debido á las predicaciones del Santo, pidieron todos las aguas del bautismo.

Antes de pasar á Segovia, es probable recorriese la Extremadura, ó acaso después, pues no es posible determinarlo, visto lo inseguro y contradictorio de las fechas que emplean los historiadores de aquellos lugares cuando indican la visita del Santo. Lo cierto es que las conversiones de moros y judíos se sucedieron en todo aquel país de una manera asombrosa, y que en muchos pueblos de aquella región se conservan vestigios de la predicación del Santo.

Los biógrafos Antist, Diago, Gómez y otros, refieren un milagroso suceso, que dicen acaeció en aquellos días, aunque se ha demostrado luego con toda evidencia que sucedió algunos años después de la canonización del Santo. Escribe el Obispo Monopoli, residente entonces en Castilla, que D. Álvaro de Zúñiga y D.ª Leonor de Pimentel, Duques de Plasencia y Arévalo, tenían un hijo llamado Juan de Zúñiga, el cual, cuando contaba doce años, murió, llenando de dolor á sus padres. El Dominico Fr. Juan López de Salamanca, confesor de la Duquesa y muy devoto del Santo, viendo el sentimiento, desconsuelo y lágrimas

1 Colmenares, *Historia de Segovia*, cap. XXVIII, pág. 325, ed. de 1636.

que produjo aquella inmensa desgracia, aconsejó invocasen á San Vicente Ferrer, que había sido canonizado no hacía mucho tiempo, y que la Duquesa hiciese voto de construirle una iglesia. Formulado el voto, al instante, el niño recobró la vida, el cual llegó à ser Maestro de Alcántara, Arzobispo de Sevilla y Cardenal. Trató luego de cumplir su voto la Duquesa, y resolvió fundar un convento de Dominicos, para lo cual escribió al Provincial de Castilla con el fin de que le enviase religiosos, y antes de que viniesen quiso celebrar la fiesta de su glorioso bienhechor de la manera más solemne posible. Como estuviese ya muy cerca la fiesta y no tenía predicador que se encargase del sermón, por haber caído enfermo su confesor, sintió gran pesar y desazón; pero la víspera de la fiesta le dijeron sus criados que habían visto pasar un Dominico, que parecía iba de viaje, y que tal vez, si se lo indicasen, se encargaría del sermón. La Duquesa le mandó llamar, y habiéndole rogado asistiese á la fiesta y predicase, el desconocido aceptó. Celebróse la fiesta en la iglesia Catedral con la solemnidad y devoción que por su objeto era de esperar, y el predicador cumplió su cometido con tan maravilloso espíritu y elocuencia, que el auditorio quedó encantado de la palabra y doctrina que tenía más de celestial que de humana. Terminada la fiesta se buscó al predicador para felicitarle y darle las gracias; pero ni por más diligencias que se hicieron, pudieron encontrarle: ni en la ciudad, ni en los caminos se le pudo descubrir, ni nadie pudo decir por dónde había pasado. Los Duques y asistentes á la fiesta quedaron persuadidos de que el mismo San Vicente había sido el que predicó el sermón, recompensando de este modo aquella devoción, ó algún ángel

que por su intercesión envió Dios á suplir aquella falta [1].

Aun se conservan en Plasencia el convento é iglesia construídos por el objeto indicado, y la imagen del Santo con un hábito de oro. El púlpito donde predicó el misterioso personaje se guarda en la Catedral.

No lejos de Plasencia recibió el Santo al Notario Miguel de Ribas, enviado por los Parlamentos reunidos de Cataluña, Aragón y Valencia, para rogarle marchase á Caspe, donde le veremos intervenir en los destinos de su patria, terminando con su voto las grandes disensiones que perturbaban á los pueblos y que habían dado lugar á horribles combates que hicieron correr arroyos de sangre. Como el asunto era grave, se puso en camino al instante, evitando su paso por las ciudades populosas, y hospedándose en las aldeas y casas de campo. De esto provienen acaso muchos recuerdos del Santo, que existen en algunos puntos donde no hay noticia que fuese exprofeso á predicar.

1 Véase sobre este suceso la vida de San Vicente escrita por Gavaldá, pág. 200; la *Historia de Plasencia*, por Alfonso González, lib. II, cap. III; la *Historia de Santo Domingo y de su Orden*, por Juan López, etc.

CAPÍTULO XVI

Los sermones del Santo.—Carta notable.—El ángel del Apocalipsis.—Varias pruebas.—Las señales del juicio.—Intervención de San Vicente en los destinos de la Providencia.—Eficacia de su predicación.

HEMOS visto que el principal asunto de los sermones de San Vicente Ferrer era el juicio final, y sobre este tema, tantas veces repetido, sacaba efectos de elocuencia siempre nuevos y fructíferos. Y no fué el Santo el primero que había hablado con convicción profunda de la venida del Anticristo, pues San Pablo en su tiempo y los Santos Padres, especialmente San Ambrosio, predicaban la proximidad del último día del mundo, si bien éstos lo hacían de una manera general, y Vicente lo particularizaba, empleando palabras claras y términos precisos que no admitían interpretación torcida. Esta proximidad efectiva del fin del mundo la anunciaba en virtud de una misión especial, recibida directamente de Dios y apoyada con grandes milagros, como vimos en la escena de Aviñón, ya descrita, y la resurrección de la muerta en Salamanca. Esto nos demuestra la verdad de su predicación, porque, como dice Santo Tomás, si un hombre anuncia de parte de Dios algún suceso futuro y hace un milagro como prueba de su misión, por ejemplo, la resu-

rrección de un muerto, nuestro espíritu debe quedar convencido de su verdad, porque el milagro no puede venir sino de parte de Dios.

Vicente Ferrer creía en su misión con toda la fuerza de su alma, y procuraba cumplirla con todo su corazón. Por esto, cuando acusado ante Benedicto XIII de que iba muy lejos en sus afirmaciones, escribióle una larga carta, que traen los autores y que nosotros no transcribimos por ser muy difusa y demasiado larga, justificándose de lo que contra él se decía. La carta está fechada en Alcañiz en el día 25 de Julio de 1412. En dicho documento reduce á cuatro puntos la doctrina que predica. En el primero dice que la venida del Anticristo había de coincidir con el fin del mundo, el cual terminaría cuarenta y cinco días después de la muerte de aquél. En el segundo afirmaba, que antes de nacer el Anticristo, estaría muy oculto el tiempo cierto de su venida; pero al momento naciese se daría á conocer para que los hombres viviesen prevenidos contra sus engaños. En tercer lugar aseguraba que el mundo debía haber concluído en tiempo de Santo Domingo y San Francisco, pero que la Virgen Santísima había obtenido de su divino Hijo la prorrogación de la sentencia, de modo que lo que duraba era una gracia condicional de su enmienda; pero que no habiéndose conseguido ésta, se colegía estaba cerca su fin y la venida del Anticristo. Finalmente, el Santo se justificaba con la visita que Cristo le hizo en Aviñón y con los textos de Daniel, que se refieren á la venida del Anticristo, los cuales parece que indicaban el cisma que por tanto tiempo padecía la Iglesia: esto lo corroboraba también con revelaciones que habían tenido algunas personas de aquel tiempo. En esta misma carta desvanecía algu-

nas cosas que se le atribuían, concluyendo que ya los amigos del Anticristo comenzaban á predicar por el mundo contra la doctrina evangélica; que por experiencia sabía que tales predicadores eran demonios que aparecían disfrazados de religiosos y ermitaños; y que él, en sus sermones, decía lo mismo que Cristo le había revelado cuando le instituyó en apóstol con el fin de que predicase la proximidad del juicio. Terminaba la carta diciendo: «Estas cosas son, Santísimo Padre, lo que en mi apostolado predico por el mundo, referente á la venida del Anticristo, bajo la corrección y determinación de Vuestra Santidad, cuya vida conserve el Altísimo, como es mi deseo. Amén».

El título de ángel del Apocalipsis, que debía alborotar su modestia, lo tomó con un convencimiento profundo. Todos sus biógrafos hacen sobresalir este título que se abrogaba, y nadie le acusa de celo intempestivo. La Iglesia no teme sancionar esta audacia, y Benedicto XIII la aprueba abiertamente. La liturgia llama al oficio del Santo el pasaje de San Juan, porque precisamente se habla del ángel del Apocalipsis. Pío II, en la bula de canonización, dice de una manera clara que «semejante á un ángel volando en medio del cielo, Vicente Ferrer evangelizó á todos los habitantes de la tierra, extendiendo las palabras de salvación entre todas las naciones, todas las tribus, todas las lenguas, todos los pueblos, y mostró que el día del juicio estaba próximo».

En efecto, las palabras del Apocalipsis se aplican naturalmente al Santo; helas aquí: «Y vi otro ángel, volando por medio del cielo, que tenía el Evangelio eterno, para predicarlo á los moradores de la tierra, y á toda nación, y tribu, y lengua, y pueblo, diciendo en alta voz: Temed al Señor, y dadle honra, porque

vino la hora de su juicio; y adorad á Aquél, que hizo el cielo, y la tierra, la mar, y las fuentes de las aguas». Por las palabras «en medio del cielo» no cabe duda que se entiende su rápido apostolado, que semeja mejor un vuelo que una marcha ordinaria por Europa, centro intelectual del mundo, lo cual conviene á nuestro Héroe; «moradores de la tierra» se aplica á aquella generación bastardeada, hija del miedo y del egoísmo. Las palabras «tribu, lengua, pueblo», también encajan perfectamente á nuestro Santo, que dirige sus esfuerzos, no sólo á los pecadores, sino también, y con mayor ahinco, si cabe, á los judíos y mahometanos; y se le puede aplicar el nombre de «ángel», que significa enviado, mensajero, porque Vicente predicaba como enviado de Dios.

También se realizan en el tiempo del Santo las señales predichas por Jesucristo. «Vendrán muchos falsos cristos en mi nombre»; y efectivamente, es notable que los heresiarcas de este tiempo ostentaban cierta santidad de vida, que contribuyó singularmente á la propagación de sus doctrinas: Juan Hus, Wiclef, Jerónimo de Praga, y especialmente el jefe de las flagelantes, eran en un principio hombres virtuosos, á los cuales cegó el orgullo, ó la imprudencia les hizo seguir otro rumbo. «Habrá grandes guerras y rudos combates», continúa el Salvador, y la historia nos enseña el cumplimiento de este vaticinio, pues la Francia y la Inglaterra se hallaban en medio de esa lucha secular, que se conoce con el nombre de guerra de los Cien años, al mismo tiempo que tres monarcas se disputaban el poder con las armas en la mano, y las querellas religiosas, á causa del cisma, se convertían en sangrientos combates. «Las naciones se levantaron contra las naciones», y al efecto, el imperio de

Bizancio, debilitado por estériles disensiones, deshonrado por una mala fe, digna de los paganos, fué destruido poco después por los feroces sectarios del Corán. Lo mismo podemos decir de las plagas, hambres y temblores de tierra, pues la peste de Grecia se extiende por Italia, y Venecia pierde 100.000 habitantes, Pisa y Florencia quedan casi deshabitadas, en Sena mueren 80.000 personas, en Génova 40.000, 60.000 en Nápoles; y en Francia, España, Inglaterra, Holanda y Alemania se enseñorea, precedida de horribles temblores de tierra y lluvias torrenciales. Respecto á los escándalos, traiciones, odios públicos y falsos profetas, la historia nos ofrece en este tiempo innumerables ejemplos, que no es preciso relatemos. El mismo Santo nos lo dice, con gran copia de detalles, en muchos de sus sermones, cuyo estudio ofrece grande luz para conocer las costumbres de la época.

Otro de los signos que denunciaban la terminación del mundo, es la conversión de los judíos y la predicación del Evangelio por todo el mundo. De esto último han dado testimonio todos los autores y viajeros notables, no encontrándose rincón alguno conocido en aquellos tiempos donde no se conservasen al menos vestigios de haber sido predicada la doctrina de Jesucristo; y respecto á lo segundo, sabido es el intento continuo de San Vicente de sacar á los judíos de sus errores. Hemos visto que en sus predicaciones convertía pueblos enteros, y en ningún tiempo se ha visto que con sólo el esfuerzo individual se obtuviesen resultados semejantes. Bartolucci cita una página del libro de los judíos titulado «Juchasin», donde se lee: «El año del mundo 1412, la desolación fué llevada entre los judíos por un demoledor llamado Fr. Vicente Ferrer, por el cual dejaron la fe más de 200.000 ju-

días». Zurita dice, que en el tiempo que estuvo Benedicto XIII en Tortosa, se convirtieron más de 30.000, y eso que sólo estuvo algunos meses. Otro autor dice, que sólo en España convirtió 70.000, «y esto en cuatro veredas, sin contar los que redujo en diversos reinos». Efectivamente, en Castilla se cuentan 20.000; en Aragón 30.000, y en el reino de Valencia 25.000.

De todas estas conversiones deducía el Santo que estaba ya muy próximo el día del juicio, según afirmó en un sermón predicado en Castilla el año 1411, cuando valiéndose del símil de la higuera, cuyos tempranos frutos indican está cercano el estío, dijo las siguientes palabras: «Ya echa retoños la higuera del pueblo cristiano; cada día vemos concertarse paces y perdonarse injurias: los que nunca hacían penitencia la hacen ahora, y las delicadas damas, y los caballeros, y los mancebos se disciplinan y abandonan las ocasiones de pecar, oyendo cada día los sermones, confesando y comulgando. También echa ya renuevos el pueblo judaico, pues en Murcia se convirtieron muchos de los más principales é instruídos, y en Toledo y aquí sucede lo mismo, como por la gracia de Dios veis todos los días». Lo mismo dijo de este copioso fruto predicando en Chinchilla en este mismo año, en la festividad de San Pedro y San Pablo, encargando á los fieles perseverasen en la observancia de las ordenaciones que habían hecho los regidores contra los vicios públicos. «Temo, les decía, no suceda lo mismo que á los de Nínive, sobre quienes vino la ira del Señor, pues aunque se corrigieron por la predicación de Jonás, no perseveraron».

De todo lo dicho podemos deducir que fué verdadera la revelación y profecía de San Vicente respecto á la venida del Anticristo y proximidad del juicio final,

aunque han pasado algunos siglos y no se ha realizado. Hay que tener en cuenta, como supone San Antonino, con el común sentir de los teólogos, que hay dos clases de decretos y sentencias en Dios, los cuales son publicados por los profetas ó por aquellos que tienen las revelaciones por orden divina. Unas se llaman definitivas ó decretos absolutos, los cuales han de suceder determinadamente y sin condición alguna; y otras sentencias son condicionadas y conminatorias, y sucederán mediante el cumplimiento de la condición; de manera que el castigo impuesto al pecador hubiese tenido su cumplimiento si la penitencia no hubiese desatado el brazo de la ira divina, pues como dijo San Ambrosio: «Si tú supieres enmendar tus culpas, también sabrá Dios mudar su sentencia». De esto tenemos muchísimos ejemplos en la Escritura, como cuando Isaías notificó al rey Ezequías la sentencia de muerte, y por sus lágrimas y penitencias se dilató quince años más su cumplimiento; y cuando Jonás afirmó que dentro de cuarenta días sería destruída Nínive, cuya sentencia no tuvo cumplimiento por la penitencia que hicieron sus habitantes.

Conforme á esta doctrina predicaba San Vicente lo que se le había revelado respecto al juicio, y según escribió al mismo Papa, estas revelaciones no las tenía por cosa tan cierta como la misma ciencia, sino como cosa probable y como indubitable efecto si las causas no desaparecían. Mas como la predicación del Santo fué tan eficaz que se obraron innumerables conversiones, quedando el mundo casi reformado, de aquí que Dios suspendiese por entonces la ejecución de su sentencia, movido por la penitencia de los hombres. Se puede decir, pues, con fundamento, que el fin de los tiempos no ha llegado por virtud de la predicación de San Vi-

cente. Una reflexión añade sobre esto Serafín, que creemos oportuno transcribir: «Aunque San Vicente predicaba, dice, que «presto y muy presto» había de suceder el fin del mundo, no determinaba por eso el tiempo, y así, por aquel «presto y bien presto» se puede comprender poco ó mucho tiempo. Por cuanto Dios, por su profeta Ageo, dijo: «Un poquito pasará y vendrá el deseado de todas las gentes», que fué Cristo; aquel «poquito» fué espacio de más de cuatrocientos años. Y San Juan dijo: «Hijos míos, ya estamos en la última hora», y desde entonces han pasado muchísimos años. Y por el mismo San Juan, en sus revelaciones del Apocalipsis, dijo Cristo: «Cercano está el tiempo (hablando del día del juicio), mirad que vengo presto», y este «presto» no ha llegado todavía».

De manera, que si Dios hubiera dejado á la humanidad en la pendiente donde se había colocado, y no hubiese deparado una intervención eficacísima que le hubiese detenido en su caída, la ruina hubiera sido inminente. Pero San Vicente, que estuvo encargado de esta salvadora intervención, cumplió tan fielmente su cometido, llenó tan á satisfacción su misión, que toda una generación reconoció sus yerros, hizo penitencia y fué perdonada. La predicación de San Vicente salvó, pues, el universo.

PARTE TERCERA

CAPÍTULO PRIMERO

Efectos de la muerte del rey D. Martín.—Pretendientes á la corona.—Parlamentos.—Suceso escandaloso.—Reunión en Alcañiz.—Los diputados.—La Asamblea de Caspe.—Intervención de San Vicente.—Proclamación del nuevo rey.—Perturbaciones.—Juicio crítico del Compromiso de Caspe.—Gratitud á San Vicente.

En lo que llevamos dicho del ínclito valenciano San Vicente Ferrer, parece estudiado sólo como gran santo y extraordinario apóstol; mas como en los hechos que vamos á ocuparnos, y en los que interviene de una manera decisiva, ejerce el cargo de político eminente, de aquí que la posteridad haya colocado sobre su cabeza una triple aureola, cuyos resplandores subsisten todavía, haciéndole acreedor de la gratitud universal por los muchos beneficios que ha reportado á nuestra patria su santidad, su elocuencia y su política. Indicaremos someramente el origen de lo que motivó la intervención del Santo en un hecho de gran trascendencia, sin semejante en la historia, para que resalte con más vivos colores la colosal figura del Patrón de Valencia.

Había muerto el rey de Aragón, Martín el Humano, sin sucesión directa y sin haber tenido resolución bastante para designar un sucesor, no contestando nunca á las preguntas que le hicieron la Condesa de

Urgel y otros magnates que le rodeaban, lo mismo que á las embajadas que varias cortes le enviaron para explorar su voluntad, más que con la frase ambigua de «que le sucediese en la corona aquel que constase debérsele legítimamente», lo cual dejaba al reino aragonés en una situación excepcional, grave y comprometida, expuesto á los embates de los diferentes competidores, que ya en vida de aquel monarca habían pretendido el trono que iba á vacar, acibarando con ello los últimos días de su existencia. La más espantosa anarquía siguió á este estado de cosas, y no se veía claro el pacífico advenimiento de un monarca, á causa de lo dividida que estaba la opinión entre los pretendientes á la corona.

Cinco eran los aspirantes que se presentaban con títulos respetables, más ó menos legítimos: D. Jaime de Aragón, Conde de Urgel; D. Alfonso, Duque de Gandía y Conde de Ribagorza; el Infante D. Fernando de Castilla; D. Luis de Aujón, Duque de Calabria, y D. Fadrique, hijo natural del rey D. Martín de Sicilia. De todos éstos el más fuerte y temible era el Conde de Urgel, no sólo por sus partidarios, que eran numerosos en Aragón y Valencia, sino también por su genio activo, impetuoso y osado: los demás apenas tenían partidarios, si se exceptúa al Infante D. Fernando, á quien había mostrado decidida inclinación el rey D. Martín, y en cuyo favor estaban el Justicia de Aragón, el Arzobispo de Zaragoza, el Gobernador Lihora y el mismo Benedicto XIII, formando un numeroso partido. Grandes perturbaciones y trastornos hubieran sobrevenido á la monarquía aragonesa, si no hubiera habido tanta sensatez y cordura por parte del pueblo y sus representantes. Casi dos meses habían pasado desde la muerte del rey, y nada se había

dispuesto ni acordado por los representantes de los pueblos, ni se sabía qué determinación tomar que pusiese un término al interregno, ni por dónde se debía empezar para proceder á la elección del nuevo monarca.

Pertenece á Cataluña la iniciativa de haber tomado una determinación que debía resolver aquel estado de cosas, constituyendo un parlamento, que debía reunirse en Montblanch, el cual se trasladó á Barcelona á causa de la peste, si bien al año siguiente pasó á Tortosa. En Aragón se formó también un parlamento, y se convocó para la ciudad de Calatayud. Sin embargo, ardía la discordia y peleaban los bandos en todas partes. Agitábanse en Cataluña el Conde de Pallars y el Obispo de Urgel; en Aragón los Urreas, los Lunas y los Heredias, y en Valencia los Centelles y los Vilaragut. En esta última ciudad andaban tan discordes los nobles y los brazos eclesiástico y militar, que los unos se reunieron dentro y los otros fuera de la ciudad, sin que lograsen concordarlos los laudables esfuerzos de los comisionados del parlamento catalán. El de Calatayud se disolvía sin haber podido conformarse, ni con el sitio en que había de tenerse el general de los tres reinos, ni con la persona de Cataluña que debía presidirle, y sólo se determinó que cada reino celebrase su parlamento en los lugares más vecinos que pudiese.

Un suceso escandaloso vino entonces á complicar más la situación de los negocios. El Arzobispo de Zaragoza, D. García Fernández de Heredia, que se había mostrado acérrimo partidario de D. Fernando, salió de Calatayud con escasa servidumbre, cuando al pasar por cerca de la Almunia, encontró á D. Antonio de Luna, principal agente del Conde de Urgel. Reti-

ráronse ambos á conferenciar, cuando después de un breve altercado, exclamó el de Luna: «Rey ha de ser el Conde, y preso ó muerto el Arzobispo». «Muerto será—respondió éste—pero preso no»; y al picar á la mula en que cabalgaba, recibió una cuchillada del sacrílego Luna, y embistiéndole las gentes de aquél, le derribaron de la cabalgadura, acabáronle de matar y le cortaron la mano derecha. Grán escándalo y alteración movió en el reino acción tan alevosa y criminal, levantándose en armas contra D. Antonio. Desde entonces, muchos de sus parciales pasáronse al partido de D. Fernando; el clero miró con justa aversión la causa tan sacrilegamente defendida; el Gobernador eclesiástico de Zaragoza excomulgó al asesino, y el del reino llamó en su auxilio á las tropas castellanas, que hicieron una guerra viva á D. Antonio de Luna y á los de su parcialidad, tomándole varios lugares de sus dominios y obligándole á refugiarse en la montaña.

Con arreglo á lo acordado en Calatayud, cada uno de los tres reinos convocó su parlamento para puntos vecinos. El de Cataluña se trasladó á Tortosa, el de Aragón á Alcañiz, y en cuanto á Valencia, divididos entre sí, unos se quedaron en Vinaroz y otros marcharon á Trahiguera. Muchas precauciones fueron necesarias para la seguridad del parlamento de Alcañiz, porque el Conde de Urgel, interesado en impedir aquella reunión, infestaba la comarca con sus gentes. Entre los parlamentos de Aragón y Cataluña había bastante conformidad; los de Tortosa enviaban sus diputados para entenderse con los de Alcañiz, y todos juntos trabajaban cerca de los valencianos, hasta que al fin consiguieron que, tanto los de Vinaroz, como los de Trahiguera, enviaran sus representantes á Alcañiz.

Iba ganando entretanto partidarios la causa del Infante de Castilla, al paso que el Conde de Urgel perdía su popularidad y se enajenaba las voluntades de todos, por su arrogante y turbulento genio, por la manera imperiosa de pretender, por los disturbios que ocasionaba, por la gente de que se valía, y más cuando se supo que había traído ingleses en su ayuda, y todavía más cuando uno de los enviados por el Infante castellano á la junta de Alcañiz, leyó á la asamblea cartas del Conde de Urgel al rey moro de Granada, en que constaban los tratos secretos que con él había tenido.

Congregados en el parlamento de Alcañiz los diputados de los tres reinos, y vencidos por fin todos los obstáculos, después de grandes contrariedades y serios debates, quedó aprobado y concordado por los síndicos de Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca, reunidos en la iglesia de aquella ciudad los días 15 y 16 de Febrero de 1412, que la sentencia definitiva de aquella gran causa se encomendase á nueve personas de «ciencia y conciencia pura y buena fama», las cuales debían nombrar la persona á quien en justicia correspondiese el trono, al que se le debería prestar homenaje y fidelidad como monarca legítimo de estos reinos, y que la declaración se había de hacer en el término de dos meses, á contar desde el 29 de Marzo de 1412. Se designó para esta reunión la villa de Caspe, y se tomaron otras providencias oportunas para la seguridad y libertad de los electores, sus condiciones, juramentos que habían de prestar, etc. [1].

Finalmente, puestos de acuerdo los nominadores de los reinos, resultaron elegidos por Aragón: don

[1] Véase Escolano y Perales, *Historia de Valencia*, tom. III, pág. 381.

Domingo Ram, Obispo de Huesca; Francisco de Aranda, de la Cartuja de Porta-Cœli, y Berenguer de Bardají, letrado. Por Cataluña fueron elegidos: D. Pedro de Zagarriga, Arzobispo de Tarragona; Guillem de Vallseca y Bernardo de Gualbes, sabios é íntegros jurisconsultos. Por Valencia: D. Bonifacio Ferrer; Prior de la Cartuja de Porta-Cœli, San Vicente Ferrer y Ginés Rabassa, hombre íntegro y muy estimado patricio, si bien habiéndose fingido demente para excusarse de la responsabilidad de la elección, fué sustituído por Pedro Beltrán, varón también muy eminente y recomendable. La elección de las personas fué tan acertada, que mereció la aprobación universal: todos gozaban fama de sabios, virtuosos y prudentes, y entre todos resplandecía, como un lucero luminoso, el célebre apóstol Fr. Vicente Ferrer. Los reinos se habían de conformar con lo que todos ó seis de ellos fallasen [1].

«Es de notar que en esta especie de cónclave político, escribe Lafuente, no se viera representada la nobleza en un pueblo tan aristocrático como Aragón. De los nueve jueces, cinco pertenecían al clero y cuatro á la magistratura. No solamente los tres reinos de Aragón, no solamente la España entera, sino toda la cristiandad veía por primera vez con asombro y con ansiedad encomendada la decisión del más grave negocio que puede ocurrir á un reino, á unos pocos clérigos y legistas, llamados á disponer de una de las bellas y ricas coronas de Europa, y á determinar en conciencia, con santa calma y con libre espíritu, sordos al ruido de las armas y desnudos de pasiones y particulares intereses, quién había de ceñir la corona

1 Lafuente, *Historia de España*, tom. V, pág. 329.

de los Berengueres, de los Alfonsos y de los Jaimes. El mundo veía maravillado que de aquella manera cediesen las armas á las letras, en un tiempo en que no acostumbraban á ventilarse así las grandes querellas de las naciones».

Treinta días emplearon los jueces en oir detenidamente las razones y fundamentos de cada uno de los pretendientes. Ocupáronse después en examinar maduramente los derechos de cada uno, y como no pudiesen fallar en un solo mes con toda circunspección y detenimiento las causas allí presentes, tomáronse otro mes de prórroga, según que para ello estaban facultados. Terminado el proceso el 24 de Junio, se procedió á la elección, siendo el primero que emitió su voto por escrito San Vicente Ferrer, en estos términos: «Yo, Fray Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, Maestro en Teología, y uno de los nombrados diputados, digo, según lo que alcanzo y puedo, que al ínclito y magnífico Sr. Fernando, Infante de Castilla, nieto del Sr. D. Pedro, rey de Aragón, de feliz memoria, padre del Sr. D. Martín, de memoria excelsa, últimamente fenecido, más cercano varón; nacido de legítimo matrimonio y conjunto á entrambos en grado de consanguinidad, respectante al dicho señor rey D. Martín, deben y están obligados á tener por su verdadero rey y señor de Justicia y prestarle el pleito homenaje de fidelidad, los dichos parlamentos, los súbditos y vasallos de la corona de Aragón, según Dios y mi conciencia, y en testimonio de lo dicho, firmo de mi mano las presentes y las fortalezco con mi sello pendiente». A continuación del Santo emitieron su voto el Obispo de Huesca, D. Bonifacio Ferrer, Gualbes, Bardají y Aranda con esta frase: «En todo y por todo me adhiero al sentir del sobredicho

Sr. Maestro Vicente». El Arzobispo de Tarragona declaró, que si bien le parecía la elección de D. Fernando la más útil al reino en aquellas circunstancias, tenían mejor derecho el Duque de Gandía y el Conde de Urgel, entre los cuales podía elegirse al que más conviniera de ellos, como próximos parientes y en igual grado del último monarca. En el propio sentido se expresó Guillén de Vallseca, añadiendo que tenía por más conveniente al Conde de Urgel para ocupar el trono. Pedro Bertrán expuso, que habiendo sido nombrado para el cargo que desempeñaba en 18 de Mayo, no había tenido tiempo suficiente para examinar detenidamente el asunto. Pero habiendo votado seis contra tres, y contándose entre ellos uno por lo menos de cada reino, la elección estaba hecha y terminada. Cada uno de los diputados firmó y selló su voto: levantóse un acta, que redactó D. Bonifacio Ferrer, de que se sacaron tres copias legalizadas por seis notarios, dos de cada reino, entregándose cada una de aquéllas al Arzobispo de Tarragona, al Obispo de Huesca y á D. Bonifacio Ferrér, para que se custodiasen en el archivo de cada provincia. Todo esto se tuvo en gran secreto hasta el día de la publicación, que fué el 28 de Junio de 1412.

Señalado el día para hacer la proclamación del nuevo rey, levantóse cerca de la iglesia, en una eminencia próxima al castillo, un gran estrado cubierto de paños de oro y seda: á los lados se construyeron otros tablados, donde habían de sentarse los embajadores, diputados y representantes de todas las clases sociales. A las nueve de la mañana salieron los nueve jueces de la sala del castillo á la iglesia con grande acompañamiento. En un altar allí erigido, celebró el Obispo de Huesca la Misa del Espíritu Santo, y con-

cluída, subió San Vicente al púlpito, que estaba prevenido, y predicó un fervoroso sermón sobre las palabras del Apocalipsis: «Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria, porque son llegadas las bodas del cordero». Acabado el sermón, tomó el decreto y sentencia que se había de publicar, y lo leyó en alta voz: «Nosotros, Pedro de Zagarriga, Arzobispo de Tarragona; Domingo Ram, Obispo de Huesca; Bonifacio Ferrer, Prior de la Cartuja; Guillermo de Vallseca, Doctor en leyes; Fr. Vicente Ferrer, Maestro en Sagrada Teología y de la Orden de Predicadores; Berenguer de Bardají, señor del lugar de Zaidí; Francisco de Aranda, Donado del monasterio de Porta-Cœli, de la Orden de los Cartujos y oriundo de la ciudad de Teruel; Bernardo de Gualbes y Pedro Bertrán, Doctores en ambos derechos, y de decretos todos los nueve..., en fuerza y virtud de los poderes, juramentos y votos referidos, decidimos y publicamos que los parlamentos predichos, y los súbditos y vasallos de la corona de Aragón, deben y están obligados á prestar homenaje de fidelidad al muy ilustre y poderoso príncipe y señor D. Fernando, Infante de Castilla, y tenerle y reconocerle por su verdadero rey y señor...» Hizo el orador una pausa antes de pronunciar el nombre del elegido, como para encender más la sed, dice Vidal, en que ardía el concurso de saber el nombre de su nuevo rey, y apenas acabó de nombrarle, fueron tales las aclamaciones de la gente, acompañadas de himnos, clarines, vuelo de campanas y vítores, que el Santo no pudo continuar la lectura. No había motivo para menos, teniendo en cuenta que con la elección terminaba el tumultuoso interregno que pudo haber producido la ruina de estos reinos.

Aunque el pueblo se entregó aquel día al regocijo, no fué tan general la alegría que muchos no sintieran que hubiese sido preferido un príncipe, que miraban como extranjero, á los naturales del país, que venían también de la dinastía de sus reyes. Antes, pues, de que terminase la ceremonia de la proclamación, algunos del pueblo murmuraban de los jueces, suponiéndoles algo más que afectos al príncipe proclamado, y dudando, por consiguiente, de la justicia que les guiara en el asunto. Tal incremento tomó la pública murmuración, y tan grave debió parecer en aquellos momentos, cuando ya se creían zanjadas todas las dificultades y vacilaciones producidas por tan largo interregno, que el mismo San Vicente hubo de subir al púlpito, donde leyó la proclamación el día anterior, y esforzarse en desvanecer la desagradable impresión que el nombre del aclamado causó en su auditorio. Su discurso, escribe Zurita, fué un panegírico del agraciado, á quien consideraba superior á los otros candidatos, diciendo que «á donde se trataba del derecho de la sucesión, no había para qué tratarse de la cualidad de la persona, porque el Conde de Urgel, de quien tenían algunos compasión y lástima, estaba tan lejos de igualarse con el rey D. Fernando, que mediante juramento, y en la conciencia de sus compañeros era juzgado, y ávido por inferior al Duque de Gandía. Pero que considerada la persona, era el rey D. Fernando hijo de madre aragonesa, y el Conde hijo de madre lombarda; y el rey hijo de padre, rey de Castilla y sucesor de los reyes de Aragón, y de tanta dignidad su persona, que parecía haber nacido para reinar. Que en el valor y ánimo, así entre los suyos como con los enemigos, era tan excelente, que si hubiese de seguir la costumbre de algunos pueblos,

cuyo gobierno se fundaba en mucha prudencia, no menos hubiera de ser elegido por rey, que declararse por juicio de la sucesión, y que esta alabanza no se podía atribuir al Conde; persuadiéndolos y animándolos para que, con gran voluntad de ánimo y con mucha afición, esperasen la venida de su rey y señor, y le recibiesen como venido del cielo. Y dijo en esta conformidad muchas razones para desviarlos de aquel pensamiento; pero no pudieron ser de tanta fuerza que desechasen la afición y opinión, que tanto tiempo antes tenían impresa en sus corazones».

Algunos críticos modernos, y especialmente catalanes, han dejado escapar algunas ironías contra el Santo, protestando que fué parcial la elección y en contra de los intereses de los reinos. Aunque estudiado jurídicamente el delicado proceso de la elección, parece existe parcialidad en los jueces congregados en Caspe; examinado á la luz de las conveniencias políticas, única razón que rige en los grandes negocios del Estado, varía por completo el asunto, llevado con suma habilidad por hombres quizá los más idóneos de los tres reinos de la corona. Nuestro Santo tenía razón cuando dijo que las cualidades de la persona debían ser preferidas á los derechos de sus competidores, porque de las de D. Fernando resultó la paz, la grandeza, la ventura de los reinos de Aragón, la cual no podían proporcionarla los demás contendientes, descendientes de una dinastía ya gastada, incapaces de llevar á cabo ninguna de las empresas que realizaron sus mayores, en guerra con sus propios deudos, mermados sus bienes por sus impremeditados derroches, desorganizada la administración de sus estados y patrimonio, desprestigiados á los ojos de los nobles y de todos cuantos conocíanles de

cerca, faltos de valor suficiente para sofocar la guerra civil que se hubiese encendido en estos reinos, y prontos en cambio á provocarla y á encenderla, no sólo por su carácter díscolo y voluble, sino porque juzgándose iguales en sangre y condición al elegido, tenían que quedar los restantes ofendidos de la preferencia y mejor fortuna del agraciado, dando no poco que sentir con ello á la paz de los reinos. Además, el Infante de Castilla estaba ejercitado en el manejo de los negocios públicos, como príncipe regente de Castilla, sabía mandar ejércitos, conducirles al campo de batalla y cubrirse de glorias arrancadas al enemigo. Gozaba de gran crédito entre los príncipes extranjeros de todos los estados de Europa y costas de África, no tenía que temer la rivalidad de sus competidores y enemigos, y contaba, además, con hijos varones que garantizaban la sucesión, circunstancia importante en aquella monarquía, con lo cual no contaban los otros príncipes sus competidores. «Por estas y otras muchas circunstancias que concurrían en el Infante de Castilla, dice un notable escritor, y sus inmejorables prendas que le hacían digno de rivalizar con los más grandes y distinguidos monarcas de aquellos tiempos, eligiéronle los jueces reunidos en Caspe, creyendo prestar un señalado servicio á la monarquía dándole un rey digno de sus glorias, de su grandeza y de su renombre, un rey que respetase las tradiciones, las leyes, las costumbres y el espíritu del país, que mantuviese la integridad del territorio, que condujese á sus hijos á la conquista de nuevas glorias, dando honor á la egregia bandera de sus reinos, paseada con orgullo por remotas plazas y lejanos pueblos, y les preparase para nuevos días de prosperidad, de glorias y de aventuras, dirigiéndoles por la senda del progreso,

para en época no muy distante á la unidad nacional de Castilla y Aragón, pueblos los más grandes, los más ilustres y poderosos de las diferentes monarquías de la Península» [1].

La gloria que le cabe á San Vicente Ferrer por su intervención é influencia en la asamblea de Caspe, es innegable. Nuestro Santo, que se mostró en esta ocasión más político que legista, más hombre de Estado que de toga, más patricio que doctor, veía á los pueblos completamente divididos, las familias enemistadas, desquiciada la administración pública, vacías las arcas del Estado, regados los campos con sangre derramada en las luchas civiles, y conociendo con su talento superior y profético los males que amenazaban á la patria, comprendió que el único remedio era la elección de D. Fernando de Antequera. Por eso los que tomaron parte en aquella elección, y especialmente San Vicente, merecen los plácemes de la posteridad, la admiración de los siglos y la envidia de los pueblos é instituciones presentes, que tienen algo que aprender y mucho que imitar, si se examina con cuidadosa detención el célebre parlamento de Caspe, como uno de los actos políticos más grandes, más dignos y memorables de cuantos registran los fastos de las naciones antiguas y modernas.

Sin la intervención de San Vicente en aquella ocasión, es posible que en los tiempos posteriores no hubiésemos poseído las Américas, no hubiésemos aniquilado para siempre el poder mahometano, y la España no hubiese llegado á ser una nación en cuyos dominios no se ponía jamás el sol.

1 Además de los autores ya citados, para la mayor ilustración sobre este punto, puede verse Florencio Javer, *Examen de los sucesos y circunstancias que motivaron el compromiso de Caspe.*

CAPÍTULO II

Después de la elección.—El demonio atemorizado.—Alcañiz.—Conversión de Jehosuath.—Reliquias.—Onda y Almazora.—Lucena y otros pueblos: recuerdos.—El tullido de Lérida.—Otros prodigios.—Una visita intempestiva.—Castigo.—Emboscada frustrada.—Humillación del Conde de Urgel.

INMEDIATAMENTE que fué proclamado D. Fernando en Caspe, se le enviaron mensajeros á Cuenca, donde se hallaba con su mujer é hijos, notificándole la nueva de la elección, haciendo lo mismo con el Papa Benedicto XIII y con los parlamentos y universidades de los tres reinos. Acompañado de los caballeros aragoneses y catalanes, entró en Zaragoza, en medio de las aclamaciones del pueblo, el 3 de Agosto, convocando en seguida cortes generales, en las que se reconoció legítimo sucesor y heredero de los reinos á su hijo D. Alfonso. Después estuvo en Lérida, Tortosa y Barcelona, reuniendo cortes y confirmando los privilegios y leyes de los reinos.

Mientras tanto, el Conde de Urgel, tras muchas hipócritas pruebas de sumisión, confederado con el Duque de Clarencia y otros potentados extranjeros, levantaba armas contra D. Fernando; y después de varios hechos de guerra, que obligaron á los ingleses á retirarse de la Península, asediado el de Urgel por

todas partes, no tuvo más remedio que retirarse á Balaguer, donde acudió el rey con su ejército, poniendo sitio á la plaza y batiéndola por diferentes sitios. Publicó el rey un indulto perdonando á todos los que saliesen de Balaguer, y esto aumentó los apuros del Conde de Urgel, el cual se vió obligado á entregarse. Conducido á Lérida, se le incoó un proceso, y fué condenado á reclusión perpetua y confiscación de todos sus estados en beneficio de la corona. El desdichado Conde fué llevado á Zaragoza, y desde allí á Castilla, y por último acabó sus días en Játiva en largo y penoso cautiverio.

Tal remate tuvo, y tan malhadado, escribe Lafuente, la famosa pretensión del Conde de Urgel, que contaba con los mejores elementos para haber salido airoso en su empresa, y la malogró, no por falta de derecho, ni porque careciese de popularidad, sino por falta de cordura y buen consejo, y por los desaciertos á que le arrastraron las instigaciones de una madre imprudente, y por las demasías con que le desacreditaron desatentados valedores. Con el triunfo de Balaguer quedó el rey D. Fernando poseedor pacífico del trono, sin género alguno de contradicción ni competencia, y en pocos días se halló con una grandeza y autoridad, que sobrepujaba á la que habían alcanzado los más poderosos de sus antecesores.

La misma noche del día en que fué promulgada en Caspe la decisión de los nueve diputados, nuestro Santo volvió á su vida de cenobita, y partió en seguida á continuar su divina misión.

A propósito de la estancia de San Vicente en Caspe, refiere el mismo, en un sermón predicado en Zaragoza, lo siguiente, que traducimos del lemosín: «Cuando estábamos en el castillo de Caspe, estuvimos de acuer-

do en la elección de rey; pero un hombre, invocador del demonio, se empeñó en saber quién era el elegido. Invocó, pues, al diablo y le preguntó quién sería el rey. El diablo dijo: Fulano (y nombró uno), lo cual fué motivo para que el hechicero lo comenzase á publicar. Otro día le dijo el demonio otro nombre, y el hechicero le reprendió porque le había engañado. «¿Quieres que te diga la verdad?—dijo el diablo—pues bien, has de saber que de tres leguas de distancia no me puedo acercar á Caspe, por cierto hombre que hay allí», y entre todos éramos nueve». Este hombre no era otro que San Vicente, cuya sola presencia impedía acercarse al demonio.

Alcañiz fué la primera ciudad que visitó el Santo, después de proclamado el nuevo rey. En esta ciudad fué donde escribió la famosa carta, que hemos mencionado en uno de los capítulos anteriores, justificándose ante Benedicto XIII de las graves acusaciones que le hacían sobre su predicación. Lo primero que hizo fué predicar á los innumerables judíos que había por aquellos contornos, siendo tan fructífero su trabajo, que, según carta escrita por los Jurados al rey D. Fernando, en todas las poblaciones que dependían de Alcañiz, como Caspe, Maella, Alcoriza, Castelló, Molinés y otros lugares, no se encontrarían quince familias judías. Pero la más importante conversión que hizo fué la del rabino Jehosuath Halorqui, natural de Lorca, en el reino de Murcia, el cual, al bautizarse, tomó el nombre de Jerónimo de Santa Fe; acompañando después al Santo en sus misiones y escribiendo eruditísimos libros contra los judíos, los cuales fueron impresos más tarde. Este rabino tenía un hijo, que también se convirtió, y que llegó á ser Obispo cuando se instruía el proceso para canonizar al Santo. Todavía se

conserva la sinagoga judía, que después de la estancia de San Vicente se convirtió en capilla, reedificada después. Según tradición, el municipio hizo voto, cuando canonizaron al Santo, de celebrar todos los años una solemne fiesta, como se hace aún, á la cual asiste el Ayuntamiento, que tiene al Santo como á un hijo del país. El púlpito, donde predicó muchas veces, cuando se destruyó la colegiata, fué trasladado á la nueva iglesia, lo mismo que una imagen del Santo. También dejó en esta población la Suma de Santo Tomás, manuscrita, de la cual se servía, y que ilustró con notas marginales, las cuales fueron impresas en 1719 en un opúsculo, titulado «Crisis theológica». Otros muchos objetos dejó el Santo en esta ciudad, tales como el crucifijo que usaba en sus misiones, los ornamentos sagrados en los que celebraba, y otros objetos que han desaparecido.

Dedicó el Santo sus cuidados, cuando salió de Alcañiz, á los pueblos del Maestrazgo, llegando en sus predicaciones hasta Castellón. Por este tiempo, esta última ciudad sostenía encarnizada lucha con Onda y Almazora á causa de los diversos bandos que se habían formado, y que cometían toda clase de crímenes. Es probable que el Santo fuese llamado para poner fin á este estado de cosas. Lo cierto es que San Vicente desplegó toda su gran elocuencia, y aprovechándose de la simpatía general que gozaba y de su prestigio, logró destruir todas las enemistades y odios antiguos; y con el objeto de estipular y fortalecer las paces, llamó al Baile general del reino de Valencia, Juan Mercader, ante el cual, y estando reunidos los magistrados de las tres ciudades, pronunció un patético discurso que les hizo firmar la paz. Así terminaron estas antiguas diferencias que excitaban los espíritus

y mantenían á aquellos pueblos en continua guerra.

Recorriendo diferentes pueblos de la provincia de Castellón, llegó á Lucena, donde hizo publicar dos edictos contra los que asistían á las tabernas y contra algunas malas costumbres de la localidad: el primer edicto lleva fecha de 30 de Septiembre de 1412, y el segundo fecha de 2 de Octubre, y ambos fueron grabados en piedra y colocados en un punto muy visible para que nadie los desconociera. En casi todos los pueblos de lo que hoy es arciprestazgo de Lucena, existen recuerdos de la predicación de San Vicente, y aunque en algunos no consta estuviese verdaderamente, el culto inmemorial que se le tributa, y la multitud de ermitas y lugares que llevan su nombre, nos lo aseguran. Es digna de notarse la hermosa ermita de Cortes de Arenoso, verdadero templo católico ricamente exornado por notables artistas y á donde acuden todos aquellos vecinos á implorar del Santo remedio para todas sus necesidades, celebrando peregrinaciones y llevando procesionalmente la imagen del Santo en tiempo de calamidades públicas. Lo mismo se puede decir de muchos pueblos del Maestrazgo, donde se conserva viva la fe del Santo, tributándole culto en templos construídos en su honor: Cuevas de Vinromá, Alcora, Cervera del Maestre y otros lugares, nos dan ejemplo de ello.

Estando por estos pueblos tuvo noticia de que el rey D. Fernando acababa de llegar á Lérida, y nuestro Santo se dirigió allí. De su labor y prodigios obrados en esta ciudad, nos dan detallada relación las crónicas de aquel tiempo. La devoción con que la gente deseaba oir sus sermones era tanta, que á media noche ya iban á tomar sitio cerca del púlpito. Dicen los historiadores, que existían en la ciudad

partidos y enemistades inveteradas que nadie había podido terminar, y que habían ocasionado diferentes muertes de una y otra parte. A las saludables palabras del Santo, desaparecieron las divisiones, y los más grandes enemigos se pedían mutuamente perdón y se reconciliaban, reinando en todos desde entonces la paz y la buena amistad. Añaden las crónicas que todos, hombres y mujeres, aunque de lenguas diferentes, entendían á Vicente como si hablase la lengua madre de cada uno, y eso que en aquella floreciente Universidad, tan frecuentada en aquella época por catalanes, vizcaínos, castellanos ó aragoneses, el idioma se diferenciaba notablemente. «Después de haber oído, dice un testigo en el proceso de canonización, una doctrina tan maravillosa y llena de enseñanzas, gran número de hombres y mujeres, cuya vida había sido hasta entonces un tejido de crímenes, volvieron á Dios. Muchos abrazaron el estado religioso é hicieron en él progresos admirables. Yo enseñaba entonces las artes en la Universidad: muchos estudiantes de diversas Facultades, leyes, cánones, artes, medicina, abandonaron su carrera y siguieron al Maestro Vicente, decididos la mayor parte á vivir fuera de su siglo».

Muchos milagros obró el Santo mientras estuvo en esta ciudad. Un día que predicaba en una de las principales plazas, en presencia del rey D. Fernando y de una multitud innumerable, un tullido, que sólo podía moverse en la actitud cuadrúpeda, trató de acercársele. Al verle el Santo, dijo dirigiéndose al rey: «Majestad, haced el favor, por el amor de Dios, de enviar á dos de vuestros servidores hacia aquel pobre que está allá lejos, á ver si está tan estropeado como desde aquí parece». El rey envió en seguida á sus dos oficiales D. Guillén de Apella y á D. Hugo Viglatz, los

cuales, al reconocer que era un tullido, quisieron llevarle en brazos, pero el Santo le dió al mismo tiempo la bendición y no necesitó ayuda, porque al instante quedó sano y pudo ir por su propio pie. Agradecido á tan señalado favor siguió al Santo durante dos años.

Predicó otro día contra los trajes profanos, y un clérigo, que era muy dado á la vanidad, que le oía, creyendo que se dirigía á él aquel sermón, se corrigió en seguida y formó parte de la compañía del Santo, llegando á ser uno de sus más fervientes discípulos. Refiere el P. Micó, que estando San Vicente en esta ciudad, y sabiendo un día que llevaban á enterrar á un hombre á la parroquia de San Juan, salió al encuentro del entierro, y con su oración resucitó al difunto, con admiración y pasmo del concurso. Es muy digno también de reflexión lo que escribe el citado autor, diciendo que San Vicente dió vista á más de cien ciegos, resucitó pasados de treinta muertos, y fueron más de mil los enfermos á quienes confirió milagrosamente la salud.

El rey D. Fernando, que había elegido por confesor á nuestro Santo, quiso un día hablarle en su celda; y al efecto, haciendo uso de las prerrogativas que le daba su autoridad, entró en el convento y se dirigió á donde estaba Vicente: abrió la puerta, que estaba entornada, y quedó atónito y sin poder pronunciar palabra, al contemplarle de rodillas, en fervorosa oración, rodeado de celestial resplandor y como transportado á las regiones de la gloria. Sabido esto por el Santo, se enojó mucho con el rey y reprendió al encargado de guardar la puerta, por haberla franqueado, pronosticándole que Dios le castigaria con unas calenturas. Efectivamente, le atacaron unas calenturas, que le duraron siete años, las que sufrió pacientemente,

sin pedir al Santo que le sanase, no obstante las admirables curaciones que diariamente obraba, hasta que en Vannes se atrevió á pedirlo, y consiguió la curación; pero antes le fué pronosticado que moriría algunos días después.

Otros muchos milagros obró en esta ciudad, especialmente en las costumbres, que cambió completamente. También quedan memorias en Lérida de que el Santo erigió un hospital para niños huérfanos.

Refiere Vidal que cuando abandonó á Lérida para trasladarse á Balaguer, notó el Santo, no lejos del camino, muchos hombres armados, y advirtió á los que le acompañaban que era gente irritada por la conversión que había obrado en las mujeres públicas de Lérida, los cuales tenían intención de matarle. Entonces aquellos discípulos se dispusieron á defenderle, pero Vicente rehusó, y al efecto, dirigiéndose completamente solo hacia aquellos asesinos, les hizo la señal de la cruz, que les dejó como petrificados. A la vista de semejante prodigio reconocieron todos su culpa, y echándose á sus pies, depusieron sus armas, le pidieron perdón, y muchos se dispusieron á seguirle.

Ya antes de llegar á Lérida, cuando salió de Alcañiz, se vió también sorprendido y en peligro de muerte. Resentido el Conde de Urgel porque en sus pretensiones á la corona no había sentenciado á su favor, le encontró en el camino y le dijo que era un hipócrita maldito, que por sus intereses particulares le había quitado el reino. A lo cual respondió el Santo con mansedumbre: «Vos, Conde, sois el mal hombre, que cometisteis un grave pecado, y no había de permitir Dios que hombre de tan rota conciencia reinase en Aragón»; y en seguida le descubrió el crimen que había cometido, dando muerte á su hermano por he-

redar el Condado, no obstante haberlo hecho con tanta cautela que creía sólo Dios podía saberlo; y al ver que el Santo lo sabía, y esto por revelación divina, quedó confuso y sin saber qué contestar, pidiendo humildemente perdón.

Instado por cartas de los Jurados de Valencia para que visitase esta ciudad, abandonó á Lérida en los primeros días del mes de Noviembre con ánimo de marchar á su país natal.

CAPÍTULO III

Regocijo en Valencia.—Llegada de San Vicente.—Predicaciones.—Nuevo recibimiento.—Humildad encantadora.—Cuaresma.—Pacificaciones.—Varios milagros.—El «mocadoret».—La mujer fea.—El sorbo de agua.—Asechanzas del diablo.—Despedida del Santo.—Gratuita afirmación.—La cruz del Grao y la imagen del Salvador.

ENCONTRÁNDOSE San Vicente en Caspe, los Jurados de Valencia le enviaron una carta, con fecha 25 de Junio de 1412, rogándole les visitase para poner paz en los bandos que habían retoñado de nuevo y auguraban un horrible desenlace. También escribieron, con la misma fecha, á Benedicto XIII para que influyese en el Santo y le moviese á visitar á Valencia.

Con el objeto de satisfacer, pues, el deseo de sus compatriotas, abandonó á Lérida y se dirigió á Valencia, encontrándose el 26 de Noviembre en Murviedro. Noticiosos los Jurados de la proximidad del Santo, le escribieron preguntándole el número de los que le acompañaban, y acordaron construir algunos tablados para oir sus sermones, y destinar cuarenta hombres con el fin de que asistiesen y cuidasen á los que le seguían, tanto hombres como mujeres. El 3 de Enero siguiente, el Consejo acordó «que la deliberación tomada en honor de Dios respecto á la compañía del

Maestro Vicente, fuese puesta en práctica, á saber: que se le diese todo lo necesario para hacerles hábitos». Entró en Valencia el día 29 de Noviembre, que, como dice Diago, le recibió con la majestad que pudiera recibir al rey, vistiendo los Jurados los trajes de ceremonia y conduciéndole bajo palio. Teyxidor trae un detalle notable: el Duque de Gandía, uno de los pretendientes de Caspe, se hospedaba en el convento de Dominicos, y con el objeto de honrarle más, se le alojó en la celda de San Vicente; pero, habiendo de llegar éste, se le rogó la desalojase, «porque ningún otro alojamiento podría ser tan agradable al Santo».

Apenas llegó á Valencia empezó á reformar la ciudad, y á instancias suyas se publicaron bandos, prohibiendo el juego de dados y las blasfemias, bajo penas gravísimas, creándose también la «Junta del Quitamiento», compuesta de cuatro nobles y diez ciudadanos, encargada de examinar los gastos que hiciera la ciudad, siempre que pasasen de cincuenta escudos; aunque esta Junta no comenzó á funcionar hasta 1418, y con doce miembros, y solamente en 1454 fué aumentada en dos más, la primera idea viene del tiempo en que nos hallamos. A mediados de Diciembre salió el Santo á predicar por algunos pueblos de los alrededores de la ciudad, convirtiendo muchos infieles y pecadores, como insinúa el proceso. Entre los primeros se cuenta al moro Azmet Hanaxe, el cual se dedicó á cristianizar á los de su raza. El Abad del monasterio de Valldigna le daba dos mil sueldos anuales, á cambio de los empleos que por su conversión había perdido.

Los Jurados, conociendo, acaso por secreto instinto, que la marcha definitiva del Santo estaba próxima, no desperdiciabàn ocasión para escribirle y rogarle

volviese á la ciudad. El 11 de Febrero le escriben diciendo que el rey había determinado visitarles y que no convenía se alejase mucho; el 13 nueva carta, invitándole á predicar la Cuaresma, y el 15 otra, rogándole volviese para predicar á algunos comerciantes de granos que parece vendían trigo adulterado. Por fin, el 4 de Marzo volvió á la ciudad, que se dispuso á recibirle con honores extraordinarios. «Salieron los Jurados ricamente vestidos, escribe Vidal, acompañando toda la nobleza y pueblo; juntamente en procesión solemnísima, acudieron todos los cleros y religiones con sus cruces altas, y todos los oficios con sus banderas y alegres músicas, como hoy se hace el día de su fiesta, y en el remate de la procesión llevaban un riquísimo palio, debajo del cual debía entrar el Santo, defendido de un círculo de hierro, para que la devoción del pueblo no le fatigase. Colocóse, pues, el Santo debajo del palio, y entró asi en Valencia, tan humilde y traspuesto en Dios, como si no fuera el sujeto de tan crecidos aplausos y triunfal recibimiento. Iba, dice el maestro Antist, temblando de los grandes juicios de Nuestro Señor, y temía no fuese aquel favor para su mayor condenación, porque se tenía por grande pecador... Salió, entre otros sujetos señalados, á recibirle el maestro Fr. Francisco Jiménez, franciscano, varón doctísimo, á quien por eso la misma ciudad de Valencia había costeado el grado de Doctor en Teología en la Universidad de Lérida. Era familiar é íntimo amigo de San Vicente, y viéndole entrar con tanta celebridad y pompa, se volvió hacia él, y con llaneza de amigo, le dijo: «Padre Maestro, ¿qué hace ahora la vanidad?»; á lo que respondió discretamente el Santo: «Amigo, va y viene, aunque por la gracia de Dios no se detiene». Fué la pregunta comedida y

prudente, como de quien comprendía el peligro grande de vanidad en que incurren los que se ven tan aplaudidos y venerados de los hombres, como se veía San Vicente; pero fué la respuesta de humilde y Santo. Fué de humilde, pues no negó la tentación de vanidad que estaba padeciendo, como ni la negaron San Agustín y San Gregorio; y fué juntamente respuesta de Santo, pues grande perfección arguye en un sujeto verse coronar de lauros y crecidísimas alabanzas, como se veía entonces San Vicente, sin que hallase en su interior apego ó asimiento la vanidad».

Restituído, pues, San Vicente á Valencia, predicó la Cuaresma, obteniendo abundantísimos frutos. Consiguió que el Consejo separase del barrio de los judíos á los que se habían convertido, por medio de una ordenanza, fecha 13 de Abril de 1413, en la que se confiaba esta medida tan justa al Baile general Juan Mercader: en el acuerdo se da al Santo el título de «Predicador de la verdad». Y no se contentó con esto sólo, sino que trató además, logrando satisfacción cumplida, apaciguar las enemistades entre las casas de los Centelles y los Mazas de Linaza, en cuyas largas contiendas habían perecido más de cinco mil hombres; hicieron también las paces los Solers y los Marradas, que tenían al pueblo valenciano alborotadísimo con sus bandos y sangrientas discordias.

Citaremos algunos de los muchísimos milagros que obró.

Predicaba generalmente en la plaza de la Leña, llamada vulgarmente Almoina, que quiere decir «limosna», porque se distribuían en la casa allí situada y así llamada, ciertas limosnas desde 1288, por dotación señalada por el Obispo Raimundo de Pont. Predicando un día en esta plaza acudió á oirle una dama

muy principal, y al abrirse paso entre la gente para colocarse cerca del púlpito, el Santo le dijo: «Volveos á casa, porque allí está sucediendo una gran desgracia». Obedeció la señora, y cuando entró en su casa, vió que una esclava que tenía, estaba ahogando, por ocultar su liviandad, un niño que acababa de dar á luz. Todavía llegó á tiempo para bautizar á la criatura.

A sus sermones asistía todos los días la reina viuda D.ª Margarita de Pradas, acompañada de su hermana D.ª Juana, y un día, ataviada ésta con sus mejores galas, se presentó con el pelo adornado de perlas, diamantes y rubíes. Quiso el Señor castigar aquella vanidad, y desprendiéndose de una cornisa una enorme piedra, rompió las jarcias y velas que había en la plaza para defender al auditorio de los rayos del sol, y le dió en la cabeza, dejándola como muerta. Alborotóse toda la gente, pero el Santo ordenó que callasen, y dijo: «Sosegaos, que la piedra no ha caído para producirle la muerte, pues D.ª Juana trae tan bien armada la cabeza, que puede resistir cualquier golpe de piedra». Después, llamándola, se levantó sin lesión alguna, y enmendada en su vanidad, al día siguiente se presentó con un traje muy humilde.

Según una constante tradición, predicando un día el Santo en el Mercado ante una muchedumbre de gente, interrumpió el sermón, y dijo: «Muy cerca de aquí hay una necesidad que todavía es tiempo de socorrer».—«¿Dónde está, Padre?», respondieron cien voces.—«Seguid este pañuelo», y el pañuelo, volando por los aires, vino á caer en lo alto de una casa de la que hoy se llama «calle del Milagro de San Vicente». Penetraron en dicha casa muchos de los que siguieron el pañuelo, y encontraron en una pequeña buhardilla algunos pequeñuelos extenuados por el hambre y

próximos á morir. La ciudad adoptó á aquellos infelices, llegando el recuerdo de este hecho hasta nosotros, en memoria del cual se celebra todos los años una suntuosa fiesta en la parroquia de Santa Catalina, improvisándose un magnífico y rico altar en la fachada de la casa, en el cual se coloca la imagen del Santo, que es llevada allí procesionalmente. Hay una cofradía encargada de estos anuales festejos, cuyo origen es de tiempo inmemorial.

Se conserva un refrán en Valencia, que se dice trae origen del tiempo de San Vicente. Lo referimos como una leyenda popular. Cierto día pasaba el Santo por una calle y oyó jurar y blasfemar en el interior de una casa, al mismo tiempo que salía de ella un hombre. Por ver lo que pasaba, entró y vió una mujer llorando y jurando también, y al preguntarle la causa contestó: «No es hoy solamente, sino que todos los días me llena de golpes mi marido; mi vida es un infierno peor que el de los diablos».—«Tened paciencia, dijo el Santo, y ofreced á Dios vuestros sufrimientos; de este modo ablandaréis á vuestro marido. Pero ¿cuál es la causa de todo esto?»—«Es que soy fea».—«¿Y se ofende á Dios por tan poca cosa?» Desde entonces fué una de las mujeres más hermosas de la ciudad.

Una mujer encontró cierto día al Santo, y quejándose amargamente de las brutalidades de su marido, le pidió un remedio para que reinase la paz en su casa. El Santo la dijo: «Id á nuestro convento y pedid al hermano portero os dé agua del pozo que hay en medio del claustro. Cuando éntre vuestro marido en casa, tomad un sorbo y conservadlo en la boca: veréis qué maravillas hace». Así lo efectuó, y al entrar su marido en casa comenzó á impacientarse; pero como la mujer tenía la boca llena de agua no le respondía.

Entonces el marido, cansado de hablar solo, resolvió callarse, y como en el fondo era bueno, alabó la paciencia de su mujer y dió gracias á Dios por haberla cambiado su corazón y cerrado su boca. Ella, entusiasmada por el cambio obrado en su marido, buscó al Santo para darle cuenta de todo. «El remedio que os he dado, la dijo, no es el agua, sino el silencio. Cuando habla vuestro marido le irritáis con vuestras contestaciones, y al callaros él se ha apaciguado. Guardad silencio, y tendréis siempre la paz». Esta tradición ha pasado á proverbio, y cuando se tropieza con una persona locuaz se acostumbra decirla «que beba agua del Maestro Vicente».

El diablo también hizo de las suyas en este tiempo. Un día que predicando tenía suspendido al auditorio de sus labios, una nube de cuervos vino á interrumpir el sermón con sus graznidos. San Vicente les hizo huir con la señal de la cruz. Otra vez, corrió por el auditorio la voz de que estaba quemándose un barrio entero, y todos se disponían á ir á apagar el incendio, cuando el Santo les detuvo diciendo que aquel fuego no causaría ningún mal. Comprobóse luego la verdad, y el fuego se había apagado por sí sólo, sin haber causado daño alguno. Otros muchos milagros y anécdotas se cuentan, que omitimos, por no hacernos interminables.

Por fin llegó el momento de la despedida, y en los primeros días de Julio salió de la ciudad. Escribe Diago: «Finalmente, emprendiendo en Valencia cierta cosa, y siéndole contra algunos, llamó al B. Fr. Jofré de Blanes, su compañero, y con él salió por la puerta del Real. Y vuelto el rostro á la ciudad, dijo: «Ingrata patria, no tendrás mi cuerpo». Y así jamás lo ha podido tener por mucho que lo ha procurado».

Esta gratuita aserción, que no consta ni en el proceso ni en ningún historiador anterior á Diago, ha sido despreciada por todos los biógrafos del Santo. Tal vez dicho escritor se hizo eco de alguna de las muchas tonterías que el vulgo esparce y acrecienta extraordinariamente, y que con el tiempo, á fuerza de repetirse, toman carta de naturaleza. Dado caso que algunos pusiesen resistencia á la determinación del Santo, esto no justifica que llamase ingrata á su patria, que siempre le tributó homenaje y veneración tan extraordinarios cual merecía hijo tan ilustre. Además, tenia motivo Valencia para mostrarse agradecida, porque por su mediación se reconcilió con Murviedro, se apaciguaron bandos que se destrozaban por más de doscientos años, impulsó la erección de la Universidad, fundó el colegio de Niños que lleva su nombre, y obró sucesos tan admirables, que fueron motivo siempre para profesarle amor entrañable. No hay razón que justifique pudiese San Vicente llamar ingrata á su patria, y no se concibe tampoco que éste diese tan despreciable calificativo á la ciudad que tanto quería y á la que favoreció desde muy niño.

Por este tiempo, el 15 de Agosto de 1413, época en que San Vicente había salido de Valencia, llegó al puerto del Grao, de una manera milagrosa, una imagen de Cristo crucificado y una escalera de treinta y tres escalones, que se venera en aquella iglesia con extraordinaria devoción. En el archivo de la parroquia de Santa María de aquella población, hay una copia muy antigua, de tradición inmemorial, que relata la milagrosa llegada de tan venerandos objetos, y en la cual se dice que en la fiesta que se celebró con este motivo predicó nuestro Santo, lo cual ofrece algunas dificultades cronológicas, pues hemos dicho, siguien-

do á Diago y á otros autores, que San Vicente salió de Valencia el mes de Julio, y, como veremos, á últimos de Agosto estaba en San Mateo. Es probable que á principios de Agosto estuviese en las inmediaciones de Valencia, que predicase en el Grao, y que después á largas jornadas se dirigiese al Maestrazgo.

El Arcediano Ballester y D. José Vicente Ortí, hablando de la imagen del Crucificado, que se venera en la parroquia del Salvador de Valencia, llegada á esta ciudad, contra la corriente, por el río Turia, en 1250, dicen que San Vicente fué devotísimo de ella, «y predicaba persuadiendo su devoción, y ordenó sus procesiones á este templo é imagen, siendo la una general para remedio de todas las necesidades que ocurriesen». En unos papeles antiguos del archivo, dice Vidal, se lee: «Era nuestro Padre San Vicente muy devoto de esta imagen y encargaba esta devoción á todos, diciéndoles que era singular medio para la buena dirección de los negocios». El mismo Ortí, antes citado, dice que el Santo dispuso que en las públicas rogativas, que en todos los conflictos se acostumbran, «acudiesen en las cinco primeras estaciones que hace la Metropolitana, asistida de todas las parroquias de la ilustre ciudad, al seguro patrocinio de esta imagen soberana».

CAPÍTULO IV

Carta real.—El mentido ermitaño de San Mateo.—Celo exagerado.—Curación de una muda.—Recuerdos.—Curación en Barcelona.—Viaje del Santo á Mallorca.—Sus evangélicas predicaciones.—Un tabernero aprovechado.—Los pelos milagrosos.—El olivo de diamante.—La lluvia interrumpida.—Otros prodigios.—Despedida de Mallorca.—Las conferencias de Tortosa.—Triunfo completo.—Predicaciones.—Otras conversiones.

ESTANDO San Vicente en Valencia, recibió, entre otras, una carta del rey D. Fernando, que decía así: «Venerable Maestro.—Aunque es cierto que en esta ciudad y en todos los lugares del Principado de Cataluña, las gentes han podido ver que nuestra justicia procede de la gracia divina, que afirma el trono de los reyes, creemos que vuestra presencia y saludables exhortaciones son necesarias á estos pueblos. Os rogamos, pues, con todo nuestro corazón, vengáis lo más pronto posible á esta ciudad, para continuar aquí vuestros trabajos por la gloria de Dios, desarraigar los vicios y arrancar la cizaña entre este pueblo, que espera de vos sus mejores beneficios. Dada en Barcelona, bajo nuestro sello particular, el 29 de Junio de 1413. El rey, Fernando».

Abandonó, pues, Valencia y emprendió su viaje á Barcelona, predicando por los lugares de tránsito, deteniéndose especialmente en San Mateo y Trahiguera.

Llegado á San Mateo, encontró allí un ermitaño que decía á las gentes: «No escuchéis á Vicente, porque su doctrina no es segura, sus milagros son efecto del diablo; yo soy enviado expresamente por Dios para advertíroslo». Y no sólo se contentaba con esto, sino que trató de difamar al Santo, lo cual fué motivo de que muchos se apartasen de él. Pero habiendo éste predicado un sermón en el que acusó á aquel ermitaño como enviado del infierno, se indignó la muchedumbre, y corriendo á la ermita donde se encontraba, se apoderó de él y le encerró en la cárcel. Cuando los carceleros fueron al día siguiente á sacarle para conducirlo al tribunal, habia desaparecido, encontrando tan sólo las cadenas y los grillos. Dieron la noticia al Santo, y éste, sonriendo, les dijo: «Ya sabía yo que aquel aparente ermitaño no era otro que el demonio disfrazado con semejante traje». Entonces refirió otros lances semejantes á éste, sucedidos en Chinchilla, Lérida, Barcelona y Tarragona, en cuyo último punto el Arzobispo prendió á dos de ellos, desapareciendo del mismo modo. Predicaba al pueblo en la misma plaza de la iglesia de San Mateo, que hoy existe, y en la cárcel municipal se conserva un calabozo llamado del diablo, acaso por ser el mismo en que sucedió el suceso que referido queda.

De San Mateo pasó San Vicente á Trahiguera, donde predicó el día de la mártir Santa Margarita, refiriendo el triunfo que ésta consiguió del demonio cuando se le presentó en figura de dragón. Estaba oyendo el sermón un joven de la compañía del Santo, lombardo de nacimiento, y de muy cortos alcances. Obsesionado con la historia que había oído contar de Santa Margarita, salió al campo, creyendo encontrar un dragón semejante al que se apareció á la Santa, con ánimo

de vencerle en lucha campal. Estando embebido en tan estrambóticos pensamientos, acertó á pasar una pobre vieja que estaba muda y era excesivamente fea, la cual iba armada de una hoz para cortar yerba. Creyó el lombardo que Dios le había traído al demonio en la figura de aquella vieja para luchar con él. La repentina aparición del joven asustó á la vieja, que comenzó á lanzar gritos inarticulados y á amenazarle con la hoz, el cual se arrojó sobre ella, y apoderándose del instrumento, comenzó á darle golpes, dejándola como muerta. Fué corriendo al pueblo á participar su glorioso triunfo; acudieron los vecinos y encontraron á la vieja moribunda, lo cual notificaron á San Vicente, que ordenó llevasen á su presencia á aquella miserable muda, para que si estaba con vida pudiese confesarse. «Pero ¡si está muda!», le dijeron; insistió el Santo, hicieron lo que había mandado, y la pobre mujer se confesó, recobrando la palabra, que conservó hasta su muerte. En cuanto al imprudente joven, le hizo abandonar su compañía y le envió á Lombardía. Otros milagros obró el Santo, que llenaron de admiración á aquellas gentes, y que dieron lugar á que en tiempos posteriores le levantasen ermitas y capillas, tributándosele un culto espléndido.

Refiere Mundina, que al salir San Vicente de Trahiguera dió su bendición á la fuente que se halla á las afueras, en el camino de Tortosa, y dijo á sus vecinos que tuviesen la seguridad de que nunca faltaría agua en dicha fuente: vaticinio que persevera constante hasta el día de hoy, aun en los tiempos de mayor sequía. En memoria de tan antiguo y continuado beneficio, levantaron los hijos de este pueblo, encima de la misma, una capilla de piedra labrada, donde se venera una imagen del Santo; poniéndose su primera

piedra el 11 de Mayo de 1611, como consta en la escritura autorizada por el escribano D. Salvador Estellar. Aun se conserva la casa que habitó San Vicente. En Gallera, pueblo inmediato, hay una fuente que lleva el nombre del Santo, y por todo este país existen recuerdos de él.

Prosiguiendo su viaje el Santo, llegó á Barcelona, donde no encontró al rey D. Fernando, que había partido á Balaguer. Pocos días se detuvo en la capital del Principado; pero en uno de ellos, predicando en el convento de Dominicos, se le acercó, al bajar del púlpito, un enfermo, llamado Luis Cataldo, el cual le pidió le curase de un fuerte dolor de cabeza que sufría. Excusóse el Santo, diciendo que ni era Dios ni médico para curarle; mas como el enfermo insistiese, se compadeció de él, y con sólo aplicarle las manos á la cabeza y decir una breve oración, le dejó libre de aquel accidente.

Por este tiempo se hallaba en Tortosa el Obispo de Mallorca, y deseando que sus feligreses gozasen de los beneficios de la predicación de San Vicente, le escribió una carta rogándole visitase aquella isla. Lo mismo hizo el rey y los Jurados de Mallorca, á instancias del citado Obispo, á lo cual el Santo accedió, embarcándose con él en Barcelona el 30 de Agosto de 1413. Un historiador de aquel reino nos relata minuciosamente su predicación en Mallorca.

El procurador real Pedro de Casaldáguila, escribió á D. Fernando una carta dándole cuenta de lo que hizo el Santo apenas llegó á la isla, la cual, traducida del lemosín, dice así: «Muy alto y excelente príncipe y victorioso señor.—Comunico á vuestra alta Señoría cómo el Maestro Vicente llegó á esta ciudad el viernes primero de Septiembre y fué recibido con

gran solemnidad, y el sábado por la mañana comenzó á predicar, á cuyo sermón acudió la mayor parte de la ciudad. Le tienen tanta devoción, que todas las noches se hacen varias procesiones y se disciplinan muchos hombres, mujeres y niños, y el Señor, en vista de las oraciones y plegarias de los niños y pueblo, atendiendo á que los campos están perdidos por pertinaz sequía, ha hecho que al tercer día en que el Maestro Vicente predicaba, lloviese copiosamente por toda la isla, lo cual tiene al pueblo muy contento... Escrita en Mallorca á 11 de Septiembre de 1413». Aunque la iglesia de los Dominicos era muy grande, no podía contener á la muchedumbre que acudía al sermón, por cuyo motivo tuvo que derribarse la cerca del huerto y construir en él un tablado para que celebrase la Misa y predicase, sucediendo entonces lo que tantas veces hemos repetido, que le oyesen de cuatro leguas de distancia y que le entendiesen, no obstante predicar en valenciano, los muchísimos extranjeros que por razón de su comercio estaban en la isla. En aquel lugar se colocó después como memoria una cruz: el número de los oyentes á los sermones se colige del antiguo libro de colectas, en el que se ve, que no llegando en otro tiempo la oferta á diez sueldos, llegaba en estos días á ciento cincuenta.

Predicó en la ciudad hasta el 3 de Octubre, con gran aprovechamiento de las almas. Continuó sus trabajos apostólicos por toda la isla, obteniendo los más inesperados resultados. El día 20 de Noviembre el rey le escribió participándole la victoria alcanzada sobre el Conde de Urgel, y encargándole, además, fuese á Peñíscola, para pasar de allí á Tortosa, donde el Papa Benedicto XIII había convocado á los rabinos más ilustres.

El día 17 de Enero se despidió de los mallorquines, y les dió la absolución general. Fué acompañado al puerto por toda la población, y por el camino todos salían á las puertas de sus casas ofreciéndole provisiones. El Santo pidió un poco de vino, y al instante se presentó un tabernero. Tomando el Santo su escapulario hizo con él y sus manos una especie de vaso, y dijo que le echase allí el vino. «¿No veis que vais á mancharos?», dijo el tabernero.—«No temáis», contestó el Santo; y efectivamente, el agua de que estaba mezclado y que era abundante, quedó en el escapulario, y el vino se pasó por la tela.

Los milagros que obró el Santo en toda la isla, fueron innumerables, especialmente en los poseídos del demonio. El religioso Fr. Guillén Portas, al afeitarle, tuvo la idea de conservar los pelos en un pañuelo. Los aplicó al cuello de una endemoniada, y el espíritu maligno comenzó á atormentarle más; pero, al fin, tuvo que salir y abandonar aquel cuerpo que por largo tiempo había dominado.

Predicaba ordinariamente en cada pueblo tres ó cuatro sermones, sobre el juicio final generalmente. En Valdemosa, por ser la iglesia pequeña, predicó al aire libre, sirviéndole de púlpito un viejo olivo que estaba vacío y que ostentaba la forma de púlpito. Algunos años más tarde, el tronco de este olivo se abrió por tres ó cuatro partes, y aunque estaba á las puertas de la ciudad, nadie se atrevió á tocarle por respeto y recuerdo del Santo. Sin embargo, dice Gavaldá, con el tiempo se perdió la memoria de este silvestre púlpito, y el dueño del campo, donde se encontraba, mandó un día á tres criados suyos para que hiciesen leña de aquel tronco, y al primer golpe se pasmaron al ver que se rompían los acerados hierros

de las hachas. Se dió noticia de este suceso, y entonces recordaron que había sido santificado por Vicente, construyendo en aquel lugar una ermita para memoria.

Un día, predicando el Santo sobre este mismo púlpito, se puso á llover tan copiosamente, que muchos comenzaron á retirarse; pero él levantó las manos al cielo, y después de hacer una breve oración, se condensó una espesa nube que sirvió de defensa contra la lluvia, y á Vicente de dosel y corona, miéntras que en todo el vecino distrito bañaba el cielo la común necesidad de los campos.

Estaba predicando en Pollensa, y durante el sermón se oyeron voces lastimeras como si fueran de un niño que se hubiese despeñado de un vecino monte. La gente, al oir aquellos lamentos, se asustó, pero el Santo dijo que no se alterasen, porque aquellos gritos procedían del demonio; dicho lo cual cesaron al momento. Otras veces se aparecía el demonio bajo la forma de un animal cualquiera, y atravesaba por enmedio del auditorio para descomponerle; pero una bendición del Santo bastaba para ahuyentarle.

Muchísimos otros prodigios realizó el Santo en esta isla durante su predicación, convirtiendo también muchísimos moros; después de muerto continuó favoreciendo á aquellos vecinos con innumerables curaciones y milagros: Gómez y Gavaldá traen un largo catálogo de ellos. En el proceso de canonización, un testigo declara que todos los días le presentaban multitud de enfermos, y con sólo tocarles y pronunciar ciertas oraciones quedaban curados. En el mismo proceso se refiere que no lejos del puerto de Valencia, se desencadenó una violenta tempestad que iba á estrellar el barco que llevaba á Vicente contra la costa; pero una

oración pronunciada por él calmó de repente aquel viento huracanado [1].

Muchísimos son los recuerdos que de San Vicente conserva Mallorca, siendo trabajo muy largo el enumerarlos todos: Inca, Soler, Benisalem, Fornaluch, Val de Mosa, Mut, Pobla, etc., dan testimonio de ello. También son muchos los cuadros que, representando algún hecho milagroso ó algún favor recibido, se conservan en la isla.

Hemos dicho que, con fecha 20 de Noviembre de 1413, el rey había escrito una carta á San Vicente, en la que, entre otras cosas, le dice: «No ignoráis, devoto y amado nuestro, que en el reino hay muchos hijos de Moisés, ciegos y descarriados, en la dura prisión del judaísmo, é inspirados por el Espíritu Santo desean ser instruídos en algunas cosas, que su entendimiento no puede percibir, para abrazar la fe católica. Esperamos que por el esplendor de vuestra edificante palabra saldrán de sus tinieblas á la luz de la verdad católica. Os rogamos, pues, afectuosamente y exhortamos en el Señor, vistas las presentes letras, no tardéis en embarcaros para Tortosa, donde muchos de dichos judíos, por la causa referida, se han congregado allí...»

Las conferencias de Tortosa habían sido propuestas á Benedicto XIII por Jerónimo de Santa Fe, famoso talmudista, convertido en Alcañiz por San Vicente;

1 Teyxidor en sus *Noticias de San Vicente Ferrer*, Ms. n.º 29, pág. 357, trae día por día el itinerario del Santo, y otras muchas noticias documentadas de su predicación. Puede verse también *Historia del reino de Mallorca*, por Damets, continuada por Vicente Mut, lib. VII, cap. XIII; respecto á la predicación en Pollensa, *Los itinenaris de Sant Vicent*, por D. Antonio Cerdá (Septiembre 1413) en el *Boletín de la Sociedad arqueológica Luliana*, Palma, 25 de Marzo de 1889.

pero el Papa, sin desconocer el valor de tal auxiliar, creyó oportuno esperar la llegada del Santo, el cual arribó á Tortosa el 20 de Enero de 1414.

El 7 de Febrero de aquel año se abrieron las conferencias bajo la presidencia del mismo Pontífice, continuando después bajo la del General de los Dominicos. Los más célebres rabinos y los más notables teólogos católicos se congregaron allí, pero Vicente Ferrer fué el alma de todo. Entre los rabinos concurrieron Rabbi Ferrer, Salomón Isaac, Rabbi Astruch, el Leví de Alcañiz, Rabbi Josef Alba, Rabbi Matatías de Zaragoza, el maestro Tooroz, Bonastruz Desmestre de Gerona y Rabbi Moisés Abenazre. Contra éstos señaló el Papa al célebre Jerónimo de Santa Fe y á su limosnero el Doctor valenciano Andrés Beltrán, que después fué Obispo de Barcelona, advirtiéndoles se valiesen también para la discusión de las glosas de los antiguos judíos. De la labor de estos dos ilustres teólogos, juntamente con San Vicente, resultó un magnífico tratado contra los judíos, que, mandado compilar por Benedicto XIII, se conserva en los Archivos del Vaticano.

«Magnífico espectáculo es el que presentó el congreso de Tortosa, exclama el historiador Vicente de Lafuente, comparable al parlamento de Caspe; y como él, da una aventajada idea de la cultura que alcanzaban la civilización y las letras en aquella época. El éxito del congreso de Tortosa fué sumamente próspero para la religión cristiana. Celebráronse setenta y nueve sesiones hasta Noviembre de 1414. Los resultados fueron la abjuración de todos los catorce rabinos, excepto Rabbi Ferrer y Rabbi Albo. A nombre de todos los conversos redactó una cédula de abjuración Rabbi Astruch Leví. Pero apreciando como se

debe estos señalados servicios en favor de la fe católica, es indudable que el principal instrumento de que para ello se valió la divina Providencia, fué San Vicente Ferrer».

Dice el analista de Tortosa Daniel Hernández, que á propósito de esta reunión, San Vicente Ferrer comenzó á predicar en la plaza pública, amonestando á los judíos á convertirse, promoviéndose entre ellos graves altercados. Refiere Vidal, que subió un día al púlpito y se quedó un gran rato como suspenso antes de empezar el sermón. Extrañábalo la gente, y se escuchó un sordo rumor entre el auditorio; pero el Santo lo apaciguó, diciendo: «Hermanos, no extrañéis mi silencio, pues estoy aguardando la gracia de Dios». No bien acabó de decir estas palabras cuando llegó un gran número de judíos, los cuales, apenas concluído el sermón, se convirtieron todos. En esto se entendió que la gracia que esperaba San Vicente era la moción del Espíritu Santo, quien le trajo aquellas almas, disponiéndolas para que en ellas fructificase la palabra de Dios.

El ejemplo de los rabinos convertidos fué imitado por una gran muchedumbre; pero aun quedaron recalcitrantes, lo cual obligó al Papa Benedicto á publicar una famosa Bula, cuyo original se conserva en los archivos de Tortosa, en la que prohibía, bajo severas penas, el Talmud y otros libros judaicos, y la profesión á los judíos de varios oficios y cargos, organizando además para ellos una legislación especial.

El movimiento hacia la fe que se produjo en Tortosa, se extendió más lejos, y en Tamarit se convirtieron todos los judíos. «Tal conversión, dice un historiador, fué sumamente útil porque con la cesación

de las usuras, vino la agricultura á mejorar sus condiciones»'.

En Tortosa se conservan algunos recuerdos del Santo, y entre ellos el cayado de que se servía en sus viajes, el cual procede de la familia de Villalba que le dió hospitalidad.

CAPÍTULO V

Cartas reales.—Una aparición.—Conversión de judíos.—Ruegos inútiles.—El niño de Morella.—Entrada en Zaragoza.—Protección divina.—Predicaciones á los judíos.—Frutos indispensables.—Falsos penitentes.—Continúan las predicaciones.—Calatayud y Graus.—Recuerdos y prodigios.—La lluvia interrumpida.—El asno enmudecido.—Hospedaje recompensado.—Más prodigios.—La portadera milagrosa.—Comida imprevista.

Graves asuntos tenía que decir el rey D. Fernando á San Vicente, cuando hallándose éste todavía en Tortosa trabajando por la conversión de los judíos, le escribió tres cartas consecutivas, fechadas en Lérida en los días 4 de Enero y 6 de Marzo de 1414, y en Zaragoza, día 16 de Abril, diciéndole en la última que tenía que comunicarle «ciertas cosas, que tenemos muy en el corazón, tocantes en parte á la salud de nuestra alma», las cuales se referían, según se indica en otra carta del rey, á ciertos derechos sobre la Universidad de Gerona, concedidos por el Conde de Urgel, cuando ejercía autoridad, á precio no muy honroso. No conocemos la solución de este asunto.

Estando el Santo en Tamarit recibió un nuevo pliego real, fechado en 11 de Mayo, en el que se le consultaba sobre cierta extraordinaria aparición, habida en Guadalajara, predicando un religioso franciscano sobre el misterio de la Eucaristía el día 18 de Marzo.

He aquí la contestación, traducida del latín: «Jesús. Excelentísimo Príncipe y Señor: Con toda reverencia y sumisión recibí vuestra carta, referente al milagro acaecido en Guadalajara, mientras predicaba un religioso de la Orden de los Menores sobre el misterio de la Eucaristía. Según mi entender, este prodigio tiene un doble objeto: primeramente confirmar la doctrina del predicador, pues de la misma manera que en los documentos reales es reconocida su autenticidad por el sello que los marca, así también señala Dios de cuando en cuando la doctrina de los que predican las verdades evangélicas con el sello de los milagros, según la palabra de San Marcos: «Predicaron por todas partes, y el Señor confirmaba sus palabras por medio de prodigios». Si consideramos la forma de la cruz, que apareció en el cielo, blanca como la nieve, debemos deducir que la doctrina del predicador era celestial y exenta de todo error. El pie de la cruz, dividido en tres partes, significan las tres cosas que necesariamente han de concurrir en la consagración de la Eucaristía, á saber: materia, forma é intención. Los brazos de la cruz, formados cada uno de dos ramas, extendiéndose á derecha é izquierda, indican la realidad de la consagración hecha por el sacerdote, ya esté en gracia ó en culpa mortal. Los cinco frutos que nacen de cada rama, dominados por un fruto superior, indican las cinco palabras de la consagración que hacen descender el cuerpo de Cristo, nuestro Señor, al llamamiento de aquel que ha recibido poder para ello. Y como todos los frutos forman un total de veintidós, indican el número de las palabras de la consagración del vino. El segundo motivo por el cual ha sucedido este milagro, es el significar la defensa de Cristo y de su fe, coincidiendo con el fin del mundo. Las tres

partes de que se compone la cruz aparecida, representan los tres ángeles, ó mejor dicho, los tres predicadores que deben aparecer al fin de los tiempos, de lo cual habla el capítulo XIV del Apocalipsis: la parte superior, semejante á un fruto que domina á todos los demás, señala el supremo estado de la prosperidad y de la fidelidad cristiana, en que vendrá el tercer predicador, es decir, después de la muerte del Anticristo. Los dos brazos transversales de la cruz, significan los dos profetas Elías y Henoch, que deben aparecer en tiempo del Anticristo, los cuales, en la Sagrada Escritura, son señalados bajo la figura de ramos y árboles, en el cap. XI del Apocalipsis: «Serán como dos olivos ó como dos candeleros que resplandecerán y darán luz en la presencia del Señor». El segundo ángel que debe venir con Elías y Henoch, en el tiempo del Anticristo, está claramente indicado por el fruto que está en medio del brazo transversal. Los pequeños frutos que lleva cada rama señalan la perfecta obediencia de los profetas á la ley de Dios, y el fruto superior su fe completa. De todas estas cosas debe deducir vuestra Majestad un motivo más para procurar con gran diligencia la conversión de los judíos y otros infieles; de velar por la paz y honestidad de las familias, no tolerando ni cortesanas, ni juegos de azar; procurar exacta y pronta justicia, y hacer de manera que todas las leyes sean cumplidas al pie de la letra. Que Dios os tenga en su gracia. Amén. Escrita en Tamarit á 16 de Mayo.—Fr. Vicente Ferrer, predicador».

Como se ve en esta carta, el Santo tenía fija la idea de la proximidad del juicio final, y la constante certidumbre de que él era el segundo ángel del Apocalipsis.

Partió de Tamarit San Vicente con dirección á Daroca, para celebrar allí las fiestas del Corpus, en las que predicó, y adorar los milagrosos Corporales venerados desde el tiempo de D. Jaime el Conquistador. Según afirma un testigo presencial, en el sermón predicado en la fiesta de la Eucaristía, Dios bendijo su palabra convirtiendo ciento diez judíos, que pidieron las aguas del bautismo. La sinagoga fué transformada en iglesia bajo la invocación de la Conversión de San Pablo.

De Daroca se dirigió á Morella, donde debía reunirse con Benedicto y el rey, para tratar y discurrir sobre los medios conducentes á la terminación del cisma. Comenzaron las negociaciones, que duraron cincuenta días, largos y dolorosos, pues á medida que el tiempo avanzaba, Pedro de Luna, de quien se esperaba un ejemplo de desinterés, se encerró en su negativa. El emperador Segismundo escribió que los dos Papas de Italia estaban decididos á deponer la tiara si Benedicto XIII les imitaba. San Vicente Ferrer rogó y suplicó, pero todo fué en vano, y el testarudo Papa abandonó Morella á mediados de Septiembre de 1414, dejando á los morellanos, para endulzar la impresión amarga que quedaba en el alma de los creyentes, varias gracias espirituales, su cáliz y la cruz pectoral.

Los morellanos ya conocían á San Vicente: en 1410 había estado entre ellos, y la impresión causada por sus sermones duraba todavía. De sobra es que digamos que el recibimiento que se le hizo fué entusiasta, saliendo á su encuentro el Baile, el Justicia, los Jurados y los personajes más principales de la ciudad. El Santo recompensó con creces las muestras de afecto con que le distinguieron, y los documentos escritos y una tradición constante nos dan una muestra de ello.

He aquí uno, el más célebre acaso, que se conoce con el nombre de «el niño de Morella».

Hallábase el Santo hospedado en casa de un caballero principal, cuya joven esposa, adornada de todas las virtudes, padecía con frecuencia ataques de enajenación mental, que ponían á la familia en gran sobresalto, y á la cual San Vicente dió su bendición, quedando tan tranquila, que muchos juzgaron estaba ya completamente buena. Mas un día, mientras el Santo estaba predicando, ella, que se había quedado sola en casa, resolvió ofrecerle un banquete; y al efecto, pareciéndole que la carne de un niño que tenía sería la más á propósito para condimentar un plato delicado, cogió un cuchillo, y haciendo pedazos al pequeñuelo, asó uno de ellos y guardó los otros en su despensa. Vuelto á casa el marido preguntó si estaba pronta la comida, y en especial los peces preparados para el Santo. «No sólo los peces, sino también un plato de carne de la que guardo varios pedazos para la noche», le contestó la demente. Por su aire extraño conoció el infortunado marido que alguna desgracia sucedía, lo cual no tardó mucho en averiguar. No es para decir el dolor que embargaría á aquel pobre padre, viendo muerto á su hijo, que era el encanto de su corazón. Mientras tanto, conociendo el Santo por luz interior lo necesaria que era su presencia en aquella casa, para evitar los efectos que una desesperación horrible podría producir, corrió á ella é hizo reunir todos los pedazos del pobre niño, los arregló colocando cada uno en su lugar, y postrado de rodillas, dirigió á Dios la siguiente oración: «Jesús, Hijo de María, salvador y rey del mundo, que habéis criado de la nada el alma de este niño, haced que se restituya al cuerpo para la mayor gloria de Vuestra Majestad inefable».

Y apenas terminada esta breve oración, á presencia de una multitud que, atemorizada y á la vez llena de confianza, presenciaba aquella escena, los pedazos se unieron, su aspecto sanguinolento desapareció, la vida comenzó á renacer, y el niño que poco antes no era más que una informe masa de carne hecha pedazos, abrió los ojos, y lanzando una dulce mirada al que había obrado semejante prodigio, extendió los brazos en señal de alegría y agradecimiento.

Este prodigio tan extraordinario ha sido referido por muchos historiadores, y consta que la casa pertenecía al Notario Francisco Gavaldá, donde la piedad construyó más tarde una capilla, en la que hay un antiguo cuadro que representa el hecho. Todavía se conserva el cuarto donde se hospedó el Santo y la cocina donde fué asado el pobre niño. Muchos cuadros é inscripciones cuentan el hecho, sin que jamás haya sido desmentido.

Diversos son los recuerdos que venera todavía Morella de la estancia del Santo: capillas, ermitas, reliquias, etc., nos indican que San Vicente favoreció en vida, y aun después de muerto, á aquellos pacíficos habitantes.

Después de las infructuosas conferencias que con Benedicto XIII había tenido San Vicente Ferrer y el rey D. Fernando para la terminación del cisma, este último se dirigió á Montblanch, donde el partido del Conde de Urgel comenzaba á agitarse, y aquél marchó á Zaragoza, entrando allí el 1.º de Noviembre, y siendo recibido con extraordinaria pompa, según recomendación hecha por el rey á su hijo D. Alfonso en carta que le decía: «Creemos que el Maestro Vicente llegará pronto á esa ciudad, ó tal vez esté en ella, y os mandamos que, recibiéndole bien y honoríficamente,

le deis gusto en todo y procuréis que los judíos acudan á sus sermones». También le participaba que por aquellos días la madre del Conde de Urgel había intentado envenenarle. El príncipe le contestó con la siguiente carta, que transcribimos, porque nos habla en casi toda de nuestro Santo.

«Al altísimo, excelentísimo y muy poderoso príncipe mi muy amado padre y señor el rey.—Estando ayer martes en la Misa que celebraba el Maestro Vicente, recibí la carta, por la que he sabido el señalado favor que os ha hecho estos días Dios, nuestro Señor, por la intercesión de la gloriosa Virgen María, á Vos, poderoso Señor, á mí, á mis hermanos y á todos los súbditos de Vuestra Real Majestad, descubriendo las odiosas y criminales maquinaciones de la madre de D. Jaime de Urgel, que ha puesto en gran peligro vuestra persona y el gobierno público del que estáis encargado por la divina gracia; por lo cual alabo á Dios, porque en su misericordia os ha hecho conocer á tiempo tanta perfidia é iniquidad, lo mismo que á la Santísima Virgen María, á cuya intercesión creemos firmemente se debe tan señalado favor. Hoy mismo he comunicado al Maestro Vicente este hecho, y ha celebrado solemnemente la Misa en acción de gracias: en el sermón ha encargado eficazmente al pueblo diese gracias á Dios por tan señalado beneficio, de lo cual están todos maravillados, pues consideran este hecho como un prodigio evidente á todas luces, llenándoles de gran consuelo. Respecto á lo que me recomendáis de que se acoja del mejor modo posible al Maestro Vicente, complaciéndole en todo, y de que procure yo vayan á oir sus predicaciones los judíos y moros, os he de manifestar que lo he hecho con mucho gusto, tanto por obedecer á vuestro man-

dato como por el cariño que profeso al Maestro Vicente. Apenas recibida Vuestra carta he mandado reunir á los moros y judíos para que oyesen el sermón, lo cual han hecho y continuarán haciendo un día ó dos cada semana, según dicho Maestro ordenare. Que Dios os haga por su infinita presencia vivir y reinar largos años, y que prospere vuestra real corona.—Alfonso, primogénito.—Zaragoza, 7 de Noviembre de 1414».

Las seguridades que el joven príncipe daba al rey respecto á los judíos, no debieron satisfacer al rey por cuanto le volvió á escribir con fecha 14 de Noviembre, recomendándole procurase por todos los medios posibles el que asistiesen al sermón: esto lo cumplió el príncipe con tal cuidado, que por haber tardado un día en acudir, les impuso una multa de 1.000 florines.

La gran reforma de costumbres que el Santo hizo en Zaragoza con su predicación, nos lo dice la siguiente carta que el síndico de la ciudad escribió al rey: «Con todo el respeto y reverencia debido á Vuestra alta Majestad, repito lo que ya he comunicado en términos generales, es decir, que cada día va mejorando el buen estado de esta ciudad, gracias á Dios, debido á vuestras disposiciones, que se han puesto en práctica, y á los sermones del Maestro Vicente Ferrer, que predica contra los vicios, los abusos, y principalmente contra las relaciones entre judíos ó moros y los cristianos, de las cuales nacen toda clase de desórdenes, sobre todo los robos y alianzas culpables entre los mismos, como lo han demostrado las pesquisas hechas por las autoridades.—Nicolás Burjes.—En Zaragoza, 30 de Abril de 1415».

Predicando un día en la iglesia de Santa Lucía, dijo lo siguiente: «Una gracia especial ha hecho Nues-

tro Señor á esta ciudad, cual es que se den en ella muchas limosnas. Entre otros, hay aquí un hombre que tiene abierta su tienda de paños para todos los que quieran vestirse por el amor de Dios. Pero os quiero advertir, que si bien muchos han tomado el hábito en nuestra compañía por la doctrina que en ella se profesa, sin embargo hay otros que os piden protestando que son de la compañía. Yo os digo que no pertenecen á ella, pues no son más que malvados y vividores; no los recibáis si no van con el regidor de la compañía. Otros visten el hábito, piden limosna con los siete salmos y no saben leer.

»Anoche recibí un correo de Daroca, en el que se me dice que uno de vosotros, llamado Bernardo Aguiló, fué allí á pedir limosnas de mi parte, y como la ciudad ordenase se buscasen paños y otras cosas para dárselas, él pidió dinero en lugar de todo esto, lo cual les hizo sospechar, y ha dado lugar á que se me preguntase sobre dicho sujeto. Yo he contestado que todo lo que dice el referido sujeto es completamente falso, por lo cual estoy seguro que será tratado como merece su osadía...»

En uno de los sermones que predicó en Zaragoza, en el del domingo primero de Adviento, y que se conserva manuscrito en el archivo de la Catedral de Valencia, se lee lo siguiente: «Yo pensaba partir de aquí hoy mismo; pero por los ruegos de los magistrados de esta honorable ciudad, y á causa de la devoción del pueblo, permaneceré todavía hasta la Epifanía. No estaré más, porque me hago viejo y todavía he de recorrer mucho camino, anunciando á todos el fin del mundo que se acerca». Estas palabras nos indican que ya había pasado la Epifanía cuando San Vicente salió de Zaragoza, acompañado de Fray

José García, para visitar el reino. Según la declaración en el proceso de este último, que después fué Obispo de Mallorca, le vió convertir á la fe de Jesucristo las sinagogas de Daroca y Alcañiz, y gran parte de los judíos de Zaragoza, Huesca, Calatayud y otros pueblos.

Algunos autores extranjeros dicen que de Zaragoza pasó á Bolonia, fundados en un escrito descubierto por el historiador Teoli; pero nosotros creemos que este documento es apócrifo, ó hecho por algún bolonés entusiasta del Santo. Y decimos esto, porque en el tiempo que se dice estuvo en aquel país, le encontramos en España recorriendo muchos pueblos y convirtiendo innumerables judíos, lo cual consta por irrecusables documentos.

Desde la Epifanía hasta Junio de 1415, recorrió nuestro Santo muchísimos de los pueblos comprendidos entre Huesca y Teruel, Tarragona y Calatayud, dedicando preferente atención á los pueblos en los que había judíos. Según consta en los archivos de Calatayud, San Vicente predicó en 1415 una misión en aquella ciudad, para la cual construyeron un tablado en la plaza del Mercado, donde predicaba y celebraba Misa. Fruto de aquellas predicaciones fué la conversión de un célebre judío, muy versado en las Escrituras, llamado Jucejumiel, al cual la ciudad regaló un traje completo. También hay noticia de que predicó en la iglesia de San Andrés de aquella ciudad. Como las gentes que oían sus sermones no podían estar ni en la iglesia ni en la plaza, por ser éstas pequeñas para contenerla, predicó en las afueras, construyéndose al efecto tablados, en cuyos lugares se levantaron más tarde monumentos, en los que colocaron su imagen para perpetuar su memoria. El púlpito de la iglesia

donde predicó se conservaba todavía en 1841, y en su lugar hoy ha colocado la piedad un cuadro que representa al Santo, con esta inscripción: «El ángel del Apocalipsis, San Vicente Ferrer, predicó en este púlpito por los años 1415». Otros muchos recuerdos se conservaban, de los cuales apenas quedan vestigios.

Entre los muchos prodigios sucedidos en Calatayud por la intervención de San Vicente, citaremos uno acaecido en 1731. María Martínez, esposa de Juan Monreal, dió á luz un niño monstruoso que por todos los caracteres que presentaba creyeron estaba muerto. El padre y los que le vieron rogaron á San Vicente le concediese la vida, al menos para que recibiese las aguas del bautismo. Se ensayaron por espacio de una hora todos los medios para provocar algunas señales de vida, pero todo fué en vano. Entonces la madre, dirigiéndose al Santo, le dijo: «Vos, que sois tan gran Santo, ¿por qué no me socorréis en este instante, á mí, que tanta devoción os tengo?» Apenas dichas estas palabras, el niño comenzó á moverse, el calor de la vida sustituyó á la frialdad de su cuerpo y la deformidad desapareció por completo. Otros muchos milagros traen los autores, que demuestran haber sido la devoción constante de Calatayud al Santo, suficientemente recompensada.

Después de recorrer innumerables pueblos, pasó á Graus, de cuya estancia tenemos un testimonio en la inscripción colocada en la parte inferior de una imagen de bastante antigüedad, que se halla en una capilla dedicada al Santo. Dice así: «En el Junio de 1415, el M. R. F. M. Fr. Vicente Ferrer, ahora Santo, apóstol valenciano, movido de superior espíritu, llegó á esta antiquísima villa de Graus, hizo una fervorosa misión, y en la misma estableció la penitente procesión de

disciplina. Notó en sus moradores la docilidad, celo de la gloria de Dios, fidelidad á su santa ley y amor á su Redentor, motivos que obligaron al Santo á desprenderse por un afecto de cariño á este pueblo del divino crucifijo que llevaba en su compañía y por el que obraba innumerables conversiones en su predicación; ofreció, é hizo la entrega de esta santa imagen de Cristo, al M. I. Capítulo de Racioneros, y á presencia del M. I. Ayuntamiento, como arriba se manifiesta, y en el cuadro que sirve de adorno á la suntuosa capilla y tabernáculo que la gratitud de los de Graus ha construído en su parroquia del Arcángel San Miguel, su titular. Son sinnúmero los beneficios, favores, gracias y milagros que esta villa, toda su comarca y todos sus devotos han experimentado visitando á este soberano Señor; excita mucho su culto, y obliga á la piedad divina la reverente procesión que se hace los domingos, y que tanto encomendó San Vicente, ahora patrón de Graus, por cuyo medio tiene este pueblo una sucesión de misericordias en todas las dolencias, necesidad de agua y epidemias».

A este crucifijo de San Vicente, que es de madera, y mide 1'50 metro de altura, se le atribuyen muchos milagros. Dícese que los dos ríos, Esera é Isabena, que bañan el valle de Graus, salieron una vez de su cauce, y con sólo meter en el agua el santo Cristo, se detuvo la inundación.

Cerca de este pueblo, sobre un inmenso peñasco que le domina, hay un santuario con la invocación de Nuestra Señora de la Peña, escondida á las profanaciones de los moros, y descubierta después de una manera milagrosa, en cuyo punto estuvo nuestro Santo, y como muchos le siguieran en aquella subida, San Vicente les dirigió la palabra, llamándose desde en-

tonces una de aquellas colinas la «predicadera de San Vicente».

Al abandonar el Santo á Graus, dejó en la misma á su fiel compañero Fr. Pedro Cerdá, en cuyo punto murió el año 1422, obrándose por su intercesión muchos prodigios: descansa su cuerpo junto al altar de San Vicente, en la iglesia de Nuestra Señora de la Peña.

Predicando el día 29 de Junio en Barbastro, día de la festividad de San Pedro y San Pablo, se desencadenó una espantosa tempestad, que llenó de terror á todos los asistentes, por los muchos truenos y rayos que continuamente se sucedían. Acabada la Misa que celebraba el Santo, viendo la tristeza y temor que se había apoderado de los asistentes, serenó la tempestad con la señal de la cruz y agua bendita. Después se dispuso á predicar, y dijo que San Pedro y San Pablo habían mediado para que aquella tempestad no acabase con árboles y frutos, y que si no hubiese sido por ellos, no habría sido el castigo de piedra y granizo solamente, sino que hubieran caído verdaderas piedras de fuego. Anuncióles también que antes de un año tendrían otra tempestad semejante, como sucedió en el undécimo mes.

En Julio pasó á Ainza, donde se detuvo once días, predicando con tal aplauso y ante tan crecido auditorio, que los Jurados se veían obligados á escoltarle todos los días, para que no fuese atropellado por la veneración que le demostraban. Un suceso gracioso se cuenta acaeció en este pueblo. Hallábase predicando el Santo, cuando en uno de los períodos más culminantes del sermón, empezó un asno, que en un corral cercano había, á dar tales rebuznos, que impidió oir lo que se decía, sembrando la confusión en los oyentes; pero el Santo le ordenó en voz alta que

callase, y el paciente animal obedeció al instante.

En Benavarre también predicó algunos días, hospedándose en uno de ellos en una casa situada á alguna distancia de la población, propiedad de José Clemente de Piniés, y según dice Vidal, en un pergamino que se conservaba en dicha casa, se leía lo siguiente: «Vino San Vicente transitando por este país, y como Dios, mudando el nombre de Abraham, bendijo la casa: y así con ésta lo ejecutó el Santo, pues llamándose muy de antiguo el Más de la Pudiola, ordenó que en adelante se dijese de Ferrer, con cuyo nombre se ha apellidado hasta hoy, aunque ha tenido diversos herederos con apellidos distintos, y le echó su bendición que nunca se vería mendiga». El día 5 de Abril se celebra la fiesta del Santo con gran solemnidad, y en reconocimiento se da de comer en ese día á todos los pobres que se presenten.

En Fonz profetizó que ninguno de sus hijos moriría en el campo de batalla. Un historiador de aquella localidad dice, que «en todo el país hizo innumerables conversiones, restableció las buenas costumbres y levantó el espíritu en las instituciones religiosas, gracias á su elocuencia y al prestigio de sus milagros». En Cervera se le apareció una noche Santo Domingo, sosteniendo familiar plática con él. Entre otras cosas aseguró el Patriarca á nuestro Santo la gloria que le estaba preparada en la otra vida: en tan dulces pláticas estuvieron hasta la madrugada. El extraño rumor que producía la conversación de los dos Santos atrajo la atención de los demás religiosos, que, acercándose á la puerta, los vieron rodeados de luz celestial. Hasta el año 1835 se conservaba la celda con la tradición que hemos referido.

En Agosto vemos á nuestro Santo en Cervera y en

el país de Confláns, cerca de la frontera francesa. Al pasar por Villalonga le acompañaban sobre mil personas, á las cuales dió de comer milagrosamente. Cuenta un testigo de su compañía que en dicho pueblo, un señor llamado San Justo, le ofreció vino para que lo diese á la gente que llevaba, y, al efecto, les sacó una portadera. Después de beber aquella gente y seguir su camino, el dueño observó que la portadera estaba todavía completamente llena. Entonces mandó á un criado para que participase al Santo esta maravilla, al que contestó se diese de aquel vino á cuantos lo pidieran, con la seguridad de que no disminuiría. Dice Vidal que así lo hizo el caballero, y quedó con tal virtud el vino, que bebiendo de él curaban muchos de gravísimas enfermedades, y con ser tantos los que acudían y no negarlo á nadie, atestigua un Obispo con juramento, en el proceso de la canonización, que pasando él diez años después por Villalonga, aun no había disminuído el vino de la portadera.

Otro prodigio de esta clase se refiere en el proceso. Iba el Santo por Cataluña, acompañado de innumerables gentes, extenuadas de hambre y necesidad, y cuando se encontraban entre Roca y San Solón, se dirigió el Santo, con todos los que le acompañaban, por un estrecho sendero, á un bosque cercano en el que había una pequeña casa. Se sentó á la sombra de una encina, y ordenó que todos hicieran lo mismo. Mas he aquí que de repente vieron llegar hacia ellos una porción de jóvenes llevando toda clase de comestibles, de los que comieron todos, satisfaciendo su apremiante necesidad. En otro lugar hemos mencionado un suceso semejante, que nos muestra la solicitud con que asistía la Providencia á nuestro Santo á los que iban en su compañía.

CAPÍTULO VI

Preparativos de paz.—San Vicente en Perpiñán.—Intransigencia del Antipapa.—Fructífera predicación.—Imprudencia útil.—Conversión de un pecador.—Sermón improvisado.—Grave enfermedad.—El médico celeste.—Fin del cisma.—Intervención de San Vicente.—Irrecusable testimonio.—Necesidad de las predicaciones del Santo.—Súplicas apremiantes.

Obtenida por el Concilio de Constanza la renuncia del Papa Gregorio VIII, se trató de que se negociase cerca de Benedicto para que depusiese su actitud, y renunciando también su autoridad, pudiese la paz y extirpación del cisma coronar las tareas de aquella Asamblea. Designados cierto número de Obispos y doctores para que acompañasen al emperador Segismundo, llegó éste á Niza, que era el punto destinado en un principio para celebrar la conferencia con Benedicto, á la que debía acudir también D. Fernando; pero no habiendo podido este rey acudir á aquel punto, por hallarse enfermo, ni Pedro de Luna, por haberse negado, resolvió Segismundo trasladarse á Perpiñán, donde le habían asegurado los encontraría.

Antes ya había escrito D. Fernando á San Vicente una carta en la que le participaba la reunión que debía verificarse, y le rogaba que «para feliz logro de tan importante negocio (la extinción del cisma), emprendáis desde luego el viaje á Collioure, y allí espe-

réis al Sumo Pontífice y á Nos, que pasaremos á mediados de Junio por esa villa, esperando en el Señor, de quien es la causa, que no aprovecharán poco vuestros loables consejos y la atención devota de vuestros méritos».

El Santo, atento á estas indicaciones, tomó en seguida el camino de Collioure, predicando en todo el camino y en los pueblos que hemos indicado. Apenas llegado á esta población supo la enfermedad de don Fernando. Restablecido éste, se acordó que la entrevista se verificase en Perpiñán, á donde se dirigió el Santo, llegando á últimos de Agosto. Su presencia, la del Papa y la del rey, atrajo una muchedumbre considerable, y aunque éste se hallaba rodeado de sus hijos, de las reinas y de una corte numerosa y brillante, las miradas de todos se dirigían á Vicente y á Benedicto, de los cuales se esperaba un acto, del que dependería la suerte de los pueblos. Comenzadas las negociaciones, Benedicto empleó toda su astucia y elocuencia para evitar una resolución inmediata. Quería que se entablase lo que llamaba «vía de justicia», que consistía en examinar el derecho de cada uno, á contar desde la elección de Urbano VII; mas este medio era tan embrollado por las pruebas tan contradictorias que existían, que nadie sino Benedicto y los cinco Cardenales de su obediencia querían se entablase. Aun llegó alguna vez á proponer condiciones para la renuncia, exigiendo quedar con autoridad de legado en todos los países de su obediencia y otras condiciones exorbitantes, por las cuales quizá se hubiera pasado; pero queriendo supeditar á su autoridad el Concilio de Constanza, se conoció su mala fe, y los príncipes, exasperados contra él, se negaron á oirle más. Siete horas consecutivas estuvo perorando á

favor de su derecho sin fatigarse, á pesar de tener ya setenta y siete años, y hubiera continuado por más tiempo si el auditorio hubiera podido resistirle. Harto contrariado por este fracaso, Segismundo emprendió el viaje de regreso en Noviembre; pero, al llegar á Narbona, le salieron al encuentro embajadores de casi todos los príncipes afiliados á la obediencia de Benedicto, pidiéndole que suspendiese la marcha, pues sus señores estaban dispuestos á separarse de la obediencia si no cedía en sus pretensiones. Abiertas nuevamente las negociaciones en Perpiñán, se exigió de Benedicto la renuncia, bajo las mismas condiciones propuestas por Gregorio XII; mas aquél huyó el 13 de Noviembre á Collioure, y tres días después se trasladó al fuerte de Peñíscola, acompañado de un corto número de Cardenales. Aun se le dirigió una exhortación á la renuncia, á la que contestó protestando contra los acuerdos de la Asamblea de Constanza, «que se arrogaba la plenitud de la potestad pontificia, y pretendía abolir todos los derechos del Papado», convocando un nuevo Concilio en su residencia de Peñíscola, y amenazando con la excomunión y destitución á todos los príncipes que osaran negarle la obediencia.

Veamos ahora, mientras sucedían estos sucesos que apenas hemos bosquejado, lo que hacía San Vicente Ferrer. Conociendo que las buenas disposiciones de las almas influirían en el buen resultado de las negociaciones, predicó desde su llegada al pueblo y organizó especialmente el ejercicio de la oración; todas las noches se veía una larga fila de austeros disciplinantes, á los cuales se unían personas de alto rango, gracias al traje que les cubría el rostro. Perpiñán estaba entonces profundamente corrompida, y gracias á sus predicaciones, las antiguas enemistades se fun-

dieron en el fuego de la caridad divina, las casas de juego y tabernas se cerraron, los usureros restituían lo mal adquirido y la juventud disoluta se convertía en piadosa y trabajadora. Cantaba primero la Misa solemne con música, valiéndose de los cantores que llevaba en su compañía; seguía luego el sermón, al que asistían por orden del rey todos los judíos de la población, los cuales se sentaban cerca del púlpito, y el Santo dirigía hacia ellos parte del sermón, con tal arte, que, alegando algún lugar de la Sagrada Escritura, les decía: «Esto mismo asegura este texto, según la fuente hebrea que vosotros tenéis». Un día que estaban presentes el Emperador, el Papa y los principales príncipes y personajes, dirigiéndose á los judíos, al citar un texto, les dijo: «¿Reconocéis esta autoridad?» Entonces, algunos rabinos protestaron en alta voz, diciendo que citaba á ciegas los textos y que se fabricaba una Biblia á su manera. Escandalizáronse los cristianos por este atrevimiento; pero el Santo acalló los murmullos amenazantes que se oían, y encarándose con los judíos, les dijo de nuevo: «Entre nosotros no hay costumbre de interrumpir al predicador ni de entablar discusiones públicas desde el púlpito; yo os ruego vengáis esta noche á mi celda y os daré una satisfacción cumplida». Acudieron, efectivamente, y ante los claros razonamientos del Santo quedaron tan convencidos, que abrieron todos los ojos á la fe y se convirtieron, llegando algunos á formar parte de su compañía.

También consiguió una señalada conversión en la persona de un rico caballero llamado Bercoll, conocido por su vida licenciosa; con la predicación del Santo quedó tan cambiado y arrepentido de sus enormes culpas, que no contento con los ordinarios ayu-

nos y disciplinas que practicaban los de la Escuela, vendió su patrimonio, repartió el precio entre los pobres; y desasido de todo lo temporal, se retiró á la soledad, y en una ermita se dió tan de lleno á la penitencia y oración, que acabó santamente su vida.

Refiere Vidal, que predicando en Perpiñán se notó, no sin admiración, la maravillosa facilidad con que planteaba y formaba sus sermones. Acostumbraba el Santo por las tardes á predicar privadamente á las comunidades y conventos. Una de estas tardes quiso predicar á las religiosas franciscanas, pero encontrando la iglesia llena de seglares, que al saber la noticia habían acudido, les rogó desocupasen el templo; mas habiéndose negado á obedecer, hubo de cambiar de asunto, haciendo, no obstante, un sermón tan elocuente y lleno de doctrina, que dejó pasmado al auditorio.

El trabajo continuo, los disgustos que le causaría la pertinacia del antipapa, y el desfallecimiento natural de aquella naturaleza, que iba hacia su ocaso, fueron causa de que una grave enfermedad pusiera en peligro su importante vida. Doloroso corolario de Aviñón, Perpiñán fué testigo de las mismas escenas de duelo y de gloria. El Prior de su Orden le hizo transportar á su propia celda, que reunía mejores condiciones higiénicas. Acudió á visitarle el mismo médico de Benedicto XIII, Francisco Genesio; pero el Santo, agradeciendo la solicitud del Pontífice, dijo que no necesitaba de remedios humanos, puesto que el supremo médico de todas las gentes, Jesucristo, se le había aparecido la noche anterior y le había asegurado que el jueves siguiente predicaría. Ante afirmación tan categórica, no había más que ceder, y el médico dijo á la muchedumbre: «Según la ciencia no le queda una hora de vida, pero el jueves próximo predicará,

porque él lo ha dicho». En efecto, el día fijado subió al púlpito enteramente bueno, y predicó ante una muchedumbre inmensa que le escuchaba emocionada: en el sermón dijo que Jesucristo se le había aparecido en su enfermedad y le había dicho que no moriría en Perpiñán, puesto que aun le quedaban varios países que recorrer en beneficio de las almas.

Cuando el emperador Segismundo se retiró de Perpiñán con ánimo de regresar á su país, D. Fernando, deseando sincerarse con él, le envió dos caballeros, los cuales le alcanzaron en Salces y le obligaron con sus razones á que se detuviese en Narbona, pues el rey de Aragón, sin admitir dilaciones, haría que Benedicto renunciase ó le quitaría la obediencia. En cumplimiento de esta promesa, reunió D. Fernando cuantos teólogos y legistas habían concurrido á la junta y les pidió consejo, los cuales acordaron requiriese por tres veces á Benedicto, como así se verificó; pero vista la dureza del testarudo aragonés, reunió nueva junta de teólogos y legistas, que convinieron en que había llegado el momento de quitarle la obediencia. Sin embargo, el rey no se atrevió á ejecutar este acuerdo sin haber antes consultado á San Vicente, el cual, vistas las razones en que se fundaron los teólogos y legistas, resolvió é hizo saber al rey que debía quitarle la obediencia á Benedicto y escribir á la reina de Castilla hiciese lo mismo. Este parecer del Santo siguieron sin tardanza, no sólo el rey D. Fernando, sino los embajadores de los reyes de Castilla y Navarra y los Condes de Foix y Armagnac, conviniendo unánimes que en un mismo día se le quitase la obediencia en dichos reinos y condados.

Tomado el acuerdo, se resolvió hacerlo público el día de la Epifanía con la solemnidad que requería

acto de semejante importancia. San Vicente Ferrer fué el encargado de ello, el cual, como preámbulo, pronunció un discurso. La intervención del Santo era la mejor garantía del acto que se realizaba, dándole una especie de consagración acepta á todos: sólo él tenía bastante autoridad para promulgar este gran acto; sólo él podía sofocar las murmuraciones, hacer callar los intereses y tranquilizar las conciencias. He aquí cómo describe este espectáculo tan grandioso Juan Lecomte, testigo presencial, en una carta dirigida á Pedro Thillia, y fechada en Narbona el 12 de Enero de 1416.

«Me habían dicho que Fr. Vicente tenía que predicar el lunes siguiente en el castillo y en presencia del rey, para hacer conocer al pueblo, por su orden, lo acordado entre él y nuestro Serenísimo Emperador en beneficio de la paz de la Iglesia. En efecto, el lunes, que era el día de la Epifanía de nuestro Señor, yo estuve en Perpiñán hasta el mediodía y asistí á la Misa solemne, que celebró el Maestro Vicente, con mucho fervor, en la capilla del castillo. La muchedumbre era inmensa; yo calculo habría sobre diez mil personas. Él predicó y tomó por texto «le ofrecieron presentes». Habló del decreto real, lo aprobó y combatió la conducta de Benedicto XIII. Antes de concluir su discurso, se le entregó el acta original de substracción de obediencia, cerrada con el sello real y firmada de mano del príncipe primogénito. Como muchos no comprendían el latín, el acta estaba escrita en una misma hoja en latín y lengua vulgar, y leyó los dos textos. Estaban presentes el rey de los tres reinos, el príncipe primogénito, muchísimos señores y una gran multitud del pueblo, entre el que yo me encontraba. Hecha la publicación, el Maestro Vicente pronunció

estas palabras: «El rey está en la firme creencia que hoy y en este mismo momento los reyes de Castilla y de Navarra han publicado la misma substracción, porque les ha enviado mensajes rogándoselo». Después el Maestro Vicente terminó su discurso, diciendo: «Buenas gentes, de la misma manera que los tres reyes, en tal día como hoy, ofrecieron al Señor presentes magníficos, nuestros tres señores, los reyes de Castilla, de Aragón y de Navarra, han hecho hoy esta ofrenda á Dios y á la Santa Iglesia, por la unión y la paz».

En Febrero de 1416 el Emperador recibió la notificación siguiente: «Por las presentes os hacemos saber como hoy en el día de la fecha hemos abandonado y mandado quitar la obediencia en todos nuestros Estados al señor Benedicto, á fin de que la Iglesia de Dios, unida con esposo único, y el cristiano pueblo que por tantos años ha estado agitado por la tempestad, descanse en la paz; remitimos á Vuestra Serenidad el decreto de esta substracción de obediencia que hemos hecho publicar en nuestros dominios. Entendemos también que en este mismo día y en la misma forma habrán ejecutado la misma substracción en sus Estados, mi sobrino el rey de Castilla, mi tío el rey de Navarra y los Condes de Armagnac y Foix. En lo que quede por hacer, iremos dando las debidas providencias... Firmado de mano de nuestro primogénito en 6 de Enero de 1416».

En Constanza era esperado con ansia este feliz acontecimiento, y apenas se supo, cantóse un solemne *Te-Deum* y se celebró una espléndida procesión en acción de gracias. Todos los Obispos lloraban de alegría, y Gersón se hizo el intérprete del reconocimiento público. «Sin vos, decía á San Vicente Ferrer, seme-

jante resolución no se hubiera tomado nunca. Gracias á esta grande obra, que es la vuestra, esperamos llegar á la tan deseada paz todos los que nos hallamos aquí en Constanza».

Después se dedicó el Santo á justificar el proceder del rey D. Fernando al quitar la obediencia á Benedicto, y dijo en el púlpito que, aunque éste fuese verdadero Papa, debía renunciar la dignidad y facilitar al Concilio que hiciese una nueva elección que conciliase las parcialidades que tenían dividida á la Iglesia, porque de ser Papa sólo conducía á su particular conveniencia, pero de la renuncia se seguía el bien general de la Iglesia. Otro día, predicando á las personas reales en el castillo de Perpiñán, reprendió á la reina D.ª Margarita, por la excesiva y tenaz adhesión que había tenido á Benedicto, y lo hizo de tal modo, que la reina derramó abundantes lágrimas, emprendió una vida de penitencia, y algunos años después entró en el convento de Valdoncellas.

La obra comenzada por San Vicente á su salida de Aviñón, alentada en Perpiñán en 1410, fué terminada felizmente en esta misma ciudad en 1416, y en seguida partió de allí como si hubiese llenado un acto cualquiera, sin escuchar los ecos de los aplausos de la cristiandad entera. Deseando de nuevo recorrer España, empleó los meses de Enero y Febrero en el Rosellón y Cataluña, disipando todas las dudas, acallando las recriminaciones, apagando las últimas chispas de la discordia y uniendo todas las voluntades. Para este fin, el rey le expidió un amplio privilegio, en el que mandaba á todos los oficiales y demás ministros de la corona que le asistiesen y le cuidasen, lo mismo á él que á los de su comitiva, hospedándoles y procurándoles, si fuera necesario, escolta de armas. Entre

otras cláusulas, á cual más honrosas para el Santo, he aquí la siguiente, vertida del latín: «Habiendo nuestro amado religioso, Fr. Vicente Ferrer, Maestro en Teología, determinado, según costumbre, ilustrar nuestros reinos y tierras predicando la palabra de Dios, encargamos á todos y á cada uno de vosotros, de la manera más expresa y bajo pena de incurrir en nuestra indignación, cuidéis de él y de todos los que le acompañen como á las niñas de vuestros ojos...»

Terminada su misión por España, persuadido el rey D. Fernando que nada podría terminarse con completo éxito sin la presencia de San Vicente, encargóle encarecidamente marchase á Constanza; pero el Santo, creyendo menos urgente su presencia allí que el ejercicio de su ministerio apostólico, entróse en Francia con este fin. Sin embargo, el rey insistió de nuevo, y al enviar por embajador al Concilio al Maestro Fr. Antonio Casal, General de la Merced, le encargó se procurase cartas del emperador Segismundo y del mismo Concilio convocando á Fr. Vicente. Ya en las instrucciones despachadas por el rey en Perpiñán, decía: «Ítem, explicará al rey de los romanos y al Concilio, de cuán grande importancia sería que el Maestro Vicente se encontrase allí, para lo cual se le escriba en dicho sentido: el rey ya lo ha hecho, pero duda poderlo alcanzar. Que las cartas del rey de los romanos sean muy apremiantes, y que las de los embajadores del Concilio sean oficialmente convocatorias. Si se le pudiese hacer creer que su conciencia está empeñada, iría...»

No contento el rey con sus propios esfuerzos, encargó á su heredero D. Alfonso suplicase también al Santo la asistencia al Concilio, lo cual hizo con gran

diligencia apenas murió el piadoso D. Fernando en Igualada el 2 de Abril de 1416, después de haber tenido la dicha de ver en su tiempo la tan deseada unión de la Iglesia.

CAPÍTULO VII

El Mediodía de Francia.—La lluvia y el buen tiempo.—Generosidad de Beziéres.—Curación de un ciego.—Triunfal entrada en Tolosa.—Predicaciones.—Rasgo de elocuencia.—Frutos abundantes.—Curioso castigo.—La vida de siempre.—Otra lluvia interrumpida.—Venganza castigada.—El sermón de la pasión.—Episodios.

Hemos visto intervenir á San Vicente Ferrer en dos actos de trascendental importancia, que, por sus consecuencias, dejaron huella profunda en la sociedad de aquellos tiempos: en su intervención, nuestro Santo dió pruebas de su amor á la patria, á la religión y á la humanidad, conquistándose con ello el cariño de todos, que le consideraban como una especie de monarca que imperaba en todos los corazones. Su alta política y conocimiento profundo del corazón humano, sus relevantes cualidades como hombre de ciencia y sus extraordinarias virtudes como santo, le granjearon el aplauso universal, del que huyó cual si fuera un enemigo, dedicándose con más ardor á las virtudes del penitente y á los trabajos del apóstol, despreciando de este modo, con heroica firmeza, los honores humanos, para fijar mejor su mirada en el cielo, corona á todos sus trabajos y recompensa á todas sus virtudes.

Las súplicas de los reyes y magnates para que asistiese al Concilio de Constanza debieron impresio-

nar grandemente á nuestro Santo, y hasta casi inclinarle á acceder á la petición; pero él creía un deber el ejercer entre el pueblo cristiano el oficio de legado «a latere» de Cristo, que le fué comunicado en el misterioso sueño de Aviñón, y por eso se decide por lo segundo; emprendiendo de nuevo su apostolado, pero precisamente por el punto más cercano de donde se celebraba el Concilio, con el fin de asistir á él si las circunstancias lo exigían ó el bien de la cristiandad lo necesitaba.

Después de dos meses de predicación á favor de la unidad de la Iglesia por Cataluña y el Rosellón, el Santo penetra en el Languedoc por Narbona, acompañado de su numerosa comitiva. Llegó á la diócesis de Carcasona, donde á la sazón se sufría una terrible sequía, que amenazaba la pérdida completa de todas las cosechas. Sabiendo los habitantes de todos aquellos contornos la proximidad de San Vicente, acuden llenos de fe á su encuentro, y, postrados á sus plantas, le piden les socorra, alcanzando de Dios el beneficio de la lluvia. Petición tan sincera no podía menos de impresionarle, y, al efecto, reune al mayor número de aquellos habitantes, les exhorta á la penitencia, los hace ordenar en forma de procesión, hincan todos la rodilla en el suelo, y uniendo su plegaria á la oración del Santo, que tiene en sus manos un *Lígnum Crucis,* impetran de Dios la deseada lluvia, que no se hace esperar, cayendo durante dos días y medio con tal abundancia, que bastó para resarcir los perjuicios de siete meses de sequedad. La noche del tercer día ordenó la partida á los que le acompañaban, y como lloviese todavía, uno le hizo observar la dificultad de viajar entonces; pero él le tranquilizó, diciendo que pronto terminaría aquéllo, como sucedió en efec-

to, pues cuando todo estuvo preparado para la marcha, un cielo azul sustituyó á los espesos nubarrones, y un benéfico sol hizo cómodo el viaje.

Beziéres fué su segunda etapa. Predicando allí junto á la iglesia de la Magdalena, comenzó á llover con tal fuerza, que la gente intentó retirarse; pero el Santo los detuvo, diciendo que Dios iba á mostrar su poder interrumpiendo la lluvia, como sucedió, cuando el Santo, juntando las manos y dirigiendo su vista al cielo, hizo una corta oración, apareciendo en seguida un esplendente sol. Agradecidos los magistrados de Beziéres á los favores de su palabra y su poder, le ofrecieron treinta escudos de oro, que rehusó al instante; pero habiendo insistido invocando el nombre de Dios y de su Santísima Madre, que excitaban en él una tierna emoción, los admitió y entregó al Director de su compañía, pero con la orden expresa de que los distribuyese en seguida entre los pobres.

Visitó luego á Mompeller, predicando en los conventos de Dominicos y Benedictinos y en la iglesia de Nuestra Señora de las Tablas, y después pasó á Castelnaudary y á Montolieu, predicando en el primer punto tres días, ante un auditorio de diez mil personas, y formándose por la tarde la procesión de disciplinantes, á la que acudían crecido número de penitentes. En el último punto tuvo lugar la curación de Guillermo Seuhier, la cual es contada por el mismo en el proceso de canonización. «No es que yo fuese enteramente ciego, pues sé leer y entiendo y hablo el latín; pero hacía tres años que mi vista se había debilitado tanto, que no podía distinguir de ninguna manera, ni descifrar las letras, siendo imposible conocer á mis amigos, ni hasta á mi propio padre ó madre. De esto hace treinta y siete años ó poco más; pero el

25 de Marzo, habiendo ido á predicar el Maestro Vicente á Montolieu, diócesis de Carcasona, acudí á allí atraído por la fama del Santo predicador y le encontré hospedado en casa del capellán del monasterio. Cuando se disponía á ir á predicar á las afueras de la ciudad, al bajar la escalera, me puse de rodillas en uno de los escalones, y le dije que le creía verdadero discípulo de Jesucristo, en nombre del cual, le rogaba me diese vista. Él se paró, me hizo la señal de la cruz sobre los ojos, y después de pronunciar unas palabras que ya no me acuerdo, recobré la vista al instante, á presencia de doscientas personas...» En la iglesia del monasterio, una pintura representa la curación del ciego.

Continuó su camino hacia Tolosa, acompañado de gran muchedumbre, sin aparato alguno, montado en pobre asno, sin bridas ni cabestro, y sin más aparejo que una pobre albarda con estribos de madera sostenidos por cuerdas.

No es para narrar el entusiasmo que produjo en Tolosa la llegada del Santo, atendidos los recuerdos que había dejado en el tiempo que estuvo en aquella ciudad. Los testigos que declararon en el proceso, nos refieren minuciosamente el recibimiento entusiasta, los innumerables beneficios, los muchísimos milagros de que fué teatro Tolosa.

A las afueras de la ciudad salió á recibirle toda la población, entrando en procesión, formada de sus discípulos y penitentes de su escuela, cantando todos las letanías, y llevando delante un crucifijo. Llegados á la Catedral, donde hizo estación el Santo y dió la bendición al pueblo, continuó la procesión hasta el convento de Dominicos; pero era tanto el concurso de gente que le esperaba, que para librarle de apreturas,

hubieron de retirarle á una casa y construir una especie de círculo de madera, que era llevado por varios hombres, y colocar al Santo en medio. Aun así tuvo que levantar los brazos para impedir que le atropellasen queriéndole besar las manos. Tal fué el entusiasmo y veneración de aquella muchedumbre, que le arrojaban ropas y pañuelos, creyendo beneficiarlos con el contacto del vestido del Santo predicador. Predicó seis días en los claustros del convento de Dominicos, y fué con tal aplauso, que, siendo el local incapaz para contener el auditorio, hubo de construirse un estrado frente la Catedral. «Después de la Misa, dice un testigo ocular, comenzaba su predicación con un rostro animado y fisonomía de joven. Daba á sus palabras una caridad tan ardiente, su voz era de tan poderosas vibraciones, y explicaba los misterios sagrados con una elocuencia tan extraña, que los oyentes, ya fuesen sabios ó ignorantes, escuchaban con arrobamiento aquel lenguaje divino, alimentando su alma, y sin dar la menor señal de cansancio, aunque el sermón duraba por lo menos tres horas. Algunos doctores copiaban estos sermones en latin ó en lengua vulgar, estudiándolos en seguida con mucho aprovechamiento. Todo el mundo, tanto de la ciudad como de los alrededores, lo mismo clérigos que seglares, acudía á aquellas predicaciones; en los días feriados ó no feriados cesaba todo trabajo; los negocios se interrumpían; los almacenes, oficinas, talleres, tiendas y aun los estudios públicos se cerraban».

Predicando el domingo de Ramos en la Catedral sobre el Juicio, lo hizo con tal ardor, que todo el auditorio se puso á temblar, confesando todos los doctores y catedráticos de aquella Universidad que acudieron, que si bien antes de oirle no concebían fuese

tan docto y celebrado predicador como afirmaban, después de haberle oído, creían lo contrario, pues era nada lo que se decía comparado con la realidad. Así lo confesó también un célebre Maestro, llamado Fray Juan García, que, habiendo acudido con ánimo de criticarle, dijo luego que no era el hombre quien hablaba, sino el Espíritu Santo, y no concebía hubiese en el mundo otra persona á quien se le pudiera comparar, pues «era una clara fuente de sabiduría y órgano del Espíritu Santo, y que por ser su corazón particular domicilio del Divino Espíritu, eran sus cosas más divinas ó angélicas que humanas».

Detúvose San Vicente en Tolosa y sus cercanías, cerca de un mes, y fué tanto el fruto que obtenía de sus predicaciones, que los confesores de la ciudad no tenían un momento de reposo, ocupados en oir las confesiones de los muchos que se convertían. Las mujeres públicas se arrepintieron todas, y cerraron sus casas, entregando las llaves á los regidores. Los pecadores que dejaban el vicio, además de las penitencias impuestas por los confesores, añadían otras muchas. Todo el tiempo que el Santo se detuvo en la ciudad, cesaron de predicar los demás sacerdotes, y uno que se atrevió á hacerlo criticándole, se le trabó la lengua y no pudo decir palabra, hasta el punto que sus compañeros tuvieron que subir al púlpito y bajarle.

Antes de empezar su predicación el Santo en la plaza, por indicaciones del Arzobispo, pasó á hospedarse en su Palacio. Aquí hemos de hacer notar lo que tantas veces hemos repetido, esto es, que todos le oían perfectamente aunque estuviesen á larga distancia; pero querían verle de cerca para percibir mejor la devoción con que celebraba la Misa, en cuyas ceremonias era puntualísimo; entendíanle también todos

aunque hablasen diferente lengua y fuesen de diverso país. Nótese, que no obstante ser tan grande el concurso de oyentes, muchos de los cuales se procuraban sitio desde media noche para oirle, no hubo jamás disturbio alguno, ni el más leve rumor desde que el Santo subía al púlpito, y á pesar de durar la función cinco ó seis horas, nadie se impacientaba, antes por el contrario, estaban con más ansia de oirle. Como en Lérida y otros puntos, muchos jóvenes estudiantes renunciaban los halagos del mundo y el porvenir de su carrera para seguirle y formar parte de su Compañía. Concluída la función, montaba el Santo en su jumentillo y se restituía á casa del Arzobispo, el cual, gozosísimo de lo que mejoraba su grey, no sabía cómo recompensar á su huésped, y temiendo cayese enfermo, le rogó moderase sus penitencias y que algún día comiese carne, protestando su avanzada edad y el exceso de trabajo; pero San Vicente no accedió, y, como siempre, su comida fué de pescado, sin tomar el más leve desayuno ni cenar jamás, excepto los domingos y días de gran calor en que por la noche tomaba una lechuga: su cama era el suelo ó una tabla, y por cabecera no tenía más que la Biblia, levantándose á media noche, para rezar de rodillas los Maitines y otras devociones, y después tomaba la disciplina; luego estudiaba hasta el amanecer, y volviéndose á arrodillar rezaba las Horas, después de las cuales se preparaba para celebrar la Misa y predicar. Luego de comer se recogía en su cuarto, no saliendo de él sino para predicar en algún convento, de los que era muy solicitado. Diariamente acudían á su casa una gran multitud de enfermos de toda edad y condición, á quienes dirigía consoladoras palabras, exhortándoles á poner su confianza en Dios,

y haciendo sobre ellos el signo de la cruz y pronunciando los dulces nombres de Jesús y María, les daba la salud.

Pasemos ahora á referir algunos casos particulares que le sucedieron en Tolosa.

Predicando en el claustro del Carmen empezó á caer una fuerte lluvia, y al querer el concurso retirarse, mandó se detuviese, dando una pequeña lección de paciencia: «Sosegaos, buena gente, dijo, pues lo que cae es agua y no guijarros, y Dios lo remediará»; y haciendo la señal de la cruz se dividió la nube en dos, como si fuese una fina tela.

Otro día que predicaba en el convento de las Clarisas, mandó á los que estaban en la iglesia que se retirasen, mas habiéndose ocultado una curiosa mujer, lo descubrió el Santo por luz divina, y ordenó la sacasen á la fuerza, la cual, al llegar, enfurecida, á su casa, pidió á sus hijos la vengasen de tal afrenta, los cuales resolvieron matar al Santo; pero al ir á realizar tan pérfida acción, Vicente les paralizó los brazos, diciendo: «Decid á vuestra madre que repare las faltas de su vida, y en seguida quedaréis sanos». Cedió la orgullosa madre, y quedaron completamente sanos.

Refiere otro testigo un hecho que demuestra la unción del Santo predicador. Predicaba el Viernes Santo en la plaza de la Catedral á presencia del Arzobispo, de muchos prelados, de un gran número de maestros en Teología, doctores licenciados de ambos derechos y de una muchedumbre calculada en 30.000 personas, sobre la Pasión de nuestro Salvador, y representó tan vivamente y con acentos tan dolorosos la crueldad de los judíos con nuestro Salvador, que todos creyeron asistir á la realidad de aquella tragedia, derramando

lágrimas de dolor: este sermón duró seis horas y nadie mostró la menor fatiga.

Sucedió aquel mismo día que unos jóvenes se habían acomodado encima de una pared, para mejor oir el sermón. Esta pared estaba situada detrás del tablado, y no podía ser vista por el Santo; pero conociendo, por luz divina, que uno de aquellos jóvenes se había dormido y corría peligro de caerse, dijo: «Decid á aquel infeliz que está dormido sobre la pared, que despierte, porque si cae, su daño tendrá». Se le despertó; pero habiendo vuelto á dormirse de nuevo, añadió el Santo: «Aquel infeliz, si cae y muere, habrá duda sobre el destino de su alma; más le valiera no haber venido, porque si muriese ahora su alma se condenaría». Otro joven, colocado sobre otra alta pared, comenzó también á cabecear, y estando próximo á caer, se alborotó la gente; pero el Santo echó su bendición, y el joven, sin despertar, se detuvo, con admiración de todos.

Acercábase la fiesta de San Pedro Mártir, y el Prior de los Dominicos avisó á los fieles que en dicho día predicaría el Maestro Vicente. Corrió la voz, y fué tanta la gente que se reunió en la plaza, que, al abrir la puerta el sacristán, se empujaron unos á otros y cayó una señora al suelo, pasando por encima de ella más de cien personas. A sus gritos, paróse al instante la gente, que recogió á la señora, y la trasladó en brazos, medio muerta, á un rincón de la iglesia. Acudieron su marido y varios criados, que intentaron llevarla á su casa, pero ella protestó que quería oir el sermón, terminado el cual la encontraron completamente sana y como si no le hubiese ocurrido nada.

Con la predicación de San Vicente en Tolosa quedó la ciudad completamente reformada y desprendida de

algunos abusos muy antiguos, particularmente de la costumbre de concurrir á cierta fiesta del año con muchos juegos y máscaras, asistiendo en adelante procesionalmente y dándose disciplinas. Ante el temor de que si no se enmendaban, después de haber gozado de la palabra de tan excelente predicador, les vendría un gran castigo, decían: «Este hombre ha venido del cielo para nuestra salvación ó para nuestra condenación, quitándonos toda excusa para no obrar bien». Quedóles tanta devoción al Santo, que guardaron todas las cosas suyas como preciosas reliquias, teniendo especial veneración á todos los púlpitos en los que predicó.

Cuéntase la curación de un paralítico que estaba enfermo tres años, y otros muchos prodigios largos de enumerar por la bendición del Santo. En memoria de San Vicente se erigió en 1454 una cofradía, venerándole los comerciantes por su primer patrón.

CAPÍTULO VIII

Predicación en el Mediodía de Francia.—Varios milagros.—Instancias reales. —Continúan las predicaciones y milagros.—El Franco Condado.—Visita á Santa Coleta.—Deliciosas conferencias.

DIFÍCIL y fatigoso es el seguir á San Vicente á través del Mediodía de Francia, y tener que repetir lo mismo en cada uno de los pueblos que ilustró con su elocuencia, pues por todos ellos vemos las mismas muestras de entusiasmo, idénticas manifestaciones de agradecimiento, iguales señales de su taumatúrgico poder y copiosas aguas de lágrimas de los corazones duros y secos, efecto de su misión divina puesta en práctica con el mismo entusiasmo que los Apóstoles y con la misma intrepidez que los mártires. Los relatos de los testigos en el proceso de canonización, las notas de los Consejos municipales y los numerosos documentos de aquella época, son tan semejantes al detallar con minuciosidad lo que al Santo se refiere, concuerdan tan perfectamente unos con otros en sus detalles, que no parece sino que están escritos de la misma mano: esto nos demuestra que nuestro Héroe ejerció su caridad por todas partes del mismo modo, produciendo idénticos frutos y obrando parecidos prodigios. Seguiremos á la ligera estos documentos.

De Tolosa se dirige rápidamente á Portet; de aquí á Castanet, predicando el viernes antes de Cuasimodo, y «donde las tres horas de sermón parecieron una hora apenas», y después á Muret, en cuyo punto permaneció tres días.

En esta última población, predicando á un numeroso concurso, dió públicamente gracias á Dios de la victoria alcanzada contra los herejes en 1213, cuando la Santísima Virgen reveló á Santo Domingo la devoción del Rosario. Otro día, mientras predicaba en la plaza, se apoderó del auditorio espantoso terror, á causa de haber dado un gran crujido una especie de catapulta colocada á lo alto de una pared, y que con su caída hubiera causado muchos muertos y heridos. El Santo oró un momento, y el peligro desapareció; pero, terminado el sermón, y apenas retirada la multitud, cayó con gran estrépito. En memoria de este suceso se volvió á colocar en el mismo lugar aquel instrumento de guerra, según escribe Perim, copiando el milagro de instrumentos auténticos conservados en el archivo real del Condado de Comminges. Después siguió hacia Hauterive, cerca de Montesquieu, donde se le acercó un epiléptico pidiendo le curase su terrible mal, lo cual hizo con el signo de la cruz.

Llamado por la Condesa de Caramán pasó á este pueblo, donde predicó tres veces en la plaza del Mercado ante un auditorio de diez mil personas (lo cual prueba que las muchedumbres le seguían lo mismo á los pequeños pueblos que á las grandes ciudades) y en donde curó, dicen los documentos citados, innumerables enfermos. Siguió su camino predicando, obrando milagros y acompañado de una gran muchedumbre hasta Castres, en donde se le hizo un recibimiento muy semejante al de Tolosa, pues le acompañaron

procesionalmente hasta el convento de Dominicos las autoridades y principales personajes de la ciudad, habiendo necesidad de colocarle en medio de un círculo de madera para evitar que la multitud le atropellase. Apenas llegado al convento, oró ante la tumba del glorioso mártir San Vicente, su patrón. Detúvose en esta ciudad durante la octava de la Ascensión, siendo tal el fruto de sus predicaciones, que se reformaron las costumbres y se convirtieron muchísimos pecadores, haciendo pública penitencia. Predicando en el cementerio del convento, donde se levantó un tablado, se desencadenó tal tempestad de truenos y relámpagos, que todas las campanas comenzaron á tocar al mismo tiempo, y la gente, amedrentada, intentó retirarse; pero el Santo la detuvo, encargando rogase á Dios serenase el tiempo, y tras breve oración, desapareció el viento y los truenos, descubriéndose un cielo espléndido. El día de la Ascensión llevaron al cuarto del Santo un paralítico, después que ya había terminado la acostumbrada recepción de enfermos. En vista de esto, los religiosos dijeron al clérigo y al seglar que llevaban al paralítico, que volviesen á la hora de Vísperas; pero el enfermo no quiso retirarse, y asiéndose con todas sus fuerzas á una barra de hierro, comenzó á dar voces, pidiendo la bendición de San Vicente. Al oir los gritos el Santo, salió y dijo: «¿Qué quieres de mí?»—«La salud y vuestra bendición, contestó el paralítico, pues hace siete años que estoy postrado en el lecho del dolor». Entonces San Vicente bendijo al enfermo, le tocó en diferentes partes del cuerpo, recitó algunas oraciones y el infeliz cayó en un misterioso sueño, después del cual, mientras los que le habían llevado descansaban, se levantó, acercóse á ellos, y diciendo que estaba completamente cu-

rado, les rogó le acompañasen para dar gracias á Fr. Vicente.

El rey D. Alfonso de Aragón, deseando fuese pronto un hecho la paz de la Iglesia, iniciada en Perpiñán por la renuncia de Benedicto XIII, procuró con el mayor esfuerzo asistiese San Vicente al Concilio de Constanza, y habiendo recibido la convocatoria del Concilio para el Santo, se la remitió, con la siguiente carta: «Religioso y amado nuestro.—Exhortándoos el Concilio de Constanza con la adjunta convocatoria para que asistáis personalmente á ella, juntamente con los que irán allí, á fin de apagar el cisma y establecer la unión de la Iglesia, según lo hemos acordado, con el mayor afecto os rogamos y requirimos para que, por amor de Jesucristo, acudáis cuanto antes á dicha ciudad, á cuyo efecto hemos destinado ya 450 florines, con el fin de que tengáis la debida asistencia en los seis meses que os detuviereis en dicha ciudad; si fuera mayor la detención, ordenaremos se dé más dinero, pues no es razón se aparte de un negocio de tal importancia para el servicio de Dios soldado alguno de la milicia católica, cuando está interesada la paz de la cristiandad... Dada en Poblet, á 15 de Abril de 1416». No obstante esta cariñosa invitación, no pudo vencer el rey el ánimo de nuestro Santo, el cual se excusó respetuosamente, y continuó la misión, que tan copiosa mies producía.

De Castres partió el Santo para Alby, donde llegó dos días antes de Pentecostés, «un poco antes de ponerse el sol», según dice un testigo. «Su entrada, continúa, fué triunfal; toda la población, desde el más pequeño al más grande, salieron á recibirle, marchando procesionalmente, con su compañía ordinaria, cantando las letanías con un tono majestuoso, prece-

dido de un crucifijo que llevaba un hombre llamado Milón». El primer día predicó en el convento de Predicadores; pero aumentó tanto el número de oyentes, que hubo de construirse un tablado en una de las plazas de la ciudad, acudiendo á oirle diez ó doce mil personas.

El día 4 de Junio de 1416 salió San Vicente de Alby hacia Gaillac, donde predicó, lo mismo que en Cordes y Najac. En esta última población, como en las demás, hay documentos que nos dicen lo que hizo el Santo, leyéndose en ellos que «iba acompañado de cinco religiosos de su Orden y algunos otros sacerdotes para oir confesiones, siguiéndole muchas personas devotas de diversas condiciones y humildemente vestidas... Todo el mundo elogiaba las predicaciones admirables, las buenas obras y la santidad de vida del Maestro Vicente... A la salida del sol se dirigió á la iglesia apoyado en el brazo de uno de sus compañeros, á causa de sus achaques, predicando con un fervor, una fuerza y una admiración admirables, y citando textos de la Escritura tan á propósito, que parecía se los dictaba el mismo Espíritu Santo... Najac conservó largo tiempo el recuerdo de esta célebre misión».

Después se dirigió á Villafranca, donde entró el día 22 de Junio «montado en un jumentillo, entre las doce y una de la tarde». Salieron á recibirle el clero, religiosos y pueblo en masa, que daban gracias al Altísimo, en alta voz, por la merced que les hacía enviándoles el Santo, diciendo: «Bien venido sea el santo varón tan deseado de nosotros». Llegado á la iglesia de Santa María, hizo la estación y después dió la bendición al pueblo. Hospedóle un devoto mercader, y otras piadosas personas alojaron á sus discípulos.

Formóse la procesión acostumbrada de la disciplina, la cual continuó, no solamente los días que el Santo estuvo en Villafranca, sino también algunos años más. La víspera de San Juan Bautista, á la una de la madrugada, ya estaba llena de gente la plaza donde debía predicar, cantando al día siguiente la Misa y predicando en valenciano, oyéndole y entendiéndole todos, algunos de los cuales copiaban cuanto predicaba. Reformó mucho las costumbres del pueblo y terminó muchas enemistades. El 27 de Junio salió de Villafranca y marchó á Rodez, predicando en los pueblos que encontraba á su paso, llegando á Milhau el 29 de Julio, y empleó los meses de Agosto y Septiembre recorriendo Mende, Saint Flour, etc. En Chandes Aygües reprendió numerosos desórdenes que se cometían en los baños que allí había y que eran muy frecuentados; pero continuando los mismos abusos, en un sermón refirió lo que se había hecho en la noche anterior, y aunque no nombró personas, se dieron por aludidos los autores y no volvieron á repetirse los desmanes.

Continuando sus predicaciones, atraviesa la Francia hacia la parte del Este, deteniéndose en todos los pueblos importantes para ejercer sus saludables funciones, como consta en los archivos municipales y por otros muchos monumentos, empleando en ello cerca de un año, que fué una serie no interrumpida de triunfos, prodigios y conversiones, hasta que entró en Besanzon el 4 de Julio de 1417.

Muchos deseos tenía nuestro Santo de llegar al Franco Condado para visitar á una humilde mujer, á quien debe Francia innumerables beneficios: nos referimos á Santa Coleta. Cuando San Vicente estuvo en Aragón, conoció, por revelación divina, el espíritu de

dicha Santa, formando el propósito de visitarla. He aquí cómo lo refiere un ilustre dominico: «En otra ocasión, dice, estaba Santa Coleta rogando á su Esposo por la conversión de las almas, y el glorioso San Vicente Ferrer, que estaba en oración, pidiendo también este beneficio, vió á Santa Coleta, postrada á los pies de Cristo, derramando por los ojos el corazón, y Su Majestad la respondió: «Hija, de mucho agrado mío son tus lágrimas y peticiones; pero tienen muy desmerecidas mis piedades y muy provocadas mis iras, las feisimas ingratitudes de los hombres, cuya malicia tiene ultrajada mi ley y blasfemado mi nombre». Revelóle el Señor á San Vicente quién era Coleta, en qué región vivía, y que como verdadera esposa suya, celaba su honra. Quedó el Santo lleno de admiración y de consuelo: de admiración, considerando en una delicada virgen las valentías de su ardiente caridad; de consuelo, sabiendo que tenía por coadjutora, en la dificultosa empresa de llevar almas á Dios, á un alma tan santa y tan favorecida de su divina mano. Hallábase el Santo en Aragón cuando tuvo esta visión admirable, y caminó á Francia á visitar á Coleta, con quien tuvo santas conferencias del amor divino, y ambos recibieron de la poderosa mano de Dios inefables consolaciones. Fué esta grande amazona la gloriosa reformadora en Francia de las religiosas de Santa Clara».

El abate Lacerneux, autor de una magnifica historia de la Santa, nos habla de las ternísimas conferencias que tuvieron estos dos fieles amantes de Jesucristo. Dice que San Vicente había escrito desde Zaragoza á esta Bienaventurada, que iría á Besanzon para verla y conferenciar con ella sobre los graves negocios de la Iglesia y del cisma, según la orden

que había recibido de lo alto, poniéndose en seguida en camino; pero que sería largo su viaje, porque tenía orden de predicar al pasar por todas las ciudades de Francia, y que cuando estuviera cerca de Besanzon, ya la avisaría. La Bienaventurada recibió la segunda carta en Auxona, diciéndola, además, que predicaría sólo algunos sermones en Besanzon, pero que daría allí una misión para tener más tiempo de verla y conferenciar con ella. Toda la ciudad se alborozó cuando Coleta publicó esta misión, pues la fama de predicador que tenía San Vicente aumentaba el deseo de oirle, acudiendo á la ciudad, no sólo gran parte de la nobleza del país y de las poblaciones vecinas, sino también muchos de Suiza y Lorena.

Continúa el citado autor diciendo que San Vicente llegó á Besanzon el 4 de Julio de 1417, seguido de muchos discípulos y otras personas, entrando por la puerta de los Mínimos, y dirigiéndose en seguida á la casa de Santa Clara para ver á la Bienaventurada. Habiendo conferenciado con ella algún tiempo en secreto, marchó al convento de Dominicos. Sus discípulos habían construído el mismo día un altar en la plaza de San Pedro, y un púlpito cerca del altar. La misión duró tres semanas, y los sermones del Santo y los milagros de la Bienaventurada virgen, cambiaron por completo la faz de Besanzon. Predicó también nuestro Santo seis veces en el convento de Santa Clara, en presencia de Santa Coleta y de las religiosas.

Seis semanas después de la misión se supo el objeto de las conversaciones de los dos Santos, por las cartas del Arzobispo de aquella ciudad, que estaba en el Concilio, y que le fueron enviadas por ellos, diciéndole que de allí saldría un gran Papa que terminaría el cisma y llevaría la paz á la Iglesia; estas cartas

fueron leídas públicamente en el Concilio, con gran alegría y satisfacción, como era de esperar, conociendo la mucha santidad de aquellos dos Santos que hacían milagros, resucitaban muertos y estaban adornados del espíritu de profecía, mucho más cuando los dos habían abandonado la obediencia de Luna, que por su obstinación era el único obstáculo que se oponía al feliz término de aquel estado de cosas. San Vicente regaló á Coleta una cruz, que había traído de España, y en agradecimiento, ésta profetizó al Santo que antes de dos años Dios le llamaría para recompensar espléndidamente sus servicios: quedó sorprendido el valeroso apóstol, y le dijo que querría morir en España; pero ella le contestó que sería en Francia, como sucedió en efecto.

Los autores traen encantadores relatos de las conversaciones que tuvieron los dos Santos, de los prodigios que obraron, y del pesar que causó á aquellos vecinos la partida de San Vicente para otros pueblos. Los archivos guardan muchísimas noticias de estas entrevistas y de su estancia en Poligny, Auxona, Dijón, etc. La devoción al Santo por estos contornos es general, é innumerables las capillas, altares y pinturas á él dedicados.

CAPÍTULO IX

Una consulta del Concilio.—Predicaciones en la Borgoña y la Bretaña.—Nuevas instancias del rey de Aragón.—60.000 oyentes.—Un tullido, un sordo y una ciega.—Más milagros.—Primera entrada en Vannes.—Predicaciones y milagros.—Profecía cumplida.—Carta de Gersón.—Calumnias desvanecidas.—El asno castigado.—Rennes.—Misión en la Normandía.—Una enfermedad extraña.—Oficios diplomáticos.—Regreso á Vannes,

Acompañemos al Santo á la capital de los Duques de Borgoña. En los documentos oficiales se dan instrucciones para que no falten comestibles en la ciudad durante la permanencia en ella del Santo y de la gente que le acompaña; ordénanse asimismo algunas medidas encaminadas á la mayor seguridad de los naturales y forasteros, y otros importantes acuerdos dignos todos de aplauso.

Estando el Santo en Dijón, se suscitó una gran discusión sobre punto de fe en el Concilio de Constanza, en la que no pudiéndose convenir los conciliares, se acordó, á propuesta del Maestro general de Dominicos, Juan de Puynoix, acudir á San Vicente, puesto «que de sus labios no salía jamás la mentira». Envióse, pues, al Cardenal Pedro Estevanesco, asistido de dos grandes teólogos y dos famosos canonistas. Propuesto el caso, lo resolvió al instante San Vicente, extrañándose que, existiendo en aquella asamblea

hombres de gran talento, no hubiesen podido resolverlo. «Esto es causa—dijo—de que muchos de los que allí se hallan no están poseídos de la humildad necesaria para recibir las ilustraciones divinas, pudiendo ser también que algunos no tengan aquella pureza y rectitud de intención que se requiere para asistir á un Concilio gobernado por el Espíritu Santo. Es posible ande por allí algún demonio que impida penetre la luz de la verdad en los entendimientos». Vueltos los embajadores al Concilio, notificaron la resolución dada por San Vicente, la cual fué abrazada sin reserva alguna. Y es que la palabra del Santo pesaba más que la ciencia de los Cardenales y doctores que componían aquella augusta asamblea.

Parece que por este tiempo pasó á visitar el monasterio de Claraval, orando ante el sepulcro de San Bernardo y librando de la peste á aquellos religiosos, que, á causa de ella, estaban sumamente afligidos. Consolóles el Santo, y rociando con agua bendita los cuartos, celdas y dependencias de la casa, desapareció de repente la plaga, recobrando la salud cuantos enfermos había.

No cabe duda que estuvo en Chambery y Croy, según se colige de algunos documentos oficiales, hallándose también en Nevers, de donde salió el 30 de Noviembre. En Bourgues dió una misión, de cuyo prelado, respecto á San Vicente, se cuenta lo siguiente: Era aquel Arzobispo muy celoso por la gloria de Dios, y se hallaba ausente de su diócesis cuando supo que se dirigía allí el Santo con el numeroso acompañamiento de costumbre. Temiendo que el predicador forastero fuese algún embaucador, quiso oirle antes de que predicase en la ciudad, para prohibirle la entrada si no enseñaba buenas doctrinas. Oyóle, pues,

un sermón, y quedó tan maravillado de su celestial doctrina, que no pudiéndose contener, se acercó á él, y dándole un tierno abrazo, le dijo no había oído nunca en el lenguaje humano tanta sabiduría y tanto celo por el bien de las almas, por lo que agradecía á Dios el haberle enviado semejante apóstol. Le llevó á su palacio de Bourgues, en cuya ciudad predicó varios días. Finalmente, atravesando Anjou, bordeando el Loira y predicando siempre, penetró en el delicioso país de la Bretaña, accediendo con ello á las repetidas instancias del Duque de aquella provincia, que le había enviado varias embajadas suplicándole visitase sus Estados.

Por este tiempo recibió una nueva carta del rey de Aragón D. Alfonso, instándole á que asistiese al Concilio de Constanza; pero no fueron bastantes tan imperativos ruegos, porque el Santo, abrasado del celo por la salud de las almas, que le encargó el mismo Dios, continuó sus predicaciones, llegando á Nantes el 14 de Febrero de 1418, donde salieron á recibirle el Obispo Enrique el Barbu con el clero y pueblo, acompañándole hasta el convento de Dominicos, donde se hospedó.

Al día siguiente, Miércoles de Ceniza, comenzó sus predicaciones en el Cementerio de San Nicolás, en cuyo lugar se levantó después la Basílica de este nombre. Allí, como en todas partes, la muchedumbre fué considerable y el triunfo completo. Un testigo dice que pasaron de 60.000 el número de oyentes, y que muchos leprosos y enfermos fueron curados por su bendición. Un pobre tullido, llamado Juan Leben, que estaba diez y ocho años sin poderse valer, se hallaba bastante apartado del Santo un día que se le presentaban varios enfermos; no pudiendo

acercarse á causa de su enfermedad, empezó á dar voces pidiendo la salud, y enternecido el Santo, le dijo: «No tengo oro ni plata con que socorrerte, pero te daré lo que del cielo he recibido». Dicho esto, marchó hacia el enfermo, puso las manos sobre su cabeza, dijo algunas oraciones, y el infeliz tullido quedó completamente sano. Otro día le presentaron un sordo, que lo estaba seis años; impúsole el Santo las manos, tocóle los oídos, hizo su oración, y dándole la bendición, le dejó completamente sano. Poco después se le presentó una noble señora que estaba ciega, y que vino expresamente de Tours, para que el Santo la curase: le tocó los ojos por tres veces, y con sólo esto, recobró la vista; restituyéndose alegre con los que la acompañaban á su país, después de haber dado gracias á Dios por tan extraordinario beneficio.

A últimos de Febrero salió el Santo de Nantes para Vannes, por Gueranda y Redón, deteniéndose en casi todos los pueblos, y obrando diferentes milagros, entre ellos la curación de Pedro Jolís, completamente sordo, al cual tocó el Santo las orejas, quedando sano de su enfermedad. En Gueranda encontró una demoniaca que llevaban á la capilla de San Gildas, atada fuertemente en un carro, y habiendo preguntado la enfermedad que padecía, hizo parar el carro, rogó que esperasen acabase el sermón, y acercándose á aquella infeliz, hizo la señal de la cruz y quedó completamente curada.

Finalmente, el viernes 17 de Marzo llegó á Theiz, donde se le reunió muchísima gente, y al siguiente día, 18 de Marzo, hizo su entrada solemne en Vannes, saliendo á recibirle el Obispo Mauricio de la Notte con el cabildo y clero, acompañado de los príncipes y prelados que allí se hallaban. Grande debió ser el entu-

siasmo con que fué recibido el Santo, cuando apenas llegó á la ciudad quiso dar la bendición á aquella muchedumbre, y todos, guardando un silencio sepulcral, hincaron la rodilla en el suelo y se dispusieron á recibir aquella gracia, como si fuera la de un santo, á cuyo influjo recobraron la salud muchísimos enfermos que entre aquellas gentes había. Hospedóse en casa de un ciudadano llamado Robín el Scarb, rehusando humildemente el ofrecimiento que le hicieron los Duques para que habitase en su palacio.

Al día siguiente, domingo IV de Cuaresma, predicó en la plaza pública ante un numeroso auditorio, entre el que estaba el Obispo, los Duques de Bretaña y el Conde de Richemonda con toda la nobleza de la corte; tomó por texto de su sermón aquellas palabras del evangelio del día: «Recoged los mendrugos que han sobrado». Dice un testigo, en el proceso de canonización, que todos observaron, con admiración, que al dirigirse á predicar el Santo, iba tan pálido y debilitado, que parecía no tendría fuerzas ni aun para decir Misa; pero cuando empezó el sermón le salieron los colores al rostro, y cobró tal vigor y agilidad, que parecía un joven de treinta años. «Los concursos que tuvo en Vannes llegaban á veces á 70.000 personas, y todas le oían con tanto gusto, que nadie dejaba el puesto, aunque lloviese ó nevase».

Muchos fueron los milagros que obró el Santo en esta ciudad durante los días que estuvo en ella. Oliva de Aufredicha, atacada de una parálisis parcial, fué á buscar al Maestro Vicente después del sermón, el cual la recibió muy afectuosamente; le tocó la cabeza y el costado, le hizo el signo de la cruz, y al llegar á su casa, ya no sintió ningún dolor, ni durante los diez años que vivió todavía. Juan Metayer, de Cal-

mont, herido gravemente en la guerra, marchó á buscar al Santo á la casa donde se hospedaba, el cual le tocó la herida, miró al cielo, recitó una oración, y haciendo el signo de la cruz, quedó curado. Miguel Maceot cuenta que su madre padecía fuertes dolores de cabeza, y encontrando á San Vicente, le suplicó la librase de aquella enfermedad; después de hacerle el signo de la cruz y de invocar el nombre de Jesús, ya no sufrió más esta molestia. Refiere Vidal que la Duquesa sólo tenía un hijo, llamado Francisco, y deseando tener más, el Santo le alcanzó con la oración otro infante, que de su mano bautizó con autoridad del Papa, llamándole Vicente. Este niño murió en breve, y luego San Vicente le anunció otro, el cual fué D. Pedro, quien, muerto D. Francisco, pasó á ser Duque de Bretaña, y costeó gran parte de los gastos que se ofrecieron en la canonización. Añade que con la predicación del apóstol valenciano «se reformaron mucho los vanneses, cesando las usuras, blasfemias, torpezas y otros vicios; refloreció la frecuencia de los sacramentos, la veneración al nombre de Dios; quedaron todos bien instruídos en la doctrina cristiana, los sacerdotes en las ceremonias de la Misa y los regulares muy ajustados á la santa regular observancia».

Después de veinticuatro días pasados en Vannes, el martes de Pascua de este año 1418, el Santo se puso en camino para evangelizar el resto de la Bretaña. La esperanza de terminar la guerra de los Cien años, tan desastrosa para Francia, le hizo llegar hasta Normandía, centro de operaciones del rey de Inglaterra. Todavía quedaba á nuestro Héroe un año de vida.

Fatigoso nos sería seguir paso á paso á nuestro Santo en su larga predicación por la Bretaña, porque

habríamos de repetir lo que tantas veces hemos dicho ya. Los autores bretones nos dan minuciosos detalles de esta divina misión, y nos indican los pueblos que visitó, describiéndonos los monumentos que en honor de San Vicente ha levantado la piedad. En Theix, Jócelyn, Ploërmel, Dinan, Heunebont, Carhaix, Concarneau, etc., se guardan imperecederos recuerdos de su predicación, y la devoción que le profesan es tanta, que el que no le tiene por principal patrón, le honra y glorifica en su fiesta como al único de quien espera eficaz protección. No debemos pasar por alto lo que le sucedió en Chatelaudren. El herrero del pueblo no quiso herrar el jumentillo en que siempre iba montado, y al pasar por un castillo, los soldados que le guarnecían comenzaron á burlarse porque iba sobre aquel asno, humildemente enjaezado y que cojeaba. «Reid cuanto queráis, infelices, reid á vuestro placer; pero no pasará mucho tiempo en que ese castillo y fortaleza será arruinado, y los ganados y animales pacerán en el sitio que ocupa». Cumplióse el vaticinio, pues pasados tres años, el Duque D. Juan VI lo mandó demoler, para vengar una injuria del Duque de Penthievre. Hoy es un paseo público, donde pacen á su placer los ganados y otros animales.

Por estos días recibió San Vicente una carta del gran Canciller de Paris, Juan Gersón, y otra del Cardenal de Cambray, Pedro de Aliaco, y Padres del Concilio de Constanza, fechadas la una en 9 de Junio y la otra en 21 del mismo mes, rogándole asistiese á la Asamblea. Dice así la primera: «Al renombrado Doctor y celoso predicador el Maestro Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores.—Mi Padre queridísimo en Jesucristo. Por las cosas extraordinarias que diferentes veces he oído de vuestras virtudes, y que he

comunicado particularmente con el Maestro general de vuestra Orden, me ha parecido que vos sois el sujeto figurado, como vuestro nombre indica, en el Apocalipsis, cuando abarcando San Juan con su mirada todos los destinos de la Iglesia, decía: «He visto un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco: una corona le fué dada, y vencedor, se lanzó á nuevas victorias». Vos, pues, habéis salido para vencer, ¡oh glorioso Vicente! Pero ¿cuáles son vuestros medios y vuestras armas?; ¿es con un aparejo de guerra? El apóstol San Pablo, cuyo imitador sois, responde: «Nuestras armas no son armas materiales», y añade lo que en otros pasajes vos sabéis mejor que yo.

»Se me ofrecen á mi corazón sobre este punto muchas cosas, que con mucho gusto confiaría á vuestra sabiduría, de viva voz, mas otras ocupaciones me detienen, y por otra parte, no sería justo ni razonable cansaros con largas cartas, pues os considero ocupado en trabajos más graves. Os voy á manifestar una cosa, que no solamente es el objeto de mis deseos, sino de los votos de muchos. Todos, y particularmente vuestro Maestro general, dan á vuestra caridad y á vuestro celo por la paz de la Iglesia, este testimonio lleno de elogios por haber negado la obediencia á Pedro de Luna, que tan endurecido está contra nuestra madre la Iglesia, pues sin vos, el rey de Aragón no le hubiese negado su obediencia. Todos nosotros, aquí, en el santo Concilio, esperamos de este grande acto el restablecimiento de una paz, que parece nos huye desde hace cuarenta años. Dichoso vos tres y cuatro veces, si os hallareis aquí y viereis por vuestros propios ojos la elección del Sumo Pontífice, que ya está cerca. ¡Qué alegría para el Concilio gozar de vuestra presencia! Este sería, si no me equivoco,

el mejor medio de asegurar el fruto de todo lo que habéis hecho hasta aquí. Acordaos de estas palabras de San Pablo á los Galatas: «Yo he ido á Jerusalén con Bernabé y Tito, y he conferenciado con los apóstoles del Evangelio lo que debo predicar á los gentiles, particularmente con el más importante, á fin de no trabajar en vano». Estas palabras me parecen aplicarse á vos. Constanza es, como otra Jerusalén, donde están reunidos los prelados, sucesores de los apóstoles y doctores de la ley. Vos no podréis menos de sacar ventajas, conferenciando con ellos, de vuestra predicación, sin contar los múltiples resultados que puede producir vuestra venida. Creedme, Emmo. Doctor, que algunos hablan muchas cosas de vuestros sermones, y especialmente de los que se disciplinan, porque en otro tiempo los que esto hacían pertenecían á una secta, reprobada muchas veces y en varias partes del mundo, y aunque vos no la aprobáis, según atestiguan los que os conocen, tampoco la reprobáis eficazmente, por lo que muchos os critican por los pueblos, y aun aquí entre nosotros mismos; y aunque muchos no tengan por verdaderas ni crean lo que dicen de vos, porque tienen bien comprendida y entendida vuestra vida, sin embargo, yo os ruego que, á imitación de San Pablo, hagáis lo que os digo...»

No obstante lo dicho en esta carta, San Vicente no accedió á las instancias del gran Canciller, considerando que era más conveniente proseguir su predicación mandada por el mismo Jesucristo, que asistir al Concilio para que se estableciese la paz de la Iglesia, pues habiendo quitado los reinos de España la obediencia á Pedro de Luna, en lo referente á la eleción, bastaba la instrucción que dió el rey D. Fernando á sus embajadores al encargarles «se dejase libremente

el Concilio general, con sólo la obligación de hacer juramento, que la elección sería canónica, porque si se ponían otras limitaciones, quedaría materia para después disputar y poner duda en ella».

En cuanto á las calumnias que la emulación había levantado contra el Santo, y que con tanta prudencia insinúa Gersón en su carta, San Vicente, según lo que Jesucristo nos enseña, lo puso en manos de Dios, el cual desvanecería todo cuanto contra él levantase la envidia, mucho más cuando su porte, vida y doctrina se hallaban coronados, no sólo por el aplauso de los más doctos y la general aprobación de cuantos Obispos y Arzobispos le oían, sino también por la recomendación del mismo Dios, que cada día confirmaba su predicación con maravillas y portentos. Quedó restituído, por fin, el crédito de nuestro Santo en el mismo Concilio, como lo demuestra el Pontífice Martino V que, apenas elegido, le envió como Nuncio al célebre Antonio Montano, haciéndole saber que le concedía amplia facultad para absolver de censuras y reservados y de imponer la debida penitencia por los pecados á cualquier clase de personas, exhortándole, además, á que continuase sus apostólicas misiones.

Sigamos el curso de las predicaciones del Santo. Entre San Brienc y Lamballe, San Vicente empleó doce días, recogiendo de sus predicaciones y milagros frutos admirables, pues las blasfemias, perjuros y otros pecados que reinaban, fueron corregidos por sus enseñanzas. Dirigiéndose á Quintín, le sucedió un singular suceso. El jumentillo que llevaba todos sus libros y enseres se atolló en un lodazal, y por más esfuerzos que hizo, no pudo sacarle. Daba voces el Santo, diciendo: «Jesús, Jesús, socorredle»; pero el asno no se movía del charco. Por fin, llegó uno de

los de la compañía, y pinchándole con un aguijón, dijo: «Levántate, por todos los diablos», y á esta voz, se levantó el jumento y salió del lodazal. Horrorizado el Santo del suceso, invocó otra vez el nombre de Jesús en detestación del nombre de Satanás, y no quiso montar más sobre aquel animal, ni aun de que llevase los libros. Subiendo hacia el Norte llegó á Dináu, obrando muchos milagros, entre ellos la curación de un epiléptico y un paralítico, llamado éste Juan Moulnier, el cual, á punto de contraer matrimonio, le atacó la enfermedad, que le tuvo tres años sin poderse valer, hasta que, presentado á San Vicente, fué curado con la señal de la cruz, contrayendo después matrimonio con la misma prometida, que todavía permanecía soltera. La plaza donde predicaba el Santo, en Dináu, aun tiene el mismo aspecto. En Lamballe hizo también muchas conversiones y milagros. Hospedado en este pueblo en casa de Juana de Lesquen, obró el prodigio del cuarto iluminado, pues acosadas la señora y las criadas por la curiosidad, vieron por la cerradura de la puerta maravillosos y celestiales resplandores.

San Malo, Miniac, Dol, Autrain, Bazouges Fougères y Vitré no ofrecen más que tradiciones orales. De Rennes existen más noticias. «Siempre ejerciendo el cargo de mediador, escriben Ducret, Villeneuve y Maillet, Juan V fué secundado en su simpática misión por una de las celebridades del siglo, el Dominico Vicente Ferrer, que llenó todo el Occidente de sus predicaciones y vino á terminar en Bretaña sus viajes apostólicos. El día que llegó á Rennes para dejar el fruto de su evangélica palabra, el Obispo Anselmo Chantemerle, seguido de todo el clero, de la nobleza, de los magistrados y del pueblo, salió á recibirle

fuera de la ciudad con la pompa reservada á los príncipes, ofreciéndole hospitalidad en el Palacio Episcopal; pero Vicente rehusó humildemente, y pidió asilo en el convento de Nuestra Señora de la Buena Nueva. Durante los tres días que estuvo en Rennes, predicó en la plaza de Santa Ana, ante una muchedumbre que no hubiese podido colocarse en las iglesias. Todas las casas que comenzaban á construirse en este lugar, abrieron sus ventanas á los impacientes oyentes, subiéndose algunos á los terrados. La palabra del Santo predicador llegaba sin esfuerzo á todos los oídos y penetraba en todos los corazones. Era un gran beneficio que esta voz pura y fuerte recordase los principios de la moral eterna en medio de aquellos tiempos de desorden.

«El rey de Inglaterra, que había desembarcado en Normandía, quiso oir por sí mismo aquella mágica palabra que, pronunciada por un débil cuerpo, tenía tanto poder. Envió un embajador á Vicente Ferrer, y éste no rehusó el presentarse ante el rey, con la esperanza de llegar á alcanzar la paz». Un testigo dice que el auditorio de San Vicente, cuando predicaba en Rennes, no bajaba de 30.000 personas.

Cumpliendo el Santo lo que prometió al rey de Inglaterra, entró en la Normandía y se dirigió á Caén. Al llegar á San Ló, le trajeron del lugar de San Gil un desgraciado, atacado de un mal misterioso que le impedía hablar y hasta comer. No quiso San Vicente curarle entonces, y ordenó que lo llevasen á Caén. Dejemos hablar á un testigo presencial: «El Maestro Vicente se dirigió hacia Caén, en Normandía, donde predicó tres veces delante del rey de Inglaterra, los grandes de la Corte y una considerable muchedumbre de varios países, que le comprendían perfectamente,

como si hablase la lengua de cada uno de los oyentes. Había en San Gil, cerca de San Ló, en la diócesis de Coutances, un niño llamado Guillermo de Villiers, el cual contaba diez ú once años; carecía de la palabra, y no había comido ni bebido en muchísimo tiempo. Sus padres, oyendo hablar de la santidad del Maestro Vicente, que predicaba entonces en Caén, diócesis de Bayeux, donde estaba también Enrique de Inglaterra, condujeron allí al niño en un carro, y rogaron al Santo pidiese á Dios su curación ó su muerte. El Santo mandó á todos los asistentes, que eran muy numerosos, que orasen: el niño habló, comió, bebió y se encontró completamente curado». En la declaración del hermano del enfermo en el proceso, se especifican más los detalles: «...Después del sermón, el Santo, en presencia de una gran multitud, hizo la señal de la cruz sobre el niño, diciendo: «Que la bendición de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre tí y permanezca siempre». Después le dijo: «¿Qué quieres, niño?»—«Padre, una gracia de Dios que en este instante se cumple». Y al instante comenzó á la vista de todos á comer, á beber; en una palabra, á gozar de salud...» Otro testigo refiere el mismo hecho, diciendo que le fué presentado en San Ló, y el Santo ordenó lo llevasen á Caén.

La intervención del Santo entre las Cortes de Inglaterra y Francia, no fué ineficaz, pues consiguió una tregua de tres años entre ambos reinos. Después de los tres días que San Vicente estuvo en Caén, se restituyó á Bretaña, pasando por Bayeux, Coutances, Avranches, San Ló y Dol, según afirma un testigo que le acompañaba desde Nantes. Consta, además, su presencia por segunda vez en La Cheze, La Trinité-Porhoët, Jocelyn, Ploërmel y Redón, desde donde

pasó á Nantes, en cuya ciudad predicó una parte del Adviento de 1418, marchando desde allí á Vannes, para disponerse á morir y recibir la corona de gloria á que se había hecho acreedor. Como vemos, los achaques y enfermedades del Santo no debilitaban el temple de aquella alma siempre joven, ni le impedían el proseguir con el mismo ardor de la juventud sus apostólicas tareas.

CAPÍTULO X

Alegría de los habitantes de Vannes.—Tristeza justificada.—Dios no lo quiere.—Grave enfermedad.—Palabras de consuelo.—Llanto general.—Un recuerdo para la patria.—Horas supremas.—Un ángel que se va al cielo. —Retrato de San Vicente.—*Post mortem*.—Entierro y exequias.—Vannes en duelo.

VANNES, la ilustre ciudad de la Bretaña, destinada por Dios para recibir los despojos mortales de un Santo, insigne por muchos conceptos, de San Vicente Ferrer, le preparó un solemne recibimiento, como último homenaje de cariño, respeto y agradecimiento, la última vez que entró en sus murallas, para rendir el ordinario tributo á la muerte. Una magnífica procesión, en la que iba el Obispo y clero con toda la nobleza y pueblo, salió al encuentro del Apóstol, que, enfermo, iba en la litera que la Duquesa le había ofrecido, y que por deferencia aceptó. El mismo sentimiento le hizo admitir la hospitalidad que le ofreció Dreulieu, miembro de una de las más nobles familias de la corte de Bretaña. Mejorado de su dolencia, no podía aquel pecho, que tanto ardía en el fuego de la caridad y en el celo por la salvación de las almas, dejar de comunicar los raudales de su doctrina, con el mismo ardor que cuando se hallaba en su cabal salud, y supliendo la gracia lo que la naturaleza ne-

gaba, extenuado, sosteniéndose en el brazo de uno de sus discípulos, iba al púlpito, y en la Cuaresma de 1419 dejaba oir, la mayor parte de los días, aquella palabra de fuego que conmovía los corazones y llenaba de ansias las almas de los pecadores. Muy pocos días antes de caer mortalmente enfermo, predicaba todavía, yendo á oirle de dos y tres leguas de distancia.

A medida que las fuerzas iban abandonando al Santo, la nostalgia de la patria debió entristecer su corazón, y más de una vez dejaría escapar algún suspiro para su querida Valencia, recordando el cariño que le profesaban sus conciudadanos; los lugares donde pasó su tranquila niñez; aquel convento en que pronunció sus votos y tuvo tan encantadoras visiones; las calles y plazas en que Dios, por su intercesión, había obrado prodigios; aquellos pequeñuelos que había recogido y proporcionado consuelos; en fin, todo el tierno poema de recuerdos que siente el corazón del hijo por una madre cariñosa, cual era para él Valencia. Lo mismo pensaban muchos de sus discípulos al ver desposeído de fuerzas á su amado Maestro, y uniendo sus súplicas á las de muchos de los penitentes que le acompañaban, determinó restituirse á Valencia, y al efecto se despidió de la Duquesa y de su corte, después de darles saludables consejos, que recibieron con lágrimas de agradecimiento.

Con el objeto de evitar la despedida, que hubiera sido dolorosa, determinó emprender de noche el viaje de regreso á España, y cuando toda la ciudad estaba recogida, montó en su borriquillo, dirigiéndose al próximo puerto, acompañado de sus más queridos discípulos. Embarcóse, y después de estar navegando toda la noche sin haber adelantado nada de camino, agravado de la enfermedad que le aquejaba, conoció

que no era la voluntad de Dios volviese á su patria, y determinó desembarcar para volverse á Vannes. Grande fué la alegría de aquellos vecinos al tener noticia de que el Santo se acercaba de nuevo: tocaron las campanas, cesó todo trabajo, y el pueblo entero corrió á recibirle, siendo para ellos aquel día como los de gran solemnidad. Apenas llegado á su alojamiento, que era la misma casa en que se había hospedado antes, curó todos los enfermos que se le presentaron, y dirigiéndose al pueblo, dijo: «Es voluntad de Dios el que yo vuelva á vosotros, no para predicaros, sino para morir. Volveos á vuestras casas, y que el Señor os recompense por el honor que me habéis hecho». Dióles la bendición á todos, y aquel pueblo, agradecido y obediente, se retiró á sus casas.

La misma noche de su entrada en Vannes, le sobrevino una fiebre violenta, acompañada de intensísimos dolores por todo el cuerpo, que le obligó á guardar cama, y esta fué la primera vez que la admitió, según dice el proceso. Corrió en seguida la voz de aquella súbita gravedad, y la Duquesa, acompañada de otras nobles damas y de los mejores médicos, acudieron á visitarle, viéndole tranquilo y sin exhalar gemido alguno, no obstante los dolores que sufría: á grandes ruegos le hicieron tomar las medicinas recetadas, despojarse de su rudo cilicio, que nunca había abandonado, y admitir un colchón en su lecho. Sin embargo, no pudieron conseguir durante su enfermedad que probase la carne, ni cosa alguna guisada con ella, «siendo menester engañarle, dice Diago, que si el Santo hubiera sabido ser carne, no la hubiera tomado».

Agravándose cada día más la enfermedad, fueron á visitarle el Obispo D. Mauricio y los magistrados, acompañados de las personas más principales y de

gran número del pueblo, llorando todos al verle en tan lamentable estado. El Santo les consoló con las siguientes palabras: «No os aflijáis por mi enfermedad, antes bien regocijaos en el Señor, porque pronto voy á estar en su presencia. Ya es tiempo de que hallándome en edad tan avanzada, pague á la muerte el general tributo; pero estad tranquilos, porque mi cuerpo estará en vuestra compañía, y mi espíritu, desde el punto donde Dios le coloque, será vuestro intercesor y patrono, y os alcanzará los más apreciables dones y consuelos, si conserváis y practicáis la doctrina que os he enseñado. Todo lo que os he predicado durante dos años, veréis que es conforme á la verdad y de gran provecho para las almas. Todos sabéis cuán llena de vicios encontré toda la región de la Bretaña, y que no he perdonado fatiga alguna para procurar la santificación de todos, lo cual, como veis, ha producido sus frutos. Dad gracias conmigo al Señor, dador de todos los dones, porque á mí me hizo la merced de sus divinas y eficaces palabras, y os dispuso á vosotros para que fructificase mi doctrina y redundase en vuestro mejor aprovechamiento. Sólo falta que perseveréis en el camino emprendido, y lo que de mí habéis aprendido, no lo olvidéis jamás. Si así lo hacéis, en el tribunal del juicio, que tantas veces os he predicado, yo seré vuestro protector. Quedaos con la bendición de Dios, y despidámonos, sí, despidámonos hasta la otra vida, porque dentro de diez días dejaré para siempre la terrena cárcel que aprisiona mi espíritu, y libre ya de toda traba y sombra, volaré gozoso á las regiones de la felicidad, donde se goza eternamente».

No es para decir el llanto que estas cariñosas palabras hicieron derramar á todos los presentes, que

tomaban aquellos consejos como el último sermón que les predicaba. Esparcióse por la ciudad la noticia de este último testamento, y el llanto fué general, formándose «una pública y general tristeza con las lágrimas de todos».

Después de esta tierna despedida, dirigiéndose á algunos valencianos que constantemente le habían acompañado, sin dejarle un momento, les encargó diesen á su Valencia querida saludables consejos de su parte: «Siempre ha ocupado mi patria—les dijo—lugar preferente en mi corazón; para ella han sido siempre mis afanes, continuamente la he socorrido, y muchas de mis oraciones han ido siempre encaminadas á su mayor bien y felicidad. No tan fácilmente se olvida el lugar donde se ve la luz primera de la vida, donde se reciben las caricias de la madre, los cuidados de la familia; mi mayor pesar es el morir lejos del lugar donde nací y aprendí el camino de las virtudes que he andado toda mi vida. Si allí formé mi corazón, también fortifiqué mi alma para emprender el apostolado que Dios me encomendó. ¡Pobre patria mía!, no puedo tener el placer de que mis huesos descansen en su regazo; pero decid á aquellos ciudadanos que muero dedicándoles mis recuerdos, prometiéndoles una constante asistencia, y que mis continuas oraciones allá en el cielo serán para ellos, á los que nunca olvidaré: en todas sus tribulaciones. en todas sus desgracias, en todos sus pesares, yo les consolaré, yo intercederé por ellos. Que conserven y practiquen las enseñanzas que les dí, que guarden siempre incólume la fe que les prediqué, y que no desmientan nunca la religiosidad de que siempre han dado pruebas. Aunque no viva en este mundo, yo siempre seré hijo de Valencia. Que vivan tranquilos,

que mi protección no les faltará jamás. Decid á mis queridos hermanos que muero bendiciéndoles y dedicándoles mi último suspiro».

Llegó el día 3 de Abril, lunes de Pasión, y aproximándose ya el último momento, resolvió dejar las cosas de la tierra para ocuparse sólo en las del cielo. Llamó un confesor de su hábito, pidió que le aplicasen la indulgencia plenaria, única gracia que aceptó de Martino V, cuando le pidió qué es lo que deseaba en recompensa de los servicios prestados por la paz de la Iglesia, y recibió, con gran ternura de espíritu, los últimos sacramentos, que le administró el Vicario de la Catedral Juan Coller.

Hubiese querido el Santo quedarse recogido en su interior para gozar de los apacibles silencios que pide la alta y dulce contemplación de Dios, para lo cual mandó se cerrasen las puertas de la estancia donde se encontraba; pero advirtiendo que el afligido pueblo, privado de su amable presencia, se desconsolaba demasiado, ordenó dejasen entrar á todos los que quisieran hasta que entrase en el período de la agonía. Preguntóle, entonces, su discípulo Fr. Juan de Milleren, dónde quería ser enterrado, y le respondió lo que á un magistrado de Vannes, que le había interrogado sobre lo mismo para evitar pleitos: «Yo no soy más que un pobre religioso y siervo de Jesucristo, y no pienso en la manera de mi entierro, sino en el destino de mi alma; pero si en vida he deseado la paz, quiero que después de muerto se mantenga lo mismo. No habiendo, pues, convento de mi Orden en esta ciudad, dejo esta disposición al arbitrio del Obispo y del Duque; mas si es posible, hágase como gustare el Prior del convento más cercano de mi religión».

Al día siguiente, habiendo encomendado el Santo que antes de entrar en el período agónico le recitasen la Pasión de Jesucristo, según los cuatro Evangelios, un sacerdote de su Escuela lo hizo, como lo había encargado, regalándose el alma con la continua repetición de los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Faltóle del todo el habla, pero en su rostro venerable se traslucían las ansias amorosas que ardían en aquel corazón abrasado en amor por Jesucristo: aquel rostro pálido y sudoroso indicaba los tiernos afectos que sentía su alma por Jesús. Contemplaba las crueles congojas de Cristo en la cruz, su sed abrasadora, su triste desamparo, las injurias de que era objeto en sus últimos momentos, y su pecho se desgarraba de dolor considerando que él, humilde religioso, pecador infeliz, se hallaba rodeado de cuidados, y sus dolores no podían compararse en nada, por lo débiles y pequeños, con los que sufrió su divino Redentor para salvarle; y teniéndose por indigno de tanta merced, sólo repetía, con voz balbuciente y entrecortada, aquellas palabras de David: «Compadeceos, Señor, compadeceos, y hágase todo según vuestra gran misericordia». Seguía el mismo religioso recitando la Pasión del Redentor, según los cuatro evangelistas; pero al observar que aquella respiración fatigosa cesaba á intervalos, que una mancha violácea se extendía alrededor de los ojos, que aquel cuerpo débil sufría ligeros estremecimientos, creyó no oiría lo que leía; pero el Santo abrió los ojos, hizo una señal, y el sacerdote continuó hasta terminar la lectura. Después, á sus oídos, recitó los siete salmos penitenciales y las letanías mayores, que repetían los asistentes derramando lágrimas. Terminado el rezo, el rostro del Santo se inundó de una celestial alegría, juntó las manos en

actitud de orar, y abriendo los ojos para fijar su mirada en el cielo, entregó su espíritu en manos de su Criador, entre tres y cuatro de la tarde, el día 5 de Abril de 1419, cuando contaba sesenta y nueve años, dos meses y trece días de edad. Un testigo presencial afirma que, en seguida que espiró San Vicente, el cielo celebró con un prodigio su feliz tránsito á la gloria, pues abriéndose la ventana del aposento donde se encontraba, entraron un crecido número de cándidas y hermosas aves, semejantes á mariposas, exhalando tan suaves fragancias, que todos los presentes juzgaron eran espíritus angélicos, que tomando la forma de aquellas avecillas, celebraban la entrada de nuestro Santo en las mansiones celestiales de la gloria.

Escribe Vidal, que fué San Vicente en su natural disposición, de mediano cuerpo, de extraordinaria blancura y de hermoso talle. Resplandecía en él la modestia virginal y cierta majestad que le hacía venerable. De sus ojos y frente parecía algunas veces que le salían como rayos y resplandores, y cuando el celo del bien de las almas le enardecía en el púlpito, «le añadían veneración y hermosura los vestigios de los dedos del Salvador, que desde la visita que le hizo en Aviñón, le quedaron impresos en su mejilla, y latiendo de ordinario, se manifestaban entonces. Manifestaba siempre en el rostro una religiosa alegría, cuya serenidad turbaba alguna vez la miseria ajena».

En el púlpito tenía la voz corpulenta, sonora, clara, y conservando el mismo metal aun en su cansada ancianidad, «cuando la aspereza de su vida, junta con la edad cadente, le trocó lo fresco del semblante en venerable palidez». A esto añade un testigo en

el proceso, que, celebrando San Vicente el incruento sacrificio de la Misa, se le coloreaba el rostro y derramaba abundantes lágrimas, á diferencia de que cuando predicaba se le ponía blanco. Otro testigo afirma, que el Santo, en sus viajes, llevaba un báculo de madera para sostenerse, y que en la parte superior había una cruz, que miraba con frecuencia y contemplaba devotamente.

Apenas espiró el Santo, la Duquesa de Bretaña, siguiendo la costumbre de aquella época, quiso lavar los pies del gran misionero con sus propias manos. El agua de que ella se sirvió exhalaba suavísimos olores, sirviendo de milagroso remedio para varios enfermos, que encontraron en ella la deseada salud. La Duquesa guardó la capa del Santo, y le puso otra de su confesor, que también era dominico.

El Obispo y Cabildo guardaron cuidadosamente el cuerpo hasta que fuese enterrado en la Catedral. Y no era vano este cuidado, pues los franciscanos pretendieron que les pertenecía el cuerpo bendito, alegando el título de hermandad que tenían establecido con los Dominicos, y con el fin de que no hubiese una colisión, el Obispo ordenó se pusiese gente armada á las puertas de la casa, hasta que se dispuso llevarlo á la iglesia procesionalmente por varios sacerdotes, entre ellos Juan Collet, que le había administrado los sacramentos. El carpintero Juan Lavazi construyó un ataúd, donde se colocó el cuerpo, vestido con el traje de dominico, á presencia de la Duquesa, Juana de Francia, y otras muchas damas. Se le colocó en el coro, con la cara descubierta, donde acudió toda la ciudad, tocando rosarios y medallas en sus sagradas vestiduras, que después fueron venerados como reliquias, siendo preciso tenerle expuesto durante tres

días en la sacristía, para satisfacer la devoción de los fieles, hasta que llegase la orden del Duque, que se encontraba entonces en Nantes. Llegada la orden, el albañil Guillermo Robert hizo la fosa, y el sacerdote Ives Dano celebró la Misa de exequias, siendo enterrado entre el coro y el altar mayor, el viernes 4 de Abril, á las cuatro de la tarde. Durante este tiempo, el santo cuerpo conservó su flexibilidad y frescura, exhalando suavísimos perfumes, y aquel rostro, inanimado por la muerte, parecía se hallaba sumergido en delicioso sueño. Todos los fieles, la nobleza y clero, adoraron aquel cuerpo, aun antes de ser enterrado, adelantándose á la decisión de la Iglesia, pues entonces no se observaba todavía el precepto de Urbano VIII respecto al culto de los que mueren en opinión y fama de santidad.

Plácenos transcribir la pintura que hace Flaminius de la tristeza de Vannes después de la muerte del Santo: «No solamente los que estuvieron presentes á su muerte, sino la ciudad entera se sumergió en un profundo dolor: no se llora más amargamente por el mejor de los padres ó por el más querido hijo. Por todas partes el pesar era general; por todas partes gemidos, por todas partes lamentos, en los que se mezclaban alabanzas del Santo. Uno ponía de manifiesto su austeridad, su vida ejemplar; otro ponderaba su erudición admirable, verdadero repertorio de literatura; un tercero, la fuerza irresistible de su elocuencia y el don de profecía que poseía en alto grado; otros, finalmente, recordaban sus innumerables milagros. A medida que se le elogiaba, el entusiasmo aumentaba, y se redoblaban las alabanzas, y nadie era tachado de exagerado alabando á aquel hombre, modelo acabado de todas las virtudes».

La virtud milagrosa del Santo, que se manifestó desde el seno de su madre, continuó después de muerto, obrándose por su intercesión multitud de milagros. Dos muertos, colocados al lado de su tumba abierta, recobraron la vida, y atestiguaron en la tierra su gloria en el cielo.

CAPÍTULO XI

El proceso de canonización.—La peste.—Bulas pontificias.—Comisarios apostólicos.—Nombramiento de subdelegados.—Principio de las informaciones.—Procesos en Tolosa, Nápoles y Aviñón.—Cumplimiento de una profecía.—Consistorios.—La canonización.—Fiestas en Vannes.—Bula de canonización publicada por Pío II.

El fallecimiento de San Vicente Ferrer causó penosa impresión en el mundo católico; pero los pueblos que conservaban viviente el eco de sus palabras, el recuerdo de su caridad y el perfume de sus extraordinarias virtudes, apenas extendida la losa que encerraba los preciosos restos de aquel cuerpo bendito, empezaron á instar para que se abriese el proceso de canonización. Y no podía suceder de otro modo: todos los días se obraban prodigios en aquella tumba preciosa, á la que acudían grandes muchedumbres, que organizaban procesiones y solemnes fiestas en acción de gracias por cada beneficio obtenido. Los domingos se hacía una relación de los prodigios obrados durante la semana, y su crecido número aumentaba la devoción, que se extendía á todos los pueblos que había favorecido con su palabra, lo cual fué causa de que acudiesen á Vannes gentes de todos los países, ávidos de alcanzar por su intercesión múltiples bene-

ficios, y depositar á los pies de Vicente las ofrendas que simbolizaban el agradecimiento de los devotos. Los exvotos fueron tan numerosos y tan ricos, que el 31 de Octubre de 1419, el Obispo determinó distribuirlos según las necesidades más urgentes. Todos los milagros obrados en Vannes por intercesión de San Vicente, fueron anotados en un libro que se remitió al Papa Martino V.

Sin embargo de esto, el asunto no se trataba con la actividad que deseaba la piedad de los fieles, y de repente cesaron los milagros. Al cabo de treinta años sobrevino una peste que diezmaba los pueblos, y la devoción al Santo se reanimó, comenzando de nuevo las muchedumbres á visitar aquella tumba, que volvía á obrar numerosos y estupendos milagros: se renovaron las procesiones, aumentaron las maravillas, y el pueblo, después de dar á San Vicente el título de «abogado contra la peste», clamó de que se sufría aquella plaga porque no se le canonizaba. Cuando cesó la peste comenzaron á erigirle altares en multitud de pueblos y á honrarle como si fuese ya un santo canonizado por la Iglesia.

Al mismo tiempo que esto sucedía, los españoles y franceses, las Cortes de España, las universidades y el Duque de Bretaña, renovaron con más insistencia las súplicas que habían hecho á Martino V y Eugenio IV sobre la canonización, y esto movió al Papa Nicolao V, en 1451, á emprender de nuevo el proceso. Como en este tiempo los Dominicos pretendiesen la posesión del cuerpo de San Vicente Ferrer, el Papa dirigió al Duque D. Pedro II una Bula, con fecha 5 de Octubre de este año, en la que declaraba á la Catedral de Vannes depositaria á perpetuidad del cuerpo de San Vicente, concediendo una indulgencia plenaria

á todos los que visitasen el sepulcro del Santo el día de la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, dando una limosna para la reconstrucción de la Catedral, lo cual fué causa de que acudiesen á aquella ciudad muchos devotos, con el fin de lucrar gracia tan especial. Finalmente, en fecha 15 de Noviembre de 1451, el mismo Nicolao V expidió otra Bula, por la cual instituía tres comisarios apostólicos para organizar la información preparatoria á la canonización de San Vicente Ferrer, siendo nombrados Jorge Sanigeno, genovés, Cardenal Obispo de Ostia; Alfonso de Borgia, Cardenal Presbítero del título de los cuatro Coronados, y Juan de Carvajal, castellano, Cardenal Diácono del Santo Ángel. Por su parte, los Dominicos celebraron después Capítulo general en Nantes, alcanzando del Duque D. Pedro que influyese cerca de Nicolao V para que activase el proceso, y acordando también se recogiesen cuantas noticias auténticas referentes al Santo se pudieran hallar. Antes de esto, los tres comisarios apostólicos habían nombrado en Bretaña jueces subdelegados para que abriesen proceso sobre esta causa, los cuales fueron Raúl de la Moussaye, Obispo de Dol; Juan Epervier, Obispo de San Malo; los Abades de San Jacuto y de Busay, y los oficiales de Nantes y de Vannes, asistidos de notarios apostólicos. Dos años después, es decir, en 1454, los mismos comisarios nombraron subdelegados por el reino de Francia á D. Bernardo Roser, Arzobispo de Tolosa; al Deán de la misma ciudad D. Juan Arnaldo, y al Obispo de Mirepoix; en este mismo año, para el proceso que debía formarse en Nápoles, nombraron á D. Arnaldo Roger de Pallás, Patriarca de Alejandría; al Arzobispo de Nápoles y al Obispo de Mallorca. Por último, fueron nombrados en el Delfinado los Obispos

de Vaisón y de Uces, el Oficial del Arzobispado de Aviñón y el Deán de la Catedral de esta ciudad.

El Capítulo de Vannes nombró procurador de la causa á Guillermo Coetmeur, el cual, certificado de que cualquiera de los jueces tenía poder para actuar en el proceso, rogó al Obispo de Dol que pasase á la ejecución de su oficio, y este prelado puso su tribunal en Malutroit, á donde acudieron el Obispo de San Malo y el Oficial de Nantes.

Constituído el tribunal, compareció como parte el Obispo de Vannes, Ivón Poutsal, el cual suplicó se abriese sin tardanza la información oficial. Habiendo cesado la peste en Vannes, resolvieron los jueces trasladarse á esta ciudad y empezar el proceso por la visita del sepulcro de San Vicente. Así, pues, el día 20 de Noviembre, á las diez de la mañana, hicieron su entrada solemne en la ciudad, recibiéndoles procesionalmente el Obispo y toda la población, y el cortejo se dirigió á la iglesia, siendo recibido entre los acordes del órgano y el toque de las campanas. Después de cantarse el himno del Espíritu Santo, se celebró la Misa, y el Prior de los carmelitas de Boudón explicó el significado de cada uno de los exvotos que adornaban el sepulcro.

Acabado el sermón, escribe Vidal, y celebrada la Misa, pasaron los jueces á visitar el sepulcro del Santo, que estaba á mano derecha del altar mayor, cubierto de un paño de rico brocado de oro. Era el sepulcro de piedra amarilla, sustentado por cuatro columnas, y debajo tenía una pesada piedra que cubría el sepulcro. Mientras inspeccionaban el mausoleo y los exvotos que le adornaban, el Obispo, Capítulo, nobleza y pueblo de Vannes, en número de mil personas, atestiguaron con juramento haber reconocido en

el Maestro Vicente las virtudes en grado heroico; haberle visto obrar multitud de milagros, y que muchos enfermos de todas clases habían confesado fueron librados de sus males invocando el patrocinio del Santo. Concluída la visita, establecieron los jueces su tribunal, empezando á recibir declaraciones el 21 de Noviembre. Suspendidas las informaciones á causa de las fiestas de Navidad, las reanudaron el día 2 de Febrero del año siguiente, llegando á su noticia tal número de milagros, dice Antist, que uno de los jueces comisarios no se atrevió á emprender el trabajo de escribirlos, «sino que, como un hombre que nada contra la corriente de un río, si crece mucho el agua se deja llevar de ella, así este Obispo, pasando de ser juez á seguir la corriente de los testigos, dice que eran tantos los milagros de San Vicente, que no se podían escribir ni contar». Prosiguieron en recibir testigos hasta el número de trescientos diez, y cerrado el proceso, lo remitieron á Roma en Abril de 1454. Los delegados afirmaron que habían recibido é interrogado tantos testimonios, y que les habían contado tan grandes milagros obrados por el Santo, que juzgaban superfluo tomar más declaraciones, aumentando cada día el número de prodigios en el mismo sepulcro.

En el mismo mes de Abril de 1454 comenzó en Tolosa á instruirse el proceso. Se prestaron los juramentos ordinarios, y declararon cuarenta y ocho testigos, terminándose los trabajos el 25 de Junio.

En Nápoles se erigió el tribunal el 24 de Mayo, y diez días después comenzaron las deposiciones, según el interrogatorio que presentó el General de los Dominicos. Declararon veintiocho testigos, y entre ellos el mismo rey de Nápoles y Aragón, D. Alfonso V, ter-

minando el proceso el día 18 de Noviembre, que fué remitido en seguida á Roma. Por este tiempo se envió también á la curia romana el que se actuó en Aviñón, y en el que depusieron diez y seis testigos.

Nota Vidal que en la Bula de canonización, Pío II dice que en los procesos que se formaron, depusieron algunos Cardenales, y no apareciendo éstos en los tres primeros procesos, se ha de entender que declararon en el que debió formarse en Roma, y tal vez alguno en el de Aviñón. En España no sabemos si se incoó proceso alguno.

Después de canonizado el Santo, los procesos fueron archivados en el convento de la Minerva de Roma, de donde desaparecieron. El de Bretaña, todo entero y perfectamente conservado, se halla en Vannes. En la Universidad de Valencia se conservan algunos preciosos fragmentos de los de Tolosa y Nápoles, copiados del ejemplar de Palermo, á instancias de Antist, los cuales se hallaban en el convento de Santo Domingo. La información de Tolosa abraza todo el reino de Francia; la de Nápoles debía resumir probablemente los hechos obrados en Ginebra, España y Baleares, y la de Aviñón comprendía el Delfinado, la Saboya y el Norte de Italia.

Estando concluídos todos los procesos y puestos en manos de los comisarios apostólicos, murió el Papa Nicolao V, y fué elegido uno de aquéllos, D. Alfonso de Borja, que tomó el nombre de Calixto III.

La profecía de San Vicente iba á cumplirse, y si los muchos milagros eran suficiente motivo para su canonización, y tres Papas no la habían llevado á cabo, es que la Providencia quiso se cumpliese lo que el Santo había dicho del nuevo Pontífice. El primer acto, pues, del Papa valenciano fué proceder á la ca-

nonización de su compatriota. Nombró en lugar suyo por comisario á D. Alano Coëtivy, Cardenal Obispo de Aviñón, y le mandó que, juntamente con los otros dos comisarios, estudiase y compulsase los procesos, lo cual hicieron con suma diligencia, contestando que «el Maestro Vicente Ferrer había sido varón ilustrado con las virtudes heroicas y clarísimo en milagros, tanto viviendo como después de muerto, dando de todo relación al Papa y sagrado Colegio de Cardenales en dos Consistorios secretos, asegurando á Su Santidad haber hallado *más de ochocientos y sesenta milagros comprobados*». En vista de esto, Calixto III, con el parecer de los mismos Cardenales, decretó que en otros dos Consistorios generales se relatase en público lo dicho por los testigos. Ejecutóse así, y el 3 de Junio ordenó se reuniesen todos los Cardenales y prelados que se hallasen en Roma, consultándoles entonces si, en virtud de lo actuado en los procesos, se debía de proceder á la canonización del Santo: todos respondieron afirmativamente, y el Papa señaló el día 29 de Junio para tal acto.

Por fin, llegado el día en que se celebraba la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, Calixto III, en presencia de toda la Corte romana, canonizó, en el templo de San Pedro, al insigne valenciano San Vicente Ferrer, concediendo acto seguido indulgencias á los que en el día de su fiesta visitasen su sepulcro ó las iglesias en que se celebrase.

En este mismo día se celebró en Vannes una suntuosa fiesta religiosa, y descubierto el sepulcro, se halló el santo cuerpo perfectamente conservado, é intactos la capa y el hábito. Colocóse el féretro delante del altar, obrándose en seguida innumerables milagros. Los archivistas Falcó y Sala cuentan que

«durante la Misa, el cuerpo fué expuesto delante del altar, y dos muertos, recubiertos con la capa del Santo, recobraron la vida á presencia de todos; un pariente del Duque de Bretaña fué curado instantáneamente de la lepra; un ciego de nacimiento recobró la vista, y muchos milagros tuvieron lugar aquel día por la intercesión del Santo, y con gran admiración de todos». Los cronistas dicen que acudieron á la traslación el Cardenal de Aviñón, el General de los Dominicos Auribelhi, los Duques de Bretaña, cuatro Arzobispos, diez Obispos y más de ciento cincuenta mil personas, entre ellas mil Dominicos que de diversas partes habían acudido «á gozar la honra que la Sede Apostólica hacía á su santísimo hermano, en retorno de los grandes servicios que viviendo había hecho».

Muerto Calixto III, su sucesor Pío II expidió la Bula de canonización con fecha 1.º de Octubre de 1458. He aquí un texto, traducido del latín:

«Pío, Obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria.—Muy puesto en razón es y conveniente á la honestidad que, previa la deliberación del Romano Pontífice y con el consejo y consentimiento de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana y de todos los prelados entonces residentes en Roma, tengan cumplido efecto todas aquellas cosas que fueren determinadas, establecidas y ordenadas por nuestro predecesor y que no pudo publicar por haberle sobrevenido la muerte.

»Calixto III, de feliz memoria, predecesor nuestro, Vicario de Jesucristo por disposición divina en la tierra, sucesor del bienaventurado San Pedro, y encargado de las llaves del reino celestial, cuando por la suprema voluntad regía el gobierno de la Iglesia mi-

litante, conoció por interior inspiración la inmensa clemencia de Dios, por la que, queriendo con la fuerza de su virtud reducir al hombre, que había sido formado á su imagen y semejanza, y que se apartó de Él, que es bien incomunicable, por el engaño de la serpiente, reparando personalmente la caída humana, se dignó servirse de nuestra propia naturaleza y emplear su poder extraordinario sacando un remedio para los hombres en lo que había causado la herida, á fin de que, reconociendo todos tanta bondad, le estuviesen eternamente agradecidos.

»Aunque es cierto que la divina palabra fué manifestada á los Profetas, para que, conociendo los secretos designios de Dios, y teniendo esperanza en la reparación del género humano, sirviesen solamente á su Criador, y adorasen y enseñasen á adorar al mismo Señor, honrándole y sirviéndole en sus descendientes, sin embargo, en el fin de los siglos, cuando vino la plenitud de los tiempos, el Ser increado y padre de las misericordias, envió de los cielos al mundo al Verbo eterno, por quien se han hecho los siglos, para que, tomando un cuerpo humano, mostrase á los pobres desterrados y caídos el camino de la vida eterna, lavase en el altar de la Cruz y con su propia sangre el pecado del primer hombre, formado de la tierra, y nos abriese las puertas del cielo. Y para que tan gran misterio, es decir, la Encarnación y la Redención llegase á conocimiento de todos los mortales, confió la predicación del Evangelio por todo el mundo, primero á los Apóstoles, que escogió para que diesen testimonio de su vida, de su doctrina y de sus obras, y después á sus discípulos, que por su elocuencia, sus milagros y sus virtudes, alumbrasen al mundo del mismo modo que los rayos del sol.

»Pero en el transcurso del tiempo, la iniquidad del astuto enemigo, usando siempre de las mismas arterías, puso en obra sus mentiras y engaños para privar al género humano de los maravillosos frutos de la Redención y llevárselo á la perdición eterna. Entonces la divina clemencia, que siempre se compadeció de los hombres, socorriendo eficazmente á su Iglesia en las necesidades de todos los tiempos, envió gran número de varones ilustres, eminentes en ciencia y santidad, llevando la aureola de la virtud, y de un genio adecuado para vencer en el tiempo en que vivieron, y, como las ovejas del divino rebaño, mostrasen el recto camino á su grey, guiasen á los espíritus vacilantes con sus exhortaciones, sus obras y sus ejemplos, dando así á la santa Iglesia una ayuda y un socorro poderoso, ya por la gloria del martirio, bien por la pureza de su vida, sea por la confutación de gentílicos ó heréticos, ora por la predicación de la gracia divina y de la vida eterna prometida por Dios.

»Habiendo, pues, crecido extraordinariamente el número de judíos y de infieles, que habían acrecentado mucho sus riquezas y obras en tiempos de nuestro predecesor, en el país de Occidente, que les daban gran influencia entre los cristianos, olvidándose casi por completo del último día del juicio, la divina Providencia, con aquella sabiduría profunda que había en otro tiempo adornado á su Iglesia con tantos hombres ilustres, envió, para salvación de los fieles, al valenciano Vicente, de la Orden de Predicadores, eximio Maestro en sagrada Teología, que poseía toda la doctrina del Evangelio eterno, y como invencible atleta, tenía la misión de refutar los errores de los mismos judíos, de los moros y de otros infieles: semejante á un ángel volando en medio del cielo, anunciaba á

los habitantes de la tierra el día del último y espantoso juicio, extendiendo sus palabras de salvación sobre todas las gentes, lenguas, pueblos y naciones; predicando la proximidad del reino de Dios y del juicio, y mostrando á todos el camino de la vida eterna.

»Nuestro predecesor Calixto, queriendo hacer conocer el mérito de tan grande hombre, para edificación de los fieles y memoria de los tiempos venideros, tan santo por la gracia como los ángeles lo son por naturaleza, determinó referir los actos de su vida, según testigos fidedignos y probos, atestiguando que Vicente nació en Valencia, una de las más florecientes ciudades de España, de padres honestos y cristianos, y que desde su tierna edad tenía la madurez de los ancianos, y que, conociendo la vanidad de su siglo de tinieblas, á los diez y ocho años recibió, con grandísima devoción, el hábito de la mencionada Orden religiosa. Después de haber hecho la profesión solemne, según la forma acostumbrada, se aplicó tanto al estudio de las Sagradas Letras, que fué unánimemente juzgado digno de enseñar teología, recibiendo las insignias del magisterio. Después obtuvo las licencias necesarias para predicar la palabra de Dios y echar en los corazones de los fieles las semillas de la bienaventuranza eterna, combatiendo maravillosamente los errores y la perfidia de los judíos y de los mismos infieles, enseñando, del modo más admirable y convincente, como el día del juicio nuestro Redentor será un juez inexorable para los malvados y los réprobos.

»Largo tiempo perseveró en estas saludables predicaciones, y en un género de vida tan digno de elogios, recorrió las provincias de España, Francia é Italia, brillando como un astro nuevo, hasta que por fin, en Vannes, ciudad de Bretaña, acabó piadosa-

mente sus días y su apostolado, cuando contaba cerca de setenta años de edad.

»Mas Dios, que no permite sean pisoteadas, ó puestas bajo de celemín, las cosas que sabe pueden ser de provecho á su Iglesia, no tardó en inspirar á aquellos que habían recibido gracias, tanto espirituales como corporales, por la predicación de este hombre tan ilustre, para que manifestasen á la Silla apostólica aquellas señales de santidad reconocidas en él y le informasen de las obras del mismo. Por esto los Duques de Borgoña, Juan VI y Pedro, de gloriosa memoria, los prelados, las personas piadosas de este mismo ducado, y otros muchos devotos de diversas provincias en las que Vicente había sembrado la palabra de Dios, y los religiosos de su Orden, acudieron por este motivo á Roma en diferentes épocas, bajo el pontificado de nuestros predecesores Martino V, Eugenio IV y Nicolás V, de feliz memoria. Más tarde, Juan II, de gloriosa memoria, rey de Castilla y de León, y Alfonso V, rey de Aragón, muchos prelados, nobles seglares, universidades de estudios, ciudades enteras y nuestro amado hijo Marcial Auribelhi, Maestro general de los religiosos Predicadores, obrando en nombre de la Orden, renovaron sus instancias cerca de la Silla apostólica, afirmando que este hombre ilustre, mientras vivió, fué dócil á la voz de los profetas y á las palabras evangélicas, habiendo no sólo practicado los preceptos divinos, que siempre guardó fielmente, sino también los consejos evangélicos.

»Predicador infatigable de las grandezas divinas y reprendedor enérgico de la iniquidad humana, cumplió su apostolado, olvidando las cosas más necesarias de la vida, sin procurar jamás más que para un día, contento con aquel vestido, con aquella morada y con

aquel sustento que la Providencia le preparaba. No recibía ningún presente, ninguna remuneración, dejándolo en las manos de los que lo ofrecían, ó aconsejando lo diesen á los pobres. Brillaba en él la gracia con tal resplandor, le llenaba de tal modo el Espíritu Santo, las enseñanzas de la verdad salían de su boca con tal fuerza y encanto, que convirtió á la fe católica una gran multitud de judíos, doctísimos en su creencia, que pertinazmente negaban la venida del Mesías, saliendo muchos de ellos famosos predicadores de la vida, pasión y resurrección de Jesucristo, prontos á morir por la gloria de su nombre.

»La autoridad y energía de su palabra llegaban hasta el punto de que los hombres dados al lujo y á los placeres de la tierra, heridos por el terror que les causaba el juicio final, despreciaban las superficialidades terrenas y se consagraban á las cosas eternas, renunciando á la vanidad para dedicarse á Dios únicamente. Él cantó la Misa y predicó todos los días; siempre ayunó, si no tenía urgente necesidad; jamás comió carne, y siempre llevó vestidos de lana; nunca negó sus consejos á quien se los pidió; tuvo las costumbres más puras, y realizó gran número de actos heroicos, especialmente en los que se refieren á la pacificación de los pueblos y de los reinos, encendidos en guerras por los más altos intereses; y cuando la túnica inconsútil de la Iglesia de Dios se veía rota, trabajó con mucho éxito para que se mantuviese y conservase en la unión. Guiándole siempre la sencillez y la humildad, recibía con dulzura á sus detractores y perseguidores, dándoles todas las explicaciones que deseaban.

»Para confirmar su predicación y el ejemplo de su vida, la divina sabiduría obró numerosos milagros,

ya por la imposición de manos, ya tocando sus reliquias y vestidos, ya, finalmente, ofreciendo votos en su honor. Es cosa cierta que libró á muchísimos posesos, dió oído á los sordos, palabra á los mudos, vista á los ciegos, curó leprosos, resucitó muertos y obró milagrosamente muchísimas curaciones. De todo lo cual hubo tantas pruebas, que el mismo predecesor, Nicolao V, quiso informarse plenamente de la pureza de la fe, de la excelencia de la vida y de los milagros de Vicente Ferrer, y queriendo pasar más adelante, según la costumbre de la Santa Iglesia Romana, encomendó á nuestros venerables hermanos, entonces suyos, Jorge, Obispo de Ostia; al mismo Calixto, nuestro predecesor, revestido entonces de una dignidad menor, y á Juan, Diácono, Cardenal del Santo Ángel, reuniesen con diligencia, por sí ó por alguno de ellos, en la Curia romana y fuera de ella, por medio de jueces especiales que ellos señalarían, todos los documentos relativos á la integridad de la fe, á la perfección de la vida y á los milagros de tan excelente hombre. Así, pues, obedeciendo las órdenes del Pontífice, examinaron en la misma curia numerosos testigos, y usando de la facultad que se les había concedido, delegaron en la ciudad de Nápoles á los venerables hermanos nuestros el Patriarca de Alejandría, el Arzobispo de Nápoles y el Obispo de Mallorca, que vivían allí; en el Delfinado, á los Obispos de Vaisón y de Ucés, y á los amados hijos el Oficial de Aviñón y el Deán de la iglesia de San Pedro de la misma ciudad; en el reino de Francia, al Arzobispo de Tolosa, al Obispo de Mirepoix y á sus Oficiales; en Bretaña, á los Obispos de Dol y de San Malo, los Abades de San Jacuto y de Buzay, en las diócesis de Dol y de Nantes, y finalmente, á los Oficiales de Nantes y Vannes.

»Conforme á los poderes recibidos por los Comisarios apostólicos, todos estos subdelegados oyeron á los testigos, examinaron sus declaraciones y las enviaron á la curia romana bajo pliegos cerrados, firmados y sellados por los notarios. Finalmente, después que los Comisarios hubieron examinado, comprobado y revisado todos estos procesos, se vió que en Nápoles habían sido interrogados veintiocho testigos; en Aviñón y sus alrededores, diez y ocho; en el reino de Francia, es decir, en Tolosa, cuarenta y ocho, y en Bretaña trescientos diez, entre los cuales se hallaron algunos Cardenales, muchos Obispos y prelados, el rey de Aragón y otros muchos nobles varones de estado seglar, bachilleres, licenciados, doctores, maestros en Derecho, en artes y en sagrada Teología.

»A la muerte de Nicolao V, nuestro predecesor Calixto III, de piadosa memoria, después de haber ocupado largo tiempo cargos inferiores, y desempeñado el oficio de comisario delegado, fué elevado al soberano Pontificado, designando en su lugar y con el mismo objeto, á nuestro querido hijo Alano, Cardenal Presbítero del título de Santa Práxedes; y cuando le fué hecha una fiel relación, examinó las declaraciones de los testigos en dos Consistorios secretos, y encontró que todas las cosas que se habían dicho respecto de la fe, la vida, los trabajos, las costumbres, los actos heroicos, la humildad, la sencillez y los milagros de Vicente Ferrer, estaban legítimamente probadas, y por eso, de acuerdo con los venerables hermanos nuestros, entonces suyos, Cardenales de la Santa Iglesia Romana, determinó que se había de proceder en lo demás á la canonización del Apóstol.

»Entonces, después que, según el uso, se hubieron leído en los dos Consistorios generales y públicamente

las declaraciones de los testigos, y que se hubo convocado á los Cardenales y prelados que estaban en la curia romana, todos, por unanimidad, afirmaron que se debía proceder á la canonización de Vicente Ferrer; y el mismo Pontífice, en aquel mismo día, es decir, el 3 de Junio del primer año de su pontificado, en presencia de los Cardenales y prelados y con su consentimiento unánime, declaró que Vicente Ferrer debía ser canonizado, y ordenó que se hiciese la ceremonia pública y solemne el tercer día de las calendas de Julio de aquel mismo año, día de la fiesta de San Pedro y San Pablo.

»Llegado el día de los Santos Apóstoles, nuestro predecesor Calixto resumió todo lo que se había dicho referente á la excelencia de la vida y brillo de los milagros, y lo que él mismo vió del Santo, y afirmó de nuevo, que Vicente Ferrer había obtenido de Dios aquella gracia que concedió á los santos y escogidos, y que, por consiguiente, había obrado aquellos prodigios propios de los verdaderos fieles y enviados de Dios, y que el mismo Evangelio enseña á la Iglesia para que no pueda errar, diciendo: «He aquí los prodigios que acompañarán á los que creyeren: en mi nombre arrojarán los demonios, hablarán con lenguas nuevas y curarán á los enfermos por la imposición de manos».

»Por estas razones, y con autoridad apostólica, canonizó y declaró, por el tenor de las Letras que tenía intención de hacer, que debía ser escrito en el catálogo de los santos, ordenando á todos y á cada uno, Patriarcas, Arzobispos, Obispos y otros prelados, celebrar solemnemente y con devoción la fiesta de San Vicente Ferrer, el día 5 de Abril de cada año, como de un confesor no pontífice, y hacerla celebrar á sus súb-

ditos, y honrar al mismo Santo con una devoción particular, á fin de ser perseverados por su intercesión de los males y de conseguir la gloria eterna.

»Respecto á los milagros que Dios había obrado por su servidor, temiendo que su número pasase de los límites de las Letras que tenía intención de publicar, como se ha dicho, creyó debía pasarlos por alto, haciendo saber que todos los procesos hechos sobre ellos, se guardasen, para perpetua memoria, en la iglesia de Santa María, en la Minerva de Roma, y que estaban á disposición de quien quisiera verlos, y que de ellos se hiciera mención, cuanto fuese posible, en el oficio del Santo.

»Además, el mismo Pontífice, para que los fieles acudiesen con más devoción al sepulcro del Santo y á las iglesias donde su fiesta se celebrase, concedió á todos los que verdaderamente arrepentidos y confesados visitasen el sepulcro ó las susodichas iglesias con devoción y respeto, con intención de invocar el socorro del Bienaventurado, la remisión de siete años y otras tantas cuarentenas de las penitencias que les hubieren sido impuestas, confiando en la misericordia de Dios, y apoyado en la autoridad de los apóstoles Pedro y Pablo.

»Mas porque habiendo sobrevenido la muerte á nuestro predecesor no fueron hechas sus Letras sobre la canonización del Santo y de todo lo que queda dicho, y para que no se ponga en duda de aquí en adelante aquella canonización y todo lo que á ella se refiera, aunque ya se publicó en la Basílica del Príncipe de los apóstoles en presencia de los Cardenales, de los prelados y de una multitud de pueblo, nosotros queremos, y por autoridad apostólica determinamos, que crean todos que la canonización y las demás cosas

dichas, se cumplieron plenamente en el día indicado, á saber, el tercer día de las calendas de Julio, como si las Letras de nuestro predecesor hubieran sido publicadas en esta misma fecha. Nosotros entendemos que las presentes Letras deben bastar para probar plenamente la misma canonización y los hechos mencionados y que no haya necesidad de ninguna otra prueba. A ninguno, pues, es lícito de ir contra nuestro decreto y nuestra voluntad, etc.

»Dado en Roma, cerca de San Pedro, el año de la Encarnación de nuestro Señor 1458, el día de las calendas de Octubre del primer año de nuestro pontificado.—G. de Vulterris.—Registrado en la Cámara apostólica».

CAPÍTULO XII

Relación de algunos prodigios obrados por el Santo después de su muerte.

No pretendemos hacer en este capítulo una relación de los milagros obrados por San Vicente Ferrer después de su muerte, pues á más de ser materialmente imposible, por no constar muchísimos de ellos en ninguna parte, y sólo ser conocidos por los innumerables exvotos que adornan los altares, testigos mudos de corazones agradecidos, habríamos de llenar muchos volúmenes, y esto nos llevaría fuera de nuestro propósito. Mentaremos, pues, algunos, especialmente de los obrados en Valencia y en su sepulcro de Vannes.

Pocos años después de la muerte del Santo, fué atacado en Vannes Perrín Hervé de una singular demencia: un testigo declara que le vió en su casa, atado fuertemente, invocando al diablo, y blasfemando de Dios y de los Santos. Se le llevó á la iglesia de Nuestra Señora del Buen Don, y apenas se le echó agua bendita, comenzó á dar gritos horribles. Entonces, un carmelita llamado Fr. Tomás, aconsejó le llevasen á la tumba del Maestro Vicente, y atado de pies y manos con una fuerte cadena de hierro, fué colocado sobre la tumba, quedando completamente

dormido. Al despertar, muy tranquilo, preguntó la causa de encontrarse en aquel lugar fuertemente atado; se le dijo el motivo, y contestó: «Bueno, ya estoy curado; el Maestro Vicente me ha hablado durante el sueño; ¿no le habéis visto vosotros?» Se le desató y marchó á su casa completamente sano. «Yo le he visto después de curado gozando de completa salud», dice un testigo.

Cuando el rey Alfonso V nombró embajador de Bretaña á D. Andrés Bojador, originario de Lérida, á su llegada á Vannes el Duque le obsequió con un magnífico festín, sirviendo á dicho embajador una joven que había sido resucitada por San Vicente. La Duquesa, que la había tomado como dama de honor, creyó honrar del mejor modo al nuevo huésped, poniéndole por servidora á la resucitada, como recordándole así la gloria del gran taumaturgo español.

A Oliva Coctsal se le murió un niño de tierna edad; llevóle al sepulcro del Santo, y colocándole sobre él, dijo: «Maestro Vicente, si sois Santo y podéis algo delante de Dios, como yo creo, dadme á mi hijo vivo». Dicho esto, resucitó sano y alegre el niño, el cual, pasados veintitrés años, atestiguó este hecho en el proceso de canonización, añadiendo que visitaba anualmente el sepulcro, dejando cierta limosna que su madre había ofrecido.

En el mes de Junio de 1511, un niño de cuatro años se ahogó en la acequia del molino llamado de la Robella, en Valencia, y su madre le llevó á la capilla del Santo, y allí resucitó bueno y sano, de modo que pudo volver por su propio pie á casa.

El día 15 de Diciembre de 1611, sucedió en el lugar de Picasent, cerca de Valencia, que estando recogidos en su cuarto Juan Millá con su mujer, y dur-

miendo la familia, que constaba de dos hijos y dos hijas, despertó la mujer á la una de la noche, y oyó que un cuadro de San Vicente, que había en el cuarto, dió tres fuertes golpes en la pared. Sobresaltóse la buena mujer, y despertando á su esposo, le dijo debían salirse, porque aquellos golpes significaban algo grave. Saliéronse, efectivamente, con toda la familia, y no bien estuvieron fuera de la casa, desplomóse el edificio.

Hallándose gravemente enferma la hija primogénita de los Marqueses de la Escala, familia nobilísima de Valencia, acudieron sus padres al Santo, cuando precisamente pasaba cerca de su casa una procesión, en la que llevaban una de sus reliquias. Imploráronle con viva fe para que alcanzase del Señor la salud de su hija, si le convenía, y vueltos al aposento donde se encontraba la enfermita, la hallaron completamente buena.

Un hijo del célebre pintor Palomino, siendo de tierna edad, se quebró de ambos lados, quedando con pocas esperanzas de vida. Lleváronle sus padres á Toledo, donde visitaron la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Sagrario, y quedó curado de aquella enfermedad; pero al poco tiempo volvió á estar tan enfermo como antes. Preguntóle su madre si había hecho alguna promesa á algún santo, y respondió el muchacho que había ofrecido una Misa á San Vicente. Celebrada la Misa, quedó el niño completamente sano, sin sufrir jamás molestia alguna por aquel accidente.

D. Francisco de Córdoba, Marqués de Aguilar, hijo del Conde de Sástago, escribe, de su propia mano, el siguiente prodigio, que le sucedió en 1734. «Habiendo ofrecido á San Vicente Ferrer visitarle todos los días en su casa del colegio de Zaragoza y mani-

festar mi gratitud con una limosna, si le merecía alcanzar de su divina Majestad, por su intercesión, me curase de una quebradura del lado izquierdo, uno de los días de una novena que yo hacía al Santo, me hallé con el cintero ó ligadura rota, siendo ésta de hierro y bastante fuerte; y habiéndome después puesto otro, me pareció era falta de fe con el Santo, y volví de mitad del camino á quitármelo, y fuí sin él, no hallando novedad aun en los mayores y fuertes ejercicios. Y para mayor calificación del milagro, llamé á un potrero que tiene la ciudad para estas curas; y habiéndole preguntado si tenía yo señales de rotura ó de haberlo estado, me respondió que no, habiendo practicado aquellas experiencias que tienen en su facultad. Este es el hecho cierto del milagro, y el que me constituye á publicar lo mucho que á este Santo debo».

Entre muchos milagros que refiere Antist hechos por San Vicente, cita ocho, obrados en personas enfermas de males contagiosos, y concluye el capítulo con estas palabras: «Sería nunca acabar si quisiéramos contar uno á uno todos los milagros que cuenta el proceso hechos por San Vicente en esta materia. Ellos son infinitos, y todos se resuelven en estas palabras: Fulano ó zutano estuvo herido gravemente ó llegó ya al paso de la muerte, y encomendándose á San Vicente, de allí á poco, y hartas veces súbitamente, alcanzó salud. También hubo otros á quien, por ser sus devotos, preservó de peste, muriéndose muchas personas en el vecindario. En especial hubo un hombre, que, entre los otros, quería mucho á dos hijos suyos, y como se daban tanta prisa á morir en su barrio, rogó á San Vicente que, á lo menos, le guardase aquellos dos hijos que tanto él amaba. De

allí á poco se murieron heridos de la peste otros cinco que tenía, y los dos que había encomendado á San Vicente, fueron preservados de la peste».

Por los años 1612, el Diácono Sebastián Cholvi se embarcó desde Jábea para Valencia con intención de ordenarse de sacerdote. Movióse tal tormenta en el mar, y un viento tan huracanado, que cerca del cabo de Cullera se descompuso la brújula y estuvo á punto de naufragar. Exhortó Sebastián á todos que invocasen á San Vicente, y en seguida se les apareció una luz, que les iba guiando en tan obscura noche. Fuéronla siguiendo y llegaron al Grao, viendo claramente, durante el viaje, que el que les había guiado era un religioso dominico. Apenas desembarcaron, visitaron la capilla del Santo y le dieron gracias por tan singular favor.

El padre de San Luis Beltrán, que se llamaba Juan Luis, siendo todavía niño, estaba jugando con un frasco de pólvora, é inflamándosele, le abrasó toda la cara y le dejó casi muerto. Su abuelita, Úrsula Ferrer, que era parienta de San Vicente, marchó á su capilla, y pidió al Santo por la salud y vida del nieto, hallándole fuera de peligro cuando volvió á su casa. Contrajo matrimonio dicho Juan Luis al cabo de años, y cayó tan gravemente enfermo, que le tenían ya prevenida la mortaja; mas cuando ya le creían todos muerto, abrió los ojos y pidió la ropa para vestirse. Creyeron los que le asistían que deliraba, pero él respondió que, apareciéndosele San Vicente Ferrer, le había dicho que no moriría, y que el Miércoles Santo, para el que faltaban pocos días, asistiría á los divinos oficios, como sucedió exactamente. El mismo Juan Luis, viudo de su primera mujer, tuvo intenciones de retirarse á la Cartuja de Porta Cœli, y, al efecto, se

dirigió allí; mas en el camino se le apareció San Vicente, y le hizo saber que era voluntad de Dios se volviese á casar. Lo hizo así, y contrajo segundas nupcias con D.ª Juana Ángela Exarch, naciendo de este segundo matrimonio el ilustre San Luis Beltrán.

También se apareció el Santo al B. Juan de Ribera, Nicolás Factor, San Luis y á otros muchos varones meritísimos en santidad.

El año 1618 asolaba á Valencia una espantosa sequía. Hiciéronse las acostumbradas rogativas generales, y no bastando éstas, se hicieron algunas particulares con penitencias públicas; pero el beneficio de la lluvia no aliviaba aquella desesperada situación. Por este tiempo enfermó de gravedad el niño Vicente Frígola, al cual se le apareció San Vicente, asegurándole que quedaría bueno, y que, al día siguiente, refrigerante lluvia satisfaría los clamores de la ciudad.

En el lugar de Foyos, en la huerta de Valencia, el año 1517, hallándose un devoto de San Vicente enfermo de gravedad y ya desahuciado de los médicos, invocó de corazón, y con grande fe, al Santo, el cual se le apareció y le dejó completamente curado. Lo propio sucedió con un hijo suyo, llamado Carlos Especiero, que en una enfermedad muy grave se le apareció el Santo y le dejó bueno. En Masalfasar, lugar vecino también de Valencia, acaeció un suceso semejante, curando á una joven que ya había recibido la Extremaunción, cuyo prodigio fué asegurado con juramento, por la madre de la enferma, al maestro Serafín.

En la ermita de Agullent, lugar cercano á Albaida, que está dedicada al Santo, se conserva una imagen suya muy antigua y milagrosa, de lo que dió patentes pruebas en el año 1600. Una espantosa peste se exten-

dió en toda aquella comarca, que en pocos días diezmó á sus habitantes. Atemorizada la gente, emigró del lugar, quedando sólo en el pueblo el cura y los regidores. Cuidaba entonces de la ermita un matrimonio que vivía en una habitación contigua, y cierto día, el marido, llamado Juan Solves, se asomó por un tragaluz que daba á la ermita, y vió á un dominico arrodillado delante del altar del Santo. Le extrañó mucho esto, por hallarse cerradas las puertas, y llamó á su mujer, la cual no pudo ver al religioso, porque había ya desaparecido. Repararon entonces en que la lámpara del Santo estaba encendida y llena de aceite, lo cual tuvieron por milagro, porque hacía muchos días que no ardía por falta de aceite, ni había en el pueblo quien lo diese. Visto el prodigio, empezaron los ermitaños á tocar la campana, acudiendo el cura, Justicia y Jurados, creyendo pasaba alguna cosa grave; pero al saber lo sucedido, se llenaron de alegría y comenzaron á esparcir la noticia, atestiguada por la luz de la lámpara. Acudieron muchos á la ermita á enterarse de este prodigio, y entre ellos un sujeto, llamado Andrés Calatayud, que se mostró incrédulo á lo que le decían; pero otra maravilla vino á sacarle de su incertidumbre: estando arrodillado junto al altar, cayó la lámpara, sin romperse la cuerda ni faltar el clavo, quedando derecha, sin quebrarse el vidrio ni derramarse una gota de aceite, y continuando la luz encendida. Pasmado Calatayud, pidió perdón de su incredulidad. Este nuevo prodigio movió á todos los que estaban allí presentes á encender un cirio con aquella milagrosa luz y tomar aceite de la lámpara para ungir á los apestados. Hiciéronlo así, y visitando el lugar y todo el término, recorrieron los sitios donde se habían refugiado los vecinos, y ungiendo á los en-

fermos, quedaron todos completamente sanos. La luz del cirio no se apagó, á pesar de hacer aquella noche un viento muy fuerte. Este suceso acaeció el día 4 de Septiembre de aquel año, conmemorándose anualmente con una solemne fiesta religiosa.

No continuamos en la relación de los prodigios del Santo, porque además de hacernos interminables, temeríamos fatigar la atención de nuestros lectores. Vidal y Micó se complace en transcribir gran número de ellos, llenando cerca de la mitad del libro que dedica á San Vicente: de este autor hemos extractado, casi al pie de la letra, los que transcritos quedan. Antist, Gabaldá y otros autores dedican también atención preferente á la enumeración de estos prodigios, descuidando otros hechos importantes de mayor interés para la narración histórica. En dos palabras indicaremos todos los milagros realizados por San Vicente: visítense los pueblos donde se da culto á tan esclarecido Apóstol; asístase á alguna de las fiestas que la piedad de los fieles le dedica anualmente; contémplense con ánimo despreocupado los exvotos que penden de las paredes de sus santuarios; léanse las inscripciones que corazones agradecidos han puesto en alguno de los objetos conservados para perpetuar la memoria de algún prodigio, y se concluirá en que un ciego fanatismo no puede ser origen de todo esto, y que sólo la verdad de los hechos y el poder infinito de Dios ha producido tantas maravillas.

CAPÍTULO XIII

Culto á San Vicente antes de la canonización.—Gracias concedidas por los Pontífices.—Se extiende su devoción.—Italia.—Reliquias y recuerdos.—Otros paises.—Memorables traslaciones.—Petición de Felipe II.—Estratagema frustrada.—Nuevas traslaciones.—Entrega de reliquias.—Instancias de Valencia.—Triunfo conseguido.—Solemne recibimiento.—Milagros.—Nueva reliquia.—Entrada y milagros.—Festejos.—Otras reliquias.

San Vicente Ferrer, peregrinando aún por el mundo, y en virtud de los prodigios que obraba, ya fué canonizado por los pueblos, como lo demuestran, sin ambages, muchos de los testigos que declararon en el proceso: la Iglesia necesitó de esta voz universal é indubitable para sancionar lo que estaba en la conciencia de todos. Por esto, pues, apenas murió nuestro Santo, se le consagró devoto culto, y en Vannes, en el mismo sepulcro, levantóse un altar, donde se celebraba la Misa en su honor; habiendo el Duque de Bretaña D. Juan V consignado á este efecto una renta anual de cincuenta libras, ante un Notario de Nantes, con fecha 10 de Abril de 1430. En 1434, el dia 13 de Octubre, la Duquesa Isabel legó 2.000 escudos de oro para que se celebrase diariamente una Misa en el mismo altar, y otros importantes personajes hicieron también donativos para que el culto no se interrumpiese: esto mismo sucedió en todos los

paises donde había predicado, construyéndose altares, imágenes y estatuas en su honor.

La noticia de la canonización de San Vicente se extendió por todas partes, y fué un motivo de alegría para el mundo católico, celebrándose con gran entusiasmo este acontecimiento, como se lee en diversos archivos locales. Los soberanos Pontífices, por su parte, procuraron elevar este culto al mayor grado de esplendor, concediendo innumerables gracias espirituales: el Papa Sixto IV, en 1472, concedía indulgencias á todos los que visitasen su iglesia de Florencia; el pueblo cristiano construía templos bajo su invocación; los municipios le tomaban por patrón de sus ciudades, y sus hermanos en religión elevaban por todos los puntos de la tierra monasterios á su memoria.

En el Capítulo general de los Dominicos celebrado en Roma en 1468, se acordó que en todos los conventos de la Orden y en todos los martirologios, la fiesta de San Vicente se anunciase para el día 5 de Abril, en estos términos: «Muerte del bienaventurado Vicente Ferrer, confesor, nacido en Valencia. Desde su juventud, cerrando prudentemente los oídos á las pompas engañosas del mundo, entró en la Orden de Hermanos Predicadores. Después de haberse ejercitado en ella en el estudio y en la práctica de todas las virtudes, marchó para predicar la palabra de Dios, como hombre verdaderamente apostólico, á los diversos pueblos de la tierra, no sin obrar en su predicación gran número de prodigios. Finalmente, lleno de merecimientos y dotado del espíritu profético, murió en Vannes, en cuyo lugar su tumba ha logrado extraordinaria gloria, gracias á los grandes milagros que se han obrado allí, pruebas de su santidad».

Accediendo á las peticiones que todos los días se hacían, Pío V publicó en 28 de Junio de 1571 un Breve, por el cual se permitía universalmente el oficio de San Vicente Ferrer, y se concedían para el día en que se celebrase su fiesta, cinco años y cinco cuarentenas de indulgencias.

A fuerza de instancias, España consiguió en 6 de Noviembre de 1668 un Breve, en el que se declaraba obligatorio el oficio del Santo: «Nuestro Santísimo Padre el Papa Clemente IX, habiendo propuesto á la Sagrada Congregación de Ritos una petición hecha en nombre de Su Majestad católica la reina de España, por su embajador el Marqués de Astorga, y que se refería á insertar en el Breviario romano el oficio de San Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, la Sagrada Congregación ha dispuesto que todos aquellos que están obligados á la recitación de las Horas canónicas, tanto seculares como regulares, deban de aquí en adelante hacer el oficio de San Vicente Ferrer, según el rito semidoble, por cuyo motivo Su Santidad ha dispuesto la promulgación del presente decreto». Otras iglesias pidieron un rito más solemne, especialmente la de Mesina, á cuyos síndicos respondió favorablemente el Papa Paulo III, con fecha 5 de Septiembre de 1536. Benedicto XIII, que imponía las manos á los enfermos con la fórmula é invocación que usaba San Vicente Ferrer, no sin resultados, ordenó en Abril de 1726, que su fiesta fuese celebrada en toda la Iglesia universal con rito doble. Además de las fiestas solemnes, el Capítulo Dominicano, celebrado en 1644, ordenó, que en el convento de Vannes y en los de la Congregación de Bretaña, se hiciese el oficio de San Vicente todos los miércoles que no fuesen impedidos; y Clemente X, á petición

del piadoso Cardenal María de los Ursinos, concedió que toda la Orden recitase el oficio los primeros lunes ó los primeros viernes de cada mes que estuviesen vacantes. De aquí nace, sin duda alguna, la Misa votiva del Santo y la devoción tan extendida de los siete viernes que preceden á su fiesta, sancionada con innumerables indulgencias.

Y no sólo se extendió de una manera asombrosa el culto de San Vicente por todos los puntos donde predicó, sino también en diversos lugares del mundo. Ya hemos dicho que el Santo fué deseado con ansia por los florentinos, y cuando se disponía á ir, un acontecimiento imprevisto le obligó á variar de rumbo. Pues bien; en recompensa á tan buena voluntad, Florencia le consagró desde un principio un culto espléndido. Por todas partes se ven cuadros de milagros por él obrados, conservándose allí con singular veneración un pequeño hueso de su cuerpo, guardado en rico relicario, que ha obrado muchísimos milagros, y uno de los bastones de que se servía en sus viajes: varias iglesias han sido construídas bajo su invocación.

En Pisa se conserva, como precioso tesoro, una Biblia de San Vicente, adornada con notas marginales, y en Luca se veneran, en magnífico altar, dos falanges de dedo que se procuró al bienaventurado Juan de Pistoya, muerto en el convento de San Romano el año 1491, el cual propagó el culto del Santo por aquellas regiones, construyendo altares, imágenes y templos en su honor. Además de las importantes ciudades, en las míseras aldeas, en los pequeños pueblos y en los caseríos insignificantes, San Vicente reina en los corazones, y á él acuden aquellos habitantes en todas sus necesidades, en todas sus aflic-

ciones y en todas sus desgracias. Todo el territorio del antiguo ducado de Luca solemniza su fiesta con brillo extraordinario. En San Pedro de Aliana, pequeño pueblo situado entre Prato y Pistoya, su imagen se tiene en gran veneración, y aquellos vecinos la llevan en devota procesión tres ó cuatro veces cada año para que libre sus cosechas de los pedriscos. Lo mismo se hace en otros pueblos de la diócesis de Florencia, donde por su intercesión se han obrado extraordinarios prodigios.

En el Piamonte también es grande la devoción que se tiene á San Vicente, donde se cuentan gran número de milagros, de los que existen documentos auténticos. La ciudad de Jano, en el ducado de Urbino, reconociendo el maravilloso socorro obtenido por Vicente Ferrer durante varias epidemias, le tomó por protector, según decreto público, con fecha 5 de Abril de 1467. Turín le escogió por patrón especial, vista la confianza que le tienen sus habitantes, los milagros obrados continuamente y el ejemplo de la mayor parte de las ciudades de Italia, según se lee en las ordenanzas de aquella municipalidad, fecha 18 de Mayo de 1739. En un proceso verbal de aquel Consejo, se lee, que el Provincial y el Prior del Convento, al llevarles sesenta ejemplares muy bien encuadernados de una *Vida* del Santo, fueron recibidos solemnemente por los síndicos. Aceptado el regalo, se decidió que la fiesta del Santo se celebrase durante ocho días, á partir del 17 de Abril, con sermón diario, con asistencia de los representantes de la ciudad, votando una suma de ciento cincuenta libras para indemnizar á los religiosos de los gastos de la impresión, y un regalo de veinte libras de cera para contribuir á la suntuosidad de la fiesta: esta ordenanza

lleva fecha de 6 de Abril de 1739. Según notas de aquella localidad, los milagros obrados continuamente por el Santo son innumerables.

En Plaisance, San Giovanni y Piacenza la devoción á San Vicente es grande, y en esta última ciudad se conservan magníficas pinturas de Giorgi, que representan episodios de la *Vida* del Santo. En Milán también existen magníficos cuadros, dos de los cuales representan el prodigio de Salamanca y la aparición de Aviñón, y muchas cofradías le tienen por especial patrón. Lo mismo hemos de decir de Cremona, Novara, Verceil, Módena, Faenza, Aucona, etc. En la Biblioteca del Palacio Ducal de Venecia se puede leer una carta de Carlos Lovatelli al Conde Paulo Milceti, «escrita con motivo de la gracia concedida por la intervención de San Vicente Ferrer á su hijo el señor Hipólito, librado de mortal enfermedad».

En Nápoles muchos niños visten por voto el hábito de dominico en honor de San Vicente, y lo llevan públicamente hasta que se estropea ó se hace corto. En el cólera de 1836, aquellos habitantes se pusieron bajo la protección de San Vicente, y la epidemia desapareció. En prueba de agradecimiento se celebró una espléndida fiesta, y se le instituyó solemnemente patrón de la ciudad: Nápoles posee el retrato del Santo, pintado por Van Dyck.

En Sarsari, Iglezias y Cagliari se cantan los Gozos del Santo, en español, y su nombre es bendito por todos. En Sicilia, los Abruzos y otros puntos se le festeja con igual veneración. En la misma Roma son muchos los cuadros y altares á él consagrados. En Rusia, Turquía, las Américas, y, en una palabra, en todos los lugares donde se venera el nombre de Cristo, aunque haya muchos que profesen religión distinta,

el insigne Apóstol valenciano es objeto de veneración y culto entusiastas.

Pasemos á decir algo de las memorables traslaciones del cuerpo del Santo. En 1456 se trasladó el bendito cuerpo, de su primer sepulcro, á otro elevado y majestuoso, colocándose dentro de una urna de mármol. Recorrió en solemnísima procesión la ciudad de Vannes, y restituido á la Catedral, fué colocado en una caja de primorosa construcción, y cerrada con tres llaves, las cuales fueron entregadas, una al Legado apostólico, otra al Obispo y la tercera al Duque de Bretaña D. Pedro II. Pocos años después de esta traslación, fué sacado del túmulo el santo cuerpo y colocado en altar aparte, dejando en la urna de mármol algunos huesos del propio cuerpo, para que orasen los fieles ante aquel sepulcro. Cien años después, la herejía calvinista desolaba á Francia, pero por virtud especial de la Providencia no penetró en Bretaña; mas hubo el natural sobresalto, temiendo fuesen profanadas las santas reliquias, particularmente en 1590, en que para reinar Enrique IV, se valió del auxilio de los hugonotes.

Al disputarle á Enrique la corona los príncipes católicos de Francia, pidieron tropas á Felipe II de España, el cual envió algunos regimientos, tocando la guarnición de Vannes á un tercio de valencianos. Éstos instaron á su rey que reclamase á aquel Cabildo el cuerpo del Santo, y, al efecto, después de varias negociaciones, le escribió la siguiente carta:

«D. Felipe, por la gracia de Dios rey de España, de las dos Sicilias, de Jerusalén, etc.—Venerables y hermanos nuestros Deán y Cabildo de Vannes: He entendido la voluntad con que habéis ofrecido de enviarme las reliquias del santo cuerpo de San Vicente

Ferrer, y por ser cosa de tanta satisfacción y contento para vos, os agradezco mucho lo que en esto hacéis, y por la devoción que á ellas tengo, os encargo que deis orden para que cuanto antes se me puedan traer, que en esto me sacaréis cierta mi confianza, y haréis una cosa que os tendré en mucho servicio, y de que os quedaré muy agradecido.—Dado en Valladolid el 20 de Julio de 1592.—Yo el Rey».

Resistióse muy cortésmente el Cabildo á la petición del rey, y los valencianos, sedientos de las reliquias de su paisano, intentaron valerse de una estratagema para conseguirlas. Organizaron la representación de una comedia en la plaza, á fin de entrar en la Catedral y poder llevarse el cuerpo mientras acudía á allí el pueblo. Pero sabido esto por un vannés, que vivía en Valencia, llamado Burguerol, previno á sus compatriotas, los cuales, sacando el cuerpo del sepulcro, lo entregaron á un Canónigo para que lo ocultase, no pudiendo por este motivo realizar su empeño los valencianos. Estando dicho Canónigo á punto de morir, ordenó se colocase el santo cuerpo en un lugar de la sacristía, en donde permaneció mucho tiempo, sin tributársele culto alguno por temor á los hugonotes.

En el año 1600, Valencia renovó sus demandas sobre la posesión del cuerpo del Santo, resultando infructuosas sus negociaciones.

En esta época comenzaron de nuevo las peregrinaciones, manifestando el testimonio de su veneración por el gran taumaturgo la reina María de Médicis, el príncipe de Condé, el Duque de Guisa, los Duques de Brissac y otros magnates y personajes. Habiéndose ordenado reunir todas las reliquias que estaban esparcidas en diferentes puntos, los Canónigos hicie-

ron construir una hermosa capilla y una caja de plata. El Obispo Sebastián de Rosmadee ordenó las convenientes pesquisas, y al fin se encontró el viejo cofre con sus tres cerrajas, dentro del cual estaba el cráneo, sin la mandíbula inferior, y la mayor parte de los huesos del Santo, que despedían un olor balsámico; dentro de la caja se encontraron también dos monedas, una de Juan V y otra de su hijo Francisco II, contemporáneos del Santo. Después se abrió el antiguo sepulcro, donde había algunas vértebras y un pequeño relicario que guardaba la mandíbula inferior, probándose su autenticidad por la declaración de varios doctores en medicina. Plenamente convencidos de que los restos encontrados pertenecían al cuerpo del Santo, se procedió á colocarlos en la nueva caja de plata, confiándose su custodia á una cofradía establecida con este objeto, cuyo reglamento fué aprobado en 31 de Agosto de 1637.

En el sitio donde se encontraba la antigua tumba, se colocó una inscripción y algunos pequeños huesos dentro de la primitiva caja, para que no se interrumpiese el culto en aquel lugar, y en 1770 fué demolida la capilla subterránea, y la caja que contenía los restos fué colocada en la sacristía, hasta que se construyó la definitiva tumba, que es de mármol rojo y negro, celebrándose la Misa en un altar colocado detrás de ella. El día 24 de Abril de 1816 se hizo un nuevo reconocimiento.

En Abril de 1456, el Cardenal Alonso de Cöetivy levantó la prohibición de tocar las reliquias del Santo, y dió al Duque de Bretaña, en recompensa de su celo, un dedo de la mano derecha, el cual lo legó á la iglesia colegial de Nantes, donde quiso ser enterrado. Más adelante, el Capítulo de esta Catedral pidió al de

Vannes una nueva reliquia del Santo, dándole de los pies una buena porción.

El Gran Maestre de Malta, D. Raimundo de Perellos de Rocafull, creyó que tenía derecho á algunos fragmentos del venerable cuerpo, y puso para ello por intermediario al embajador de Francia, el cual logró una parte considerable de uno de los brazos del Santo. Muchísimas otras peticiones fueron hechas y satisfechas por el Cabildo de Vannes, lo cual ha dado origen á aumentar en todas las naciones la devoción á tan insigne Santo, devoción que ha sido agradecida, obrándose innumerables milagros.

Respecto á Valencia, mucho tiempo hacía que deseaba obtener una reliquia de su ilustre hijo, pues sólo conservaba de él objetos que le habían pertenecido, tales como su capa, una Biblia, una alba, etc.

Antist cuenta que en el año 1525, cuando Francisco I de Francia, prisionero en la batalla de Pavía, desembarcó en el puerto del Grao, el Prior de los Dominicos fué á besarle la mano y pedirle les favoreciese ordenando al Obispo y capitulares de Vannes diera á su convento los restos de San Vicente, ó al menos una de sus reliquias. Agradecido el rey al recibimiento que le hicieron los Jurados y pueblo de Valencia, accedió gustoso á la petición, y expidió un decreto para que se diese al convento de Dominicos un brazo del Santo. Con este decreto y un breve, que para este objeto consiguieron del Papa Clemente VII, marcharon á Vannes los religiosos Luis Castellote y Gaspar Pérez, acompañados de un sujeto de confianza del embajador de España en Roma, llamado Seradols. En París, la reina D.ª Leonor de Austria les dió también cartas de recomendación para el Capítulo de Vannes.

Llegados á Cambrai, el P. Paspar Pérez cayó enfermo, y marchó sólo á Vannes el P. Luis Castellote, á cuya ciudad llegó á últimos de Julio de 1532. Hecha la petición, fué muy mal recibido por aquellos capitulares; pero el enviado no se asustó con esta negativa, y puso su confianza en Dios para salir airoso en su cometido. Repitió su demanda en el mes de Agosto, y obtuvo la misma negativa. Entonces una terrible peste comenzó á afligir á la ciudad, abandonándola casi todos los canónigos, quedando solo seis. Éstos, viendo las lágrimas y súplicas del P. Castellote, determinaron concederle lo que pedía, y, al efecto, le entregaron dos preciosas reliquias del Santo, el dedo índice de la mano derecha y un hueso de la garganta, con las auténticas necesarias, y firmadas en 2 de Septiembre de aquel año. Gozoso el P. Castellote con aquel precioso regalo, resolvió marchar á su patria, pero no pudo tener la satisfacción de hacer la entrega de las reliquias, pues al llegar á Nantes murió, encargándose Seradols de terminar su misión. Al llegar éste á Murviedro, previno á los magistrados de Valencia su llegada, con aquellos sagrados restos, y los Jurados dispusieron fuesen á recibirles dos de sus compañeros, el caballero D. Pedro Exarch y el ciudadano Ramón Zaera. Éstos se hicieron cargo de las reliquias cerca del convento de San Miguel de los Reyes, donde el día 20 de Octubre acudieron en procesión general el Cabildo, el clero y todas las comunidades de religiosos. He aquí un prodigio que refiere el P. Vidal, ocurrido en aquella piadosa festividad.

«Entró por el portal y calle de Serranos, donde tenían casa D. Pedro Zanoguera y su mujer D.ª Jerónima Almenar, señores de Rocafort y Godella, y pasando por su puerta la procesión, salió á la ventana

la mencionada señora, y, con gran fe, dijo al Santo: «Si estas reliquias son vuestras, dad salud á mi hija». Ésta era D.ª Elena Zanoguera, niña de diez y seis años, ciega de nacimiento, y á la sazón enferma de unas calenturas y desahuciada de los médicos. ¡Caso prodigioso! Acabando su madre la breve oración, entró en el cuarto donde yacía la niña, y la halló enteramente limpia de la calentura, y con vista clara y perfecta, tan vigorosa y firme, que aun siendo anciana de setenta y seis años, la gozaba muy perspicaz y clara. Llegó la procesión á nuestro convento, donde dejó las reliquias, y quedaron por ocho días patentes, celebrando el convento su octava con solemnísimas fiestas, concurriendo á ellas las parroquias». Estos preciosos restos del Santo fueron puestos en un relicario, para cuya fábrica dió la ciudad 1.000 sueldos y los particulares 2.528. Primeramente se colocó en la sacristía y más tarde en la capilla del Santo, verificándose esta traslación con gran solemnidad.

Esta reliquia obró muchísimos milagros. En 1587, un hijo de D. Fernando Fenollet, de cinco años de edad, estaba gravemente enfermo y ya desahuciado de los médicos. El padre rogó al Prior, que lo era el P. Antist, le dejase una de aquellas reliquias, y al primer contacto, el niño fué completamente curado, con admiración de todos. En agradecimiento, el padre dió 50 libras para que dorasen el relicario. El 5 de Abril de 1591, una mujer de Carpesa, llamada Ana Tevián, sorda y muda de nacimiento, y enferma gravemente de fiebres, se encomendó á San Vicente, diciendo por señas que la llevasen á su capilla, donde se hallaba la reliquia. Hiciéronlo así el mismo día de la fiesta del Santo, y durante la Misa, sintió que una fuerza extraña le abría la boca; antes de terminar la

Misa, recobró la palabra, exclamando en alta voz: «Madre mía, yo he recobrado la palabra».

En el año 1600, Valencia fué beneficiada con otra preciosa reliquia de San Vicente. Su origen fué el siguiente: Hallábase en Vannes D. Juan de Aquila, Mariscal de campo de las tropas auxiliares que le confió Felipe II, y aquellos vecinos, en testimonio de los buenos servicios que les había prestado, resolvieron regalarle una costilla de San Vicente. Determinó Aquila, que se hallaba en Madrid, ofrecerla á Valencia, para lo cual envió á uno de sus oficiales con dicha reliquia. El oficial llegó á Valencia el 1.º de Agosto de aquel año, saliendo á recibirle los principales de la ciudad. Según dice una crónica de la época, la reliquia la entraron por la puerta de Serranos, y en la carroza iba el Gobernador, Jaime Ferrer; el Baile general, Gaspar Mercader, y cinco Jurados; el sexto, llamado Juan Bautista Julián, que estaba enfermo de calenturas, al tener noticia de la llegada de la reliquia, se levantó de la cama, completamente curado, y se reunió á los demás, con gran sorpresa de todos. Puesta en camino la comitiva, bajaron de la carroza los que en ella iban, y subió el Prior y otros religiosos, quedando sólo el Jurado que llevaba la reliquia; los otros iban delante de la carroza. Aunque deseaban hacer la procesión en secreto, corrió la noticia, y acudieron á recibir la reliquia muchísima nobleza y pueblo con luces encendidas. El Santo recompensó con creces este pequeño servicio, pues al pasar la reliquia por frente de la casa del Gobernador, que estaba situada cerca de la iglesia de San Bartolomé, D.ª Blanca de Cardona, esposa de dicho Gobernador, que se hallaba enferma más de seis meses sin poderse mover, quiso la llevasen á la ventana, lo cual hicieron, sufriendo la

pobre enferma agudísimos dolores; pero al pasar la procesión por delante de su puerta, se encomendó al Santo y quedó completamente curada, bajando ella misma por su propio pie á la calle, la cual publicó á gritos tan extraordinario prodigio. En reconocimiento de este milagro, hizo solemnizar todos los años la fiesta de San Vicente en la parroquia de San Bartolomé, y los Jurados ordenaron se levantase acta notarial de este prodigio.

Por la noche se celebraron en la ciudad muchos festejos de regocijo, y al día siguiente los Jurados votaron para estas fiestas 6.000 ducados, con los cuales se hicieron elegantes trajes de ceremonia para los mismos Jurados y otros oficiales, y se distribuyeron limosnas entre los pobres. Dirigiéronse cartas de gracias á D. Juan de Aquila y al oficial portador de la reliquia; y á la partida de éste, se le gratificó con una letra de cambio sobre Madrid por valor de 2.500 rs.

La reliquia fué colocada provisionalmente en la capilla de los Jurados, llamada Sala dorada, permaneciendo allí hasta el 17 de Abril. El B. Juan de Ribera y otros dos Obispos celebraban Misa en el altar que se improvisó, y el domingo, 16 de Abril, se cantó una Misa muy solemne, predicando en ella el P. Luis Ureta. Con motivo de las fiestas, se concedió un indulto á los presos de delitos menores, se suspendieron los trabajos públicos, se adornaron las calles con iluminaciones y colgaduras, y hubo justas de caballeros y bailes públicos.

Una disposición real, de fecha 7 de Julio de 1606, ordenó que la santa reliquia fuese guardada definitivamente en la Catedral. Con este motivo se hizo una solemne fiesta con octava en honor de San Vicente, y hubo músicas, poesías, sermones, uno de los cuales

fué predicado por el Patriarca mismo. En estos días se obraron muchísimos milagros, siendo el más notable la curación de un sordo-mudo de nacimiento, que después de besar la reliquia del Santo, comenzó á balbucear los nombres de San Vicente, Jesús y María. Durante la Misa estuvo presente este joven en el presbiterio con una vela en la mano, acudiendo por la tarde á la procesión. Con este motivo, el entusiasmo por el Santo creció de una manera extraordinaria.

El Beato Patriarca, Juan de Ribera, también deseaba, para su Colegio, una reliquia de San Vicente, y después de muchos ruegos, pudo alcanzar una en 14 de Septiembre de 1601. En 4 de Agosto de 1611, el convento de Dominicos alcanzó otra por conducto del P. Juan Vicente Catalán, que había asistido como definidor al Capítulo general de París, y que le fué regalada por la reina de Francia.

Otras muchas reliquias y objetos conserva Valencia de su ilustre hijo: la parroquia de San Martín posee un bonete que le dió el rey D. Martín, y en la misma parroquia, en una de sus puertas, hay una piedra empotrada en la pared, encima de la cual una inscripción dice que sobre ella predicó el Santo. En la Catedral, en el Colegio del Patriarca y en otros puntos, existen multitud de recuerdos del Santo, llamando la atención en la primera el púlpito, desde donde, según tradición, predicaba San Vicente.

CAPÍTULO XIV

Laudable acuerdo.—Los centenarios de la canonización de San Vicente Ferrer en Valencia.—Fiestas anuales en la misma ciudad.—Los *milacres*.—Los altares.—La procesión.—Crítica infundada.

La patria de San Vicente no debía festejar menos que los demás pueblos el hecho de haber puesto la Iglesia en el número de los Santos á su ilustre hijo: así, pues, el año 1456, inmediato al de su canonización, celebró el 1.º de Febrero una solemne y magnífica procesión general, llevando desde la Catedral al convento de Santo Domingo la capa del Santo, única reliquia que entonces poseía. Entonces se acordó se celebrase esta fiesta cada cien años y en el mismo día de la canonización, es decir, el 29 de Junio. No tenemos más datos de estos festejos, pero debieron ser suntuosos, atendiendo á que muchos que habían conocido al Santo vivían todavía y recordaban en sus más minuciosos detalles el favor que gozaba de Dios.

Llegado el año 1555, fiesta del primer centenar, se preparó Valencia á celebrarle. Es verdad que esta fecha fué precedida de graves acontecimientos, pues la célebre guerra civil, conocida con el nombre de

guerra de las Germanías, había costado muchas vidas y la pérdida de muchas fortunas. Sin embargo, consta que se celebró una solemne procesión, á la que acudieron los gremios y oficios, con sus estandartes, y acaso también el gremio de los negros esclavos, que entonces eran numerosos: esta procesión se verificó el día 2 de Julio, pues el día de San Pedro y San Pablo llovió y no pudo celebrarse la festividad.

El segundo centenario de la canonización ya fué una cosa digna de la ciudad, que por tantos títulos goza la fama de religiosa. El secretario de la ciudad, D. Marco Antonio Ortí, escribió un libro, que se publicó en 1656, haciendo detallada relación de los festejos. Para preparar la solemnidad, los Dominicos visitaron en Marzo á los Jurados, haciéndoles presente la proximidad de la fiesta, y éstos acordaron se celebrasen corridas de toros. En Mayo repitieron la visita á los Jurados nuevos, y determinaron se gastasen en las fiestas hasta 1.000 ducados. En la visita al Cabildo metropolitano, prometió éste tres días de iluminación, toques generales de campanas y 100 libras para fuegos de artificio. La Diputación prometió también que se gastarían 150 libras para fuegos, y que haría tres salvas generales de artillería, morteretes, luminarias, etc.; unióse á esto 130 libras que dió el Arzobispo Urbina. Con estos preparativos, y la genial inventiva de los valencianos, natural era resultasen unas fiestas suntuosísimas, como lo fueron en efecto. También se invitó á los cleros de las parroquias y á los religiosos de los conventos á que tomasen parte en la fiesta, y el 12 de Junio se hizo un pregón, ordenando que, «por orden del Arzobispo, cada uno comenzase á preparar las fiestas del centenario de San Vicente Ferrer, y en particular la procesión..., pues

la ciudad ofrecía todas las banderas y estandartes, lo mismo que los carros triunfales del día del *Corpus*».

El día 28 de Junio habían acudido á la ciudad innumerables forasteros, celebrándose una corrida de toros y danzas. A medio día hubo vuelo general de campanas y salvas de artillería, parada militar por la tarde, y por la noche se repitió el vuelo de campanas y las salvas, y empezó la iluminación, que fué general, llamando la atención el Temple, el Palacio Arzobispal, la casa del Gobernador, la casa del Ayuntamiento, la Diputación, el campanario de la Catedral, las torres de Serranos y otros muchos edificios. El día 29, á las ocho de la mañana, hubo gran cabalgata, en la que iba el «capellá de les Roques» y gran acompañamiento. El Arzobispo ofició de pontifical, y predicó el sermón el Dr. D. Buenaventura Guerau, cantándose durante la Misa himnos escritos exprofeso. Después de las Vísperas, comenzó la procesión general, acudiendo á ella los oficios con carros triunfales y estandartes, los cleros y conventos con sus cruces, el Cabildo y los Jurados, llevándose los enanos y gigantes: presidía la procesión la imagen de plata del Santo, que conserva la Catedral, y en cuyo pecho se guarda un pedazo de costilla del mismo Santo. Por todas partes se veían fuentes, tramoyas, luces y fuegos artificiales. La carrera de la procesión estaba adornada con colgaduras y cuadros representando escenas de la vida del Santo. Todos los conventos construyeron altares, y colocaron en sus fachadas artísticos adornos. En los demás días hubo corridas de toros, iluminaciones, fuegos artificiales y solemnes fiestas religiosas. Encanta la lectura del libro que hemos citado, y demuestra el entusiasmo y veneración de los valencianos por su santo patrón.

El tercer centenario de la canonización del Santo no desmereció del anterior, y en él púsose de manifiesto una vez más la natural inventiva de los valencianos y el entusiasmo siempre creciente por San Vicente. La ciudad destinó para estos festejos 3.000 escudos, y las cofradías rivalizaron en dar mayor realce á la fiesta. Por mandato real se prohibieron las corridas de toros, y en cambio hiciéronse otros festejos muy originales. En este centenario se construyeron muchísimos carros de triunfo, á cual más ingeniosos y significativos, tomando parte en ello todos los oficios. Hubo adornos en toda la carrera de la procesión, y levantaron altares, además de los cleros y comunidades religiosas, el Colegio de boticarios, el de corredores, el de practicantes de cirujía, los gremios y oficios y muchos particulares, sobresaliendo entre todos el de D. Joaquín Valeriola y Próxita, cuya casa fué la más notable por el lujo de sus adornos y la profusión de 7.698 luces. El Ayuntamiento regaló á este caballero un azafate de plata, en que se hallaban grabadas sus armas y la imagen de San Vicente, en premio á la magnificencia con que correspondió á la invitación general. Ofició de pontifical en la Catedral el Arzobispo D. Andrés Mayoral. Celebróse una concurrida y costosa naumaquia y un gran torneo que dió el cuerpo de la real Maestranza. Diéronse muchas limosnas, y la procesión fué una de las más brillantes que se han hecho en Valencia, tanto por el número de luces, como por la variedad de los carros triunfales y la multitud de religiosos de diferentes órdenes que de fuera y dentro de la capital acudieron á ella. Puede verse sobre estos festejos la relación y descripción escrita por el Padre jesuíta Tomás Serrano, impresa en la imprenta de la viuda de José de Orga

en 1762, con el siguiente título: «Fiestas seculares con que la coronada ciudad de Valencia celebró el feliz cumplimiento del tercer siglo de la coronación de su esclarecido hijo y ángel protector San Vicente Ferrer, Apóstol de Europa».

Respecto al cuarto centenario, nos abstenemos de ocuparnos de él por estar muy reciente su celebración, y remitimos al lector al libro que, sobre el asunto, escribió D. Vicente Boix con el siguiente título: «Fiestas que en el siglo IV de la canonización de San Vicente Ferrer se celebraron en Valencia». Sólo diremos que hubo diez días de fiestas, distribuyéndose muchas limosnas, dotes, etc.; pudiéndose decir que estas solemnidades fueron de lo más grande que puede concebir el entusiasmo religioso de un pueblo.

La devoción que Valencia ha profesado constantemente á San Vicente, ha llegado hasta nosotros con el mismo fervor y regocijo. Anualmente celebra su fiesta con la alegría y bullicio propio del carácter del país, no bastando los templos y demás lugares destinados al culto, sino que en el interior de las casas, en las calles y en las plazas, se levantan magníficos altares de perspectiva, donde la víspera de la fiesta, es decir, la Dominica de Cuasímodo, se colocan hermosas imágenes del Santo, ricamente vestidas, representándose públicamente una loa ó auto sacramental, en el que se reproduce una escena de algún milagro [1]. El origen de estos altares, convertidos en escena, es bastante antiguo. Ya dijimos algo sobre esto, cuando

[1] Estas loas ó autos sacramentales, escritos con chispeante gracia, contribuyen á conservar bellas producciones de literatura lemosina, siendo algunas de ellas verdaderas composiciones dramáticas, según el desarrollo de la acción, y en la que se han ocupado los más notables ingenios de la región valenciana.

referimos en los primeros capítulos el milagro obrado en el niño Antonio Garrigues, en memoria del cual, su hijo Juan colocó una imagen de San Vicente en la esquina de su casa. El origen de representar los milagros parece que debe fijarse en el año 1638, pues con motivo de celebrarse el cuarto centenario de la conquista de Valencia, se representaron en el Mercado loas muy semejantes á estas obras dramáticas. Sin embargo, es probable se representasen antes algunas de ellas en el altar de la calle del Mar, el más antiguo de todos, contribuyendo la ciudad á las fiestas que celebraban los vecinos de aquella calle con 15 libras, y permitiendo colocar el escudo de sus armas en el toldo que cubría la plazuela: contribuía también á esta fiesta el Cabildo eclesiástico con 30 libras. Posteriormente se levantaron altares en el Tros-Alt, en el Mercado, y en nuestros días, además de los sitios indicados, se construyen otros en las plazas de la Constitución y del Pilar.

El modo de arbitrar recursos para estas fiestas, es muy curioso y singular. Con pocas diferencias, se sigue en nuestros días el mismo procedimiento que en los tiempos antiguos. Los que se *apuntan* para contribuir á la celebración de la fiesta, pagan semanalmente una pequeña cuota, que recaudan las asociaciones respectivas de cada altar, y que, por lo módica, permite á todas las personas, aun las de escasos recursos, á aumentar los fondos para la fiesta. En pago de este pequeño sacrificio, se les distribuye en las vísperas de la fiesta un pastel ó bizcocho y una estampa del Santo, que es llevada á cada una de sus casas al son de la dulzaina y el tamboril: esta ceremonia se conoce con el nombre de *biscuitá*. También se invita á dichos asociados á que acudan á la proce-

sión, que se verifica desde la iglesia donde se celebra la función religiosa, al altar levantado para representar los milagros, ofreciéndoseles para ello un cirio y un ramo de flores artificiales. Con un año de anticipación se designa el clavario ó presidente de la fiesta, y antiguamente, según la mayor ó menor categoría de dicho clavario, la fiesta tomaba proporciones de brillantez. Hoy es todo más modesto, pues las asociaciones no están muy sobradas. La festividad se anuncia desde el medio día de la antevíspera con un pasacalle, en que hacen su oficio los típicos tamboriles y dulzainas, delante de los cuales va una muchedumbre de niños produciendo deliciosa algazara. Al día siguiente, que es el domingo de la octava de Pascua de Resurrección, se celebra la fiesta religiosa con sermón en dialecto valenciano. Concluída la función, se lleva procesionalmente la imagen al altar, y en seguida comienza la representación de los *milacres,* que se suceden con proporcionados intervalos hasta la noche del siguiente día, en que se baja del altar la imagen y se la conduce á casa del clavario entrante. La misma asociación, el dia de la fiesta de San Vicente, distribuye limosnas entre los pobres.

En la fiesta anual del Santo toma parte la ciudad, costeando los gastos que ocasiona la procesión, que, saliendo de la Catedral y llevando el anda de plata, recorre varias calles, y hace estación en la Casa Natalicia, en el exconvento de Santo Domingo y en San Esteban. A esta procesión asisten los gremios, varias corporaciones, todos los cleros, los seminaristas, el Cabildo Metropolitano y representación del Ayuntamiento. Por la mañana se celebra en la Catedral solemne función religiosa. En la parroquia de San Esteban se exhiben los *bultos,* de los que ya hemos

hablado, y en varios pueblos se solemniza dicho día con extraordinario regocijo.

Se ha criticado que Valencia, no obstante demostrar tanto amor y devoción á San Vicente, no le haya levantado un suntuoso monumento, ni que tenga un templo construído en su honor, y lo que es más aún, que no haya plaza ni calle alguna que lleve su nombre, pues la que se llama «calle de San Vicente» se refiere al insigne mártir que derramó su sangre en defensa de la fe de Jesucristo. Á esto hemos de decir que no está justificada semejante crítica, pues decir Valencia y San Vicente Ferrer, es expresar en diferentes palabras la misma idea: tanto es así, que á la ciudad se la conoce en todo el mundo por «la patria de San Vicente Ferrer», y al Santo le veneran todos los creyentes, llamándole «el Apóstol valenciano». Prueba también de que Valencia no necesita monumentos que perpetúen la memoria de su ilustre hijo, es que en todos los templos de su provincia, en cada hogar, en cada calle se distingue la imagen del Santo tutelar, y á él acuden la desgracia, la gratitud, el amor ó la aflicción, invocándole con veneración profunda. Mucho nos alegraríamos que se construyese un monumento consagrado á su memoria; pero no tememos que su falta disminuya la devoción que le tienen los valencianos: más lo merece San Vicente, que consagró su vida en bien de la humanidad, que esos hombres que, para llegar á ser grandes, han tenido que formar su escabel con un monte de huesos destrozados; su trono, con vasto sepulcro de cadáveres, y su corona de laurel, con los alaridos de mil pueblos degollados.

CAPÍTULO XV

La oratoria de San Vicente.—Los libros de sus sermones.—Recursos oratorios.—Fragmentos de sermones.—Sus escritos.—El «Tratado de la vida espiritual».—Fisonomía moral del Santo.

El arma poderosa de que se valió Vicente para convertir al mundo, fué la predicación, y ésta fué tan elocuente, que la palabra salía de su boca como corriente impetuosa que arrastraba al vicio doquiera le encontraba, y purificaba las almas de toda mancha pecaminosa: con su elocuencia, llevaba á los pueblos tras de sí sedientos de beber las refrigerantes aguas de la doctrina celestial. En el púlpito raras veces se empeñaba el Santo en enseñar y probar verdades, que nadie negaba ni contradecía, á no ser que se encontrase en presencia de judíos, moros ó herejes; principalmente se dedicaba á persuadir á su auditorio, ó lo que es lo mismo, á mover su ánimo y lograr que practicase lo que ya conocía.

Estudiando sus sermones á los pies del crucifijo, adornado de una memoria prodigiosa, sintiendo todo lo que decía, sin amaneramientos de ningún género, penetrando dulce y suavemente en los corazones, dotado por Dios de una palabra fácil y elocuente, valiéndose de imágenes apropiadas, y conociendo por luz

divina el estado de ánimo de sus oyentes, desarrollaba los intereses espirituales de las almas y vigorizaba y perpetuaba las creencias de la verdadera religión y la práctica de las virtudes que ella recomienda. Su palabra de fuego, patética, nerviosa, que penetraba en lo más profundo del corazón, caldeaba las inteligencias, movía al arrepentimiento, producía aquellas admirables conversiones que hemos visto, hacía derramar continuamente lágrimas de dolor y exhalar gemidos de espanto, desde que comenzaba hasta la terminación del sermón, permaneciendo todos subyugados y llenos de consternación cuando pintaba, como lo solía hacer, los preliminares del juicio universal, la tierra que se desquiciaba, las tumbas que se abrían, el choque de los huesos que se buscan, los astros que se desprenden de sus órbitas y se hunden en el espacio, la trompeta del ángel, la lluvia de fuego, las almas uniéndose á los cuerpos, resucitando todas las generaciones, reconociéndose unos, llamándose otros, confundiéndose todos y cayendo de hinojos ante la omnipotente mirada del Dios que va á juzgar.

Otras veces excitaba extraordinariamente los sentimientos de ternura y de piedad; cuando describía la pasión de nuestro Redentor, su oración en el huerto, el sudor de sangre, el beso de Judas, la presentación en las casas de Anás y Caifás, los azotes en la columna, la coronación de espinas, la cruz á cuestas, sus caídas, la crucifixión, las palabras pronunciadas en la cruz, etc.: lo hacía todo con tanta sencillez y elocuencia, que el auditorio rompía en llanto general, y él mismo, no pudiendo contenerse, dejaba correr sus lágrimas, que interrumpían su discurso. Cuando explicaba el inmenso amor de Dios al crearnos de la

nada, la humildad del Hijo al tomar carne mortal, y la solicitud del Espíritu Santo en instruirnos en las verdades de la fe, excitaba sentimientos de tal ternura, que el pecador se arrojaba á sus pies pidiendo penitencia. Nada diremos cuando enumeraba los vicios de su época con tal conocimiento de causa, que todos creían que el predicador leía en sus corazones.

Respetados por el tiempo, han llegado hasta nosotros varios tomos de sermones del Santo, y en casi todas las bibliotecas de España existen algunos discursos. En el Colegio del Patriarca de Valencia existe un volumen en 8.º, que contiene ciento veintitrés sermones ó planes de sermones, escritos en latín, y en los que hay intercaladas algunas palabras valencianas. En ellos se ve que el Santo razonaba siempre apoyado en la autoridad divina, exponiendo los diversos sentidos de las palabras inspiradas, y sacando de ellas multitud de consecuencias: las citas están fijadas con admirable precisión. En Venecia y en Tolosa también se hallan volúmenes de sus sermones; en Sevilla, Madrid y Oxford se encuentran algunos de ellos, manuscritos, y en la Biblioteca del Cabildo metropolitano de Valencia se hallan cuatro tomos manuscritos en valenciano, únicos coleccionados en este idioma, pues en otras bibliotecas sólo se halla alguno que otro suelto. La revista española *La Cruz*, en los años 1872 y 1873, publicó algunos, y el archivero de Vich, Sr. Seral, publicó el que trata de la predestinación.

Los sermones latinos se han impreso muchísimas veces, siendo las más notables ediciones las de Lyón, Colonia y Valencia, hecha esta última en 1694, en cinco volúmenes en 4.º

Hasta ahora no está probado que exista sermón alguno autógrafo del Santo: parece lo más probable que las colecciones conocidas sean planes, más ó menos desarrollados, dictados por él. El ilustrado Canónigo de la Metropolitana de Valencia, Sr. Chabás, que ha estudiado con sumo cuidado los tomos manuscritos que se conservan en aquel archivo, y los ha cotejado con los que existen en el Colegio del Patriarca, es también de este sentir. He aquí lo que escribe sobre este asunto: «Del estudio de los sermones del Santo, resulta que no conocemos de frente al orador; sólo tenemos algunos de sus recursos como tal, pero secos y áridos. El hombre que atraía concursos que llenaban calles y plazas, cuya voz tenía que oirse milagrosamente, pues le seguían no sólo pueblos, sino provincias enteras, debía estar dotado por Dios de una palabra fácil y elocuente, de recursos sorprendentes, y no podemos suponer en él chabacanería, ni pesadez, ni flojedad, estilo ramplón é insulso; y eso justamente es lo que encontramos muchas veces en sus sermones impresos ó manuscritos. ¿De dónde viene esta contradicción? Lo hemos indicado ya anteriormente: del modo de estar escritos los sermones que conocemos; los bocetos ó planes dictados por el Santo, sólo servían para trazar el camino á su oratoria, que en el púlpito los desarrollaba según lo exigían las circunstancias del auditorio. Como su oratoria era espontánea y no amanerada, no necesitaba de aderezos y retoques preconcebidos: tenía bastante con el plan y los textos acotados.

«La mayor parte de estos sermones están tomados por personas de su auditorio; por eso se llaman los de la Catedral de Valencia *reportaciones*. Al oído tomaban notas, y luego guardaban este recuerdo del

Santo. La escritura en aquel tiempo se prestaba más que ahora al efecto, pues exceptuados los taquígrafos, nadie podía copiar hoy la cuarta parte que entonces al oído. Los acostumbrados á paleografía, en ninguna parte podrán ver alarde de abreviaturas como en estos sermones manuscritos, verdaderos geroglíficos, imposibles casi de descifrar. Esto es verdad, aun tratándose de las copias de los sermones, donde están algún tanto desechas las abreviaturas; pero en las notas originales, de las que queda algún espécimen, es donde está la verdadera dificultad: no hay allí palabra completa».

Del mismo sentir es el P. Vidal, acerca de lo cual escribe: «Los sermones que corren impresos en nombre del Santo, son los que sus discípulos escribieron, copiándolos de su boca cuando predicaba». En el proceso de canonización del Santo, dice el Arzobispo de Tolosa «que muchos grandes teólogos y doctores en ambos derechos, veloces en el escribir, así como el mismo Santo los pronunciaba, palabra por palabra, tanto en latín como en lengua vulgar, enteramente escribían los sermones, llenos de grandes sentencias y autoridades, y que de éstos se hacían después varios trasuntos y copias por hombres científicos, y de esta suerte, llevados á diferentes partes, los usaban y citaban los predicadores...»

El fruto incomparable que han hecho estos sermones, predicados después por diferentes oradores evangélicos, refiriendo algunos milagros del Santo, es imponderable. San Luis Beltrán, de este modo, como se ve frecuentemente en sus sermones, aterraba á los oyentes en ambos mundos. El B. Juan de Pisa, italiano, varón apostólico de Italia y muy devoto del Santo, habiéndose hecho en su tiempo la canonización,

predicaba de este modo, y era tanto el concurso de los pueblos á oirle, que no bastando de ordinario las mayores iglesias, predicaba en las grandes plazas de las ciudades, y con esto encendió tan gran devoción en los pueblos, que muchos erigieron altares después á San Vicente en sus iglesias.

Continúa el Sr. Chabás, en su trabajo sobre los sermones valencianos de San Vicente Ferrer, diciendo que, al leer algunas cosas en ellos, hace pensar muchas veces si habrá entendido bien el copiante que oyó al Santo, ó leído bien el que trasladó las notas. Pero hay que reconocer que, si bien los sermones que posee la Catedral de Valencia, hacen conocer perfectamente la ciencia, las letras y hasta la santidad del que los predicó, sin embargo, nos ocultan al orador.

Uno de los recursos oratorios que usaba San Vicente, era el alargar las sílabas tónicas de los nombres sobre que quería llamar la atención: *hoomens, doones,* ó bien en las interjecciones *¡coom! ¡ahahay! ¡ohoy!* Tiene muy á mano los aumentativos y los despectivos para escarnecer el vicio. Á veces procuraba remedar sonidos, para realzar más su propósito y hacer más palpable la cosa. Hablando del juicio final, por ejemplo, pondera que Dios dirá á los ángeles: «Veus, plegaume aquesta zizanya *in faciculos* é meteula á cremar. ¿Per qué diu *fasciculos?* Á mostrar que segons que les gens serán stades semblants ó companyons en aquesta vida á fer mal, axi será de la execució. Com ora un faix de prelats, archebisbes, bisbes, retors é vicaris officials, etc., si mal ó han ahud ab simonia, ó han mal regit ab ufanes cavalcadures, etc. ¡Oho, quin faix será tan gran de aquells al infern! Hun altre faix se fará de emperadors, reys, etcétera, ó que no han la sonyoria ab bona justicia,

31

etcétera. De aquests tals gran faix ¡sus! al foch de infern. Altre faxot de mals religiosos, que no tenen la religió, mas volen viure per llur volentad, proprietaris, etc.; ¡ohoy, quin faxot tan gran! Altre faxot de mals clergues simples perque no dien matines, ne hores, é siu fan: *xam, xam, só de aram:* confusament... Altre faxot de persones superbioses, ¡enteneume doones! que despendran quant han en vanitats, blanquets, corns, etc. Altre faxot de logrers: ¡ohoy quin faxot tan gran! via á infern, *xof* en les calderes. (Pone VII *peccata mortalia per species)*». Esta última nota indica la supresión hecha por el copista de gran parte del sermón, y acaso muy interesantísima, para saber los vicios de aquella época, pues hasta en lo copiado hay bastante concisión. *Xof* es el sonido que hace un cuerpo al caer en el agua.

Reprendiendo un día el Santo á los que rezan sin devoción, se burla de los que por la mañana al levantarse, y mientras se visten, van diciendo Padre nuestros y Ave Marías: «A la una mánega, *xa, xa, xa, Marieta posa lólla,* Pater noster; quan vas botonante, Ave María, *xa, xa, xa.* Pater noster de llançol, ni val, ni nou». Lo mismo critica en las mujeres por rezar cuando se visten, peinan y miran al espejo. «La oració es fa axi, devotament agenollat é levant la pensa en Deu».

Hablando de Zacarías tiene deliciosos pasajes con el *me, me, mehe* de los mudos, y también al tratar del vicio del fariseo, dice con toda sencillez: «Jactancia es (hay) dient: yo dejun tants dies la semana, ó vist cilici ó semblans paraules. A tals prenlos com á la gallina, que quan haurá post los ous, cride: *cá, cá, cá,* é no pot callar fins li han levat lou».

Hablando de aquellas palabras de Isaías (Capí-

tulo XLIX, 22) *et ad populos exaltabo nomen meum*, el *reportador* no entendió más que *signum meum* y creyó que el Santo citaba el cap. XL de Isaías. El signo de que habla el profeta es la cruz: «Vet la creu. Mas que ha fet lo diable, ha usurpat lo cercle redó, é per ço lo dimoni porte devant lo cercle per bandera: *in circuitu impii ambulant*». En los sermones impresos llama á la cruz contrahecha *circulus vel rota* y no tiene su frase la soltura que aparece en los valencianos. «Quan vos llevau del llit pel matí ¿cóm vos senyau? *In circuitu*. Item al menjar, quan sou á taula, rotgle, axi par ques vullau aostar les mosques: quan badallau, rotgle: quan haveu creatures que les signau é les lexau al breçol, al diable les acomaneu. Mes, ço que es pijor, é força mo fa dir *(dolenter referimus* en los impresos) clérigos é religiosos (debió predicarse este sermón en Castilla) sobre el calze *tac, tac, tac*, lo rotgle é senyal del diable». Y concluye la versión latina con estas palabras del profeta David, en el Salmo LXXIII: *Signa nostra non vidimus, jam non est propheta*.

Sobre la educación de los hijos hay un bello pasaje, y en él tropezamos con otras palabras por el estilo de las antes indicadas. «Ara los pares é les mares mala vida ensenyen. ¿Di, bon hom, has tu nengun fill?—Ara ha sis anys ó set ó dotse.—¿E qué li dius?—Ara, mon fill, porta al costat dret aquesta dagueta, é si degú te diu *bif*, tu dili *baf;* mostra mon fill, de qui es, é sit dien mala paraula, tornalila tantost.—E vosaltres, dones, ¿á vostres filles quels ensenyau? ¡Ahaa! Ara vet, ma filla, axi te afaytaras: vet, pren axi lo mirall: é aquest pelet tiral axi: ¿é no veus tu que noy está bé? Eh, ma filla, axi ballarás de costadet, é axi faras aquesta volta».

Otros muchos fragmentos se incluyen en el trabajo del Sr. Chabás, que nosotros omitimos porque con los transcritos queda probado lo que indicábamos, es decir, que los sermones de San Vicente, impresos ó manuscritos, no son más que extractos, algunos bastante extensos, de lo que predicaba y que en ellos no puede conocerse al orador, pues sólo aparecen algunos de los procedimientos que empleaba en sus discursos.

También se encuentran en los mismos tomos de sermones que se conservan en la Catedral de Valencia, algunos apólogos y parábolas que por lo lindo de su narración y sencillez en su estructura pudieran servir de modelo en el arte del buen decir.

He aquí como explicaba á su auditorio la fábula de los perros y de los lobos:

«Sapiau que diu, que una vegada tots los cans se aplegaren e tingueren consell, que anassen a matar tots los lops, que mal ere, que molt de mal fahien. E axí ho feren. Los lops saberenho, e aplegarense tots, e los cans vingueren, e ans que no s' aplegassen, hun lop antich aná a parlament als cans e dixlos: «Vosal- »tres, senyors, sou venguts açi per batallar ab nosal- »tres, e si nosaltres vençem, serieu morts tots, e mala »per a vosaltres. O si venceu vosaltres, mala per a »nosaltres e per a vosaltres, car ara les gents vos go- »vernen per amor de nosaltres, e desque hajau mort a »nosaltres, nous governarán, e aixius morreu de fam. »E axí consellarvos hia quens ne tornaseu». E tots acordaren, que mes valia, e al menys que no morrien de fam. E los lops no prengueren mal».

No es menos bonita la de la zorra y el pescador, explicando que no se puede arar bien mirando hacia atrás:

«Les raboses han cavarotes on se poden amagar, les aus han nius e lo fill de la Verge María no ha loch on reclin lo seu cap. (Mat. VIII, 20). Perço appellá a tal dexeble guineu (rabosa) per lo cor corrupte que havie. Sabeu que la rabosa es molt falsa ¿e sabeu com? Esdevenchse una vegada, que un pescador portave peix en una cistella. E la rabosa, per haver lo peix, gitás com a morta en lo camí per hon devie passar lo pescador, e aquest donali ab lo peu, e ella estigué segura, e lexala estar e te son camí. E la rabosa lëvas, e espaxadament ixqueli a davant e gitas com a morta en lo camí. El pescador donali ab lo peu, e ella está segura. E aquest esmagina en sí mateix: que serie bo que tornás a la primera rabosa e que les sen portás abdues. E lexa la cistella aquí per tornar a la primera rabosa, e tot ere una rabosa. E axi com ell torná a la primera, aquesta menjas lo peix e vassen. E axí lo pescador, ni hagué les dues raboses, nil peix. Axí volgué fer aquell fichte dexeble, e per ço Jesucrist lo appella rabosa».

Lo que sigue es propiamente una parábola, y como ésta abundan en los sermones de San Vicente. Su arsenal eran las vidas de los Padres del Yermo.

«Ere hun ermitá que menyspreave les riquees, e un día devallave a la ciutat, e en lo camí trobá hun percint de florins al camí, e donali ab lo peu e foradal, e ixqueren los florins, e ell començá de fogir axí com si fos serpent e cridá: «*la mort*, *la mort*». E trobá tres escuders, e aquets digueren: «¿E hon es la mort?» Dix ell: «No hi aneu, que lla es, davall aquell arbre». E aquets digueren: «Anemhi». Ells ne van ab les spases treytes, e trobaren lo percint e digueren: «Oo, be pot dir que la mort es; aço vida es». E prengueren lo percint e anarensen al desert en hun loch amagat, e quan

foren aqui, «vage la hu a la ciutat a vianda»; e anahy. E entretant aquets esmaginaren, que quan vingues, quel matassen, e que aquests se partissen la moneda. E aquell, quan fo a la ciutat, dix entre sí: «¡Oo, si yo podía haver tota aquella moneda! Yo se com ho faré. Yo menjaré be açi e faré fer una panada ab tant de verí, que mate aquells». Aquest ne va lla on eren aquells, e ells lo maten tantost, e ab gran plaer ells cerquen la panada e traguen e beuen, e ells inflen. Vetlos morts. E trobats per la cort del Justicia «qué es açó? ¿com es açó? Finalment lermitá los dix ço quey sabía».

San Vicente escribió varios libros, algunos de los cuales se han perdido. *De suppositionibus logicis tractatus, Unidad del universal* y *Tratado sobre el cisma*, libros que suponen en el autor especial predilección por la lógica, la que, como se ve en sus sermones, informaba su clara inteligencia y ordenaba el rico conjunto de conocimientos que poseía. Razzano y Flamino, que vieron estos libros, alaban la sutileza é ingenio que indican en su autor. De estos libros existen tres ejemplares: uno, en un convento de Dominicos de Viena; y dos, de los últimos, en la Biblioteca Nacional de Madrid, en el departamento de manuscritos.

Escribió, además, según dice Vidal, un *Tratado de las ceremonias de la Misa,* en lemosín, en el cual, afirma Antist que lo leyó, se advierte cómo Santo Tomás vió sobre la cabeza de San Buenaventura una llama de fuego, cuando cierto día estaba el doctor seráfico ayudando una Misa, y que entonces se le dió ciencia infusa. Un libro en latín sobre la venida del Anticristo, intitulado: *Terribiles propheticæ Danielis,* el cual se vertió al alemán en 1573. El maestro Rodríguez dice que vió dos obras del Santo, una titulada *Comtemplació molt devota de la vida de Jesucrist,*

ab les propietats de la Misa, impresa en Valencia en 1518, y otra sobre la Escuela de los disciplinantes, impresa en Barcelona en 1545. Escribió también varias cartas y deprecaciones, que, reunidas en un volumen, publicó Antist en 1591. Este mismo autor vió en Pisa unas *Concordancias predicables* de lugares de la Escritura, muy á propósito para componer sermones, hechas por San Vicente. Algunas de estas obras es muy probable fueran escritas por los discípulos del Santo, pues los argumentos que se aducen para atribuírselos á él, tienen muy poca fuerza.

Pero de todas las obras, la más importante y que ha llegado á nosotros, es la que escribió en latín, y fué traducida con el siguiente título: *Tratado de la vida espiritual.* Imprimióse la primera vez con el título de *Compilatio de interiori homine* en Magdeburgo en 1493, y después en Venecia en 1573, en Amberes en 1570, y en Valencia, con escolios del maestro Antist, en 1591. El Cardenal Cisneros la publicó en español, junto con las meditaciones de San Agustín, y con estilo algo corregido la imprimió en Valencia Fr. Pedro Blasco, en 1612, y el P. Juan Gavastón publicó otra edición, con eruditos comentarios, el año 1616. De este tratado, dice San Luis Beltrán «que en ningún libro había hallado tan al vivo retratadas todas las virtudes como en éste». Este libro fué traducido al francés y comentado con gran erudición por la religiosa del convento de Santa Práxedes de Aviñón, Sor Juliana Morell. En 1892 el P. Rousset imprimió en Friburgo unos *Ejercicios espirituales,* basados en este libro del Santo.

El *Tratado de la vida espiritual,* del cual hemos leído la edición hecha en Valencia el año 1791, consta de diez y ocho capítulos, y su lectura deja honda im-

presión en el alma por la sencillez y sentido práctico que le caracteriza, y por el conocimiento profundo que indica en las cosas espirituales. El fundamento principal es la necesidad de dirección en la vida ascética, sentando como principio el justo medio y la moderación en todas las cosas, hasta en el ejercicio de la penitencia, descendiendo á particularidades, que se convierten en paternales consejos. Es un trátado eminentemente práctico que va rectamente al objeto y que retrata de una manera acabada á su ilustre autor. ¡Lástima grande que sean tan escasos los ejemplares que existen, pues las almas piadosas podrían encontrar allí una luz y una fuerza, que en vano pedirán á otros libros de devoción muy conocidos!

Por lo que llevamos dicho hasta aquí, creemos que se habrá podido comprender la fisonomía moral de San Vicente. Su carácter, palabras y obras nos lo presentan como un hombre activo, moderado, práctico, dispuesto siempre á sacrificarse por el bien de sus semejantes, por la paz de los pueblos, por el bienestar de la Iglesia, y principalmente por la salvación de las almas. El mundo todo con justicia le aclama por uno de los primeros santos que ha glorificado la Iglesia, y la devoción constante que se le profesa nos prueba que, si en otro tiempo salvó á la humanidad, en los siglos posteriores será su esperanza para alcanzar los bienes del cielo, pues su intercesión no desampara jamás al que con fe le invoca. Con mucha propiedad le podemos aplicar aquellas palabras de la Sabiduría: «Tú eres la gloria de Jerusalén; tú eres la alegría de Israel; tú eres el honor de nuestro pueblo. Porque has obrado varonilmente, y porque amaste las virtudes, fué animoso tu corazón; por eso la mano del Señor te ha fortalecido y serás bendito eternamente».

ÍNDICE

PARTE SEGUNDA

Págs.

PARTE TERCERA

Págs.

ADVERTENCIA

Aunque hemos procurado corregir cuidadosamente las pruebas cuando se imprimía este libro, se han deslizado algunas erratas, muy escasas por cierto, que la ilustración del piadoso lector subsanará sin dificultad. Sin embargo, no podemos menos de señalar las siguientes, que son de bastante importancia: en las páginas 26 y 123, líneas 8.ª y 1.ª respectivamente, dice «siglo XIII» y debe decir «siglo XIV», y en la página 425, línea 6.ª, donde dice «el viernes 4 de Abril» ha de decir «el viernes 7 de Abril». Con razón decía el ilustre Obispo de Vence, Monseñor Godeau, que el paraíso de un autor es componer, su purgatorio retocar su original, y su infierno corregir las pruebas de imprenta.